

**CESAR
FALCON**

Madrid



se

«**Madrid**», escrito durante la lucha democrática y republicana contra el fascismo por un protagonista directo de los hechos, el escritor peruano César Falcón, Director del «Altavoz del Frente», relata noveladamente, el asedio de las tropas franquistas y la resistencia de Madrid durante los dos primeros años de nuestra Guerra Civil. Escrito en 1938, en muy pocos días, es una crónica apasionada y a la vez fiel de los acontecimientos que marcaron para siempre la historia de nuestro país. Es un documento, una pieza de la historia de nuestra ciudad y de toda España, ofrecido por un testigo directo, observador y crítico, que no oculta ni falsifica ningún acontecimiento. Es un libro que impresiona y emociona a la vez.

Título original

Madrid

César Falcón
1938

Esta versión digital incluye
el prólogo escrito por ***Lidia Falcón O'Neill***
para la segunda edición impresa.

Los textos han sido extraídos de la publicación ePub r1.0 de Titivillus,
con fecha 23.09.2019.

Edición digital:



Partido Feminista de España

Sumario

PRÓLOGO a la 2ª Edición.....	7
ANTES.....	28
I.....	29
1. Las fuerzas enemigas.....	29
2. Tiros desde la iglesia.....	34
3. Noche de espera.....	38
II.....	41
1. El rumor pavoroso.....	41
2. Las mujeres embravecidas.....	43
3. El oído atento a la provocación.....	46
III.....	48
1. El chispazo de Alcalá de Henares.....	48
2. Habrá guerra.....	49
IV.....	51
1. Las pistolas fascistas acechan a «Pasionaria».....	51
2. Fascismo contra democracia.....	52
3. Otro jefe asesinado.....	54
4. El pueblo cobra vida por vida.....	57
JULIO.....	61
I.....	62
1. Día 17.....	62
2. La primera noticia.....	64
3. La calle.....	66
4. La noche.....	68
5. Armas en la calle.....	73
6. «No pasarán».....	77
7. El Gobierno del amanecer.....	82
II.....	84
1. Frente a frente.....	84
2. La toma de la Montaña.....	87
3. La ciudad en ascuas.....	95
4. Las riadas heroicas.....	99
GUADARRAMA.....	104
I.....	105
1. La avalancha de la Sierra.....	105
2. El pueblo otra vez al ataque.....	111
3. Combates estáticos.....	117
II.....	128
1. Batalla al resplandor de las hogueras.....	128
2. Quinto Regimiento.....	133
3. Dirigentes en la sierra.....	136

4. Voz del tribuno y voz de la autoridad.....	141
5. Solidaridad.....	144
III.....	149
1. Quinta Columna.....	149
2. Tres combates.....	153
3. Moros y requetés, símbolos de la facción.....	161
TALavera.....	167
I.....	168
1. Largo Caballero en el Poder.....	168
2. El enemigo gana terreno.....	172
3. Días de octubre.....	176
4. Navalcarnero.....	188
NAVALCARNERO.....	195
I.....	196
1. Anarquistas en el Gobierno.....	196
2. Movilización general.....	200
3. Los moros llegan a Getafe.....	204
4. El Gobierno sale para Valencia.....	208
II.....	211
1. El bramido de los cañones.....	211
2. Parapetos de Carabanchel.....	217
3. Entre los bosques de la Casa de Campo.....	226
4. Domingo heroico.....	235
5. Los fascistas pisan calles de Madrid.....	239
6. Otra vez, como en el Guadarrama, detenidos.....	243
III.....	249
1. Hombres, cuadros y libros en llamas.....	249
2. Martirio.....	252
3. Héroes.....	259
4. Trincheras de cemento.....	261
5. Normalidad bajo los obuses.....	265
GUADALAJARA.....	271
I.....	272
1. Franco no puede más.....	272
2. Los alemanes toman el negocio por su cuenta.....	273
3. Trombas sobre el Jarama.....	275
4. El ataque espectacular.....	278
5. La ofensiva de las máquinas.....	280
6. Mussolini, derrotado y hundido en el lodo.....	284
7. Hombres redimidos.....	293
BALANCE DE LA INTERVENCIÓN.....	295
EJEMPLO.....	299

"MADRID"

PRÓLOGO a la 2ª Edición

por *LIDIA FALCÓN*

Hay hombres que luchan un día, y está bien.
Hay hombres que luchan un año, y está mejor.
Hay hombres que luchan unos años, esos son necesarios.
Hay hombres que luchan toda la vida, esos son los
imprescindibles.

Bertold Brecht

Veinte años más tarde del primer intento de reeditar el libro de mi padre, César Falcón, **MADRID**, escrito en 1938, Josep Ricou, el esforzado director de la editorial Hacer, grande hombre, amigo de los pobres y de los luchadores por el progreso y la libertad, y mío, ha retomado la idea y consigue hacerla realidad. Y me pide que lo presente, añadiendo mis palabras a las hermosas páginas que Antonio Buero Vallejo accedió a escribir prologando la obra y que lamentablemente no ha podido llegar a ver impresa ni a debatir sobre ella yo deseaba.

Antes que presentar el texto que sigue a continuación me parece obligado presentar a su autor. César Falcón Garfias, nacido en Lima (Perú) en abril de 1892, fallecido en 1970 en Lima, fue periodista, escritor, novelista, ensayista, dramaturgo, director y productor teatral, creador y director de periódicos, revistas y radios, miembro del Comité Central del Partido Comunista de España y apasionado activista y defensor del pueblo español durante los convulsos años de la República y la Guerra Civil.

La rendida admiración que sintió por tan bravo y libre pueblo fue quizá lo que indujo a Falcón a residir aquí y a luchar en este país, valiente y esforzadamente, durante veinte años, desde que arribó en 1919 expulsado por subversivo de su país natal, Perú. Con él, desterrado también, iba su gran amigo y compañero de luchas y de ideas José Carlos Mariátegui, el dirigente marxista peruano cuya vida y obras son famosas en toda Latinoamérica. Ambos arribaron primero a Italia, sin embargo pronto

Mariátegui decidió regresar a Lima donde vivió hasta su prematura muerte y allí trabajó y se labró la fama que le acompaña todavía un siglo más tarde. Mi padre en cambio decidió instalarse en España, y aquí fue periodista, corresponsal en Europa, dramaturgo, director y productor de teatro, creador de revistas y editoriales, novelista, militante comunista, director de Mundo Obrero, corresponsal de guerra, creador de Altavoz del Frente, programa de radio y red de periódicos en las trincheras y únicamente, en el último momento, con las tropas fascistas entrando en Madrid se decidió a exilarse con los otros dirigentes del Partido Comunista de cuyo Comité Central formaba parte. De aquí a Francia, Moscú, Estados Unidos, Méjico, hasta la muerte en Lima, César Falcón fue siempre un exilado, un expatriado, un luchador internacionalista, un defensor de todas las causas de los oprimidos y los perseguidos, y así se manifiesta en las páginas de esta obra que es también un canto a la solidaridad internacional.

Con diecisiete años, todavía en Lima, antes de su periplo español, César colabora en la revista La Prensa; junto a Mariátegui escribe en El Tiempo, en Nuestra Época, en La Razón. En 1914 estrena una zarzuela *Por Culpa Ajena*, un sainete *Los Mozos Cundas* y la obra de teatro *La Casa de Agreda*. Al llegar a España se aloja en la casa de Pío Baroja en el País Vasco donde reside un tiempo. Crea la revista Amanauta en 1922, ya en España, en la que colaboran Miguel de Unamuno, Juan Ramón del Valle Inclán, José Vasconcelos, Antonio Caso, Giovanni Papini, Alexander Archipenjko, Herwarth, Walden, Ramón Gómez de la Serna. Trabaja en El Liberal, es corresponsal de El Sol en Londres y en París, cuando a él y a su mujer Irene Levy los persiguen en España y tienen que exiliarse. Con la proclamación de la República se instala definitivamente en Madrid y crea la editorial Historia Nueva y la colección Ediciones Avance. Sus primeras novelas publicadas en España, *Plantel de Inválidos*, 1922 y *El Pueblo Sin Dios*, 1928, son precursoras de la novela indigenista con la denuncia de las condiciones en que la sociedad peruana mantenía esclavizados a los indígenas. Además de multitud de crónicas y de artículos políticos, escribe una novela clave para conocer a la España de la preguerra: *Por la Senda sin Horizonte*, que se muestra profética de los acontecimientos que se sucederían más tarde y que construye un daguerrotipo de la sociedad española gracias al conocimiento que poseía de los principales personajes de la política y la intelectualidad del momento, con la profundidad y la

fuerza de que carecen las obras que sobre el tema se han producido, antes y después de la dictadura. En España crea la compañía de Teatro Proletario, que con el esfuerzo más que humano de sus componentes, actores, actrices, electricistas, tramoyistas, sastras, recorre toda España representando las obras revolucionarias de la época, entre las que se cuenta "*Al Rojo*" de mi tía Carlota O'Neill y donde mi madre, Enriqueta O'Neill, será la actriz joven. Durante varios años, arrostrando la pobreza que siempre les persigue, sin medios de transporte ni de montaje de las obras, recorren toda España llevando la denuncia de una sociedad clasista y corrupta y el mensaje de la revolución socialista que se auguraba. Introducen las obras de la vanguardia revolucionaria de varios países: *Albergue Nocturno* de Dostoievsky, *La Fuga de Kerensky* de Hans Huss, *Asia* de Vaillant Couturier, *Un Invento* de Tom Thomas, *La Conquista de la Prensa* de Irene Levy, *Hinkeman* de Ernst Toller, *La Chinche* de Maiakoswki, *Asturias* del propio César, que son acogidas por las organizaciones obreras de todas las provincias españolas con el entusiasmo con que, en aquel periodo épico de nuestra historia, se vivían las luchas que se habían desencadenado desde años atrás para conseguir erradicar definitivamente la corrupta monarquía que se perpetuaba a pesar de sus crímenes y lograr con el advenimiento de la II República la implantación del socialismo. Esta ingente y heroica tarea de Falcón ha sido olvidada, ninguneada por los políticos y hasta por los literatos e historiadores. Magnificado el teatro de García Lorca y su compañía la Barraca, cuya adscripción de clase pequeño burguesa les permite a los críticos e ideólogos de nuestro tiempo eludir toda mención a la lucha de clases, han hundido en el olvido al Teatro Proletario de César Falcón. Como también su persona y su obra.

Obra ingente, propia del constante organizador y creador de iniciativas que fue, según explica su biógrafo Gonzalo Santonja. En los últimos ocho años de su estancia en España, entre 1931 y 1939, fundó la Editorial del Nuevo Romanticismo con Rubén Darío, la revista *Nosotros* donde colaboró Ramón J. Sender, las Ediciones Libertad en las que colaboraron Margarita Nelken, Juan Gioxé, Angel Pestaña, la colección *Novela Proletaria*, el periódico *La Verdad* en Sevilla con Eduardo Cimorra, y en 1936 *Altavoz del Frente*, colección de periódicos que se repartía en todos los frentes a los soldados y el programa de radio que informaba de las noticias de

guerra. Miguel Hernández, amigo y protegido de mi padre, fue el director de la edición del Sur. Al mismo tiempo creó el Teatro Guerra, en donde hoy está el Teatro Lara, donde se estrenó *El Bazar de la Providencia* de Rafael Alberti, y *Frente Rojo*. En París, a donde va en 1938 para asistir a la reunión de la Sociedad de Naciones en representación del gobierno republicano, crea y dirige el periódico Voz de Madrid.

Su enorme capacidad de trabajo, sus iniciativas constantes, su firmeza ideológica en la defensa del socialismo, las traslada al exilio. En Estados Unidos, en Méjico más tarde, crea revistas, colabora en periódicos, publica las últimas novelas, *El Mundo que Agoniza*, 1945, *El Buen Vecino Sanabria U*, 1947, *Los Bajos Fondos*, *Agente Confidencial*. *El Buen Vecino Sanabria U*, es la novela de Perú, descripción exacta de la crueldad y la ignorancia de una sociedad criolla que seguía manteniendo el atraso de la época colonial y donde la corrupción se imponía a cualquier posibilidad de adelanto y progreso.

Los ensayos: *Crítica de la Revolución Española*, 1931, *De la Dictadura a las Constituyentes*, *Imperialismo y Antiimperialismo* 1932, *Algunas condiciones necesarias de la Reconquista Nacional*, 1955, son las páginas más agudas y lúcidas del análisis de las condiciones en que se desarrollaba la batalla por el socialismo en España y en otros países. Análisis que tantas veces los propios dirigentes revolucionarios no deseaban realizar y que le comportaron numerosos enemigos.

En el olvido en que se ha mantenido la figura y la obra de César Falcón no se puede olvidar la responsabilidad culpable del propio Partido Comunista que nunca le reconoció el mérito que tenía. Recuerdo la irritación con que leí las páginas de Dolores Ibárruri en sus espúreas memorias *El Único Camino*, endulcorada y falsificada crónica de la República y la Guerra Civil, cuando la única mención que hace de mi padre es decir que se lo encontró en París una vez en la calle, después de la guerra, con su gran melena al viento. Al parecer para Dolores lo único remarcable de César Falcón era su melena. Ingratitud manifiesta ante las interminables alabanzas que él le dedica en Madrid. Ese Partido al que mi padre entregó todo su trabajo y su posibilidad de desarrollo y de libertad -que perdió varias veces- durante

más de diez años y que ni siquiera le ha mencionado después de la dictadura.

La ingratitud parece una conducta repetida de los dirigentes comunistas. Recuerdo ahora la triste historia de otra tía mía, Juanita Corzo, que fue la secretaria de Dolores Ibárruri durante toda la República y la guerra. Juanita era descendiente de la otra rama de la familia O'Neill, por aquel abuelo Enrique O'Neill que había contraído un matrimonio anterior al que tuvo después con mi abuela Regina de Lamo. Juanita vivía muy modestamente en el barrio de Cuatro Caminos, hija de un carpintero, se afilió pronto al Partido Comunista y su fidelidad, su trabajo esforzado, su innata inteligencia, la hicieron merecedora de los cargos de confianza más altos, hasta llegar a ser la ayudante imprescindible de Dolores. Con ella, a su lado, realizando las tareas imprescindibles para desarrollar su labor, de los despachos de la república a las trincheras de la guerra, Juanita pasó seis años, hasta el último momento en que con el Madrid vendido a los fascistas la cúpula del partido huyó en el último avión. Pero se dejaron a Juanita en los sótanos del metro organizando la resistencia. Pronto cayó presa y condenada a muerte, el indulto la hundió durante veinte años en varios penales españoles, hasta que más envejecida y enferma que vieja se encontró en la calle sin amigos, sin camaradas, sin familia, sin dinero. Sobrevivió porque quedaron algunos con buena memoria, como mi madre, pero jamás ha sido mencionada en los anales del partido. Dolores en aquella hagiografía de sí misma que es *El Único Camino*, se limita a dedicarle una línea de conmiseración.

Releer el libro de mi padre despierta en mi emociones y pensamientos que no son nuevos, siempre estuvieron ahí, pero que la áspera lucha por la supervivencia en esta España franquista y postfranquista; no se sin tan post, me obligó a archivarlos hasta momentos más propicios para ser resucitados. Y este es uno de los más relevantes. La crónica Madrid, escrita por Falcón en quince días de mayo de 1938, es la de los heroicos defensores de Madrid, la de los milicianos que combatían en el Jarama, la de los soldados que lograban la victoria de Guadalajara, la del pueblo republicano que hambriento y bombardeado estaba dispuesto a dar la vida para que su patria no la perdiera, cuando dos años de guerra no habían todavía obligado a perder la confianza en la victoria. Todavía quedaba por

librar la Batalla del Ebro que desde el punto de vista militar constituye una de las estrategias más certeras del arte de la guerra.

Si los envíos de armas, pagados con oro por el gobierno de la República, que los vendedores ya no le fiaban ni querían los billetes de banco, no hubiesen sido prohibidos y boicoteados por los gobiernos francés y británico. Si la intervención alemana e italiana hubiese sido impedida por aquel falaz Tribunal de No Intervención. Si se hubiera evitado el envío de armas desde los países fascistas y los bombardeos de los aviones alemanes sobre las ciudades españolas. Si, finalmente, la traición de la Junta de Casado no hubiese entregado Madrid a las huestes fascistas -y sólo la traición consiguió abrir las inexpugnables puertas de la ciudad que los madrileños defendieron tres años contra todo pronóstico y contra toda posibilidad humana, sin pensar en ningún momento en la rendición- ni la República ni el pueblo español hubiesen caído bajo el horror fascista, y con él todos los pueblos de Europa.

Imagino la crítica de algunos escritores y expertos en literatura, cuando califiquen el libro de panfleto triunfalista al servicio de las tesis del Partido Comunista -esta fue la respuesta que me dio Gabriel Jackson para negarse cuando le pedí que escribiera un texto de introducción. Pero como mi padre maldecía, con Gabriel Celaya, la poesía que no toma partido, partido hasta mancharse, el relato es, a la vez que un relato novelado con singular habilidad que mantiene la tensión en todo momento, proclama, mitin, panfleto, para defender las consignas del Frente Popular que, con el férreo apoyo del Partido Comunista, mantuvo inquebrantable la voluntad de no rendirse ante aquella desigual guerra contra los enormes y bien equipados ejércitos alemán e italiano. Pero no por ser, sin duda, un folleto de propaganda política -son innumerables los diálogos pedagógicos que sostienen los milicianos y soldados con los comisarios políticos-, un documento de difusión de las consignas del partido y de agitación de las masas, en cumplimiento no solo del programa comunista sino sobre todo del del gobierno frentista, único que podía en aquel momento mantener la moral de guerra, enardecer el valor de los combatientes y sostener la resistencia del pueblo, pierde la capacidad de crítica y el análisis lúcido acerca del comportamiento de los líderes políticos, del Ejército republicano y sobre todo del pueblo de Madrid.

A su lectura se provocan diversos comentarios. El más sobresaliente, tanto por la insistencia con que lo repite en sus páginas como por el culto y rico lenguaje con que exalta sus épicas virtudes, es la rendida admiración que siente César Falcón por el pueblo español que sostuvo, y resistió con heroísmo no superado, aquella infame guerra a que lo sometieron los Ejércitos fascistas, español, alemán e italiano, tolerada por todas las potencias "democráticas".

Y no solo en los momentos que describe, indiscutiblemente los más trágicos y heroicos de la historia reciente, sino cuando en breves pinceladas es capaz de recordar la larga trayectoria guerrera de los españoles, siempre dispuestos a dar la vida por mantener la independencia y su orgullo libertario. Recorre, en pocas páginas salteadas en la narración, las gestas de Numancia y Sagunto, la Reconquista, la guerra de Independencia, las guerras carlistas, rindiendo tributo a los protagonistas más significados de ellas. Ratifica con su conocimiento de la historia española y de sus héroes y tribunos la rotundidad de la afirmación de Bernardo López García de que España, libre de extraño yugo/ no ha tenido más verdugo/ que el peso de su corona.

En la obra no sólo se relatan las batallas que libran los madrileños y los milicianos en las barricadas de Madrid. Falcón analiza el papel de cada uno de los políticos del momento y su conducta, siguiendo detalladamente sus pasos, sus decisiones, sus errores. Es de destacar la ironía y el disgusto con que describe las actuaciones de Largo Caballero. Allí están todos, desde el Presidente de la República, Manuel Azaña y el ministro de la Guerra Casares Quiroga a los ministros anarquistas, Federica Montseny y Carder, que aceptan participar en el gobierno contradiciendo sus más defendidos principios. No olvida tampoco el papel fundamental que jugaron los militares republicanos que permanecieron fieles al gobierno legítimo: Miaja, Rojo, Ascaso, y los jefes de las milicias, el valiente Durruti muerto en la Casa de Campo cuando acude con su regimiento a ayudar a la defensa de Madrid. Catalunya sigue fiel a la República y ninguna querella anterior impide que luche con los madrileños contra el fascismo. César dedica también unos párrafos al capitán Virgilio Leret, su cuñado, el marido de Carlota O'Neill, la hermana de Enriqueta, su mujer, que al frente de la base de hidros del Atalayón de Melilla defendió la plaza en el primer

momento del alzamiento militar el 17 de julio. Lo describe como un militar republicano, fiel a su juramento, valiente y entregado a la causa. Relata varias conversaciones entre los madrileños de a pie que aseguran que es de toda confianza y que con él de jefe la base no se habrá perdido. Duele el alma leer estos párrafos, porque cuando César los escribe Virgilio ya está muerto - y su mujer en la prisión de Melilla- asesinado por las tropas de regulares que entraron en la base después de unas horas de heroica resistencia por parte de los militares españoles cuando ya sin municiones no pudieron seguir luchando. Aquella base fue la primera que se perdió y mi tío, más tarde el comandante Virgilio Leret el primer fusilado de la Guerra Civil. Y aquella batalla constituye todo un símbolo de cómo se desarrolló nuestra guerra: la mitad de la guarnición estaba de vacaciones, apenas tenían municiones y los motores de los hidros se habían desmontado para limpiarlos, de modo que eran inútiles. Así previeron los gobernantes republicanos el golpe militar que se les venía encima. Y así las tropas franquistas atravesaron el Estrecho de Gibraltar y tomaron Andalucía, Extremadura y Castilla la Mancha en unos meses, dejando tras sí el más horrible rastro de matanzas y saqueos a que se entregaron las tropas marroquíes, el Ejército franquista y la Legión. Lo que no pudieron atravesar fue la defensa de Madrid ni tomar la ciudad.

Otra característica que hay que remarcar de la obra es el constante reconocimiento de Falcón del papel de las mujeres en la resistencia de Madrid. En un tiempo y en una época en que las mujeres comienzan a romper las cadenas que las habían tenido esclavas de una sociedad patriarcal, su participación fue fundamental para mantener la lucha, con armas rudimentarias, con piedras, con agua hirviendo, con las uñas, con las que removían la tierra y acarreaban adoquines para las barricadas, impulsadas por la más profunda pasión que sentían en aquella desigual guerra contra el fascismo, que insuflaron en los defensores de la ciudad para que no les menguara el ánimo en ningún momento. Con los rasgos de humor más ingenioso, cuando Queipo de Llano aseguró por la radio que en una semana estaría tomando café en la Puerta del Sol, dos muchachas vendedoras de unos almacenes pusieron una mesa y una silla en la calle, con una taza de café y un letrero, "Estás invitado". Sin las mujeres no se hubiera defendido Madrid de la forma en que lo hizo, y de justicia era reconocerlo, pero otra cosa es que los escritores y dirigentes políticos de la

época lo hicieran con la rotundidad y admiración con que no se avergüenza de reiterarlo César. Él que tan poca fidelidad guardó a sus mujeres, que olvidó a sus hijos tan pronto los engendró, para quien la familia no era más que un residuo del pasado, es sin embargo constante en la defensa de uno de los más queridos principios comunistas: la igualdad del hombre y la mujer en la sociedad futura. Y no deja en su trabajo de recordarlo, como cuando siendo corresponsal en Londres de Blanco y Negro acude al domicilio de Bertrand Russell para hacerle una entrevista...a su mujer, Dora. En Avance, la editorial que crea en Madrid con Cimorra, publicaron Hipatía de Dora Russell, que también colaboraba en El Sol. Este libro daba inicio a una colección feminista creada en respuesta a la publicación en La Revista de Occidente, que gestionaban los Ortega y Gasset, de la novela reaccionaria y antifeminista Lysístrata de A.M. Ludovico.

Su ideario, firmemente anclado en su voluntad, no se desvía un ápice cuando de reconocer el valor y la entrega de las mujeres del pueblo español se trata. A ellas también va dedicado el libro y su gesta está presente en toda la obra. Sorprende, sin embargo que no mencione a las milicianas que en los primeros meses de la guerra se alistaron en las tropas combatientes y acudieron a varios frentes con el fusil al hombro. Ciertamente es que enseguida la campaña gubernamental, apoyada por el Partido Comunista, las empuja a abandonar las armas y acudir a las fábricas y a los campos que habían dejado por los hombres. Yo había sido muy crítica con esta discriminación que seguía la línea tradicional de todos los gobiernos en guerra, pero también es cierto que las cosechas abandonadas y las fábricas inactivas hacían imposible tanto la supervivencia de todos como la producción de armamento, imprescindible en aquel momento. Había que rendirse a la evidencia ante el terrible peligro que se cernía sobre la República.

Y a los niños, arrapiezos hambrientos, vestidos de harapos, descalzos y sucios que corren por las calles de Madrid, que juegan gritones y a la vez ayudan a transportar sacos terreros, adoquines, maderas, latas, cualquier objeto apto para las barricadas; que llevan la comida a su padre en los interminables meses en que vive y muere detrás del parapeto en el que apoya su fusil en la Casa de Campo. Niños inocentes, ingenuos y alegres, y maduros, serios, que miran con fiereza el rostro terrible de la guerra,

mientras caen las bombas sobre su casa, sobre el metro, sobre el sótano, precario refugio, sobre su madre que todavía mantiene la mano cerrada en la del hijo después de que la explosión le cercenara las dos piernas. Niños vivos, alegres, y niños aterrados, de rostro cetrino, expresión dramática, mirada iracunda, ceño fruncido. Niños maduros y responsables en la edad de la irresponsabilidad. A todos ellos César los ama, los admira, los compadece, querría evitarles los males de tanta tragedia. Su libro es una llamada desgarradora al mundo denunciando los horrores que los fascistas están cometiendo en Madrid contra los niños, pidiendo protección para una infancia masacrada por las bombas y la artillería alemanas y que habría de ser el futuro del país.

Falcón que dejó abandonados cuatro hijos -que yo sepa- en diversos países, con sus madres, y que de algunos ni siquiera volvió a acordarse como yo misma y la pobre Alondra nacida en Lima antes de irse, escribe páginas estremecedoras, patéticas, llenas de poesía, de emoción, de sincera emoción, sobre los niños de Madrid. Como le dijo un día a mi madre, él no podía preocuparse de sus hijos porque se preocupaba por todos los niños del mundo.

Le admiran siempre a Falcón la firmeza, la seguridad, la constancia, el heroísmo del pueblo español que fue el primero -y desgraciadamente el único en aquella época- que se enfrentó valientemente y sin vacilaciones a la marea fascista que inundaba Europa. La primera victoria, explica, fue ganar las elecciones de 1936, la segunda, mantener la defensa de Madrid y un frente de guerra durante tres años sin que el enemigo avanzara un metro, sin oficiales, sin preparación, sin municiones, sin aviación, contra el ejército profesional fascista servido de armas por los más poderosos del momento, el alemán y el italiano, que utilizaba los bombardeos sobre la población civil como método para amedrentar por primera vez en la historia. Este homenaje de reconocimiento, de admiración, a los hombres, mujeres y niños que lucharon denodadamente, sin dudas, sin un momento de rendición, en la guerra de clases más desigual e injusta del siglo XX, es uno de los objetivos del libro. El otro, esclarecer las causas de esa guerra y situar, sin dudas, al enemigo.

En los foros europeos, donde nos traicionarían cínicamente, se debatía no intervenir en la guerra de España, es decir abandonarnos a la matanza fascista y nazi para contentar a Hitler y a sus aliados ante los que no deseaban enfrentarse. El argumento ya conocido de que era un combate interno español y la ficción de que ambas partes eran iguales (esa ficción que sirve para entregar indefenso al débil a los pies de su verdugo) configuraban el discurso de no intervención y la traición de los supuestos aliados socialistas franceses y de los conservadores británicos. Bien lo pagaron más tarde los franceses y los británicos -pero entonces, como dice León Felipe, en Inglaterra hasta las ratas eran héroes, mientras que en España hasta los héroes eran ratas. Y los holandeses, y los belgas, y los noruegos, lamentablemente también los soviéticos que fueron nuestros únicos aliados -con el lejano e impotente Méjico-.

César Falcón escribe para destruir ese discurso, para explicarle al mundo que nos condena las verdaderas razones de la guerra, de sus protagonistas, de los enemigos del pueblo español, y lo más importante - que para toda la eternidad hundirá a los pactistas y a los cobardes europeos al infierno de los traidores- que el futuro del mundo se está dirimiendo en España.

En un programa de la cadena de radio SER, la periodista Angels Barceló entrevistó a Gabriel Jackson con motivo de uno de los aniversarios de la participación de las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil. Y, con el tonillo de conmiseración con que los liberales de hoy comentan los sucesos de entonces, comprendiendo y perdonando los excesos que cometieron aquellas generaciones, le preguntó si los hombres y mujeres de las Brigadas Internacionales que vinieron a luchar aquí eran los últimos románticos. Gabriel, en tono severo, le replicó: "¡Oh, no! Ellos fueron los más lúcidos y los únicos realistas, ellos sabían que la tragedia de Europa se dirimía en España, que si se perdía la Guerra civil española se desencadenaría otra aún más extensa y terrible, que el peligro fascista se tenía que parar en España, y si los gobiernos europeos hubiesen tenido la misma clarividencia que ellos y hubiesen apoyado la lucha de la República española, la II Guerra Mundial, con todos los horrores que provocó, no se hubiera producido". Y la señora Barceló no supo que comentar.

No hace falta explicar más el libro que espera a los lectores, pero, en cambio, ¡oh, sí! es imprescindible explicar -por inexplicable- que setenta y cinco años más tarde del comienzo de aquel sangriento y exterminador conflicto, superadas las etapas de la guerra, de la genocida postguerra, de la interminable tiranía de la dictadura, de la traicionera transición supuestamente modélica y de haber superado la cota de los treinta años de la democracia, nuestros héroes y heroínas muertos en los campos de batalla, en la retaguardia de las ciudades, en los caminos de la huida, en las guerrillas de las montañas, en la resistencia antinazi, en los presidios de la patria, en el tajo y en la fábrica, esclavizados por la miseria y la represión, en los fusilamientos que se prolongaron décadas, en los asesinatos en los campos y en las plazas, consumidos por las enfermedades y el hambre en los presidios, perdida parte de la vida en las interminables condenas carcelarias, sacrificados en la lucha antifranquista durante cuatro décadas, no hayan obtenido ni un acto de justicia, de resarcimiento, de reconocimiento de su sacrificio, de indemnización a sus herederos, por los terribles males que sufrieron. Hay que explicárselo a César Falcón que no podría entenderlo.

¿Qué será -se pregunta Falcón en el libro- de España, de sus intelectuales, de sus obreros y campesinos, de sus mujeres, de sus niños, si vuelven a triunfar las fuerzas de la reacción? Los curas, los terratenientes, los capitales, el ejército africanista, todas las clases de la oligarquía se harán nuevamente con el poder y explotarán y oprimirán aún más al pueblo que acaba de sacudirse las cadenas que le tenían preso durante siglos. Y así fue, durante cuarenta interminables años, después de la exterminadora guerra, los españoles sufrimos la tiranía de una dictadura como no se había vivido nunca antes en el mundo.

No sólo los consejos de guerra sumarísimos, farsa única que organizó el ejército vencedor sin tregua, condenaron y ejecutaron a doscientas cincuenta mil personas en esos años, especialmente los primeros de la postguerra; no sólo se instalaron treinta y dos campos de concentración en toda España, en los que, además de en todos los penales y cárceles, se amontonaron más de doscientos mil presos y presas, no sólo la represión siguió funcionando hasta los últimos días del dictador -y varios años

más¹ -, los últimos fusilados lo fueron el 27 de septiembre de 1975, con la imprescindible complicidad de la judicatura que se plegó servil y miserablemente a las exigencias del gobierno y cuya responsabilidad no ha sido nunca exigida, sino que se ha presentado recientemente ante el juez Baltasar Garzón, que lo era de la Audiencia Nacional, la documentación de ciento cincuenta mil desaparecidos y asesinados en todas las provincias españolas, cuyos restos todavía hay que encontrar en las cunetas de los caminos y las carreteras, al pie de las tapias de los cementerios, en las fincas privadas de sus asesinos.

Emilio Silva, el presidente de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, afirmaba hace unos días que esos son sólo los primeros documentos y testimonios encontrados, que cuando se finalice la investigación serán más de trescientos mil los restos que permanecen desaparecidos. La mayor masacre cometida en Europa antes de la II Guerra Mundial. El Comité de la ONU para los refugiados ha reconocido que España es el segundo país del mundo, después de Camboya, con el mayor número de personas desaparecidas bajo una dictadura. Un documental escalofriante que solo hace unos años se realizó e hizo público en televisión en Catalunya, dio cuenta del robo de niños de presas republicanas, cuyo número se calcula en unos treinta mil, para entregarlos a la adopción a familias franquistas o a los hospicios, con el fin de reeducarlos y arrancarles la mala simiente de sus padres republicanos. Esos secuestros no fueron secretos como en Argentina, sino públicamente organizados y defendidos doctrinalmente con el propósito de crear nuevas generaciones de ideología falangista.

No nos han pedido perdón ni restablecido la justicia, por el contrario en estos últimos años hemos vivido la humillación de que un gobierno supuestamente socialista aprobara una llamada Ley de Memoria Histórica que hurta, hábilmente, ese reconocimiento y esa rehabilitación a las que seguirán siendo víctimas del fascismo por toda la eternidad. Ni esa ley aprobada hace cuatro años, ni los jueces que tienen que tramitar los procesos que se han incoado por los familiares de las víctimas, ni el gobierno socialista, contemplan declarar la nulidad de los consejos de guerra y de los procesos del Tribunal de Orden Público que concluyeron

1 Ver La Transición Sangrienta. Antonio Martínez Soler.

en sentencias inicuas, ni aún mucho menos otorgar indemnizaciones a las víctimas supervivientes o a sus herederos. De los sesenta y siete juzgados en toda España a los que Garzón envió las actuaciones del sumario que había iniciado, únicamente uno ha ordenado la exhumación de los cadáveres. Los demás o han archivado el expediente o ni siquiera lo han abierto. Y mientras tanto, los fascistas de siempre siguen gritando contra esa tímida e ineficaz ley e insultando a los republicanos, porque para eso poseen cadenas de televisión, emisoras de radio y un sin fin de periódicos, que tienen vía libre para difundir las más aberrantes falsedades sobre la Guerra Civil y la dictadura.

Simon Wiesenthal en las últimas páginas de *Los asesinos están entre nosotros*² recuerda que los soldados de las SS se divertían en advertir cínicamente a los prisioneros: “De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no lo creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creerá a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros. La historia del Lager, seremos nosotros quien la escriba.”

¿Y cómo nuestra historia no iba a ser escrita por los franquistas si además habían ganado la guerra? Así, los asesinatos de decenas, de centenares, de personas en todos los pueblos de España, abandonados los cadáveres o mal enterrados en las cunetas de los caminos o en las fosas comunes, las torturas cotidianas de los resistentes políticos en los locales de Falange, en las comisarías de policía, el robo de los niños de las republicanas encarceladas o simplemente pobres, los inicuos consejos de guerra con pruebas amañadas o inexistentes, las condenas interminables de prisión, las condiciones de exterminio de las abarrotadas cárceles, la pobreza que afligió con caracteres medievales a los trabajadores, las leyes que marginaron e invisibilizaron a las mujeres condenándolas a la

2 Citado por Primo Levi, Memoria de Auschwitz , pg, 475

servidumbre de los hombres, a una reproducción animal, a la muerte civil, todo ha sido negado por los vencedores de la guerra durante cuarenta años y después matizado, dulcificado, falseado por una caterva de llamados historiadores como el nefasto Pío Moa, para confundir a las generaciones que no vivieron aquel genocidio. Por eso es posible también que no surja una rebelión potente, espontánea, ciudadana, contra estas leyes de hoy sobre la Memoria Histórica que nos traicionan.

Primo Levi³ escribe que lo peor era que "muchos de los detentadores de secretos se encontrasen también de la otra parte, de parte de los opresores. Aunque fuera verdad que eran muchos los que sabían poco y pocos los que sabían todo. Nadie podrá nunca determinar con precisión cuántos, dentro del aparato nazi, podían no conocer las espantosas atrocidades que se estaban cometiendo; cuántos sabían algo, pero estaban en condiciones de fingir que lo ignoraban; y cuántos hubiesen tenido la posibilidad de saberlo todo, pero eligieron la vía más prudente de tener los ojos, los oídos y sobre todo la boca bien cerrados. Como quiera que haya sido y, aunque no pueda suponerse que la mayoría de los alemanes aceptara la masacre sin inmutarse, la verdad es que la escasa difusión de la verdad sobre los Lager constituye una de las mayores culpas colectivas del pueblo alemán, y la demostración más clara de hasta qué grado de vileza lo había reducido el terror hitleriano. Una vileza que se había convertido en hábito, tan profunda que impedía a los maridos hablar con sus mujeres, a los padres con sus hijos. Vileza sin la cual no se habría llegado a las mayores atrocidades, y Europa y el mundo serían hoy distintos".

Primo se olvida de que la primera vileza fue el abandono de la República Española por parte de los gobiernos democráticos, vileza sin la cual no se habría perdido la Guerra Civil y toda la historia de Europa posterior hubiese sido diferente. Esa vileza que con mayor causa hundió en la ignominia a la mayor parte de los españoles que permanecieron en el país, puesto que la dictadura nazi duró trece años incluidos los de la guerra, y la española cuarenta y sus efectos se prolongaron varios más, sin que nos hayamos desembarazado totalmente de la herencia fascista. El silencio de muerte se hizo sobre las casas, los campos, las calles, las fábricas, los periódicos, los libros, las películas, las radios, única manera de

3 Primo Levi, Memoria de Auschwitz

permanecer camuflado, ignorado por la policía, no recordado por los jerifaltes políticos. Así, millones de españolitos, niños entonces o nacidos posteriormente ignoran las condiciones en que se proclamó la II República, las causas y los responsables de la guerra, la atroz dictadura, enseñados por sus educadores a conformarse, a acatar los principios del Movimiento Nacional, a ser esclavos sumisos de la tiranía de la Iglesia católica. Y lo más envilecedor es que muchas familias de izquierda actuaron de la misma manera y sus hijos ignoran como vivieron sus padres, cómo fusilaron al abuelo y al tío, que su madre y su tía estuvieron en prisión, que las pelaron al cero y les hicieron fregar los suelos del hospital con la lengua. Así ha sido posible que durante setenta años la mayoría de la población española no se rebelara, no transmitiera a sus descendientes los valores heroicos de sus padres, no opinara sobre los acontecimientos políticos del momento, no participara en la resistencia, no quisiera saber, ni oír ni ver. Que educara a sus hijos en el conformismo y el consumismo, y que acabara votando a la derecha.

En los años cincuenta, viviendo en Méjico donde publicaba una revista que tituló HORA DEL HOMBRE- siempre publicaba revistas- César Falcón escribió que no comprendía cómo el pueblo español seguía soportando una dictadura como la franquista, tras haber sido testigo de primera fila de la epopeya de su lucha heroica. Para él esta resignación de los españoles de hoy sería todavía más incomprensible.

Resulta indignante que los gobernantes presuman de haber aprobado la Ley de Memoria Histórica cuando lo hicieron buscando únicamente la complacencia de la derecha en las largas y cómplices negociaciones que se llevaron a cabo entre los representantes de unos y otros partidos -ha sido patético ir observando el proceso de adulación y complacencia con que la izquierda intentó contentar a la derecha- que concluyó en la degradación de una ley que la democracia nos debía desde hacía treinta años. Ya de principio, para lograr el adorado consenso con el Partido Popular, el Partido Socialista esbozó un proyecto absolutamente indigno para que pudiera ser considerado reparador de los sufrimientos de las víctimas de la Guerra Civil y de la Dictadura. Únicamente la intervención de Izquierda Unida le dio una apariencia de equidad. Pero también ésta formación política se ha declarado vencida ante las imposiciones de los

partidos de derechas. Incluso Gaspar Llamazares fue capaz de afirmar que había que reparar a las víctimas y depurar las responsabilidades de las dos partes de la contienda.

Pero es que esta ley es consecuencia de aquella maldita Ley de Amnistía que los ingenuos y torpes izquierdistas que éramos aceptamos contentos el año 1977. Creíamos, en el colmo de nuestra tontería, que se aprobaba para beneficiarnos a nosotros, a los treinta mil procesados a la espera de juicio en el Tribunal de Orden Público que éramos al morirse Franco, varios miles de los cuales estaban en prisión. No comprendimos que en realidad se estaba pactando la impunidad para los franquistas, que se garantizaban que no se les reclamaría ninguna responsabilidad por los crímenes que habían cometido en aquellas cuatro décadas. La alegría con que recibimos a nuestros excarcelados nos nubló la lucidez y nos hizo perder de vista el último objetivo, la causa fundamental por la que Suárez y Fraga Iribarne y Arias Salgado y Blas Piñar y la cúpula militar, aceptaban la petición de Carrillo y Solé Tura de una amnistía para toda clase de delitos políticos incluidos los de terrorismo. Y esa expresión, sin condiciones, sin límites de motivación, les ha servido a los fascistas para quedar impunes eternamente. Ningún miembro de la familia Franco ha sido molestado para preguntarle por su implicación en la represión ni sobre el origen de sus bienes actuales, ningún ministro franquista ha dado cuenta de su gestión, ningún miembro de Falange ha tenido que confesar sus hazañas de los años treinta y cuarenta, ningún cura ni obispo ha explicado por qué apoyaron la "Cruzada" ni qué hicieron con los niños que se les confiaron a su educación, muchos arrancados de los brazos de su madre.

Mi asombro es oír repetir diariamente a los dirigentes socialistas y a los periodistas y comentaristas de las cadenas de radio más importantes y de los periódicos más conocidos, que es imprescindible obtener el consenso de todos los partidos. De todos, incluso de aquellos que dirigen los herederos políticos de los que organizaron y financiaron el golpe de Estado, de los que llevaron a cabo las matanzas indiscriminadas y los consejos de guerra y expoliaron a los republicanos. Partidos en donde se encuentran, impunes y radiantes, los hijos y nietos de los dirigentes y cómplices del franquismo. Al parecer la izquierda también desea esta alianza, quizá en cumplimiento de aquella vieja consigna del Partido

Comunista de la "reconciliación nacional", que fue tan incomprendida por los que debían reconciliarse con quienes los habían condenado a muerte.

Estamos asistiendo a una nueva rendición. Lo más patético de este episodio es comprobar cómo la izquierda le está pidiendo perdón a la derecha por atreverse a recordar los episodios del golpe de Estado, los padecimientos de los que defendieron la República, la represión que se sufrió bajo la dictadura. Atacados al parecer del síndrome de Estocolmo, los partidos que deberían haber planteado estas reivindicaciones en tiempos bastante anteriores, cuando estaban más ocupados en apagar los fuegos de la rebelión obrera aceptando los pactos de la Moncloa, se muestran enormemente comprensivos con la indignación que acomete a los representantes de los partidos de derechas cuando se les habla de la memoria de nuestras desgracias. Hasta el punto de aceptar la equiparación de la represión practicada por los fascistas durante cuarenta años, bajo las órdenes del gobierno franquista, del Ejército, de la judicatura, del partido de Falange y después del llamado Movimiento Nacional, con los episodios de violencia incontrolada en la zona republicana que duraron unos meses. Siguen pidiendo perdón por parecer de izquierdas.

Lo más triste de este periodo de la torturada historia de España es comprobar cómo después de tres cuartos de siglo de sufrir una genocida guerra civil, única en Europa, por intentar vencer a la bestia fascista, de padecer los rigores de cuarenta años de una dictadura cuya crueldad era desconocida en España, y de creer que habíamos instaurado la democracia, se aprueba una ley de resarcimiento de los vencidos que no tiene parangón con ninguna de las que se han impuesto ni en Europa ni en América ni en África.

Ni Alemania ni Francia ni Chile ni Argentina ni Grecia ni Portugal ni incluso la torturada Sudáfrica, han aceptado la impunidad de los que se beneficiaron con el sufrimiento de su pueblo. Apenas terminadas las dictaduras aprobaron de inmediato la nulidad de los juicios políticos de aquella etapa e hicieron, y continúan, un ejercicio de justicia y democracia aprobando leyes que rechazaban la prescripción de los crímenes y están juzgando a sus autores que cumplen decenas de años de cárcel. En Argentina hoy están abiertos más de treinta procesos contra los militares

dictadores, y mantiene en prisión al principal jefe de ellos, el general Videla, a pesar de que tiene más de ochenta años. Alemania y Francia llegaron mucho más lejos concediendo indemnizaciones a los perjudicados, y todos sus gobiernos han pedido perdón a las víctimas.

En esta esquizofrenia en que el gobierno se ha instalado, hemos visto como aceptaba con complacencia que la judicatura española persiguiera a Pinochet, allende de nuestras fronteras, y al torturador argentino Scilingo en nuestro propio territorio, donde se le ha juzgado, condenado y encarcelado, en una digna defensa de los derechos humanos que consideramos compete a todos los países, independientemente de dónde y cuándo se cometieran los crímenes. Mientras, en España, ese mismo gobierno se opone a que se declare la nulidad de los consejos de guerra que durante el franquismo llevaron a la muerte y a decenas de años de cárcel a los antifascistas, sin garantías procesales algunas. Los mismos partidos que aplauden la nulidad de las leyes de perdón que dictaron los gobernantes argentinos, aceptan en España sumisamente que ni se hable de indemnizaciones a las víctimas, que se permita que subsistan monumentos conmemorativos del franquismo siempre que "tengan valor arquitectónico o artístico" -¿quién decide el valor artístico?-, y ya están pactando con la Iglesia que se le respete las placas de las fachadas de las iglesias con los nombres de sus supuestos mártires y los símbolos franquistas, yugos y flechas, escudo con águila imperial, que campean en los miles de pueblos que fueron torturados por esa misma iglesia.

Los mismos que aprueban y difunden la noticia de que se ha procesado y encarcelado a los parientes de Pinochet por la apropiación de caudales públicos, se indignan ante la sola mención de que a la familia Franco, y a tantas otras que se hicieron ricas mediante la adjudicación de los bienes de los asesinados; expropiaciones y robos impunes que se produjeron durante decenas de años, se les pida cuentas de su fortuna.

En definitiva, ser demócrata en España es diferente de serlo en Alemania o en Argentina. Hoy, ni siquiera a las víctimas sobrevivientes de la Guerra Civil y la dictadura se les otorga la satisfacción de ver a sus verdugos avergonzados. Porque nunca nos pidieron perdón.

El horror que los republicanos españoles presentían ante la amenaza de una victoria fascista, que tan vívidamente describe César en este libro, por liberar de la cual a sus hijos lucharon y murieron heroicamente en la defensa de Madrid, en las batallas de la guerra que ensangrentaron nuestra tierra, en las cárceles y en el exilio, lo hemos vivido desgraciadamente en carne propia los derrotados durante medio siglo y cuyos rastros todavía nos atormentan. Todos los peores temores, los más negros presagios, el hundimiento de las esperanzas de libertad, de igualdad, de progreso, que la República traía consigo, que predice Falcón en las páginas que siguen, se hicieron realidad. Y aún peor, la explotación económica de los trabajadores, la humillación de las mujeres, la perversión de la cultura, el desprecio de la ciencia y del progreso, prostituida la dignidad de los seres humanos, convertidos por las clases dominantes en meras mercancías, esclavos para proporcionar más beneficio al capital, estúpidos consumidores hoy de productos inútiles que engordan las arcas de los bancos, de las multinacionales, de las financieras, zombis que siguen las consignas repetidas por la televisión, ofendidos y contentos, indiferentes a las luchas del mundo, resignados sin orgullo.

Madrid, la novela de mi padre es sin duda un texto de propaganda de las consignas del gobierno del Frente Popular, de difusión del programa del Partido Comunista, destinado a insuflar ánimo al pueblo combatiente, tras dos años de guerra, escrito en ampuloso y épico estilo. Pero es también una crónica detallada del momento más importante de la historia reciente de España, un retrato conmovedor de las conductas, emociones y sentimientos de los miles de hombres, mujeres y niños, que lucharon en aquella contienda. Contiene un relato novelado, una crónica periodística, un programa político, unas sabias lecciones de prudencia ante el peligro del fascismo, de advertencia al mundo para que no olvide quien es el enemigo, de solidaridad con todos los pueblos del mundo, un ejemplo de internacionalismo proletario. Es, por tanto, un libro de plena actualidad. Y es, también, un buen libro.

Lidia Falcón

Bustarviejo, 18 de agosto de 2010.

JÓVENES de todas las ideologías proletarias, de todas las organizaciones obreras, de todos los partidos antifascistas luchan en las trincheras de Madrid. La portentosa defensa de la ciudad es, en mucho, obra de los jóvenes que ganaron las calles de Julio, defendieron los frentes de la Sierra y levantaron los invencibles parapetos de Noviembre. Cuando la horda fascista avanzaba por los caminos del sur, las muchachas madrileñas gritaban, fervorosamente, en las manifestaciones:

—¡No entrarán! ¡No entrarán!

Después, en medio del combate, sostenían el ánimo de los defensores. Los obuses explotan desde entonces ante sus sonrisas indiferentes. Los milicianos de los primeros días son ahora soldados de un poderoso Ejército. Las muchachas trabajan sin tregua en las fábricas, las oficinas, los hospitales, las organizaciones, tan alegres como en Julio, tan decididas como en Noviembre. El fascismo no ha logrado apoderarse de Madrid. Pero aún es preciso defenderlo en las líneas de fuego y en las trincheras del trabajo; aún continúa el glorioso afán de la juventud, forjadora, en gran parte, de la victoria. Que estas páginas, en la que palpita, constante, el heroísmo juvenil, sean dignas de ella.

Cesar Falcón

ANTES

I

1. Las fuerzas enemigas.

Jamás se han realizado en España unas elecciones tan desprovistas de signos externos de violencia y, sin embargo, tan violentas, tan irremisiblemente violentas como las del 16 de Febrero.

Los obreros y campesinos votaron para librarse de la miseria, «por el pan y la libertad». Emprendieron una batalla decisiva y lucharon con la convicción de que estaban defendiendo el reducto capital. Después habría, sin duda, otras batallas, y seguramente más duras y encarnizadas. Pero ganar las elecciones del 16 de Febrero significaba obtener la mitad de la victoria.

En tales condiciones no es precisa la sangre para expresar la violencia. La violencia está en el ánimo de los combatientes, en el convencimiento de que la batalla es decisiva y debe ganarse a toda costa. Este convencimiento hizo que en las más profundas capas del pueblo se irguiesen, resueltos a vencer, el dolor de muchas generaciones, el alma dolorida de los oprimidos, la carne hambrienta de millones de seres, la tragedia íntegra de la gente española.

Después de las elecciones, las masas populares han quedado en guardia, vigilantes de su triunfo. Las fuerzas están frente a frente, preparándose, midiéndose, tomando posiciones. Los oficiales fascistas se reúnen en los cuarteles; los políticos reaccionarios conspiran en los pasillos de las Cortes y tras las cortinas de sus despachos; los emisarios de la conspiración viajan en todos los trenes; en los sótanos y en las habitaciones disimuladas de Falange Española se urden atentados. Calvo Sotelo agita desde la tribuna parlamentaria; Franco tiende la red conspirativa en el Ejército, y Ruiz de Alda organiza los asesinatos individuales.

El pueblo no conoce los detalles de la preparación subversiva; pero percibe la inminencia del levantamiento. En los locales obreros hay una agitación vibrante. Las juventudes forman grupos de vigilancia y de choque. Las células comunistas están de guardia permanente. Los

soldados observan en silencio los vaivenes de los oficiales. ¿Qué se habla en los cuartos de banderas? Los soldados no pueden oírlo. Sin embargo, presienten, sospechan. Apenas advierten un trajín raro, van a denunciarlo en las organizaciones obreras.

Los fascistas son ahora muchos millares. El fermento de odio, de barbarie, de crimen, ha saturado el ambiente reaccionario. Todos los grupos de la reacción quieren llevar la lucha a sangre y fuego, sin piedad, hasta el exterminio. ¿Cómo podrían, de otro modo, sostener el vacilante aparato de opresión y explotación? Alemania e Italia les han instruido, no sólo con su ejemplo, sino con sus lecciones directas, con sus espías e instructores, con la muchedumbre de agentes fascistas que actúa ya en los medios españoles.

Todos los días ha habido un pequeño combate. El fascismo ataca cada vez con mayor audacia. Acaba de celebrarse en el paseo de la Castellana la fiesta de la República. Cuando desfilaba el Ejército, un oficial de la Guardia civil ha intentado disparar contra el Presidente Azaña. La escena ha sido muy rápida; cientos de trabajadores estaban alerta. El intento no ha tenido más consecuencia que la muerte del agresor.

En los barrios obreros se comenta el suceso con displicencia. ¿No les preocupa acaso a los trabajadores? Sí; les preocupa. Pero la gente de Madrid tiene su estilo. Las organizaciones obreras y la prensa del Frente Popular mantienen disciplinadamente la serenidad del pueblo.

El entierro del oficial agresor ha dado motivo a una nueva provocación. Los fascistas, algunos de ellos con los uniformes del Ejército, han recorrido en tumulto el paseo de la Castellana y la calle de Alcalá. Un obrero ha sido asesinado en la plataforma de un tranvía. Los manifestantes han invadido las obras y han obligado a los obreros, amenazándoles con las pistolas, a saludar de la manera fascista.

Después del entierro han bajado hasta la plaza de la Cibeles, disparando a discreción. Los fascistas intentan, sin duda, apoderarse de la calle. En los barrios obreros hay la sospecha, no sin fundamento, de que la Policía es cómplice de ellos. En efecto, no hace nada serio contra los desmanes.

Muchos obreros comentan el caso en los corros de la Puerta del Sol. Todos sienten la gravedad del instante. ¿Cómo mantener quieto, sumiso y obediente a un pueblo, constante y alevosamente atacado por bandas criminales, que disfrutan de hecho la más absoluta impunidad? Miles y miles de hombres tienen ya los músculos hinchados por la ira.

Siempre se habla mucho en la Puerta del Sol. Pero hoy palpita en los labios una emoción ardiente. ¿Cuántos obreros han asesinado esta tarde los fascistas? Dos, cuatro, diez. La cifra corre de grupo en grupo y aumenta sin cesar.

—Nada, nada; yo digo que esto es intolerable. ¿Qué más esperamos?

—¿Cuántos son, por fin, los muertos?

—Diez.

—A mí me han dicho que sólo hay dos.

—Yo lo sé de buena tinta.

—¿Quién eres tú?

—Tan obrero como tú.

—¿Has visto, acaso, lo que ha ocurrido?

—Yo vi pasar el entierro por la Castellana. Un grupo entró en una obra, muy cerca de donde yo estaba, y la emprendió a tiros con los albañiles; los pusieron a todos en fila y les obligaron a saludar como los fascistas...

—¡Cabrones!

—¿Y qué hace el Gobierno?

—Eso digo yo.

—¿Tú cuentas con el Gobierno? Ya te romperán el cráneo y verás lo que hace el Gobierno.

—¡Y aun nos dicen que estemos tranquilos!

—Eso lo dicen los traidores. ¿Cuántos obreros han muerto ya?... Dime. ¿Cuántos asesinos están presos?

—Porque la policía es fascista.

—¿Y por qué no se arma al pueblo?

Acaban de salir los diarios de la tarde. El vocerío de la Puerta del Sol asciende en oleaje hasta las nubes. Gritos, pregones, disputas, controversias. Los hombres hablan con todo el cuerpo. No son tantos los muertos; aún no se sabe ciertamente si, efectivamente, ha habido alguno. Pero ya se sabe de cierto que los fascistas han hecho una manifestación tumultuosa.

Por las afluentes de la Puerta del Sol bajan grupos de obreros. Vienen de los Cuatro Caminos, del Pacífico, de Vallecas, de las Ventas. Caminan en silencio. ¿Qué piensan esos hombres? Esos hombres hacen. Ha habido una manifestación fascista; las mejores calles de Madrid han estado unas horas en poder del fascismo. ¿Es Madrid una ciudad fascista? Esos obreros vienen a demostrar con su presencia en la calle la decisión de defender la ciudad.

La Puerta del Sol va llenándose de gente. De las bocas del Metro salen hilos constantes de trabajadores. ¿Los mueve alguna consigna? No; no hay consignas, no hay órdenes: no hay sino la vigilancia activa del pueblo. Los paseantes del anochecer escurren sus bultos por las bocacalles. Algunas mujeres burguesas suben temblorosas a los tranvías.

—¡Vamos, vamos; aquí va a pasar algo!

¿Por qué? Los obreros están congregándose sin aspavientos. Muchas mujeres obreras, que vienen cansadas desde los barrios extremos, avanzan con el esfuerzo de ir arrastrando algo. Un jadeo impreciso conmueve el espacio.

Los jóvenes llegan cantando «La Joven Guardia»; otros grupos cantan «La Internacional». Las notas valientes de las canciones obreras sumergen muy pronto al vocerío de la plaza. La Puerta del Sol está henchida de

pueblo. La masa se aprieta, cada vez más densa, más compacta. Miles de cabezas ondulan espesamente.

Mientras la Puerta del Sol aspira y respira como un inmenso pulmón, las calles del barrio de Salamanca se van desangrando, quedándose solas, apagadas. La reacción vuelve a percibir el aliento de la fuerza popular. Los portales aristocráticos doblan cautelosamente sus puertas. Un silencio tembloroso, lleno de ondas eléctricas, cubre las mansiones señoriales.

La muchedumbre levanta sus vítores hasta el ministerio de la Gobernación. Vibra el alma popular, encendida y brava. Los manifestantes vitorean al Gobierno, a los partidos antifascistas, al triunfo del 16 de Febrero. Piden mano severa contra el fascismo; ofrecen sus vidas.

¿Tiembla, efectivamente, la reacción? Detrás del silencio de los portales ricos, mucha gente aguarda, impaciente también, el fin de la jornada. Las bandas fascistas andan escurridas al margen de la manifestación, acechando el instante. Las murmuraciones en las veredas de la Puerta del Sol no han conseguido desbordar a las masas; los provocadores tienen que utilizar nuevos recursos.

Tal vez el desbordamiento arrase a quienes lo provoquen. Pero los reaccionarios están ebrios de pasión, enloquecidos por el despecho. Los terratenientes, los banqueros, los grandes capitalistas actúan sobre una perspectiva de sangre. La reconquista total de sus privilegios sólo puede realizarse con la muerte de una generación de trabajadores.

Quienes actúan con tanta perversidad no pueden detenerse ante ningún crimen. Tres siglos de experiencia han perfeccionado los métodos de la provocación reaccionaria.

Si el pueblo se entrega a la venganza, sólo las ametralladoras del Gobierno podrán contenerlo. La reacción trabaja fríamente. Quiere que las fuerzas armadas, en particular las fuerzas que ella maneja subrepticamente, siembren las calles de cadáveres, para que las masas se levanten contra el Gobierno, dirijan hacia éste su odio profundo y se forme así el ambiente propicio a la sublevación.

Quiere también asustar a la pequeña burguesía. Si las masas, enardecidas, cobran a sangre y fuego los asesinatos de obreros, los ultrajes, la opresión de siglos, el pequeño burgués no pensará en el hambre y la miseria del pueblo, ni en las manos siniestras de los provocadores: pensará en los estragos de la revolución.

Hace más de un siglo que la reacción envenena el alma de las generaciones con las truculencias del folletín revolucionario. En cuanto arda un edificio, miles de hombres y mujeres verán las llamas del infierno.

2. Tiros desde la iglesia.

Por las calles afluentes de la Puerta del Sol suben raudales de gente entusiasta, de obreros y obreras orgullosos de haber afirmado su antifascismo en la plaza central de Madrid. Los grupos de jóvenes marchan al ritmo de «La Joven Guardia». La iglesia de San Luis está muda, sombría; el reflejo de los faroles mancha de grasa amarilla sus harapos de piedra. Las ventanas oscuras miran la calle con la fijeza de las pupilas muertas. De pronto suenan varios tiros. Los latigazos de fuego que salen de los huecos negros tienen el dislocado frenesí de una lengua de serpiente. Cien voces claman iracundas:

—¡De la iglesia! ¡De la iglesia!

Así es. Han disparado desde el interior de la iglesia. Las balas se han estrellado en la pared de enfrente. Los hombres y las mujeres parecen hojas agitadas por el vendaval. La calle se llena de blasfemias y de gritos.

—¡Un muerto! ¡Aquí hay un muerto!

—¡Es una mujer!

No es un muerto, pero sí es una mujer. El impetuoso remolino de la masa la ha tirado en tierra. Está desmayada. Sobre su cuerpo inerte se levanta un tumulto de maldiciones. Alguien descubre varias gotas de sangre.

La iglesia, entre tanto, sigue muda y sombría, como antes, retando, impávida, al pueblo. Parece un cíclope andrajoso. Ya no es posible

contener el torbellino de cabezas, de brazos, de blasfemias que se encrespa en la calle. Algunos, para contener el ímpetu de la gente, gritan:

—¡Quietos, camaradas! ¡Nos están provocando!

Otros murmuran reflexivamente:

—Vámonos, vámonos... Lo que quieren es enfrentarnos con la Policía.

—¡Con la Policía o con quien sea, leche! —responde, iracunda, una mujer que levanta en alto el martillo furioso de su puño.

Una parvada de jóvenes, cogidos de las manos, rompe el tumulto:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Siga la manifestación!

Somos la Joven Guardia

que va forjando el porvenir...

El ritmo de la canción se corta en seco, porque han chirriado las puertas de la iglesia. El antro oscuro comienza a tragarse precipitadamente hombres y mujeres. Las sombras desaparecen en las negruras del templo, como los pececillos en la boca de un cetáceo. Todos saben lo que va a ocurrir, pero nadie puede ya evitarlo.

Un rato después aparece en lo alto de la cúpula la bandera delirante de una llamarada.

—¡A la mierda, bandidos!

Es el único comentario. Los jóvenes forman con sus brazos una cadena expansiva que hace el vacío en la calle. Las sombras que entraron en la iglesia salen una a una, solapándose, jadeantes. A veces asoma por el hueco volcánico de la puerta un brazo de llamas. Poco a poco todo el edificio engalana sus contornos con gallardetes de fuego.

Más allá, en las veredas de la Gran Vía, los resplandores del incendio llenan de pavor a las clientelas de los cines elegantes. Las dos corrientes de automóviles se paralizan temblorosamente.

—¡Qué horror! —grita, despavorida, una señora que emprende hacia arriba la calle de Fuencarral.

En el autobús que no ha podido seguir adelante, otra señora, encarándose con una multitud imaginaria, comenta:

—¿Lo veis? Esto es el comunismo.

Su marido la ordena sagazmente:

—Cállate...

Pero la señora ha perdido la noción del momento y vuelve hacia los viajeros del autobús:

—¡Qué venga el comunismo! ¡Ya verán lo que es eso cuando tengan que trabajar todos los días!

Lo dice para los obreros; sin duda para los que sufren el paro forzoso. Los viajeros admiten en silencio que el signo de la felicidad es no tener trabajo. Desde la plaza del Callao hasta la calle de Lista, itinerario del autobús, viven los seres más felices de Madrid: los que no trabajan. Con este ejemplo juzga la señora el problema del paro. Mientras ella habla, volviendo la cara de un lado a otro, para encontrar miradas de asentimiento, el marido enrojece, tiembla, suda y le da suaves golpecitos en el muslo, voluptuosamente ceñido por la falda de seda.

—¡Esto es lo que nos ha traído el Frente Popular! ¿Ves tú? Estamos a merced de la canalla.

Un joven obrero sube al autobús y le dice al conductor:

—¡Tira p'alante! ¡Ya puedes seguir!

Ha comenzado a manifestarse un principio de autoridad popular. Las bocacalles están cerradas por las cadenas juveniles; varios obreros regulan la circulación; pequeñas patrullas de trabajadores impiden el crecimiento de los grupos y cortan en germen las manifestaciones. Esta noche la señora aquella y su clase están guardados por el pueblo.

Las patrullas obreras recorren la ciudad. La iglesia de San Luis arde sobre el panorama de Madrid como una tea colosal. El reflejo de las llamas tiñe el cielo de rojo. En los portales de los barrios obreros los grupos avizoran el horizonte y localizan el incendio en los más diversos lugares.

—Está ardiendo Madrid.

—Los obreros le han prendido fuego al barrio de Salamanca.

—Ya han quemado cinco iglesias.

—Esas llamaradas son del «A B C».

—Hay más de veinte muertos en la Puerta del Sol.

—Ahora mismo va a declararse el estado de guerra.

—Los comunistas están saqueando los conventos.

—De Vallecas viene una gran manifestación.

—Las tropas del cuartel de la Montaña se han sublevado.

Son noticias lanzadas al paso, sin ninguna responsabilidad. ¿Quiénes las derraman? Voces, sombras, gestos. Los agentes de la reacción actúan de soslayo, entre bisbiseos, dejando aquí y allí gotitas de veneno.

Pero las patrullas obreras van tras ellos.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada, compañeros. Una nueva provocación fascista. Pero no pasa nada. Estad tranquilos.

Madrid, sin embargo, está tenso y vibrante. En los locales de las organizaciones obreras, hombres y mujeres aprietan su rabia en los puños.

—Ya sabemos que se trata de una provocación; pero lo que yo digo: ¿hasta cuándo vamos a consentir las provocaciones? Si no le damos lo suyo, seguirán asesinandonos impunemente. ¿A que si colgamos a unos cuantos de ellos no vuelven a disparar más contra los obreros?

Los responsables de las Organizaciones explican a los obreros que los reaccionarios quieren provocar un levantamiento popular en Madrid; no es posible colaborar con ellos; todos los trabajadores deben esperar tranquilos las decisiones de los Comités directivos. Muchos comprenden, callan y esperan. Pero no falta quien profiere amenazas sospechosas.

—No puede sacrificarse así la sangre proletaria. Ya son demasiados muertos. ¿Es que la vida de los trabajadores vale menos que la de los perros? O se declara la huelga general o quemamos medio Madrid.

Los obreros recelan de tanta indignación. Pronto se fraccionan las discusiones; los provocadores van quedando aparte, señalados, y tienen que enmudecer.

3. Noche de espera.

Los trabajadores están de veras indignados. Esperan las decisiones de sus jefes, esperan disciplinados, conscientes; pero la sangre hierve en sus venas. Cientos de obreros aguardan en los sindicatos la orden de huelga. La Casa del Pueblo ha dado una nota recomendando serenidad. De los Radios comunistas sale la misma orden. En los centros republicanos esperan las decisiones del proletariado. ¿Qué ocurrirá mañana? Los obreros quieren la huelga general. Quieren inmovilizar Madrid, hacer sentir a la reacción la potencia de sus brazos. ¿Hasta dónde la declaratoria de huelga sería un triunfo de los trabajadores? Cuando la ciudad quedase inmóvil y desamparada, el triunfo sería más bien de la reacción. No es muy difícil comprenderlo, porque en cuanto ha salido una nueva nota de la Casa del Pueblo, ordenando acudir al trabajo, nadie se ha opuesto. El proletariado madrileño está seguro dentro de la disciplina de sus organizaciones.

Aunque no habrá huelga general, las calles del centro están heladas de pánico. Han cerrado los cafés, los teatros, los cines; patrullas de asalto recorren la ciudad; los pocos transeúntes desaparecen, presurosamente, en los claroscuros de las veredas.

Por el contrario, en Vallecas, Cuatro Caminos, Ventas, Pacífico, los corros de obreros se hacen y deshacen nerviosamente. Hay ansiedad por recibir

la última noticia, por recibir la orden de lucha. Cuando regresan, ya de madrugada, los delegados de los sindicatos, todos les preguntan, vehementes:

—¿Qué? ¿Habrá huelga?

—No; mañana todo el mundo al trabajo.

Madrid ha vivido cinco horas de fuerza, de rabia, de angustia. Acaba de sumirse en el silencio de la madrugada. No habrá huelga; no habrá motín. Las masas obreras tienen la fuerza suficiente para no dejarse arrastrar por las provocaciones de la reacción.



II

1. El rumor pavoroso.

Corre hoy una noticia espantosa: están envenenando a los niños obreros.

Ayer fue domingo. Las familias obreras fueron de merienda al campo. Los alrededores de Madrid, las moradas praderas de Goya se llenaron de grupos familiares, pequeñas fiestas campestres, llenas de placidez y de ternura. Los jóvenes desfilaron al atardecer por los barrios del norte, marchando al ritmo de las canciones proletarias. Después de dos años de gobierno reaccionario, dos años sombríos, de silencio y opresión, al fin pueden desfilar y cantar libremente en la ciudad suya.

Tras los jóvenes desfilaron los niños, criaturas de ocho a catorce años, cuyas gargantas dan una frescura inefable a las canciones obreras. El paso infantil ha sido la fiesta de los barrios. Las madres seguían, orgullosas, desde la vereda, la marcha de sus hijos. Los niños venían del campo, trigueños de sol y olorosos a hierba silvestre. Toda la tarde al aire amplio y seguro de las vacaciones sin miedo; toda la tarde disfrutada en cantos, juegos, risas; toda la tarde vivida con el regocijo caliente de la libertad.

Pero, al día siguiente, los niños se han trocado en los protagonistas de la tragedia. ¿Quién puede medir la cólera de una ciudad que defiende la vida de sus niños?

Ayer, cuando los niños regresaban del campo, varias mujeres enlutadas, agentes de la reacción, se dedicaron a darles caramelos, y ahora hay muchos niños muertos...

La noticia puede ser cierta o falsa. Pero su difusión, por lo menos, está muy bien organizada. Ha corrido como una saeta en todos los barrios de la ciudad.

Quien ha intentado dudar de ella se ha encontrado con la furia encendida del pueblo.

Nunca se ha sentido vibrar con tanta cólera al pueblo de Madrid. En los mercados, en las tiendas de comestibles, en los portales, dondequiera se reúnen, las mujeres no hablan sino del envenenamiento de los niños. Poco a poco las herramientas han ido quedándose inactivas. Los hombres también comentan el crimen. La ola de indignación crece y crece en el transcurso de la mañana. Muchas madres obreras encierran a sus hijos; otras los llevan a distinto barrio.

Un grupo de mujeres frenéticas entra en la redacción de «Mundo Obrero».

—Están envenenando a los niños. Ya han muerto cuatro...

—¿Dónde están los niños muertos?

—A mí me lo han dicho... Yo sé quien los ha visto.

—No, no; tú misma. ¿Has visto alguno?

—Yo no he visto ninguno. Pero me han dicho que en una casa vecina a la mía hay dos muertos.

Nadie los ha visto. Sin embargo, todos dan detalles de las muertes. La imaginación popular urde los más espantosos sufrimientos. Los niños mueren retorciéndose de dolor; el veneno amorata sus bocas; algunos han muerto en la calle, abrasados por el tóxico.

Madrid tiene ambiente de Edad Media. El propio cielo se ha enrarecido, ha tomado sombras de pizarra. Algunas mujeres andan llenas de pavor, agarrando a sus hijos con el miedo agresivo de la gallina que siente el vuelo del gavilán.

Pero quizás el pueblo no cree tanto en la certidumbre del crimen como en la perversidad de la reacción. ¿Qué dicen las mujeres que comentan el suceso?

—Son capaces de todo: de matarnos a nosotras, de envenenar a nuestros hijos...

—Sí... son capaces.

—A España entera la envenenarían si pudiesen...

—Ningún crimen logrará saciar su sed de venganza...

¿En qué otra ciudad del mundo el pueblo podría creer que hay gentes capaces de cometerlo? En Madrid, el pueblo lo cree, y, además, la reacción es capaz de hacerlo. ¿Qué monstruosidades no pueden germinar en los oscuros recovecos de las sacristías y en los gabinetes de la aristocracia, donde hombres y mujeres, lívidos de ira, claman venganza, con acento bíblico, contra el desbordamiento de la «canalla»?

La reacción, maestra en provocaciones, no quiere organizar, sin duda, en Madrid, un espectáculo dantesco; sólo quiere agitar, enardecer a las masas, promover disturbios. ¿Qué podría sublevar con más fuerza a las bravas mujeres de Madrid, hembras henchidas de nobles pasiones humanas, que una amenaza sobre la vida de sus hijos? La reacción especula con el odio popular. ¿Cómo podría, si no supiese que el pueblo la cree capaz de todos los crímenes, haber tramado un complot tan monstruoso? Esto es lo más infame del suceso: una clase social que utiliza su propia vileza como elemento de agitación.

2. Las mujeres embravecidas.

Ya no importa que no haya un solo niño muerto. Lo que importa es que unas cuantas mujeres han repartido caramelos a los niños de los barrios obreros y que otras mujeres, solapadas en el tráfico de la calle, han hecho circular el rumor siniestro. Ahora es igual que mueran o no mueran los niños. Madrid ha sufrido sus muertes, ha experimentado el dolor y la ira del crimen.

La reacción ha realizado bien una parte del complot. Desde el mediodía hay manifestaciones en los barrios obreros. En Cuatro Caminos, los oradores rugen en lo alto de los faroles. Cuatro Caminos es el centro de la cólera popular, la hoguera embravecida. Las mujeres sólo quieren escuchar palabras de odio. Cuando los responsables de las organizaciones obreras acuden al tumulto, sus palabras son oídas con recelo. «¿Todavía —piensa, indignada, la muchedumbre— se nos pide serenidad?».

—¡Están envenenando a nuestros hijos!

Hay, además, hechos. Una mujer ha sido descubierta en el tranvía de los Cuatro Caminos con una bolsa llena de caramelos. Ya no se trata de una invención de los provocadores. La mujer ha sido vista, cogida y triturada por la multitud. Centenares de personas han tenido los caramelos en sus manos, los han apretado con sus propios dedos. ¿Quién puede negarle ahora al pueblo que no se reparten? La reacción ha sacrificado una vida, la de una desgraciada, ebria de fanatismo, que murió rezando. Pero ha conseguido dar a las gentes enfurecidas un ejemplo vivo, una prueba tangible de que se reparten caramelos, aunque no estén envenenados.

Las manifestaciones bajan hacia el centro de la ciudad. Van en tropel, rugiendo, arrebatadas por la cólera. ¿Qué propósito las conduce? Ninguno; no tienen propósito claro. Van a gritar, a rugir, a desbordarse en protestas. Quizás no se desvanezcan con la placidez de un copo de humo. En todo caso, el Gobierno no puede esperarlo confiadamente, y tiene que echar la fuerza a la calle. La provocación va cumpliéndose punto por punto.

Pero falla en lo más importante. Cuando las manifestaciones bajan por la Glorieta de Quevedo y por Santa Bárbara encuentran las bocacalles cerradas por los guardias. Las mujeres gritan iracundas. ¿Todavía se ponen ante ellas los fusiles? ¿Aún pueden disparar los guardias contra el pueblo? ¿Saben los soldados que sus propios hijos pueden tener los vientres abrasados por el tóxico?

En los contornos de Santa Bárbara vive gente elegante, clientela de la reacción. Los balcones y ventanas están cerrados. No se distingue en ellos ni el más leve trasunto de vida. Pero en el silencio de la clausura hay muchos oídos atentos al vocerío de la calle y muchas sonrisas expectantes. Los espectadores escondidos piensan que los guardias son los mismos que antes; los guardias ciegos, inflexibles y feroces. Cuanto más griten las mujeres, más terribles serán los golpes. A la reacción le interesa que los guardias sean implacables; que haya otra vez sangre popular en el pavimento. ¿Qué busca en los disturbios de hoy? Lo de siempre, el objetivo inmediato de todas sus actividades políticas: romper el Frente Popular. Gil Robles y Calvo Sotelo trabajan por separar a los republicanos de los socialistas y comunistas.

—¿No os dais cuenta, les dicen, que los socialistas y comunistas son tan enemigos vuestros como de nosotros? Socialistas y comunistas son enemigos de la propiedad privada; vosotros, en cambio, sois propietarios. Tenéis tierras o pequeñas industrias, fundáis vuestros intereses y vuestras comodidades en la libre concurrencia. ¿Lo vais a entregar todo, vuestra ideología, vuestros bienes, la herencia de vuestros hijos, a una conveniencia circunstancial?

Pero la argumentación hábil de las Cortes no sirve en la calle; en la calle es preciso argumentar de otro modo. Aunque en el Gobierno sólo están los republicanos, las masas trabajadoras tienen confianza en la mayoría parlamentaria, en el Frente Popular. Una acción sangrienta de la fuerza pública puede romper el vínculo de los obreros con el Gobierno. Que el pueblo sufra de nuevo el castigo de la represión; que corra su sangre, y nadie podrá cerrar la hendidura del bloque antifascista. Ni los socialistas ni los comunistas podrán seguir apoyando al Gobierno. Los cadáveres son una frontera inexorable. La reacción juega sobre un plano de contradicciones. Mientras en la prensa y en la propaganda extranjera describe al Gobierno con una fisonomía revolucionaria, en Madrid promueve desórdenes para señalarlo al pueblo, con hechos de sangre, como un Gobierno reaccionario. Quiere que el pueblo vuelva a sentir en su propia carne que no se han modificado los métodos represivos.

Sólo que sus cálculos han fallado en un punto: los guardias no disparan. Ante el empuje de las mujeres, uno de ellos baja el fusil y grita a los manifestantes:

—¡Haced lo que queráis! ¡Yo también tengo hijos!

Todos los guardias tienen hijos; ellos también son hijos del pueblo. Ahora sienten la misma indignación, idéntico afán de vengarse que los demás trabajadores.

Las manifestaciones pasan hasta la Puerta del Sol. En estos días la Puerta del Sol tiene la influencia sedante de un remanso. El pueblo grita, protesta, ruge ante la fachada cancerosa del antiguo Ministerio de las grandes atrocidades; pero la protesta libre mitiga sus ímpetus.

3. El oído atento a la provocación.

Después del comicio en la Puerta del Sol, en el que los dirigentes obreros han hablado desde las tribunas improvisadas, muchos hombres y mujeres se preguntan si efectivamente hay niños envenenados. No están más dispuestos que antes a deponer la venganza; pero ya han comprendido la provocación.

Las mujeres vuelven roncas a sus barrios. Han gritado y rugido con toda la potencia de sus gargantas. Vuelven en grupos, vigilantes, acechando el hilo ponzoñoso de la provocación. ¿Quién habla ahora del reparto de caramelos? ¿Quién da nuevos datos de los niños muertos? Las mujeres conocen al verdadero enemigo y le buscan en todos los recovecos de la ciudad.

Madrid adquiere de pronto millones de oídos atentos para descubrir de dónde parte el rumor, cómo circula, quién lo difunde. Muy pronto han comenzado a caer los «envenenadores» en manos de los vigilantes del pueblo. La primera ha sido una mujer que decía en un grupo, con fingida inocencia:

—Yo misma no los he visto; pero una persona de toda mi confianza ha visto dos niños envenenados en la Casa de Socorro. Los pobrecitos estaban morados; se les veía lo mucho que habían sufrido antes de morir. ¡Parece mentira! ¡Hace falta ser canallas para cometer tales crímenes! ¡Y que todavía no se haya quemado una docena de conventos! Porque este crimen tan espantoso sólo pueden haberlo cometido los frailes y las monjas; nadie más tiene entrañas para matar de ese modo a los niños. ¿No creéis vosotros que ya ha debido prendérsele fuego a las madrigueras de esos criminales?

En la Comisaría, ante las acusaciones de los obreros, centelleantes los ojos de rabia y de odio, no puede ocultar su verdadera condición: es una provocadora, mas no tan simple e inconsciente como la de la bolsa de caramelos. Sin embargo, ha sido entregada intacta a la Policía. El pueblo, sacudido durante diez horas por la más tremenda borrasca pasional, ha logrado, al fin, serenarse, hacerse otra vez dueño de sí mismo.

¿Por qué ha sido relativamente fácil dominar, en tan poco tiempo, su indignación? Porque la unión les da hoy a las masas una confianza firme en su fuerza.

La unión es el triunfo. Esta consigna ha calado hasta lo más profundo de las masas. Los obreros la comprenden, la aman, la practican con encendido fervor, aunque todavía no haya sido realizada por sus organizaciones. ¿Qué importa contenerse ante una provocación del enemigo, cuando se tiene tan clara conciencia de la propia fuerza y se ha experimentado victoriosamente su eficacia? Los trabajadores saben que son fuertes, que tienen una potencia formidable: están seguros de vencer.

III

1. El chispazo de Alcalá de Henares.

Hoy resuena en toda España el nombre de Alcalá de Henares. Los oficiales del Regimiento Ciclista, que desde hace muchos meses están comprometidos en el complot, se han sublevado.

¿Qué clase de sublevación es ésta? Los rebeldes han recorrido las calles en tropel, han obligado a los obreros a descubrirse ante ellos, a saludarles con el saludo fascista y a recluirse silenciosamente en sus hogares; las tiendas han tenido que quitar de sus escaparates las insignias y los colores republicanos, y las tropas han tomado las esquinas. Los sublevados han sido dueños de la ciudad, pero no se han atrevido a traspasar sus límites. Lo han tenido todo: el Ayuntamiento, los cuarteles, las torres de las iglesias; han puesto ametralladoras y cañones en los puntos estratégicos. No necesitaban ciertamente tanto aparato de guerra. ¿Quién podía oponérseles? Las organizaciones obreras locales, demasiado débiles, sorprendidas, además, por el levantamiento, no podían hacer gran cosa. En realidad, no han hecho nada. Si los facciosos, una vez dueños del pueblo, han dispuesto las máquinas de combate, es porque temían el ataque de las masas populares de Madrid, única fuerza que, según sus cálculos, podía batirlos.

El levantamiento de Alcalá de Henares ha confirmado las noticias de la conspiración. Hay un complot en el Ejército, y esta vez, como siempre, no ha faltado el grupo de impacientes que se lanza a tomar la delantera. Podría creerse que, a pesar de su rica experiencia en pronunciamientos, el Ejército español no ha logrado adquirir todavía disciplina y unidad en la acción. Pero de lo que se trata es de arrebatarse unos a otros la mejor presa. La reacción y el fascismo no pueden anular íntegramente sus contradicciones internas. Cada grupo quiere asegurarse por anticipado la hegemonía, y lucha sordamente, en una doble conspiración, contra sus aliados, decidido a llevarse por sorpresa la parte mollar del botín.

Sólo que ninguno de los sectores reaccionarios dispone de fuerzas decisivas para sobreponerse a los demás. Los monárquicos y fascistas

tienen la mayoría de los oficiales del Ejército; los terratenientes y banqueros de Acción Popular disponen de los recursos económicos; los tradicionalistas —monárquicos absolutistas— cuentan con algunas masas populares en el Norte; otros grupos pequeños agregan al acervo influencias locales y recursos burocráticos. Juntos, son muy poderosos; pero ninguno es lo suficientemente fuerte por él sólo para ganarle la partida a todos.

La base del complot es el Ejército monárquico fascista. Sin los oficiales no puede haber levantamiento, aunque las bandas fascistas sean eficaces colaboradores. Pero es necesario contar también con los soldados y las clases. ¿Qué ha ocurrido en Alcalá de Henares, después de la sublevación, cuando ya estaban agotados los esfuerzos de los generales enviados de Madrid para reducir pacíficamente a los oficiales facciosos? Un cabo se ha puesto al frente de la tropa y en treinta minutos ha reducido a los sublevados.

No habrá, sin embargo, rigor en el castigo. El Gobierno quiere sostener una política refrigerante. Que se amortigüen las pasiones, que el odio vaya desvaneciéndose, que la sumisión de los rebeldes se opere paso a paso y sin sangre. Constituido por hombres cuya formación ideológica les inclina a una política transigente; por demócratas que sólo confían, como los Upanisads, sus remotos antecesores ideológicos, en la fuerza implícita de la razón, el Gobierno no quiere admitir la inexorabilidad de la lucha. Tenemos razón, piensa, y somos por ello invencibles. Pero el torrente devasta el sembrado, y también los cultivos tienen razón. Todas las razones de la vida: la belleza, la alegría, el bien, el progreso, la felicidad. Sin embargo, es preciso construir, para defenderlos, vallas poderosas.

2. Habrá guerra.

A pesar de los buenos deseos del Gobierno, de su tolerante pacifismo, se derramará sangre en España. Las tierras ásperas de Castilla volverán a beber la savia caliente de los hombres; se empaparán de nuevo las calles, los campos y los montes. ¿Qué han hecho desde hace tres siglos las arterias del pueblo español, sino verterse copiosamente en la tierra? ¿Cuántos y cuán inmensos sacrificios les ha costado a los obreros y

campesinos españoles ir suavizando poco a poco, conquista tras conquista, en una lucha centenaria, el terror asiático de los señores, la opresión y la explotación feudales? Trescientos años sumida en las sombras, deshecha, devorada implacablemente por sus usufructuarios, castigada por las desilusiones y las torturas, al fin incorpora hoy España en el mundo su figura renaciente. Pero ya sabemos que no logrará imponerse y afirmarse sin sufrir los estragos de la guerra más despiadada e implacable que se ha desencadenado jamás en su suelo: la lucha por el aniquilamiento de uno de los beligerantes. Morirán miles de hombres, decenas de miles quedarán mutilados; caerán mujeres y niños; campos y ciudades, fábricas, aldeas, España íntegra, quedará destrozada, en escombros. Nada alumbra en la naturaleza sin dolor ni desgarró. En España alborea una vida nueva, gloriosa y feliz. Surge de sus entrañas con la vasta y sangrienta esplendidez de una aurora.

IV

1. Las pistolas fascistas acechan a «Pasionaria».

Estamos en las últimas etapas del proceso convulsivo. Madrid tiene una fisonomía trágica. Los combatientes no se atacan todavía en grandes formaciones; pero el combate es continuo. Las bandas fascistas hacen una guerra africana, de acecho y encrucijada. Sus pistolas miran alevosamente desde los recodos de las esquinas. Una sombra de muerte ronda las calles. ¿Quién puede estar seguro en la ciudad, donde los asesinos contratados por la reacción van detrás de los políticos del Frente Popular, atisbando el momento de matarlos por la espalda? El crimen es el argumento diario del fascismo. Una breve vacilación de los asesinos ha salvado la vida de «Pasionaria». Al cruzar la calle, hacia la redacción de «Mundo Obrero», los asesinos, apostados en la esquina, no la han reconocido a tiempo. Cuando uno de ellos ha dicho al oído del otro:

—Esa es, esa es...

Dolores había traspuesto ya el portal de la casa. ¿Qué pretende el fascismo con estos crímenes? No se trata de vengarse ni de herir inútilmente a las masas trabajadoras. La guerra está bien organizada. El fascismo quiere suprimir a los jefes del pueblo. Ha pasado el período de la agitación y de las provocaciones, para enfrentar a las masas con el Gobierno. Ahora, el crimen tiene un valor táctico. La otra noche han matado al capitán Faraudo. ¿Quién era este hombre, contra el cual el fascismo ha montado una guardia permanente de asesinos y al que se ha dado muerte en presencia de su mujer, por la espalda, tomando todas las seguridades para que no fallase el tiro? Apenas se le conocía. No era un jefe político ni una figura relevante del Ejército: era el instructor de las milicias socialistas. La reacción no busca ya golpes de efecto: busca eficacia bélica. Suprimir a Faraudo significa eliminar a uno de los jefes del Ejército Popular. ¿Qué significaría la muerte de Azaña, de Martínez Barrio, de «Pasionaria», de José Díaz, de Indalecio Prieto? Dejar a las masas antifascistas sin los jefes políticos que, cuando se desencadene la guerra, serán los encargados de movilizarlas y conducir las a la batalla. Suprimir a

los jefes militares del pueblo tiene la misma significación: desorganizar anticipadamente el Ejército Popular.

2. Fascismo contra democracia.

Anoche han disparado desde un automóvil contra un grupo de obreros que salía de la Casa del Pueblo y han matado a tres de ellos. ¿Indica esto una rectificación de la táctica, una vuelta a las provocaciones de agitación? No; responde al mismo propósito. La reacción quiere también desmoralizar a las masas. Los obreros han comenzado a defenderse. Varios asesinos fascistas, que se reunían en un café de la calle de Torrijos, han sido castigados por los obreros. El fascismo ha sentido el peso de la mano castigadora; ha comprendido que los obreros se han cansado de soportar las provocaciones, de contener disciplinadamente sus anhelos de venganza y que están a punto de lanzarse en avalancha sobre él. Ahora intenta desmoralizarlos. Los dirigentes reaccionarios creen, sin duda, que diezmando a los trabajadores van a infundir el pánico en las filas obreras.

El centro del ataque se dirige, naturalmente, contra los proletarios. ¿Por qué centra el fascismo sus acciones más sangrientas contra el proletariado? Porque el proletariado es el eje central de la lucha contra el fascismo; la fuerza más poderosa y decidida del pueblo. Pero la lucha es franca y abierta del fascismo contra la democracia. ¿Quiénes forman las bandas de asesinos fascistas? Ya no son únicamente los mercenarios. La reacción compromete en la lucha a su propia carne. Junto con los criminales a sueldo, actúan los jóvenes estudiantes, hijos de los terratenientes y de los grandes capitalistas. La lucha es demasiado profunda para llevarla adelante con fuerzas de alquiler. Cada una de las fuerzas antagónicas entrega su sangre. Las milicias obreras están formadas por miles de jóvenes socialistas, comunistas, anarquistas, republicanos y sin partido que sienten en estas horas solemnes de España el llamamiento histórico de su clase; las falanges del fascismo reúnen, por su parte, a la juventud reaccionaria. Al paso de estas formaciones bélicas, bajo los sordos estremecimientos del crimen, se siente ya el temblor de la guerra sobre el suelo español.

Durante los dos últimos años la reacción ha hecho esfuerzos enormes para arrebatarse al antifascismo las capas medias de la población. Pero no lo han conseguido. Una agitación bien dirigida ha impedido que el fascismo lograra enturbiar la conciencia de los sectores vacilantes, de aquellas capas sociales que, en Alemania e Italia, acudieron ilusionadas al fascismo. Además, algunas capas pequeño-burguesas, como ciertos núcleos intelectuales y, en general, los campesinos, que en otros países no han podido ser movilizadas oportunamente contra el fascismo, en España tenían la experiencia de los anteriores ensayos fascitizantes. Primo de Rivera, después del pronunciamiento de Barcelona, intentó construir, con el aparato de la dictadura, un movimiento de masas y fundó la Unión Patriótica, amasijo de aventureros, arribistas, fracasados y tráfugas de los partidos monárquicos más reaccionarios. Gil Robles y los jesuitas también han querido encuadrar a la pequeña burguesía en una organización fascista. El intento, después de la experiencia de Primo de Rivera, ha resultado imposible. ¿Qué proposiciones demagógicas podía utilizar un partido como Acción Popular, que recogía la herencia de los crímenes de la dictadura, de los asesinatos judiciales de Vera del Bidasoa, de la explotación implacable de los campesinos andaluces y castellanos, de las vejaciones a los intelectuales y hasta el mismo personal de la Unión Patriótica? Los demagogos de Acción Popular se encontraron con un pueblo que tenía en el cuerpo las cicatrices del fascismo.

El Gobierno republicano-socialista de los dos primeros años de la República fue, en cierto modo, el Gobierno de los intelectuales demócratas, apoyados por los socialistas; el Gobierno de octubre del 34 ultrajó a los intelectuales, persiguió a los obreros y arrojó de las tierras, con la ley de desahucios agrícolas, a centenares de miles de colonos, arrendatarios y trabajadores campesinos. ¿Cómo podía ilusionar ahora a los intelectuales ni qué engañosa confianza podía infundirle a los campesinos un partido que, pocos meses antes, había vejado y perseguido a unos y entregado los otros a la voracidad implacable de los terratenientes y usureros? El fascismo ha tenido que desenmascarse; defender sin disimulo ni engaño los intereses de la Iglesia, de los grandes industriales, los terratenientes, capitalistas, banqueros, de todos los que, como ha dicho Gil Robles, «tienen algo que perder».

Pero los que tienen mucho por ganar, los que sólo con la derrota del fascismo pueden encontrar su liberación y abrir ante ellos un horizonte de paz, trabajo y bienestar, han formado contra él ese gran bloque de lucha que se llama Frente Popular.

3. Otro jefe asesinado.

Sólo en una guerra tan inexorable, uno de los beligerantes puede haber urdido el plan siniestro de matar, antes de la batalla, traidoramente, a los jefes del adversario. El pueblo español, sin embargo, no se aterra. Este pueblo ha sufrido las hogueras de la Inquisición, el «garrote vil», los potros de las mazmorras inquisitoriales, los cuartelillos de la Guardia civil; tiene el alma templada por todos los horrores, y ante la ferocidad asiática de la reacción, permanece firme, seguro de sí mismo, resuelto a sostener el combate.

Hoy ha caído otro jefe militar del pueblo. Después del asesinato de Faraudo, las bandas fascistas acechaban al teniente Castillo. El crimen se ha perpetrado con una precisión absoluta. Entre el vaivén de la gente, los asesinos, apostados cerca de la casa, han esperado el momento exacto de dar el golpe. La escena ha sido muy rápida. Alguien oyó decir:

—¡Ese es!... ¡Tira!

Inmediatamente sonó un disparo. Castillo intentó recurrir a la pistola, pero no tuvo tiempo: la bala le había destrozado el corazón.

La noticia ha volado por todo Madrid. Muchos obreros, muchos antifascistas no saben quién era Castillo ni conocen su actuación; sin embargo, por instinto, se dan cuenta de lo que significa su muerte.

En un café obrero de los Cuatro Caminos la noticia ha entrado con la vibración de una onda.

—¡Han matado al teniente Castillo!

Todos los ánimos se han henchido de cólera.

—¿Y todavía vamos a cruzarnos de brazos?... ¿Cuántos más tienen que matar para que vayamos por ellos?

—Lo que envalentona a esa canalla es que aún no les hemos hecho nada. O el Gobierno les mete mano o se la metemos nosotros.

—Yo digo lo que he dicho siempre: vida por vida. Por cada uno de nosotros que asesinen, debemos colgar a dos de ellos.

—Nos dicen que son provocaciones. Justo: son provocaciones. Pero si no les contestamos como merecen, van a asesinarnos a todos los jefes y a destrozarnos el movimiento obrero. Yo creo que ya ha llegado el momento de cobrar ojo por ojo.

En un portal de la calle Bravo Murillo hay un grupo de mujeres indignadas.

—Si ahora no se les hace algo serio, diga usted que los obreros no tienen huevos.

La frase interpreta la indignación del pueblo. Los obreros comienzan a sentirse humillados. ¿Hasta cuándo se van a tolerar los crímenes fascistas? Los trabajadores tienen el presentimiento de que la tolerancia estimula los crímenes del fascismo. Cuanto más se les tolere, cuanto más blandas sean las reacciones del Gobierno, mayores serán los crímenes de las bandas fascistas.

Un pueblo que siente la necesidad de valerse por él mismo no puede permanecer tranquilo. ¿A dónde va a llegar esta noche la marejada popular? Quizás Madrid no está ya invadido por una multitud desbordada, porque, en realidad, las masas no conocen bien al muerto. Si el asesinado fuera un jefe más conocido, miles y miles de obreros estarían ya vengándole. Pero el desconocimiento de Castillo les desorienta. Muchos acaban de enterarse de su nombre y de saber que es un oficial de Asalto. En cambio, los militares antifascistas se dan cuenta de que el fascismo lleva adelante la supresión física de los oficiales que pueden oponerse al levantamiento. En las tertulias militares del Café Colón la protesta indignada, voraz, corre de mesa en mesa, como una lengua de fuego. Castillo era de ellos, de este grupo de oficiales, núcleo militar del antifascismo, que ha formado la Unión Militar Antifascista. Durante el bienio reaccionario, los oficiales republicanos, socialistas y comunistas, se han reunido en este café para seguir de cerca las maquinaciones de los

conspiradores; de aquí han salido muchas noches a montar la guardia en las esquinas de la Puerta del Sol y en la vecindad de los cuarteles.

Aquí es donde se concreta y califica esta noche la indignación popular. Un oficial ha surgido de pronto en pie sobre una silla:

—Ya estamos hartos de tantos crímenes —ha gritado, ronco de ira—. La muerte de Castillo hay que vengarla. Si no lo hacemos, el pueblo tendrá derecho a decir que somos unos cobardes. ¿Hasta cuándo vamos a permitir que nos maten? Nosotros no tenemos alma de cordero y no queremos inclinar la cabeza para que nos degüellen. El Gobierno hará lo que quiera; pero la muerte de Castillo tenemos que vengarla nosotros. ¡Mueran los asesinos fascistas! ¡Viva la República!

El público irrumpe en masa. Los brazos y los gritos arden como llamas. Han muerto ya, asesinados, docenas de obreros, de antifascistas; han caído uno a uno, en las sombras, segados por el golpe alevoso, y las bandas fascistas siguen cometiendo nuevos crímenes. La cólera de los trabajadores hincha el ambiente. Hombres y mujeres sienten esa tensión temblorosa que dispara el ímpetu de la fiera acosada.

—¿Crees tú que si le hubiésemos respondido en la misma forma hubiesen llegado a tanto?

—Eso es lo que ellos querían; por esto nos provocan. Si les hubiésemos cobrado vida por vida, ya habrían logrado destruir el Frente Popular. ¿Qué le importa a Gil Robles ni a Calvo Sotelo la vida de los pistoleros que utilizan?

—No se trata de acabar con los pistoleros, sino con quienes los emplean.

—Eso es otra cosa. Tal vez tengas razón, porque los verdaderos criminales son ellos... El Gobierno ha debido meterlos ya en la cárcel...

—Yo no soy partidario de eso. La justicia tiene que hacerla el pueblo...

Así hablan dos antifascistas en un coche del Metro. No son obreros; más bien parecen funcionarios. El deseo de venganza envuelve la ciudad en un aire caliente. La gente no está segura sino de su propio brazo. Si la idea

de una justicia popular no palpitase con tanta fuerza en el ambiente, no habría podido surgir en la mente de un hombre tan apacible como ése.

El mismo sentimiento baja todavía a capas más hondas. Los guardias tienen también una idea fija. El cadáver de Castillo está velándose en la sala de la Dirección de Seguridad. Un guardia, recio y bravo como un toro, ha contemplado largamente el rostro lívido de su teniente. Luego, sin mirar a nadie, ha salido a sentarse en el banco del portal.

—No —murmura de pronto para él solo—; esto no puede quedar así...

Otro guardia se ha apretado enérgicamente el cinturón:

—Esta noche hay que hacer algo...

—¿Qué? —le interroga un tercer guardia, mirándole fijamente a la cara.

—Tú lo sabes ya. Ese crimen hay que castigarlo.

Uno a uno van pasando los guardias ante el cadáver de Castillo, y el cruce de sus miradas tiene la energía amenazadora de un juramento.

4. El pueblo cobra vida por vida.

Madrid se ha dormido con fiebre. Está desolado. Como en las horas más lúgubres, algo ahuyenta a los transeúntes. Han desaparecido las tertulias que las gentes de Madrid acostumbran formar en los paseos y las terrazas de los cafés. La madrugada está vacía; alta y sola hacia la inmensidad de las estrellas.

En la mañana, cuando Madrid recobra la plenitud de sus ruidos, la ciudad recibe una noticia tremenda: ha desaparecido Calvo Sotelo. Le han raptado varios hombres vestidos de uniforme que le visitaron de madrugada. Una de sus criadas refiere la escena:

—Yo no sé bien quiénes eran. Parecían guardias de asalto y también creo que había guardias civiles. Cuando llamaron, les abrí yo. Uno, que era como el jefe, me dijo que necesitaba ver al señorito. Yo le pasé recado. El señorito salió entonces sin vestirse, con un batín, y conversó un instante con ellos. Le dijeron que tenían que llevárselo a la Dirección de Seguridad,

y ya no le dejaron solo. Mientras el señorito se vestía, dos de los guardias estaban con él. Tampoco le dejaron hablar por teléfono. El que hacía como de jefe le dijo que lo único que tenía que hacer era salir en seguida. El señorito se sonrió, pensó un rato y les dijo: «Bueno, vamos». Poco después de marcharse oímos el ruido de un camión...

¿Qué burla siniestra había en esa sonrisa? Calvo Sotelo estaba al tanto de muchas cosas. Era uno de los jefes de la conspiración, el más inteligente, el más decidido, el que tenía más confianza en el triunfo. Todo aquello le parecía sin duda un juego de inocentes. Le estaban deteniendo los mismos guardias que pocos días más tarde irían tras él de escolta. ¡Pobres autoridades del Frente Popular! El destino les deparaba el último ridículo. El hombre que muy pronto las iba a exterminar, salía de madrugada, entre guardias, a presentarse ante el jefe de Policía. ¿No era aquella sonrisa como un guiño de Rinconete? La criada ha dicho que «pensó un rato». Todas las luces de la picaresca española ardieron entonces en su mente... ¿Cuántos hombres en España han salido de la cárcel a la Jefatura del Gobierno? La historia volvía a repetirse. Pero aún había algo más regocijante. ¿Dónde estaban los otros jefes reaccionarios? Gil Robles había salido aquella misma tarde para Francia; de Goicoechea no se tenía noticia ninguna. Calvo Sotelo en la cárcel, guardado primero por la gazmoñería del Frente Popular, rescatado después por la sublevación triunfante, quedaba solo y seguro al lado mismo del Poder. El juego era de pícaro, con triunfos marcados.

Desde muy temprano están funcionando activamente las brigadas policiales. Nadie sabe adonde ha ido a parar Calvo Sotelo ni quiénes son sus raptos. Por lo visto, la historia no se repite. Es la primera vez que en España desaparece así un jefe político.

Al mediodía han llamado por teléfono del Cementerio del Este a la Dirección de Seguridad.

—Oiga, aquí hay un cadáver que no sabemos de quién es...

Nadie tiene dudas: es el de Calvo Sotelo.

Cuando los periodistas, ojos del pueblo, han acudido al depósito del Cementerio, los guardias vigilan implacablemente la entrada. Calvo Sotelo

está ahí, sobre la mesa mortuoria, convertido en un montón de carne muerta. Los detalles de la ejecución se advierten en el cadáver. La cabeza tiene dos heridas de bala. El último gesto, el que se graba en la cera de la muerte, es un gesto de lucha. Calvo Sotelo ha luchado antes de morir. La sonrisa picaresca se ha trocado, al encontrarse ante las tapias del cementerio, en un esfuerzo desesperado, frenético, angustioso por salvar la vida.

Esta muerte cierra un capítulo de la historia de España. Los obreros, los trabajadores, los antifascistas no se duelen de ella. Las calles están demasiado teñidas de sangre. Pueblo y fascismo se odian con un odio ciego, con un odio que abrasa la carne.

La contienda política alcanza una temperatura abrasadora. El pueblo ha ganado una gran batalla. No es dable celebrar la muerte de Calvo Sotelo. Pero la reacción tampoco puede quejarse: ella ha dado el ejemplo. Sus bandas fascistas han asesinado a varios jefes militares de los trabajadores, a muchos obreros; ella, en cambio, acaba de perder a su mejor jefe político.



JULIO

I

1. Día 17.

En el Congreso de los Diputados hay un ambiente blando. La representación reaccionaria ha desaparecido de los pasillos y del propio Salón de Sesiones. Pocos días antes, en el debate sobre la muerte de Calvo Sotelo, Gil Robles y Rodezno han lanzado el reto definitivo. Pero el Congreso no puede vencerse a sí mismo. Es optimista, incorregiblemente optimista. Los diputados republicanos y muchos socialistas sonríen con un escepticismo despectivo ante la ausencia de los reaccionarios.

—¿Qué hay del complot?

—¡Bah! Lo mismo de siempre: fanfarronerías de las derechas.

—Dicen que los militares están conspirando activamente.

—Eso lo han dicho muchas veces.

—Lo que hace falta es que se levanten de una vez... En una hora acabaría la sublevación. Casares Quiroga tiene todos los hilos en la mano. Ya se conoce quiénes pueden ser los sublevados... Franquito, Goded... Pero Casares Quiroga cuenta con casi todos los jefes.

—No estaría de más que unos cuantos estuvieran en la cárcel.

—¿Para qué? Ya se acabaron en España los pronunciamientos militares... El 10 de Agosto terminaron para siempre... Todo aquello ha pasado a la historia... Eso de disolver el Ejército y meter en la cárcel a los generales es el latiguillo de ustedes, los extremistas.

Los extremistas no creen, sin embargo, en el complot. No hace mucho, la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista ha convocado una reunión con la Ejecutiva de la U. G. T. para discutir las noticias confidenciales de la conspiración reaccionaria. En la Ejecutiva de la U. G. T. están Largo Caballero y su grupo. ¿Cómo han recibido la invitación? Con sonrisas y guiños maliciosos.

—Ésa es una martingala de Prieto. No hay que morder el anzuelo.

—¿Y si es verdad?

—Ca. En España no conspira nadie. Los militares saben que si se lanzan a la calle, el pueblo les aplastará en seguida. Nada de reuniones con Prieto.

Largo Caballero ha repetido públicamente el mismo comentario.

«Si se quieren acaparar el gusto de dar un golpe de Estado, que lo den; ya lo dio Primo de Rivera. Todos vimos el fin que tuvo».

Todos, claro es, no participan de esta opinión. «Mundo Obrero» ha contestado en seguida. No; no es posible dejarlos. Lo preciso es contener la conspiración, aplastarla antes del estallido. Dejarlos significa concederles la posibilidad del triunfo. Pero ante estos razonamientos, los extremistas, sin inmutarse, sonríen desdeñosamente.

Los que juzgan el momento actual con una interpretación mecánica de la historia son precisamente los más antihistóricos. No advierten el cambio fundamental de las circunstancias. El movimiento revolucionario de las masas populares ha logrado una profundidad y una extensión que no tenía el año 30; la reacción y el fascismo, por otra parte, han fracasado en sus propósitos de infiltración pacífica, tan provechosa para ellos el año 31, y en su política terrorista del 34 y 35. Después del 16 de Febrero, la reacción y el fascismo no pueden hacerse la ilusión de reconquistar democráticamente el Poder ni de impedir el desarrollo de las conquistas democráticas del pueblo. ¿Qué salida pueden darle entonces a la situación actual? No tienen a su alcance más que la tentativa violenta, y la emprenderán, sin duda. Pero los hombres de realidades tienen un escepticismo inerte, que les permite vivir con tanta tranquilidad como una renta vitalicia, y cierran dulcemente los ojos a todos los peligros.

El pueblo, por el contrario, no duda del levantamiento; sabe que el fascismo lanzará el ataque a fondo. Pero no se desalienta; se embravece más. Porque está seguro de sus fuerzas. Los obreros, los empleados, todos los antifascistas, enardecidos por el triunfo de Febrero, tienen fe en la victoria. Una fe inquebrantable, firme, sin vacilaciones. Cuando uno

recorre los barrios obreros, en los cafés, en los locales políticos, dondequiera habla el pueblo, oye las mismas palabras:

—Tendrá que correr mucha sangre... Pero los aplastaremos.

Palabras de hierro; palabras de fe y confianza.

2. La primera noticia.

Cuando más apacible era la tertulia en los pasillos del Congreso ha vibrado, de pronto, el teléfono desde Ceuta. Es una llamada angustiosa a Indalecio Prieto. Los dirigentes de la Casa del Pueblo han aprovechado el último instante, con los fusiles facciosos sobre ellos, para comunicar a Prieto la sublevación de la plaza. La noticia estalla como un petardo. Prieto, sin decir nada, sale para el ministerio de la Guerra. Está sublevado el ejército de África. ¿Cuál es la extensión del levantamiento? Al principio hay quien habla por intuición.

—Pues mire usted: si se han sublevado los de Ceuta, yo calculo que a estas horas estarán completamente dominados. Allí hay dos o tres oficiales republicanos de siempre —yo los conozco bien—, que, a poco que hayan podido reunir a unos cuantos soldados y a los obreros de la Casa del Pueblo, han dado ya fin de los revoltosos. Porque, además, son los únicos que tienen huevos...

El optimista cruza entonces las piernas para hundirse más todavía en el diván y darle así mayor aplomo a su afirmación. Otro contertulio adopta un método experimental: pide comunicación telefónica con Ceuta. La iniciativa prende en el ámbito de la Cámara. Bien pronto todas las cabinas están solicitadas para hablar con Marruecos. Se piden comunicaciones con Ceuta, Melilla, Tetuán, Larache, Xauen. Ninguna de estas ciudades puede contestar. La Central se limita a responder en forma burocrática.

—Está cortada la línea.

—¿Por qué?

—No lo sabemos.

—¿Tienen ustedes alguna noticia?

—No sabemos nada.

El optimista intuitivo aplaca en seguida la inquietud que no puede aplacar la ignorancia de la telefonista.

—Lo que ocurre es que, seguramente, el Gobierno se ha apoderado de todas las líneas para evitar que los revoltosos de Marruecos se comuniquen con sus cómplices en España. Pero tengan ustedes la seguridad de que a estas horas está todo terminado. Yo conozco bien aquello.

—Es alarmante que no conteste ninguna plaza de Marruecos.

—No me parece. Lo natural es que las autoridades impidan el libre uso del teléfono.

Un diputado republicano lleva al Congreso noticias frescas.

—Casares no sabía nada. La primera noticia la ha llevado Prieto.

—¿Y qué?

—Parece que el movimiento es general en todo Marruecos.

—¿Y en España?

—Hasta ahora no hay nada...

—Ni habrá —interrumpe el optimista—. Tengan ustedes la seguridad que no ha sido más que la locura de unos cuantos desesperados. En el Ejército hay muchos carcas, pero también hay bastantes buenos republicanos... Además, hay que contar con los soldados... Nada... Otro 10 de Agosto, y en Marruecos... Ahora es preciso que haya mano dura en los castigos, para que nadie más vuelva a soñar en levantamientos.

—¿Se sabe quién es el jefe?

—Hay un poco de confusión. Alguien habla de Franco, pero no puede ser... Franco está en Canarias...

La tarde transcurre entre comentarios y conjeturas. El Congreso se transforma en un vivero de rumores. De una sala a otra surge,

inesperadamente, la noticia más incongruente. Cuando al anochecer aumenta la concurrencia, el vocerío adquiere proporciones de mercado. Hay profecías, disputas, cálculos de probabilidades y abundante confianza en el Destino.

—Yo lo he dicho siempre: movimiento que no se inicia y triunfa rápidamente en Madrid, movimiento fracasado.

La sentencia conforta los ánimos. En ella han prendido las esperanzas de todos. Las clientelas del Congreso tienen ahora una confianza firme. ¿En qué confían? No es, naturalmente, en la fuerza popular, en las disposiciones del Gobierno ni en su esfuerzo propio. Confían en aquel juicio cargado de inercia.

3. La calle.

En la calle hay un cierto runrún. Como siempre, las inquietudes íntimas del Parlamento trascienden a la calle con mucha debilidad. El caserón del Congreso tiene mala fama. La gente sabe que allí se inventa mucho y que las imaginaciones parlamentarias son mucho más fecundas en los pasillos que en el Diario de Sesiones. En la calle, además, hasta donde irradia la voz privada del Congreso, bulle precisamente la fauna más escéptica: los descontentos, los recelosos, los que sostienen su ánimo a fuerza de no creer.

—¿De dónde viene esa noticia?

—Me lo han dicho en el Congreso.

—¡Bah! Seguramente no es cierta. Si lo fuera, ya dirían algo los periódicos de la tarde.

El espectador de la política prefiere las versiones del café. Pero el café, que ha sido el receptor más agudo del proceso conspirativo, hoy no sabe nada. El contertulio no concibe que la tertulia pueda ignorar un acontecimiento de tal magnitud. Para él, toda la vida española tiene que sonar, inevitablemente, como una moneda, en el mármol del velador.

Hay algo, sin duda, aunque haya ocurrido fuera de la perspectiva del café. Madrid es el centro nervioso de España. ¿Intentan acaso los sublevados paralizar antes todos los músculos del país? Ahora, por lo pronto, mientras en la lejanía de Marruecos estalla la guerra, Madrid está tranquilo e ignorante. La gente pasea su alegría vital bajo las acacias. El calor de julio enciende la carne moza. En los portales comienzan a formarse las tertulias del anochecer. Toda la ciudad tiene un bullicio de feria.

Es evidente que la conspiración está quieta en Madrid. ¿Qué espera? ¿Es el plan o se han roto los contactos? Lo que sea. Pero mientras en África corre ya el huracán de la barbarie fascista, Madrid, aparentemente, no sabe nada ni hace nada. La superficie de la ciudad continúa bullendo con el hervor feliz de la espuma. El drama germina en el fondo.

Bajo el despreocupado alborozo de la calle, la guerra ha comenzado, en efecto, implacable. Las fuerzas enemigas están movilizándose. La reacción y el fascismo se apiña en los más oscuros rincones. La conspiración actúa con mucho sigilo. Sus agentes no circulan ya descaradamente. Los conciliábulos de los conjurados tienen un secreto que no tenían antes. Parece que no existen. Sin embargo, nunca han sido tan vehementes y activos como en esta hora en que han comenzado a jugarse la carta decisiva.

El fascismo está midiendo el zarpazo. ¿Qué hace, entre tanto, el Gobierno? Los guardias de asalto custodian los principales edificios públicos, la Guardia civil ha sido recluida en sus cuarteles. Contra los oficiales del Ejército aún no se ha tomado ninguna medida. ¿Hasta dónde puede contar el Gobierno con la Policía? La experiencia de los últimos meses no infunde confianza.

Por el momento, el Gobierno tiene atentos los oídos al resto de España. Apenas entrada la noche, los representantes del Partido Comunista han ido a proponerle a Casares Quiroga el armamento del pueblo. Casares no ha querido acceder.

—La situación no es tan grave —ha dicho—. El Gobierno cuenta con muchas guarniciones. En Madrid no hay nada.

Pero el Partido Comunista no tiene tanto optimismo. De arriba abajo, todos sus órganos están funcionando activamente. Hay reunión continua de Comités. Los militantes han sido movilizados. En todos sus locales se han establecido guardias permanentes. Los dirigentes se han puesto en contacto con los representantes de los demás partidos del Frente Popular y con las organizaciones obreras. Socialistas, anarquistas y republicanos han comenzado también a movilizarse. La milicias de las Juventudes actúan ya en pie de guerra. Todos se reúnen, discuten brevemente y adoptan decisiones de lucha.

Madrid está alerta.

4. La noche.

Madrid duerme esta noche su última noche de paz. La noticia de la sublevación ha quedado dentro de los círculos políticos. La mayoría del pueblo no la conoce. Como todas las noches de verano, al punto de las once se han deshecho las tertulias de los portales. Las mujeres han arrastrado indolentemente las sillas y han ido agotando el chisme sobre los peldaños de la escalera. En los cafés apenas hay rumores imprecisos; los más avisados guiñan el ojo al último rumor y van lentamente, calle tras calle, en la frescura de la media noche, desliando en el airecillo del Guadarrama la inacabable urdimbre de los imaginistas de café.

Los que nada saben van a dormir tranquilos. Pero las patrullas antifascistas vigilan disimuladamente los sitios estratégicos, la vecindad de los cuarteles, los locales de los partidos y de las organizaciones obreras y democráticas. Las viejas pistolas tiemblan de impaciencia en los bolsillos recatados de los vigilantes. ¿Se trata hoy también de una movilización preventiva? Nadie pregunta nada. Los militares revolucionarios cumplen abnegadamente su deber. Van donde les mandan y se aperciben a luchar con los sublevados en cuanto despunte la sublevación. En los hogares obreros están acostumbrados al espectáculo. Cientos de familias han visto salir a sus hombres, frecuentemente, en la misma disposición de combate y no pueden sorprenderse de verles salir una vez más.

Pero en los centros políticos la vela es agitada y vehemente. En la Casa del Pueblo se han concentrado los órganos directivos de los principales

sindicatos. Hay ya el acuerdo de huelga general. Los panaderos, los tranviarios, los dependientes de comercio están advertidos: apenas se produzca el primer intento de sublevación fascista, debe paralizarse totalmente el trabajo. Toda la ciudad quedará parada en seco. Todos los obreros, todos los antifascistas entrarán en lucha.

En los locales anarquistas ha vibrado con tanta fuerza como en los demás locales proletarios la emoción del momento. La huelga de la construcción, sostenida a rajatabla durante más de sesenta días, incluso contra las demás organizaciones obreras, ha terminado en seguida. Aunque todavía no han circulado las órdenes, ya están tomadas las decisiones. Los anarquistas se disponen a batirse junto con sus hermanos de clase y con todos los antifascistas. La reacción venía especulando con las discrepancias ideológicas de los obreros. Confiaba en la intransigencia anarquista. Algunos agentes reaccionarios, solapados en las filas libertarias, han azuzado el antagonismo con los socialistas y comunistas; han querido promover incluso choques sangrientos sobre la disputa de la Construcción. Una provocación subrepticia, quizás de años, en los medios proletarios, ha pretendido jugar ahora la partida más importante: destruir con sangre la unidad obrera. Pero en la oportunidad decisiva, el volumen arrollador de las masas, el profundo sentimiento clasista de los dirigentes ha roto las expectativas reaccionarias. Los anarquistas también están en fila de combate. La C. N. T. y la F. A. I. se disponen a luchar lado a lado de la U. G. T., del Partido Comunista, del Partido Socialista, de los partidos republicanos. El tremendo bloque antifascista aprieta esta última noche de paz sus filas gigantescas.

No hay armas. El Partido Comunista ha insistido en su demanda al ministro de la Guerra. Casares no cede. Está convencido de que se trata de un movimiento parcial. Madrid, por lo demás, según él, está suficientemente defendido por los guardias de Asalto y las fuerza adictas. ¿Cuáles son las fuerzas adictas? Es muy difícil saberlo. Mientras no se produzca la sublevación, no es posible saber qué fuerzas defienden al Gobierno y cuáles están con el fascismo. En el ministerio de la Guerra, por lo menos, no lo sabe nadie. El ministro recibe de minuto en minuto nuevas noticias. Pero los teléfonos dan informes sobremanera sospechosos. Todas las guarniciones de la Península contestan un indescifrable «sin

novedad». El Ministerio tiene que aceptar las respuestas como un acto de adhesión, sin profundizar las averiguaciones. Porque al ahondar comienzan las vaguedades y las incertidumbres. Sin embargo, el Ministerio tiene confianza y espera. El Palacio de Buenavista conoce bien la escena, repetida muchas veces en la historia de España. Los despachos ministeriales están habituados a permanecer toda la noche atentos a las noticias de las sublevaciones. Han oído, incluso, como el 10 de agosto del 32, los disparos muy cerca de sus propias puertas. Pero a la mañana siguiente todo ha pasado como el vértigo de una pesadilla.

Madrid, entretanto, duerme. Las patrullas obreras, vanguardia del antifascismo, vigilan. La reacción continúa solapada, en acecho. Los cuarteles están cerrados, silenciosos. Los comités obreros continúan atentos a los más leves rumores. No se sabe nada de Marruecos; muy poco de Canarias. El gobernador ha comunicado por Radio que defiende el Gobierno civil con los guardias de Asalto. Dice también que los obreros están batiéndose en las calles. El amanecer prematuro del verano sorprende a las patrullas en sus puestos y a los dirigentes obreros y a los jefes antifascistas sobre la pista de los acontecimientos.

El drama parece todavía lejano. No obstante, a pocos pasos de Madrid, en la Ciudad Lineal, vibra en el alma de un hombre: Benjamín Balboa López, radiotelegrafista de Marina. Balboa ha descubierto el complot. Un dispositivo secreto en el teléfono del jefe de la Estación Radiotelegráfica de Marina, le ha permitido enterarse de las primeras órdenes de los sublevados. El jefe de la estación, capitán de corbeta Ibáñez de Aldecoa, participa en la conspiración. Balboa le ha puesto la pistola al pecho, lo ha detenido en uno de los despachos y ha tomado el mando de la estación. Todos los subalternos le secundan.

La estación capta sin descanso los radiogramas desesperados de los rebeldes. Franco urge desde Marruecos a las guarniciones de la Península. Da órdenes también a la Escuadra. Balboa recoge y paraliza los mensajes a los jefes de la Marina y se pone en contacto con los telegrafistas de los barcos. Les informa del levantamiento, de la complicidad de los jefes y oficiales. Mientras los oficiales comprometidos esperan en sus cabinas las órdenes de Franco, las clases y marineros,

informados por Balboa, se reúnen en los comedores y dormitorios para apoderarse de los barcos. Poco después, la mayor parte de la Escuadra ha sido arrebatada a los sublevados. Comienzan a llegar los primeros despachos de las tripulaciones victoriosas. Balboa los recibe en la Ciudad Lineal e informa al ministro. El triunfo antifascista de la Escuadra se ha obtenido silenciosamente, por comunicación inalámbrica y por el esfuerzo espontáneo y heroico de los rangos inferiores de la marinería.

El día amanece con la buena nueva. En la Estación Radiotelegráfica de la Ciudad Lineal está preso y vencido el capitán Ibáñez de Aldecoa. Éste es el símbolo de la lucha. En muchos barcos también están presos los oficiales o han perecido en el combate.

La primera victoria del pueblo se ha obtenido en el mar. En tierra no se ha logrado todavía victoria ninguna. Los diarios de la mañana publican el primer comunicado del Gobierno. Madrid conoce ahora que la sublevación ha comenzado en Canarias y Marruecos. «En la Península, dice el Gobierno, hay normalidad absoluta; la rebelión será dominada muy pronto». El optimismo de la nota no consigue adormecer el ánimo del pueblo. ¿Cree efectivamente Madrid que la lucha ha quedado limitada a Marruecos y Canarias? ¿Cómo puede creerse que la lucha no va a trascender de Marruecos y Canarias, si todo el mundo sabe que Madrid es la gran fortaleza de España, el reducto más fuerte del antifascismo y el centro dirigente de la reacción? No es posible la victoria final sin Madrid; en Madrid tiene que decidirse la guerra. La reacción y el fascismo esperan el momento oportuno. Entre tanto, allí están, aunque ocultas, disponiéndose al ataque, las bandas fascistas que hace apenas días asesinaban a los obreros; allí están, en los cuarteles, aunque por el momento silenciosos, los jefes y oficiales comprometidos en la sublevación; allí están, también, en los barrios aristocráticos, incluso en las barriadas semiobreras, la juventud reaccionaria y fascista, organizada e instruida militarmente desde hace dos años por sus partidos.

El pueblo, consciente de la grandeza histórica del día, tensa sus músculos para el combate. Madrid no ha interrumpido su normalidad. Los obreros marchan al trabajo con la energía fresca de la mañana. Los desocupados forman grupos al sol. En las oficinas y tiendas se inicia el trajín. Las

mujeres acuden a los mercados. Todo Madrid conoce la noticia; todos los trabajadores saben que es inminente el estallido. Pero nadie vacila. Hay una alegría excepcional en el ambiente. ¿Se alegra, acaso, el pueblo de la proximidad de la batalla? En todo caso, no la teme.

No hay quien no hable de la sublevación. En los tranvías, en el Metro, en los talleres, los obreros leen los periódicos en voz alta.

—¡Hala! Ya se lanzaron. ¡A ver ahora a quién le sudan las costillas!...

—¡Menuda paliza se van a llevar estos cabrones!...

—¡Hay que darles hasta hacerlos mierda!

—Lo gordo, seguro que es lo que están preparando en Madrid... Aquí les vamos a dar la de no te menees...

El comentario iluminaba los rostros obreros. Ni la más leve duda del triunfo. Un aliento de victoria enardece el vigor de las masas. En la Puerta del Sol, un oficial antifascista ha gritado a voz en cuello:

—¿Por qué no se sublevan aquí? ¡Que salgan, si tienen cojones! ¿Por qué no salen? ¡Son unos cobardes!

Parecía que lanzaba un reto cósmico. El reto de Balboa al gran Océano. Su voz y su ademán desafiaban a la potencia en acecho de la reacción y el fascismo, a todos los conjurados, a la oficialidad íntegra que prepara el levantamiento, como si él solo fuese bastante para aniquilarlos. Algo quijotesco había en su figura; algo de la grandeza heroica del Quijote.

La misma seguridad de fuerza y de triunfo llena el alma de todos los obreros. Hombres y mujeres están en el frente de lucha. La sublevación ha perdido la primera batalla. Ya no puede haber sorpresas. La calle está en poder del pueblo. El fascismo tiene ahora que batirse desde sus reductos, encerrado y cercado. ¿Por qué no se ha lanzado al ataque? Quizás no han respondido puntualmente los conjurados; acaso es así el plan. La historia averiguará la causa. Hoy no se ve más que una gran derrota. El fascismo ha perdido una noche, la noche más favorable. Al amanecer la batalla tiene otra perspectiva.

5. Armas en la calle.

Cada hora trae la noticia de un nuevo levantamiento. La sublevación avanza impetuosamente en la Península. Los jefes militares comprometidos sacan las tropas de sus cuarteles y proclaman la ley marcial. El Gobierno ha dado la orden de no acatarla, de oponerse a ella, de luchar, en suma, contra los sublevados. ¿Cómo luchar, sin embargo? Los gobernadores civiles han seguido la misma conducta del ministro de la Guerra: no han querido entregar las armas al pueblo. Poco antes del atardecer se ha proclamado el estado de guerra en casi todas las ciudades del Norte, desde Pamplona hasta Segovia y Ávila. ¿Qué pueden hacer las masas populares? Muchos gobernadores civiles han confiado más en las palabras mendaces de los jefes militares que en la fuerza y la lealtad del pueblo. Un gobernador, el de Toledo, se ha sumado abiertamente a la sublevación; el de Córdoba, ha pactado con ella. El poder civil ha caído hecho trizas.

En el ministerio de la Guerra aguardan noticias con vehemente ansiedad. El general Núñez de Prado ha sido enviado a Zaragoza, donde Cabanellas, el fingido republicano, está prácticamente sublevado.

Junto a los generales reaccionarios de antiguo, como Franco y Mola, se han sublevado los supuestos republicanos, Cabanellas y Queipo. El Ejército actúa con su tradicional significación de casta, de instrumento armado de los señores feudales y del fascismo. Los propios generales que el año 31 se levantaron contra la Monarquía, hoy, en la lucha entre la democracia y el fascismo, exhiben abiertamente su espíritu reaccionario y pasan sin titubeos a las filas de los enemigos del pueblo. Sólo unos cuantos jefes y oficiales permanecen fieles a la democracia; casi todos éstos son antiguos luchadores, forjados por una ideología revolucionaria o por un austero concepto de la lealtad.

El día es de traiciones. Donde quiera pone la mano el Gobierno encuentra un traidor. Queipo, pocas horas antes jefe de Carabineros, se ha sublevado en Sevilla. El coronel Aranda, que hace poco saludaba con el puño en alto las banderas socialistas, encabeza a los traidores de Oviedo. La situación es verdaderamente angustiosa. ¿Puede contar el Gobierno

con la Guardia civil? En muchos sitios se ha sublevado también; en otros, permanece a la expectativa. Su historia no puede ofrecer muchas garantías. La Guardia civil es el Cuerpo más reaccionario, más perfectamente forjado para la represión.

La única fuerza segura son los guardias de Asalto. Es la fuerza creada por la República. Los gobiernos reaccionarios la han utilizado repetidamente contra el pueblo. Pero los guardias no han tenido tiempo de olvidar que hace apenas dos o tres años eran campesinos, obreros parados, trabajadores perseguidos por los patronos y los terratenientes. Muchos conservan todavía sus carnets sindicales. Hoy luchan al lado del gobierno del pueblo y vuelve a encenderse en sus venas la brava sangre popular.

Pero los guardias de Asalto no son bastante para dominar una sublevación tan extensa. En Sevilla y en Málaga están batiéndose contra los sublevados. ¿Qué pueden hacer en Madrid? El Gobierno ha tenido ya excesiva confianza. La segunda noche de espera ofrece peligros tremendos. La sublevación está latente. Los sublevados tienen los cuarteles. Las radios clandestinas les ordenan imperiosamente el ataque. El Gobierno está frente a un dilema inexorable: entrega las armas al pueblo o los fascistas se apoderan de Madrid.

Al anoecer, Casares Quiroga ha cedido a la insistente demanda del Partido Comunista y de las organizaciones obreras. Tres mil fusiles están a disposición de los obreros. La noticia estremece la ciudad como una onda de triunfo. Casares Quiroga inmortaliza de este modo su nombre con una significación contradictoria: es el hombre que ha permitido durante dos meses el avance de la conspiración y el que en el último instante ha dado al pueblo de Madrid el instrumento del triunfo.

Los camiones parten veloces del ministerio de la Guerra, a la Casa del Pueblo y a los Radios comunistas. El ansia profunda de combate, el fervor revolucionario, cuanto ha estremecido hasta lo hondo el espíritu de las masas populares, estalla de pronto ante estos camiones cargados de fusiles. Los obreros disputan con todo su cuerpo la posesión de un arma. Centenares de manos se enredan vehementes en torno a los camiones como una bandada de palomas.

—¡Armas! ¡Armas!

Es un grito de guerra y de triunfo. Por vez primera en la historia las armas están en manos del pueblo. ¿Qué poderosa vehemencia empuja con tanto vigor a esos hombres que luchan, en el tumulto, por alcanzar un fusil con mucha mayor ansiedad que lucharían por un pedazo de pan o un aliento de vida? Veinte generaciones de esclavos, de oprimidos cogen, al fin, el arma que puede aplastar la cabeza de los opresores seculares.

—Mira, mira —grita un obrero en la Casa del Pueblo, enseñando el carnet al que reparte las armas—. ¡Veinte años en la U. G. T.! ¿Da esto derecho a tener ahora un fusil?

Otros anuncian a voz en grito que se darán de baja de los sindicatos si no les dan armas. Entre los propios armados disputan ardorosamente.

—Tú no sabes manejarlo. ¿Para qué quieres eso? Dámelo a mí...

—Pues enséñame; no debe de ser muy difícil...

—Se hace así...

El instructor tampoco sabe manejarlo. Pero todos quieren ir, sea como sea, a poner sus vidas frente al enemigo.

José Díaz, en lo alto de un camión, reparte fusiles a los comunistas. ¡Qué expresión tan serena la de su rostro! Ni un gesto ni un ademán. Con la serenidad sonriente de quien engrana en ese momento dos profundos períodos de la historia, va entregando, una a una, las armas del pueblo a los más decididos combatientes populares.

—Tú.

—Otro.

—Uno más.

Caen las palabras tan solemnemente como están cayendo en la historia los minutos más dramáticos de la vida española. El jefe del Partido Comunista, en lo alto del camión, entregando los fusiles al pueblo, está moviendo, con la austera convicción de la hora y de su acto, la llave de la

nueva vida de España. Lo más alto, lo más poderoso, lo más imponente de la grandeza del instante alcanza su relieve en este sencillo episodio.

Los camiones quedan vacíos en poco rato. La mano que empuña un fusil le aprieta decidida a formar juntos un solo cuerpo. Los fusiles se convierten en la prolongación heroica del hombre. Los que se han quedado sin ellos expresan en sus rostros la decepción de haberse quedado retrasados en la gran oportunidad de su existencia. ¿Por qué no hay fusiles para todos, para los miles y miles de brazos obreros que los piden? Cuando Casares Quiroga ha dado la orden de entregar las armas a las organizaciones obreras, sólo se han encontrado tres mil fusiles útiles. Los otros millares, depositados en el ministerio de la Guerra, no tienen cerrojos. Los conspiradores han previsto el caso y han inutilizado anticipadamente las armas.

Aunque tres mil fusiles son muy pocos, las patrullas obreras están bien armadas. Desde las primeras horas de la noche ha comenzado la ronda de la ciudad. Madrid mira, temblando de emoción, a los obreros armados en las calles. Al punto de media noche quedan guardadas todas las salidas de la Puerta del Sol, los alrededores de los cuarteles, los centros obreros, los barrios populares y las entradas de la ciudad. Los obreros armados controlan el tráfico de vehículos. Coches y tranvías son minuciosamente registrados. Patrullas volantes recorren en automóviles los distintos barrios, llevando órdenes, revistando los puestos de guardia. Mientras los guardias de Asalto guardan los edificios públicos, los obreros cuidan las calles.

No hay más salvoconducto válido que los carnets de los partidos del Frente Popular y de los sindicatos. Las patrullas obreras han limpiado los cafés, las tabernas, los bares. El registro de los transeúntes se practica con un rigor inquebrantable. Los obreros conocen todas las artes policiales. Ahora aplican en la vigilancia de la ciudad la rica experiencia del trabajo revolucionario. Nada ni nadie escapan a la investigación obrera. La actividad de las patrullas infunde al pueblo una sensación de seguridad y fuerza que jamás hasta hoy había tenido.

Al comenzar las funciones de cine, Madrid parecía indiferente al levantamiento lejano. La gente que iba a los teatros y cinematógrafos

dejaba tras de sí una ciudad apacible y risueña: el Madrid habitual. Al salir, en la puerta misma de los locales, ha encontrado las patrullas armadas. Los obreros no se fían. Registran minuciosamente a todos los espectadores. Las mujeres que han entrado en los cines elegantes, saboreando tal vez la nueva feliz del levantamiento, se desvanecen de miedo y de odio cuando las chicas obreras, destacadas de las patrullas, las registran severamente. Ninguna película ha sido tan emocionante como la presencia del antifascismo armado en las calles de Madrid.

Algunas abren los ojos despavoridos, como si las truculencias inocuas del cine se hubiesen incorporado de pronto en la realidad.

—¡Gente armada!

—¿Qué pasa?

Las patrullas dan órdenes sobrias, llenas de responsabilidad.

—¡Manos arriba!

Una señora cae desmayada en la puerta del «Capitol». Ese mismo cuerpo inerme, colgado como un trapo en los brazos de sus acompañantes, habría vibrado como un haz de luces si, en lugar de las patrullas obreras, hubiese encontrado en las puertas del cine a los oficiales facciosos, dueños de la ciudad.

6. «No pasarán».

Desde octubre la Radio interviene en las luchas sociales como el aire o el sol en las batallas. La Radio es la atmósfera de la lucha. Sobre sus ondas corren, por todo el ámbito del país, las vibraciones del combate.

Apenas ha comenzado el levantamiento, la Radio está emitiendo desde el ministerio de la Gobernación. Por las ventanas abiertas de julio se ven los grupos familiares en tomo al receptor. Racimos de caras anhelantes escuchan vorazmente las noticias. En los cafés, en los bares, en las tabernas, los hombres se aprietan para oír con todos sus sentidos. La ciudad entera, silenciosa y palpitante, oye la Radio. Los altavoces derraman las noticias oficiales como una lluvia lenta y pesada.

Las palabras vienen directamente del Gobierno, de la boca misma del ministro de la Gobernación, y el Gobierno no da malas noticias. Pero la gente adivina que ocurre algo muy grave.

—¿Por qué no dicen nada de Canarias?

—Quizás el Gobierno ha dominado ya la situación.

—Lo diría...

Otros deducen, sutilmente, de una noticia cualquiera, una afirmación optimista.

—Ha dicho que un grupo de oficiales y soldados leales de Melilla se ha opuesto a la sublevación. Tengan ustedes la seguridad que a estas horas han logrado vencer a los sublevados. Ésos son, sin duda, los de la base de hidros. Yo conozco al jefe de la base: es el capitán Virgilio Leret, un oficial antifascista cien por cien, valiente y honrado. Los reaccionarios le odian a muerte. Estoy seguro de que ya ha conseguido dominar la situación.

Hay también quien afirma que todo el ejército de Marruecos está minado por los conspiradores.

—En cuanto al capitán Leret, yo le aseguro que está preso o lo han matado. ¡Nada, hombre! El Gobierno tiene la culpa. Si hubiese disuelto el Ejército, no habría habido sublevación...

El tema enciende la controversia. Las frases arden y se encrespan como llamaradas.

—Yo digo que los aplastamos en tres o cuatro días.

—¡Quia! Esta noche queda todo terminado.

—Lo que hace falta es que no haya perdón... Los facciosos se han jugado la cabeza y tienen que perderla.

En los barrios obreros no hay exuberancia verbal. Los proletarios miden perfectamente la profundidad de la lucha. Saben que la victoria no la van a ganar los grupos leales del Ejército ni las fuerzas adictas a la República. El

pueblo es quien tiene que dar la batalla. Por algo están los obreros en la calle, montando la guardia, con las armas en la mano.

—¿Saldrán esta noche?

—¡Qué salgan!... Ya tengo ganas de que comience el fregao.

—¡Cabrones!... ¡Hay que darles hasta aplastarlos!

—Ya no puede hacerse otra cosa: o nos matan a todos los obreros o les aplastamos...

Sobre la inquietud vibrante de la ciudad, en el subsuelo de la atmósfera, las radios facciosas desarrollan una algarabía infernal. Miles de voces tejen una red vehemente de consignas, informes, datos, preguntas. Bullen las ondas como un enjambre de insectos venenosos.

—¡Aquí la 24! ¡Aquí la 24!... Verde, verde... Juanita preparada. ¡Aquí la 24...! ¡Conteste Cádiz! ¡El yugo! ¡Espero, Logroño! ¡Espero, Logroño...! ¡Ceuta! ¡Ceuta...! ¡Órdenes! ¡Órdenes...! ¡La carta está en el sobre! ¡La carta está en el sobre...! ¡20, 50, 38, 2, 24...!

Todas estas voces corren, chocan, se enredan y estallan desesperadamente, como impetuosas corrientes subterráneas. España está conmovida desde lo más alto hasta lo más hondo.

De súbito apáganse todos los ruidos, las disputas, el frenesí. La atmósfera enmudece. Madrid se queda estático, con el aliento contenido y el alma latiendo en los pulsos.

—¡Atención! ¡Atención!

Es la radio oficial.

—¡Atención! ¡Atención! La camarada Dolores Ibárruri, diputado por Asturias, os va a dirigir la palabra. ¡Atención! ¡Habla Dolores Ibárruri!...

Miles y miles de cuerpos se tensan en un anhelante esfuerzo de atención. En el cielo y en la tierra hay un silencio cósmico.

Habla Dolores. Su voz tiene una vibración caliente y firme como el bronce. El espacio se llena de seguridad, de confianza, de fe. El pueblo escucha mudo la verdad. Ha llegado la hora de la batalla decisiva. El trance es serio. Pero la voz de «Pasionaria» no tiene el más leve desmayo. Dura y recta como el momento. La mayoría del Ejército se ha sublevado contra el Gobierno legítimo; la reacción y el fascismo se han lanzado a fondo. ¿Nos han cogido de sorpresa? No; esperábamos el ataque. Teníamos la seguridad de él, como estamos seguros del triunfo. La victoria está en los puños del pueblo.

Con la claridad de un trazo luminoso, pasa la historia del último período. La reacción y el fascismo atacan al fin con toda su fuerza; pero caerán derrotados, vencidos para siempre.

—¡No pasarán! ¡No pasarán!

La consigna de guerra queda clavada en el corazón de la ciudad. «¡No pasarán!». Todo lo demás se desvanece en una emoción tan densa como la sangre. ¿Cuál es la historia política del movimiento? ¿Qué significa la sublevación? Nadie piensa en ello. Las palabras de Dolores han quedado fijas para siempre en la consigna: «¡No pasarán!». En todas las mentes lucen estas dos palabras con una claridad precisa, radiante, guiando la voluntad de lucha y de victoria. El pueblo tiene desde ahora mismo un norte seguro.

Apenas se apaga la voz de «Pasionaria», la decisión de Madrid adquiere mayor firmeza. El ánimo popular ha encontrado su expresión exacta.

«¡No pasarán!».

Esta consigna es precisamente la que define el sentimiento de las masas; la que ha trazado la perspectiva de la lucha. La orientación del pueblo se ha hecho más clara, más vigorosa. Los miles de hombres que están sobre las armas han adquirido súbitamente mayor seguridad en sus fusiles, más confianza en el triunfo, una resolución combativa más inquebrantable.

La consigna de «Pasionaria» corre de boca en boca. Se ha convertido en el «santo y seña» del antifascismo. La repiten las patrullas de vigilancia, los que guardan los locales obreros, los que trabajan, los que esperan

tumo para el combate; hombres y mujeres, niños, cuantos van a defender la libertad de España.

«¡No pasarán!».

En el silencio dramático de la noche se oye constante la brava consigna. Las patrullas que hacen guardia en las calles responden con ella a las preguntas anhelantes de los transeúntes.

—¿Qué hay, camaradas?

—«¡No pasarán!».

Las mujeres que salen de mercado al amanecer afirman idéntica decisión.

—Ya se armó el jaleo...

—Sí; pero no pasarán...

Los tranviarios, los panaderos, los repartidores de leche, cuantos inician sus faenas en las primeras horas del día, repiten igualmente la consigna segura:

—«¡No pasarán!».

Los chiquillos proletarios, apenas despiertos, con los ojos cuajados de sol, inundan las calles obreras, gritando a coro:

—«¡No pasarán!».

El churrero, la pescadera, el dependiente de ultramarinos, el oficinista que abre sobre el pupitre el periódico de la mañana, los albañiles que se aprietan en los coches del Metro, los intelectuales, los campesinos que llegan en los autobuses polvorientos, todos, todos hacen idéntica profesión de fe:

—«¡No pasarán!».

En los centros obreros y republicanos ha quedado grabada en las paredes. Mientras velan las vísperas del combate, los luchadores han sentido la necesidad de fijarla gráficamente, para imprimírsela con sus rasgos físicos, y han ido escribiéndola en los pasillos, en las puertas, en los muros de la

ciudad. En todas partes la misma afirmación rotunda: «¡No pasarán!». Es el juramento bélico del pueblo. El grito de guerra y de triunfo.

7. El Gobierno del amanecer.

Entre tanto el pueblo vigoriza su decisión de lucha, arriba, en la cumbre del Poder ha habido un instante de vacilación. Casares Quiroga ya no es presidente del Consejo. Le ha sustituido el Gobierno Martínez Barrio.

Cuando muy pocos pueden oírla, en el cansancio lechoso del amanecer, la Radio, jadeante, ha dado la noticia. Es un gobierno de conciliación, un gobierno de compromiso.

—Las guarniciones militares de Madrid, Barcelona, Sevilla, Bilbao, Zaragoza, etc., han aceptado la autoridad del nuevo Gobierno —repite, fatigada, la voz del speaker.

Y otra vez:

—Las guarniciones militares...

Pero los informes privados son distintos. Franco se ha trasladado de Canarias a Marruecos. Esta misma noche han comenzado a pasar tropas de África. Los moros están invadiendo las calles de Algeciras. Núñez de Prado es prisionero de Cabanellas en Zaragoza. Queipo bombardea ferozmente los barrios obreros de Sevilla.

¿Quién apoya al Gobierno Martínez Barrio? El pueblo no quiere transacción ninguna. Quiere luchar hasta el fin, hasta el triunfo. Las armas le garantizan la realización de sus deseos.

Antes de comenzar el día hay conversaciones políticas en el Palacio Nacional. Los jefes del movimiento obrero tienen una opinión terminante, reforzada por la voluntad popular.

El Gobierno Martínez Barrio sólo dura tres horas. La Radio sigue dando noticias. Continúa el Gobierno anterior. Pero sin Casares ni Moles. Bajo la presidencia de don José Giral, con el general Pozas en el ministerio de la Gobernación, van a empeñarse las grandes batallas contra el fascismo.

Son las diez de la mañana. Ha desaparecido la inquietud del amanecer. La firmeza del pueblo es como el sol, radiante y terso, que brilla en lo alto del cielo de Madrid.

II

1. Frente a frente.

Donde antes no se vigilaba a nadie, ahora hay, constituida principalmente por los obreros, una vigilancia exquisita. Miles y miles de ojos atisban los pasos, las miradas, los ademanes de cuantos transitan las calles o discuten en los cafés. Madrid no se dejará sorprender. Tampoco el Gobierno. En los edificios públicos esperan, disimuladas y alerta, las ametralladoras leales, servidas por los guardias de Asalto. Las iglesias han permanecido cerradas. ¿Por qué no ha ido la reacción a la misa del domingo? Esta vez, según los síntomas, las iglesias no están dedicadas al culto religioso.

Madrid tiene una superficie tranquila. Sólo las patrullas de obreros armados le dan ambiente de guerra. En los bares y cafés se habla en voz baja. Todo el mundo tiene fija la atención en la Radio. Cada cuarto de hora irrumpe la voz estruendosa del speaker para dar informes sucintos de la sublevación en el resto de España. ¿Y en Madrid? El Gobierno repite sin cesar la misma noticia: en Madrid no pasa nada.

Parece, en efecto, que no pasa nada; que el fascismo ha desaparecido de la ciudad. Los barrios aristocráticos tienen silenciosas perspectivas de cementerio. Todos los locales de la reacción están cerrados, mudos y solos, como panteones.

El pueblo concentra su preocupación en los cuarteles. ¿Qué pasa en ellos? El Gobierno ha dado orden de inamovilidad absoluta, y tanto los oficiales como los soldados permanecen encerrados. Esto no indica que apoyen al Gobierno. Por el contrario: el pueblo percibe una hostilidad latente, una concentración subersiva que estallará muy pronto.

Docenas de casas fascistas han sido registradas en vano. No se encuentra a nadie. ¿Busca, en realidad, la Policía a los facciosos o se limita a cumplir un trámite? La ineficacia de sus investigaciones es hartamente sospechosa. Hace mucho tiempo que la Policía no inspira confianza ninguna. Transformada, en gran parte, durante el bienio reaccionario, con personal

adicto a la reacción, se han dado en los últimos meses varios casos de deslealtad, de falta de diligencia o de energía para detener a los delincuentes fascistas e incluso de fuga con los propios detenidos. El Director de Seguridad, Alonso Mallol, aunque ahora actúa en otras circunstancias, no ha olvidado, sin duda, que fue en 1933 el enemigo más encarnizado de los obreros de Sevilla. Quizás le quede todavía cierta identificación con el espíritu policíaco, con el reaccionarismo esencial del Cuerpo. Porque hasta hoy no ha hecho nada por depurarlo.

Una policía antifascista podría, aún hoy, en el último instante, si no contener, debilitar, por lo menos, la sublevación. Los fascistas están preparando activamente el golpe en Madrid. En las calles se ve algunas gentes, disfrazadas de obreros, cuyas actividades son muy sospechosas. Hay también reuniones disimuladas. ¿Qué hace, entre tanto, la Policía? Registrar, sin fruto, irnos cuantos domicilios.

Al caer la tarde, los vigilantes comunistas del Radio Oeste han informado que muchos hombres están entrando en el Cuartel de la Montaña. Van vestidos con el mono obrero. Los guardias de Asalto que vigilan los alrededores, al comprobar que van desarmados, los dejan libres. Pero los obreros son más recelosos y no están satisfechos.

—¿Cuántos habrán pasado ya?

Un obrero de la patrulla de vigilancia, contesta:

—Yo calculo más de doscientos... Esto nos tiene muy mosca.

—¿Son obreros?

—Ésa es la cuestión... Se les ve que son carcas. Pero los guardias no se atreven a detenerlos... Como no llevan armas... Yo creo que debíamos trincarlos aquí mismo, porque esta gentuza prepara algo...

Los demás de la patrulla asienten. En aquel momento pasan otros dos. Los guardias se justifican:

—Nosotros no tenemos orden de detener sino a los que llevan armas...

Son las disposiciones de la Dirección de Seguridad. Arde la guerra en España, es inminente el levantamiento en Madrid, y, no obstante, para detener a los facciosos, precisa que estén armados. ¿Quién detendría entonces a quién? Los obreros no tienen tan estúpida inercia burocrática y se dan cuenta del peligro. Pero no usurpan la autoridad de los guardias. Han salido a la calle para ayudar al Gobierno, para luchar contra el fascismo bajo las órdenes de las autoridades legítimas. Esta disciplina, impuesta por las organizaciones y partidos del Frente Popular, les subordina a los guardias, aunque tengan los fusiles en la mano.

Anochecido, hay un ambiente denso. En las calles, en los cafés, dondequiera, todo el mundo mira al vecino de soslayo, como si temiese una agresión súbita.

Los locales de las organizaciones obreras y de los partidos antifascistas tienen apariencias de cuartel. Los obreros que han guardado día y noche las esquinas, duermen sobre los bancos. Entran y salen patrullas armadas. Cientos de trabajadores esperan pacientemente la oportunidad de coger un fusil o de marchar al combate, nada más que con el odio que incendia su sangre.

Obreros armados guardan los contornos de la Casa del Pueblo. Aunque al paso exigen demostrar varias veces la personalidad, el edificio está invadido por una multitud compacta de hombres y mujeres, impacientes por iniciar la lucha. La masa desborda los pasillos, el vestíbulo, e inunda, apretada y febril, las veredas y los portales vecinos.

Al lado, en la misma calle de Gravina, el Comité Central del Partido Comunista es un encendido reducto de luchadores. Tras las puertas custodiadas por fusiles obreros, los Comités, las Comisiones especiales, el propio Buró Político trabajan sin descanso. Los enlaces van y vienen, enfebrecidos por el apremio.

Entre tanto el pueblo vibra en la calle, el Cuartel de la Montaña permanece, imponente y silencioso, entre las sombras de la noche. Su mole gigantesca recorta en el panorama nocturno los perfiles de un castillo invulnerable. El mar oscuro del Parque del Oeste y la Casa de Campo,

quieto a sus pies, devora los ruidos. Las siluetas de los centinelas vagan por los torreones.

Cientos de ojos y de fusiles están al acecho. Pronto se encontrarán frente a frente. Mientras caen lentas, oscuras, las horas de la noche, los enemigos implacables, antagonizados por el odio y la muerte, esperan, sobre las armas, tensos los ánimos, el momento decisivo.

2. La toma de la Montaña.

El general Pozas ha resuelto tomar el Cuartel de la Montaña. Acaban de dar las doce en el reloj de Gobernación. Guardias de Asalto y milicias obreras preparan el ataque. Toman posiciones en la plaza de España, en la calle de Ferraz, en todas las vías que miran al cuartel. Los obreros comienzan a levantar barricadas. El capitán Orad de la Torre emplaza cerca del monumento al Quijote un cañoncito del siete y medio. En la vecindad del Quijote, tan lleno de generosidad combativa como él, este cañoncito es un símbolo. ¿Qué podrá contra la gigantesca y sombría mole que levanta sus muros hasta el enredo de las estrellas? ¿Se repite acaso la inútil y gloriosa aventura de los molinos de viento? No. Aunque antes de comenzar la lucha le colocan —prudencia de Sancho— un cartucho de dinamita, para volarlo en caso adverso, la fuerza invencible del pueblo centuplica su poder.

Pronto conocen en los locales obreros y en los centros republicanos la noticia del ataque. Nadie quiere entonces quedarse en ellos; todos anhelan participar en el combate. Los locales se quedan vacíos. ¿Quién puede contener a estos hombres, arrebatados por una fiebre insaciable de lucha? Una fuerza de siglos y de generaciones les impulsa. Meses y meses dominados por la disciplina, ahora hirviendo en su sangre el ansia de pelea, henchidas sus conciencias de odio, al fin van a entablar la batalla decisiva, la batalla que ha venido preparándose, iniciándose y fracasando desde los remotos abuelos.

Pero en el cuartel también se preparan. En las almenas, borrosas por la oscuridad, distínguense las ametralladoras. Hay afanes de guerra en los torreones. Un trájín sordo y lúgubre, como una excavación en el subsuelo, anuncia los preparativos bélicos de los sublevados.

La Plaza de España ha ido llenándose de grupos. Los hombres armados atisban sin pestañear hacia el cuartel, con los fusiles y las pistolas en guardia, avisados a cualquier maniobra del enemigo. Muchos otros, cientos, desarmados, extraen las piedras del pavimento y construyen trincheras. Un grupo de obreros sube la cuesta de San Vicente con varios colchones. ¿De dónde los han sacado? Son sin duda los de sus casas, los de sus propias camas. Sin decir nada, silenciosamente, refuerzan con ellos la barricada.

—¿Tú crees que saldrán?

—Aquí estamos para machacarlos...

Todos desconocen, naturalmente, las intenciones de los fascistas. Hay una cierta creencia general de que van a salir de un momento a otro. ¿Qué pueden hacer encerrados en el cuartel? Ellos son los que han provocado la guerra, los atacantes en toda España. En Madrid saldrán también, como en otras ciudades, al asalto de los edificios públicos, a la toma del Poder. Nuestros combatientes no pueden dudarlo. Los preparativos que se hacen son para contenerlos, para impedir que avancen hacia el centro de la ciudad. En todas las mentes está clavada la consigna de fuego:

«¡No pasarán!».

—Capitán —dice un obrero, acercándose a un oficial que ve, sin duda, por primera vez—, convendría cerrar la calle de Luisa Fernanda por si intentan subir por ese lado.

El oficial responde mecánicamente:

—Id allá...

—Vamos, muchachos.

Unos cien hombres emprenden el camino por la calle de Blasco Ibáñez. La mayoría no tiene armas. Sin embargo, van a cerrarle el paso al fascismo. El oficial ve marcharse al grupo con esa misma expresión mecánica con que ha respondido al obrero. ¿Qué piensa de la iniciativa? ¿Cree de veras en la fuerza de esos hombres desarmados? Es un antifascista, un oficial honrado, leal a la República. Pero no comprende bien el momento. Conoce

la fuerza del enemigo; conoce también, como militar, la eficacia de las ametralladoras. Tal vez cree que ha llegado el momento de morir honradamente. ¿Cómo puede comprender la decisión, la fe de aquellos hombres que van a batir al fascismo, seguros de la victoria, sin más armas que las uñas?

Otro grupo de obreros hace trincheras en los escombros del antiguo convento jesuita de la calle de la Flor. Desde la Estación del Norte, los ferroviarios dominan la retaguardia del cuartel. Ha comenzado a emplearse espontáneamente una estrategia de sitio. Por muchos caminos puede irse del Cuartel de la Montaña al centro de Madrid: por donde los fascistas intenten hacerlo, encontrarán las armas y el heroísmo del pueblo. La preocupación popular es cerrarles todas las vías.

«¡No pasarán!».

Un muchachote, rojizo y despechugado, prevee la última posibilidad:

—Oye, tú —le dice a otro—, a lo mejor intentan bajar por el Parque del Oeste para meterse por la Moncloa.

El otro es un hombre ceñudo que sostiene, inmóvil, un cigarrillo en la boca; se quita bruscamente el cigarrillo de los labios y lo arroja con furia:

—¡Que salgan de una vez, leche!... ¿Qué hacemos aquí?... ¿Por qué no se ataca? Si yo tuviera un fusil, ya estaría disparando... ¿O vamos a esperar a que nos ataquen ellos?

Varios de los que forman el grupo sisean para cortar la disputa. El más resuelto se impone:

—Callarse. Aquí manda quien manda, y los demás a callar...

Lo cierto es que no manda nadie. Pero hay una autoridad difusa que todos acatan sin averiguar quién la personifica.

Más allá del Palacio de Oriente, en la lejanía del horizonte, se insinúan, con la vaguedad de un tul, las primeras luces del día. El Cuartel de la Montaña sigue envuelto en sombras. Sus potentes contornos de piedra recortan la bóveda opaca del cielo.

La batalla comienza con la sencillez de un acto natural. Muy pronto el tiroteo tiene el hervor espeso de una caldera. Las balas acribillan la atmósfera. En la oscuridad, los disparos de los fusiles parecen un enjambre de luciérnagas. Nadie habla. Los combatientes armados entréganse íntegros al afán del combate, mientras los que no tienen armas, guarecidos en los portales o detrás de los árboles, esperan silenciosos y anhelantes la oportunidad de obtener una.

Cuando más apretado es el fragor de la lucha irrumpe, estentóreo, sobre el cacareo áspero y veloz de las ametralladoras, el primer estampido del cañón. La tierra y los ánimos vibran hasta la raíz. En la barricada se oyen exclamaciones calientes de entusiasmo:

—¡Qué la gocéis, deslechados!

—¡Zumba, que este jode!

—¡Dale ahí, hasta acabarlos!

Cada disparo del cañón levanta un nuevo tumulto de exclamaciones y de gritos. El ardor de los fusileros crece más y más con los disparos de la artillería. Todos sienten la urgencia de disparar sin descanso, frenéticamente, como si los obuses necesitasen el apoyo inmediato de los fusiles.

Tan encendida vehemencia domina un instante a las ametralladoras fascistas. La actividad de éstas se hace más intermitente. Callan, escupen unos pocos disparos, pero después, como si quisieran recobrar el tiempo perdido, lanzan una serie de ráfagas enloquecidas.

Los facciosos siguen dentro del cuartel, invisibles, resueltos, por lo visto, a no intentar la salida; las barricadas, en cambio, están más nutridas, más llenas de combatientes. Cuando clarea más el día, pueden distinguirse algunas sombras en las almenas. Los fusiles aguzan entonces la puntería.

Grupos de hombres y mujeres vienen, jadeantes, desde los más distantes barrios de la ciudad. Algunos están armados de cuchillos, de palas, de escopetas enmohecidas. Cuando cae un combatiente, cien manos se abalanzan, bajo el silbido de las balas, a coger el fusil.

En torno del monumento a Cervantes hay un grupo compacto. La más impaciente es una mujer de las Ventas:

—¿A qué hemos venido, coña? ¡Vamos a romper las puertas!

—¿Cómo?

—¡Si no hay otra cosa, con las uñas!

Un oficial de Asalto cruza, corriendo, a deshacer el grupo:

—¡Fuera de ahí!

—¡Menos gritos, amigo, y vamos por ellos!

—¿Qué ganáis con morir estúpidamente?

—¿Acaso hemos venido de merienda?

—¡Hala!... Meterse en los portales de enfrente.

Entre las luces blancas del amanecer aparece de pronto un aeroplano. Todas las miradas se quedan prendidas en él. Fusiles y ametralladoras suspenden el fuego.

—¡Nuestro!

—Espera; no lo digas tan pronto...

Dos muchachos trepan vertiginosamente hasta la copa de un árbol, las pistolas enfiladas al cielo.

El avión hace un amplio giro de vals, runrunea ásperamente sobre los tejados y escupe dos bombas sobre el cuartel. Apenas puede oírse el ruido de las explosiones. Un vocerío de triunfo estremece el contorno. Gritos, vivas, alaridos, exclamaciones. Las ametralladoras de la Montaña profieren, iracundas, inútiles ráfagas hacia el avión, que se pierde impasiblemente en la claridad de la perspectiva.

Aún no ha desaparecido la silueta lejana del avión, cuando los obuses dan en una ventana de la fortaleza y se ve caer entre el torrente de ladrillos y piedras el cuerpo doblado de un hombre.

En la plaza de Oriente aparece el primer tranvía. Viene sonando el timbre de alarma como si tuviera que abrirse paso entre una muchedumbre de paseantes.

—¡Eh, tú! —le detienen en mitad de la vía un grupo de obreros—.
¿Adónde vas?

—¡Anda, ése! ¿Adónde va el 31? ¿Vivís acaso en Argüelles? ¡No tenéis traza de pagar quinientas pesetas de piso!

—¿No ves, pelmazo, el jaleo? Estamos atacando el Cuartel de la Montaña...

El conductor no le da importancia al trance:

—Ya lo veo... ¿Y qué? ¿Queréis acaso que me bata con el trole?

Poco después el tranvía forma una nueva barricada, y el conductor, que ha logrado obtener un fusil, se bate desde ella.

Dos veces más vuelve el avión a descargar sus bombas sobre la fortaleza. La segunda vez, apenas se apagan las explosiones, aparece en el cuartel una bandera blanca. Un impulso eléctrico lanza de súbito a centenares de hombres. Enfebrecidos por el triunfo, saltan los parapetos y desbordan las bocacalles. Pero al ganar las escalinatas, dos ráfagas cruzadas de ametralladoras detienen el oleaje. Caen los cuerpos como plumas. Un rugido profundo de la masa conmueve el espacio. Las ametralladoras fascistas martillean desesperadamente, ansiosas de aniquilar a los hombres, que retroceden, dispersos y aprisa, amparándose en los propios muros del cuartel.

Veinte hombres, la mayoría jóvenes, han quedado tendidos en la escalinata. Los fusiles populares arrecian el ataque. Pican las balas en la fachada del cuartel con la tupida tenacidad de la lluvia. Los combatientes del pueblo quieren acabar pronto, de una vez, cueste lo que cueste, con los asesinos. La visión de los cuerpos tendidos en garabato sobre las gradas enardece más y más sus ánimos.

Un muchacho salta, enloquecido, el parapeto:

—¡Adelante!

Pero el brazo de un obrero le cruza el salto y lo derriba antes de que lo toquen las balas fascistas.

—¡Quieto aquí!

El muchacho cae dentro de la trinchera, se revuelve como un gusano, coge otra vez el fusil y vuelve de nuevo a disparar, a disparar, tiro tras tiro, incansable.

Cuando el avión pasa por tercera vez, los fascistas vuelven a intentar la celada de la bandera blanca. Pero los guardias de Asalto se colocan rápidamente ante los combatientes e impiden que nadie pase los parapetos ni atravesase las bocacalles. El oficial que los manda corre de un lado a otro, gritando:

—¡Alto! ¡Alto!... ¡Éste es un nuevo engaño!... ¡Cuidado! ¡Nadie se mueva!

Los que habían iniciado el avance se repliegan en silencio. Los fascistas comienzan a vacilar. Disparan con menos insistencia. Una ametralladora, la última, que vomitaba lumbre por el hueco de una ventana, cesa de pronto y se queda como si le hubieran cortado de un tajo su vehemente gorgoreo.

Aparece otra vez, en un balcón distinto, la bandera blanca. Los fusiles populares la festejan con salvas nutridas. Pero la bandera yérguese más firme, decidida a infundir confianza. Hay un breve instante de vacío, de silencio. Suenan varios disparos dentro del cuartel. El torrente humano, desenfrenado y voraz, sobrepasa las trincheras. Las explanadas se llenan de gente. Varios muchachos escalan los balcones. Los guardias de Asalto pugnan por adelantarse entre el tumulto de la masa y tomar la puerta, que se abre, desde dentro, inesperadamente. Treinta o cuarenta soldados salen al encuentro de los combatientes, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la República! ¡Compañeros! ¡Viva el Gobierno!

La masa se precipita en el interior del cuartel. Es un torbellino humano que se aprieta en la entrada y, luego, en la amplitud del patio, se difunde en

cien corrientes distintas, todas ávidas, sacudidas a borbotones por la emoción delirante del triunfo.

Varios oficiales, que están quitándose precipitadamente las guerreras, quedan muertos con las mangas a medio quitar.

Un grupo de soldados señala, impaciente, hacia el comedor.

—Allí están los fascistas... Allí están... Ya los hemos encerrado.

Efectivamente: están allí. Son unos trescientos, vestidos con monos, apriscados en los rincones, silenciosos y taciturnos, resignados a su suerte.

Recto y veloz, el oficial de Asalto corta el camino hacia el cuarto de banderas. Poco después saca, rodeado de guardias, al general Fanjul y al coronel Ribera. La masa apenas se da cuenta. Todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, están ávidos de armas. Buscándolas, corren desesperadamente por los pasillos, invaden las habitaciones en tropel, hurgan, afanosos, los rincones más escondidos. Pronto comienzan a surgir en el patio, fusiles, pistolas, cajas de munición, bombas, ametralladoras, morteros. La masa se apodera vorazmente de las armas, como manada de hambrientos de un depósito de víveres.

Ebrio de frenesí, un muchacho coge varios fusiles, los aprieta febrilmente contra su pecho y salta por una ventana, gritando a la calle:

—¡Armas! ¡Pronto! ¡Todos! ¡Acogerlas! ¡Ya son nuestras!

Pero la calle está vacía. El pueblo ha entrado ya en el cuartel. Cumplida la jornada, el cañoncito se queda solo y rezagado como un recuerdo. Las ambulancias sanitarias, indiferentes al estruendo de la victoria, continúan recogiendo a los heridos. Entre dos filas de guardias pasan hacia la Gran Vía los oficiales sobrevivientes. Llevan las manos en alto, recalitrantes en su gesto de rendición, como si quisieran dejarlo grabado en los muros de la ciudad.

¡Gran botín de guerra! Las armas que los facciosos no habían querido entregar el día antes al Gobierno, las armas escondidas para la sublevación, los parques del cuartel, las pistolas alemanas, llegadas de

matute, todas, todas, todo el rico arsenal ha caído en manos del pueblo. La fortaleza de la Montaña es ahora la fuente del poder popular. Viendo a estos hombres recoger las armas, henchirse los bolsillos de municiones y salir corriendo, radiantes de júbilo, a incorporarse de nuevo en el combate, se comprende el afán heroico de la batalla. El pueblo había hecho de la toma del cuartel su gran objetivo de lucha, la clave de su victoria. ¿Quién puede vencer hoy a los miles y miles de hombres bien armados que han invadido las calles? Ninguna otra fortaleza del fascismo podrá resistir ya el empuje de las masas. Tomar la Montaña ha sido, en realidad, apoderarse de Madrid.

3. La ciudad en ascuas.

Entre la ardiente algarabía de los fusiles, el pueblo ha comenzado a vivir su día más intenso de lucha y de triunfo. Las mujeres se agrupan en las tiendas de comestibles. Compran, charlan y, a intervalos, vitorean ardorosamente a los grupos de combatientes. Los tranvías parecen carros de guerra. No han dejado de circular un instante. Los combatientes los utilizan para trasladarse de un barrio a otro, sosteniendo desde sus estribos y plataformas fugaces tiroteos con fascistas escondidos en los tejados.

Toda la ciudad es campo de batalla. Hace dos horas, la ciudad íntegra, vibrante de emoción, estaba quieta, recogida en sí misma, esperando anhelante el resultado de la lucha en el cuartel de la Montaña. Apenas la Radio ha dado la nueva del triunfo popular, la guerra ha corrido por la mayoría de las calles como la cinta de una traca. Disparan de casi todas las iglesias y conventos. Los tejados son los más tenaces reductos de los fascistas. Cada azotea es un blocao escondido, solapado, artero, que acecha el paso de las milicias obreras. Las bandas fascistas esperaban sin duda la salida victoriosa de los sublevados en la Montaña, para lanzarse al asalto de los barrios obreros, a la caza de antifascistas. ¿Por qué, si no, hasta ahora habían permanecido en silencio y ocultas? Ahora se lanzan al ataque desesperado, a la matanza por la matanza, sin plan ni concierto, para vender cara la derrota.

Hay diez, quince, veinte combates simultáneos. Las milicias antifascistas van de un barrio a otro, apoderándose de los distintos focos de rebelión. Cuando vencen la iglesia de las Trinitarias, tienen que acudir a reforzar el ataque al convento de las Carmelitas, desde cuyas ojivas las ametralladoras fascistas barren el paseo de Santa Engracia. Pronto los tejados de la acera izquierda de la calle de Alcalá, entre la iglesia de las Calatravas y la de San José, se convierten en una trinchera facciosa que domina las calles de Alcalá, Sevilla, Peligros y Barquillo hasta la plaza de la Cibeles. Miles de antifascistas acuden a dominarla. Al iniciar la toma de San José, un grupo de fascistas, refugiados en las ventanas y terrazas del Círculo de Bellas Artes, les ataca por la espalda. La batalla adquiere entonces una virulencia enorme. Las masas sostienen tenazmente el ataque. Una hora después, cae el Círculo de Bellas Artes; luego, con ímpetu arrollador, las milicias llegan hasta las cúpulas de San José.

En ese mismo instante los fascistas, unidos a los frailes, emprenden, desde un convento vecino, el ataque a la Casa del Pueblo. Los obreros se transmiten unos a otros la noticia:

—¡Venid!... Están atacando la Casa del Pueblo...

De todos los puntos de la ciudad acuden miles de defensores. El convento queda rodeado. Los frailes y los fascistas se batien desesperadamente hasta el último aliento... Hasta que las llamas coronan el campanario.

No hay una sola iglesia en paz. Las torres de San Bernardo riegan de metralla la calle Ancha. Tres horas lucha el pueblo para apoderarse de ella. Cuando conquistan la iglesia, las juventudes tienen que cerrar el paso a gran distancia, porque han comenzado a explotar los depósitos de municiones y de granadas de mano.

Los facciosos han recurrido al paqueo. Están disparando desde centenares de casas. Tiran sobre las patrullas, sobre las milicias, sobre los transeúntes. Como los moros tras las chumberas, los fascistas, escondidos tras las chimeneas de los tejados, en los huecos de las ventanas a oscuras, disparan sobre cuantos pasan por las calles, hombre o mujer.

Pero las milicias van resueltamente al encuentro de todas las celadas. En cada esquina hace guardia una patrulla de control. Aunque los disparos

furtivos derriban de cuando en cuando a un combatiente, nadie abandona la vigilancia hasta descubrir al paco y reducirlo.

Las mujeres son los más efectivos vigías de los pacos. En los barrios obreros el paqueo termina pronto, porque las mujeres y los chiquillos se encargan de descubrirlos y denunciarlos. La fortaleza de los pacos son los barrios medios. Allí es donde el fascismo tiene mayor número de posiciones estratégicas. ¿Qué podrían hacer en el barrio de Salamanca? El paqueo ha sido organizado principalmente en barrios como el de Chamberí, donde predomina la población pequeño-burguesa y es más fácil, por tanto, introducir la desmoralización.

Sólo que la ciudad tiene ya una elevada temperatura de guerra. Las mujeres, agrupadas en los portales, escudriñan constantemente los tejados. Muchas los vigilan desde sus propias ventanas interiores. Siempre que suena un disparo, no falta un ojo que distingue la lengüecilla de fuego.

—De allí ha sido, de esa ventanita...

—Yo lo he visto: en aquel tejado está...

Una masa enorme ha emprendido el avance sobre Carabanchel, donde los facciosos, dueños del Campamento, han empleado por primera vez la artillería. La caravana, febril y maciza, avanza en camiones, en autos, en grupos compactos que devoran la carretera. Los facciosos aprovechan la inexperiencia popular para hacer brecha en la carne del pueblo: los cañones dejan en el camino muchos cuerpos hechos trizas. Un obús destroza al viejo militante socialista Orad de la Torre y a uno de sus hijos.

Pero los combatientes recogen en seguida la enseñanza. La masa se desparrama a campo traviesa, entre una lluvia de balas y obuses. Cientos de chiquillos van entre el tumulto, atisbando los obuses que no explotan para tirarse sobre ellos y extraerles las espoletas con la misma agilidad y precisión de los salvajes para coger los peces.

—¡Niños! ¡Fuera de ahí! —les gritan los milicianos.

Pero los niños sonrían y enseñan el obús inofensivo. Son los niños de Carabanchel, los que, desde pequeñines, en todos los ejercicios de tiro

han hecho la misma pesca para regocijo de los oficiales de la reacción; los que han visto volar en pedazos a muchos niños como ellos.

El Campamento de Artillería cae al primer empuje de las masas. Las puertas de la fortaleza, abiertas, como las del Cuartel de la Montaña, por los soldados, tiemblan al paso tumultuoso del alud popular. Aquí los guardias de Asalto no pueden tomar la delantera. El general García de la Herránz, jefe de la sublevación, y otros oficiales mueren fusilados al pie de la muralla.

Ya no le queda al fascismo ninguna plaza fuerte. Los demás cuarteles se rinden sin combatir; las iglesias y conventos están dominados. El ataque alevoso, por la espalda, sin más objetivo que la muerte, es la cancelación desesperada. Los fascistas, enloquecidos por el odio, sólo quieren ya matar, matar por matar, morir con la boca humedecida por el zumo de la rabia impotente.

Un automóvil pintado de rojo siega la patrulla que vigila la Glorieta de Bilbao. Corre por las calles como un bólido de muerte, segando con su ametralladora las patrullas de control. Decenas de automóviles salen tras él. Corren frenéticos en su busca de un barrio a otro, hasta que, al fin, en la Puerta de Toledo, liquidan la criminal aventura.

Pero los fascistas lanzan varios otros a la ofensiva. Anochecido, las patrullas de control, fusil en guardia, detienen inexorablemente a los coches en mitad de la calle:

—Compañeros: tened cuidado con los M.—46.738, M.—32.566, M.—42.524, M.—31.653, S. S.—21.345, B.—39.184, M.—46.754, M.—32.974, M.—29.573, M.—51.243... Detenedlos en cuanto los veáis.

—¡Atiza! ¿Os habéis creído acaso que yo soy una máquina registradora?

Las patrullas volantes prefieren ir alerta, las pistolas apercebidas, y perseguir implacablemente, en un combate feroz, muchas veces desigual, a los automóviles fascistas. Así, en lucha franca, los exterminan a todos.

4. Las riadas heroicas.

Corren las riadas de combate por las carreteras de extramuros. Madrid ha emprendido la reconquista de las ciudades vecinas. En todas ellas hay sublevaciones; los oficiales se han apoderado de las calles y comienza la matanza de obreros y de republicanos.

Al paso de la muchedumbre bélica huyen, sin presentar combate, los oficiales del cuartel de El Pardo. Estaban atrincherados en el cuartel, esperando, sin duda, el instante de invadir la ciudad por el norte. Pero el ímpetu de las masas que van sierra arriba, les ha despavorido, y huyen a los riscos del Guadarrama, arrastrando con ellos, por la fuerza, a los soldados, cuyos cadáveres se encuentran después en el camino, al borde de la presa del Lozoya. Los sublevados querían volar la presa, dejar a Madrid sin agua. Pero los soldados, aunque no tenían armas, se han opuesto, y allí, acariciados por el rizo de las aguas, que mitigan el ardor de la ciudad, han quedado sus cuerpos, acribillados por las pistolas de los oficiales.

En el cuartel de Vicálvaro, en cambio, los facciosos resisten. Intentan contener la avalancha triunfadora, que viene de la Montaña y de Carabanchel. Saben que, carretera adelante, los pueblos y los cuarteles están en poder de los suyos, que Vicálvaro es el primer baluarte de una extensa línea de fortalezas sublevadas. Pero resisten en vano. La muchedumbre crece y crece y llega, bajo la granizada de los fusiles y las ametralladoras fascistas, hasta los muros del cuartel, los escala y entra en el reducto. Cae el cuartel, y caen también los sublevados.

El avance continúa por la carretera de Aragón. Es el ímpetu sin límites. Miles de hombres y mujeres van, entre nubes de polvo, camino de la victoria. ¿Hacia dónde van? Hacia donde haya, todavía, oficiales sublevados, pueblos en poder de los fascistas, obreros y republicanos amenazados de muerte. Centenares de combatientes no conocen el rumbo. Pero se arraciman en los camiones erizados de fusiles, aprietan sus carnes hasta el último encogimiento, hasta que rechinan los huesos, para coger sitio en los automóviles que forman la enardecida caravana.

Ya de noche, llegan a las cercanías de Alcalá de Henares. La ciudad está tomada por los facciosos. Hay ametralladoras en las torres de la catedral, en lo alto de la Universidad, en las encrucijadas del camino; las

avanzadillas del enemigo esperan entre los matorrales. Hay también cañones estratégicos. La multitud, impaciente, quiere avanzar, ir en seguida al combate. Pero los oficiales leales la detienen. La oscuridad favorece al enemigo. Es preciso acampar en las inmediaciones.

Veinte hombres no quieren dominar la impaciencia:

—Nosotros no esperamos aquí; ahora mismo entramos en Alcalá...

—Eso es una locura...

—Lo que sea... ¡Adelante!

El tableteo del motor corta el diálogo y el camión arranca, como un toro de lidia, al encuentro de la muerte. Pocos minutos después estremece el silencio de la noche la trepidación de las ametralladoras. Todos comprenden lo que ocurre. Pero la masa ha logrado en pocas horas la suficiente experiencia para esperar tranquila y segura de su táctica. Cuando regresa el camión, los cinco supervivientes exigen, inflamados de coraje:

—Tenemos que ir a vengarlos...

—Mañana...

—Ahora; en el acto... Los canallas tienen apostadas las ametralladoras a la entrada del pueblo.

El comandante militar, comandante del pueblo en armas, no se inmuta.

—Mañana —repite.

Y en todo el campamento se decide, sin palabras ni votos, que sea al día siguiente.

Los primeros rayos del sol alumbran la toma de Alcalá de Henares. Como en Vicálvaro, los facciosos no han podido resistir el alud popular. Los cañones y las ametralladoras han enmudecido, impotentes, cuando los oficiales, a la vista de la avalancha, temerosos de las miradas de los soldados, han huido en desbandada. El pueblo de Madrid entra en Alcalá de Henares por todos los caminos. Es una invasión gloriosa. Las armas y

las banderas de los sublevados están en sus manos. Alcalá de las bellas letras, Universidad de Cisneros, tierra de nuestro gran Miguel de Cervantes, lugar del nacimiento de Azaña, el presidente que rige ahora, desde la cumbre democrática de la República, los triunfos del pueblo, queda libre y segura en poder de las masas populares.

Pero los camiones siguen adelante; el tropel imponente avanza a la toma de nuevas fortalezas. Transcurre el día. En el ministerio de la Guerra están improvisándose las nuevas milicias. Todos los oficiales antifascistas retirados del servicio, han sido llamados al Ejército. Los mismos que han estado entre las multitudes, confundidos con ellas, en el asalto a los cuarteles, acuden ahora, uniformados de militar, al llamamiento del Gobierno. Falta el comandante Ristori. Es uno de los que no pueden faltar, de los más bravos y leales antifascistas. Llega a los dos días de ausencia, ungido por el polvo y el sol de la batalla. El jefe no prescinde de interrogarle.

—¿Dónde ha estado usted?

—Tomando Guadalajara.

—¿Ha caído ya?

—Sí; después de Alcalá de Henares. Guadalajara está en poder de la República. Las milicias avanzan ahora hacia Sigüenza...

Avance incontenible; avance por todas las rutas. Las masas marchan camino de Toledo. El gobernador civil de Toledo, traidor siete veces a la República, asesino de los campesinos de Yeste, agente solapado del fascismo, ha concentrado a la Guardia civil de la provincia, de acuerdo con Moscardó, el coronel jefe de la Academia Militar. Tienen en su poder todas las calles, todas las alturas. Abundantes fusiles y ametralladoras defienden las rocas formidables. En el transcurso de los siglos, muchos atacantes se han roto los huesos contra estas rocas. Hasta ellas no puede llegarse sino con una fuerza superior en armas y en hombres, con una fuerza más dura que las montañas y más audaz que los tajos profundos del río. ¿Será posible dominar tan poderoso castillo de guerra? Las masas que se encaminan al asalto no miden la magnitud de la empresa. Impulsadas por el afán de la lucha, sedientas de victoria, llegan hasta los alrededores de la

ciudad. Los sublevados conocen las inmensas posibilidades defensivas de la plaza. Las ametralladoras cierran los puentes y barren las laderas de los montes. Dos mil hombres de guerra, dispuestos a todo, juegan la carta más decisiva de la sublevación.

Pero el ataque es una ola humana que llega, como en la Biblia, hasta las tierras más altas, que «sube cuarenta codos sobre las más altas montañas».

Combate duro, terrible. Las armas fascistas disparan con la desesperación de la lucha a vida o muerte. Las masas, impetuosas, arrolladas por su propia fuerza, siguen adelante, monte arriba, hacia la cúspide. Atraviesan como un turbión las cortinas de fuego que baten el puente de Alcántara y suben, arrolladoras, hasta las calles milenarias de la ciudad.

Poco a poco van aflojándose las armas fascistas. Los sublevados se retiran de una posición a otra. Crece en la misma medida el ímpetu de los atacantes. Los obreros de Madrid pisan triunfantes el pavimento de Toledo. ¿Dónde más pueden resistir los facciosos? Ya han perdido sus mejores defensas. No les quedan sino las guaridas subterráneas del Alcázar. El pueblo no tiene armas para romper estos muros gigantescos. Al amparo de ellos, los fascistas escapan de la muerte.

La sublevación queda acorralada, hundida en los huecos oscuros del subsuelo, impotente y sin garras.

En Madrid no hay banderas ni aclamaciones; ningún signo externo de alborozo. Pero el pueblo tiene conciencia de su triunfo. Los fascistas han sido derrotados en todas partes. Antes que los triunfadores, llegan las noticias oficiales de la Radio.

—Acabamos de tomar Sigüenza. Después de un largo combate, el pueblo ha dominado la sublevación de los militares facciosos y es dueño de la ciudad.

La noticia más profunda viene de Cataluña. En Barcelona ha triunfado también el pueblo. Las masas han tomado Capitanía General y el cuartel de Atarazanas. Goded está preso. Las ediciones extraordinarias de los diarios describen los episodios de la magnífica jornada: en la plaza de

Cataluña, los obreros, a cuerpo limpio, se han apoderado de los cañones facciosos. Bravos y leales, como en Madrid, los guardias de Asalto luchan al lado del pueblo. La Radio sigue transmitiendo detalles. Ha muerto Ascaso. Durruti y del Barrio parten a la cabeza de las masas para la conquista de Aragón. Madrid hierve de gozo. Toda la ciudad es bullicio y fiesta. Cantos, vítores, aplausos. Y, de pronto, el silencio profundo, el silencio que tiembla caliente en los labios. Habla en los altavoces el Presidente Companys.

—¡Catalanes y españoles...!

La misma voz egregia, de acento seguro, enfebrecida hoy por la victoria, que Madrid oyó a escondidas, en octubre del 34, llena de angustia, mientras los cañones de la reacción destrozaban las libertades inermes de Cataluña y de España. Madrid la escucha ahora a pleno sol, desatadas y estruendosas las ondas que la transmiten. El hombre de las viejas luchas heroicas, el que una vez puso en el mástil del Gobierno civil de Barcelona la bandera de la libertad y otra vez resistió hasta el último instante el empuje de la reacción vencedora, el que no desmayó en presidio y sostuvo, sereno y firme, los derechos del pueblo, habla hoy, ante las masas victoriosas, anunciando que los cañones y las fortalezas de la reacción están abatidos por la derrota definitiva.

Todos los himnos de la lucha aclaman en el espacio inmenso de la Península sus palabras finales: «Els Segadors», «La Internacional», «El Himno de Riego». Ahora, son himnos de triunfo.

GUADARRAMA

I

1. La avalancha de la Sierra.

Las huestes facciosas han venido de las ciudades del Norte a paso de urgencia. Mola comprende que no puede perder tiempo. La toma de Madrid es la clave de la victoria. ¿Cómo podrá sostenerse la sublevación, después de la derrota, en casi todas las capitales importantes? Los sublevados tienen que tomar Madrid rápidamente, sin tardar minuto. Todavía es el momento. Las masas carecen de organización militar, el Gobierno ha perdido casi todo su poder, el pueblo dispone de armas insuficientes. Mola cree, sin duda, fácil la conquista de la capital. Es cuestión de prisa. Aún está combatiéndose en las calles de Madrid, cuando las guarniciones sublevadas de Vitoria, Burgos y Valladolid vienen impetuosamente al ataque, ascienden las vertientes septentrionales de la sierra, pasan los puertos y llegan hasta las vías de la capital.

El avance ha sido rápido y alegre. Los facciosos no han encontrado obstáculos; todos los caminos estaban libres a su paso. Pero, al llegar a las vertientes meridionales, más que para el ataque, están dispuestos a la defensa. La Sierra posee una poderosa organización defensiva: nidos de ametralladoras, bases para los cañones, trincheras de cemento. ¿Para qué hizo construir Gil Robles, durante su estancia en el ministerio de la Guerra, tan poderosa red de fortificaciones? Los organizadores de la sublevación pensaron, tal vez, que las tropas sublevadas tendrían necesidad de contener el avance hacia el Norte de las fuerzas de Madrid. Esta previsión defensiva influye ahora en el ánimo de los atacantes. Mola ha venido como un rayo, desde Pamplona, nada más que a parapetarse en los fortines del Guadarrama. Los sublevados siguen batiéndose en retirada. Han podido bajar hasta las entradas de Madrid. Dos horas más de avance habrían puesto sus vanguardias en los arrabales mismos de la ciudad. Pero Madrid les infunde pánico. Madrid es la fuerza tremenda, desconocida, oceánica; el poder inmenso de las masas, el brazo gigantesco que les ha dado ya golpes de muerte. Luce ante ellos, en el fondo de la perspectiva, con una atracción alucinante. Millares de brillos parpadean sobre el paño oscuro de la noche. De día, afilados por la luz valiente del sol de julio, se recortan,

contra el cristal del cielo, los perfiles de las torres, las líneas de las calles, toda la geometría de la ciudad. Madrid les embriaga de furia y de deseo. La miran a distancia, en la perspectiva engañosa de las lentes, como un tesoro maldito: deseándola y temiéndola.

¿Cuántos son? Es imposible saberlo. España ha quedado dividida en dos zonas, recíprocamente impenetrables. Los informes sobre los facciosos nacen de las conjeturas de nuestra propia gente.

—No pueden ser más de dos mil —dice alguien en algún centro político.

Y la cifra baja o sube según el humor de quienes la propalan.

Sean los que sean, aunque la cantidad de atacantes determine, como es natural, el volumen del peligro, para las masas la única noticia válida es la presencia de la muchedumbre facciosa en el Guadarrama. El pueblo de Madrid tiene ya el hábito de lanzarse al combate, sin preocuparse de la potencia del enemigo.

Esta vez el enemigo es más poderoso que nunca. Las fuerzas sublevadas forman tres columnas distintas: una ha entrado por Somosierra, otra por el Alto del León, y la tercera sigue la ruta de Navacerrada. Han copado todas las vías de la sierra. Madrid ha quedado sin salida hacia el Norte. Sin embargo, el pueblo no piensa ni calcula la situación militar. El pueblo sólo siente el afán bélico de batir al fascismo donde esté, ocupe las posiciones que ocupe. Miles y miles de combatientes, sucios todavía del polvo de la Montaña y de Carabanchel, emprenden el camino de la sierra. Un nuevo grito de combate estremece las calles.

—¡Que están en la sierra! ¡Vamos por ellos!

Caravanas de coches y camionetas, rebosantes de fusiles y de canciones revolucionarias, suben bravamente las cuestas del Guadarrama. Otras columnas marchan a pie, jadeantes, alentadas por el ansia de vencer. Los milicianos van a la guerra cantando, vibrantes de emoción, seguros de la victoria.

De las milicias de las organizaciones han surgido los primeros jefes militares del pueblo.

—¿Con quién vais vosotros? —se preguntan a gritos los milicianos.

—¡A Somosierra, con Galán!

Los militantes tienen el orgullo de luchar al mando de los hombres de su organización. Es la primera vez que los soldados españoles aclaman fervorosamente a sus oficiales. Los jefes de columna adquieren una popularidad inmensa. Sus nombres atraen más y más combatientes. El teniente coronel Mangada, antiguo oficial antifascista, marcha hacia los montes de Navalperal de Pinares. Ha salido de la Casa de Campo con sólo un puñado de hombres. Pero tras él, a su alcance, como al de Galán, camino de Somosierra, corren centenares de luchadores antifascistas que anhelan batirse a las órdenes de los nuevos capitanes.

La sierra tiene una historia política bastante breve. Es el último paisaje descubierto por Madrid. Hasta hace pocos años, el pueblo madrileño no tenía más contornos que las praderas de Goya, las praderas del siglo XIX. Pero la nueva juventud, deportista y vital, conquistó la sierra, disputándosela a la aristocracia. Los domingos de verano, la juventud popular invadía los riscos del Guadarrama, la cuenca del Manzanares, las cumbres de Navacerrada. El paisaje se poblaba de gente moza, alegre, bruñida por el sol. Eran obreros, menestrales, oficinistas, hombres y mujeres trabajadores, que emprendían al amanecer la excursión a la sierra en copiosas caravanas.

Después, al intensificarse la lucha social, las excursiones adquirieron carácter político. Dejaron de ser las excursiones anodinas de la primera época. Los excursionistas iban encuadrados bajo las banderas de los partidos o con el emblema de los sindicatos. Socialistas, comunistas, republicanos, anarquistas. Los fascistas intentaron entonces desalojar a los obreros. Hubo lucha, incluso muertos y heridos. Las bandas fascistas llegaron, como siempre, al crimen. Pero el pueblo quedó, al fin, dueño de la sierra.

Ahora, la lucha es más, mucho más profunda. Las masas acuden a la pelea con el mismo alborozo que a las excursiones del domingo. Banderas y canciones engalanan también los vehículos. Los fusiles que erizan las caravanas tienen una expresión decorativa. El pueblo marcha alegre a la

sierra, más alegre y más feliz que antes, porque la excursión de hoy le lleva a la conquista plena de la libertad.

No tiene táctica ni plan ninguno. La iniciativa popular juega tan libre como el viento. Cada cual ocupa el puesto que quiere, forma en la columna que más le agrada. No existe más disciplina que el deseo común de luchar y vencer.

Cientos de mujeres enardecen más el ánimo de los combatientes con su propio entusiasmo. Todos presienten la victoria inmediata.

—¿Dónde están los fascistas? —preguntan los de un camión a los de otro que corre paralelo.

—¡Qué sé yo! —responde, desde lo alto del vehículo, el miliciano que capitanea el grupo—. Estén dónde estén, dentro de dos días, los que no hayan caído estarán corriendo hacia Burgos.

—¡Eso, eso! —gritan, frenéticos, los hombres de ambos camiones.

Donde están, los facciosos tienen reductos formidables. Son, además, militares; conocen el arte de la guerra y saben utilizar bien los elementos de defensa y las ventajas del terreno. El pueblo puede cerrarles el paso a la capital; cumplir otra vez la gloriosa consigna: «¡No pasarán!». Nada más. Las defensas fascistas detienen el empuje popular con una infranqueable cortina de fuego. El primer éxito de la resistencia les alienta a emprender el ataque, a forzar el paso a Madrid. La lucha adquiere entonces proporciones épicas. Los fascistas derraman sobre los milicianos una lluvia incesante de balas y metralla. Todas las armas de combate funcionan desesperada, rabiosamente. Es inútil; los milicianos no ceden. La defensa a cuerpo limpio, defensa de fusiles desorganizados y sin táctica, resulta tan poderosa como la de los técnicos al otro lado de la batalla. Todos los ataques fascistas sucumben contra ella. Imposible doblegarla. Los fascistas repiten ataque tras ataque; llegan a lanzarse carretera abajo en pelotones cerrados. Ni aun así logran forzar el paso. Los fusiles, obstinados, les cortan el ímpetu.

Ninguno de los dos adversarios puede seguir adelante. La batalla se estabiliza. El frente no lo componen dos líneas de combate, sino más bien

dos campamentos enemigos. Los milicianos acampan al raso, sin más protección que las piedras y los árboles, en las alturas que dominan las carreteras. Así mantienen día y noche la guarda inexpugnable de Madrid.

El verdadero frente comienza a constituirse cuando los milicianos levantan parapetos. Sus primeras defensas están formadas de pedruscos superpuestos y de sacos de arena. Son los únicos elementos de que disponen. Todavía no funciona ningún servicio militar. El Estado está deshecho. La sublevación ha roto toda su arquitectura. No hay más fuerza ni más organización que las propias masas: la fuerza estructurada de los partidos y las organizaciones obreras. Sus cuadros dirigentes, la disciplina orgánica de sus militantes han sido y son todavía los únicos instrumentos de la acción colectiva. El verdadero Estado, el germen, por lo menos, del nuevo Estado reside hoy en ellas. Porque es en ellas donde está el único principio de organización social.

Los militares leales tratan de organizar militarmente, sobre el propio campo de batalla, las fuerzas dispersas. Pero las masas les desconocen y sienten, naturalmente, profunda desconfianza de los oficiales que no son al mismo tiempo militantes conocidos de las organizaciones revolucionarias. El enemigo ha dejado atrás centenares de cómplices y espías. Entre los milicianos pululan los traidores. ¿Quién puede distinguirlos? Los traidores actúan con una sutileza, con una habilidad exquisitas. Casi siempre aparecen como los más bravos, los que echan adelante la voz y el gesto para ganarse el entusiasmo de los combatientes. Un oficial surge de pronto ante el grupo de combatientes que lucha guarecido en las rocas y le exhorta con aparente fervor:

—¡Adelante, muchachos! ¡Hay que tomar aquella cumbre! ¡Avanzad por allí! ¡Viva la República!

Los milicianos emprenden el asalto y caen dentro del fuego de las ametralladoras enemigas. La traición es muy sutil. Sin embargo, un obrero la descubre. El Consejo de guerra popular dura breves minutos. Al plantarse después ante el grupo de fusilamiento, el oficial traidor, encendido por el odio, extiende el brazo, gritando:

—¡Canallas! ¡Mierdas! ¡Viva el fascio!

Otro oficial combate en el parapeto. Su fusil dispara, como los demás, sin descanso. Parece de los más valientes. De cuando en cuando suspende el fuego, asoma el cuerpo por una esquina de la trinchera y enjuga el sudor. Todos los combatientes sudan. Pero uno de ellos observa que el oficial le da al pañuelo vueltas demasiado complicadas y airosas. Más tarde le encuentran en el bolsillo notas y claves de comunicación con el enemigo.

La artillería es la más dudosa. El Gobierno ha logrado enviar a la sierra los cañones conquistados en Carabanchel. Pero hay muy pocos artilleros. Las piezas han sido emplazadas por los propios milicianos. Sus servidores tienen que atender al combate y a la vigilancia. ¿Por qué fallan tantos disparos? ¿Por qué caen los obuses con tanta frecuencia sobre nuestras propias avanzadas? Los milicianos no advierten claramente la traición; en cambio, los oficiales leales dudan. El desconcierto de la batalla y las deficiencias del material no permiten descubrirla al primer indicio.

Tantos casos repetidos aumentan y justifican la desconfianza de los milicianos. El ardor combativo no decae, sin embargo. Al revés, aumenta. Como no hay armas, ni ejército, ni jefes militares, el pueblo entrega, para suplirlos, más y mayores contingentes de sangre. Madrid se transforma en un inagotable venero de combatientes. Todos los obreros, todos los antifascistas están voluntariamente movilizados. Todos acuden al combate. Pelear en la sierra es el nuevo orgullo de los trabajadores madrileños.

Las mujeres estimulan el reclutamiento, alientan a los milicianos.

—¡Eh, tú, pollo! ¿Por qué no estás en la sierra? —interpela una mujer joven a un muchacho desconocido.

—Acabo de venir de allí.

—Pues ya debías estar de regreso... o no haber venido... ¿Qué queréis aquí? Mientras no los aplastéis no tenéis nada que hacer en Madrid...

Otra mujer dice, orgullosa, a las demás, que se han reunido en una tienda de comestibles:

—¡Todos los hombres de mi casa están en la sierra!

—¡Y los míos! —le responde una—. ¡Mira, tú, ésta! No tengo más que un hermano y el marido, y los dos se han ido para allá...

Una vieja refiere, medio sollozante:

—Yo tengo allí un hijo y no sé qué podrá pasarle...

—¡Vamos, señora! ¿A qué viene ese tono? Si le toca morir, qué se le va a hacer... A los nuestros también puede tocarles la china... ¿Y qué? Lo importante es acabar con esos bandidos...

Incluso los niños quieren combatir. Esos niños que meses antes cantaban a coro las canciones obreras, que hace pocos días aplaudían el triunfo de la Montaña, abandonan ahora sus casas y se van a la sierra, ocultos dentro de los camiones o montados sobre los portamaletas de los coches. Los milicianos han encontrado en los parapetos chiquillos de diez y doce años; otros han sido descubiertos cuando iban a pie, solapándose entre las rocas, camino del frente.

—No importa; me volveré a escapar —ha dicho uno de ellos, enrojecido por la rabia, mientras los vigilantes de la carretera le devolvían a Madrid.

Mujeres, niños, ancianos estimulan el ánimo combativo de las masas. El ansia de lucha viene desde lo más hondo de la conciencia popular. Es una fuerza tormentosa que lanza miles y miles de hombres a la gloria del combate. Toda la juventud organizada está batiéndose en los frentes. Las balas fascistas han segado sus filas. Nadie cuenta las bajas. Morir por la libertad es conquistar la vida más dichosa. Esta idea ilumina el heroísmo de los jóvenes comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos y de las brillantes juventudes madrileñas que han formado desde el primer momento las duras brigadas de choque.

Tan poderoso ímpetu de lucha contiene una vez más el aluvión fascista. Los batallones facciosos quedan paralizados en la sierra y cortado por los combatientes del pueblo el avance de Mola sobre Madrid.

2. El pueblo otra vez al ataque.

Los combates adquieren cada día encarnizamientos más implacables. Mola ha visto la ineficacia de unos soldados descontentos, arrastrados por la fuerza a la lucha e impotentes para romper la resistencia de las masas, y ha reforzado su ejército con abundantes contingentes de requetés y falangistas. La historia de España ha dado un paso atrás. Las boinas rojas de los carlistas, las boinas de las bandas feroces, vuelven a matizar el áspero paisaje de la sierra española. Con ellas, igual que en las guerras civiles del siglo pasado, y más feroces todavía, las sotanas pavorosas de los curas. El frente faccioso tiene una lúgubre proyección de siglos. Curas, requetés, señoritos feudales, oficiales aristócratas: todos con el fusil al brazo, pegados a las rocas, codiciosos de España. ¿Qué sería de los trabajadores, de los liberales, de los obreros y campesinos, del hombre de pensamiento y del hombre libre, si la turba sombría lograra el paso a Madrid? ¿Qué sería del hombre y la mujer y el niño españoles? ¿Qué sería de la propia España, tantos siglos martirizada y oprimida por ellos? Esta vez vienen más sedientos aún de muertes, más apretada que nunca la alianza de sangre y de crimen, embravecida por las últimas derrotas.

¡Requetés, curas, señoritos y militares! La España tremenda de la Inquisición, la ignorancia y el despotismo. Reaparecen las figuras siniestras: Felipe II, Torquemada, Alba, Olivares, Fernando VII, Calomarde, Cánovas, Anido. Nombres trágicos que han ido marcando a través del tiempo las cumbres del dolor español. El espíritu y las armas de ellos vuelven ahora, con nueva furia, a detener el curso de la historia. Los millares de milicianos que cierran el camino a Madrid apenas conocen esos nombres; pero saben lo que representan. Lo han aprendido en los días de hambre, interminablemente heredados de padres a hijos; en los calabozos de las prisiones, tundidos por las palizas de los carceleros; en las matanzas silenciosas, frías, de las noches campesinas, y en la conciencia de las mujeres y los niños, maceradas a cristazos. Son el hambre, el silencio, la muerte.

Madrid tiene calofríos de pavor y de rabia. Es fuerte. Ha triunfado ya diez veces. Pero el enemigo amenaza todavía a menos de cien kilómetros; mientras no esté roto y destrozado, es, sin duda, temible.

La ciudad hierve con el hervor de los grandes momentos. Todas las organizaciones y partidos obreros y republicanos forman, apresuradamente, nuevas milicias de combatientes. Los batallones, las columnas van saliendo de los locales de reclutamiento como la cinta de una bobina. Pasan sin tregua del cuartel al campo de batalla. Las columnas llevan los nombres más resonantes en la emoción popular: Azaña, «Pasionaria», José Díaz, Pablo Iglesias, Thaelmann, Rakosi, Dimítrov, Octubre, Iberia; nombres que encienden el anhelo de libertad, de felicidad, de paz.

El Partido Comunista le ha dado a su primer cuerpo de milicias un nombre impersonal y glorioso: «Quinto Regimiento». Con él nace, en las entrañas mismas del barrio popular de Cuatro Caminos, la primera organización militar del pueblo. Centenares de trabajadores acuden a inscribirse. Un febril aliento de lucha estremece los muros del inmenso caserón de los Salesianos. El impaciente ajeteo militar invade las vastas explanadas del edificio. Clases y soldados improvisados instruyen, con prisa de combate, a los hombres, que muy pronto emprenden el camino de la sierra. El cuartel está, como reducto avanzado de la ciudad, en la propia ruta del frente, mirando cara a cara al enemigo. Apenas trasponen el umbral, los combatientes ven ante ellos, poblada de facciosos, la mole gigante del Guadarrama, campo donde se dilucida hoy a sangre y fuego la suerte de España.

Hora tras hora, la ciudad envía más y más hombres al frente. La marea humana que invadió las fortalezas del fascismo crece incesantemente. Salen hombres de todas partes, de todas las profesiones, de los sitios más recónditos. Madrid no escatima ni una sola gota de su sangre popular. ¿Cómo podría vencer de otro modo? La lucha exige esfuerzos máximos. Las grandes victorias populares sólo pueden consumarse plenamente cuando los fascistas hayan sido aplastados en la sierra.

Esta idea mueve la conciencia de las masas. Ya no es bastante impedir el avance faccioso, cerrarle las entradas de Madrid. No; no se trata solamente de defender la capital. Se trata de aniquilar al enemigo.

Así, los nuevos contingentes de milicianos no van a cubrir las líneas de resistencia, sino a emprender el ataque, a tomar de una vez, cueste lo que

cueste, las posiciones fascistas. Ha surgido de nuevo el ímpetu ofensivo de los primeros días. El pueblo vuelve al ataque con el mismo arrojo que en la Montaña, Carabanchel y Toledo; con ese ímpetu devastador de las masas en los momentos decisivos. Todas las victorias populares de julio se han logrado atacando, lanzándose el pueblo, muchedumbre tras muchedumbre, sobre los reductos enemigos hasta apoderarse de ellos. El ataque desarrolla poderosamente las fuerzas combativas del pueblo, aumenta el ímpetu y el ardor de los combatientes. ¿Qué arma más eficiente que los ataques multitudinarios, ciegos y arrolladores como una fuerza natural, puede tener hoy Madrid? Los batallones de milicianos no han perdido las características de masas. Suben la sierra con el mismo aliento acometedor de las multitudes que asaltaron los cuarteles, idéntica ansia de combate e igual anhelo de vencer.

Pero han cambiado las circunstancias. Los facciosos que defienden las posiciones de la sierra no son aquellos sublevados empavorecidos de la Montaña y Carabanchel, ni las trincheras artilladas del Guadarrama los cuarteles de Madrid. Los facciosos han reaccionado contra la depresión de las primeras derrotas; la ayuda extranjera ha levantado sus ánimos; los contingentes de requetés y falangistas les han infundido nueva furia, la furia inextinguible de una clase resuelta a defenderse hasta el último aliento. Así combaten ahora en la sierra: implacablemente, hasta la muerte.

Sin embargo, no consiguen abatir el ímpetu de los milicianos. Furia por furia, la furia heroica del pueblo es tan potente como el odio fascista. En este tremendo combate a muerte, la propia muerte no logra detener el impulso de los atacantes. Los nuevos contingentes milicianos pasan sobre los cadáveres de los anteriores con la misma decisión de ir adelante, adelante. Tropa legítima del pueblo, pueblo mismo apretado en batallones —militares de graduación, intelectuales, obreros, oficinistas, campesinos— acometen alegres, glorificados por el sol, las cumbres enemigas.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Grita uno, otro, todos, y van, efectivamente, adelante, monte arriba, entre los riscos, reptando a gatas, bajo las rociadas de las ametralladoras fascistas. No poseen todavía la habilidad de desperdigarse sobre el

terreno para esquivar el fuego enemigo. Avanzan en grupos compactos, apretándose con la misma vehemencia que aprieta al pueblo la voluntad unánime de lucha. Los que conocen algo la técnica del combate tratan de ordenar la maniobra.

—¡Separarse! —gritan—. ¡Id separados! ¡Nada de grupos!

Inútil. Los gritos se pierden en el fragor de la fusilería y los clamores de guerra. Los milicianos no comprenden ni quieren comprender las precauciones tácticas. Ante el enemigo, como una demostración de fe y de fuerza, aprietan más sus filas, estrechan más y más el tacto de codos. Unidos, apretados, avanzan y caen. Ráfagas enemigas destrozan los pelotones de ataque. Cae Juan Martínez, obrero metalúrgico; cae el comandante González Gil. Caen también el capitán Benito; el coronel Puig. Caen cien más, doscientos más. La lista de héroes crece tanto como la intensidad de la batalla. Madrid, sin embargo, permanece imperturbable, sereno, firme. Nunca jamás le ha exigido la lucha tan extremos sacrificios. Sus juventudes más ricas, más brillantes, las espléndidas parvadas de militantes juveniles de las organizaciones obreras están dando centenares de vidas; la metralla fascista siega a sus más brillantes luchadores revolucionarios, los que formaron la bravas vanguardias de Octubre, de Julio. Pero el pueblo no se doblega. Al paso de los cortejos fúnebres afirma más el juramento de venganza:

—¡Canallas! ¡Cada vida de los nuestros tenéis que pagarla con cien vuestras!

—¡Aunque caigan miles de los nuestros, jamás lograréis el triunfo!

—¡Viva la República!

—¡Caiga el que caiga, hay que luchar hasta aplastarlos!

—¡Nunca entrarán en Madrid!

—¿Fascismo? ¡Mierda!

—¡Otro más! ¡Muy caras tienen que pagar estas vidas!

Lo dicen el murmullo callejero de las mujeres, los niños, los viejos, entre un bosque de puños solemnes. Madrid tiene dureza de acero. De pie ante los despojos de los héroes, decide una vez más obtener la victoria.

Mas ahora es difícil obtenerla. Los macizos de la sierra están erizados de armas fascistas. ¿Cómo ganar esas cumbres ingentes, desde cuyas laderas miles de tiradores expertos defienden implacablemente los pasos? Las masas no lo saben. Tampoco sabían cómo debían tomar los cuarteles, y los tomaron. Sostenidas por la firmeza de la ciudad, atacan y atacan sin cesar, una vez y otra, y otra más, como un frenético y obstinado oleaje.

El núcleo central del ataque se dirige hacia el Alto del León, la formidable altura que domina el panorama inmenso de Castilla. El pueblo tiene la obsesión de esta conquista. Todos los antifascistas, lo mismo los combatientes que los de la ciudad, creen que ella es la clave del triunfo. Mañana y tarde la gente abre los periódicos con la ilusión de encontrar la noticia. El Alto del León ocupa todos los pensamientos, alimenta las expectativas más anhelantes. Muchos interrogan a los milicianos en la calle, esperando obtener la respuesta que no les dan los comunicados oficiales.

—¿Hemos tomado ya el Alto del León?

—Poco falta... No tardará en caer...

Todos responden igual, con la firmeza optimista que corresponde a la inquietud de la pregunta. ¿Depende, efectivamente, la victoria de la toma del Alto del León? Las opiniones son muy imprecisas. Desde luego, la toma de cualquiera de los puertos significaría la ruptura del frente enemigo y vía libre hacia el Norte. Pero el pueblo, que desea y espera la nueva de la victoria, no tiene ningún concepto claro del valor estratégico de la posición. El hombre absoluto del café opina para la tertulia:

—Tomando el Alto del León, ya está ganada la guerra...

Los obreros no hacen juicios tan bulliciosos. El juicio unánime, maduro y calado hasta lo hondo de la conciencia, es el deseo de que se tome cuanto antes. El pueblo no piensa en objetivos militares ni cavila sobre la estrategia de la batalla. Piensa y siente que es preciso tomar el Alto del

León, como hace tres semanas pensó y sintió que lo decisivo era apoderarse del Cuartel de la Montaña.

Muy pronto la decisión de tomar aquella altura ha ido trasmitiéndose de uno a otro combatiente, del pueblo a los milicianos, de la ciudad al frente. Los milicianos emprenden el ataque ciegos de ilusión. Las máquinas facciosas enralecen sus filas. Pero el ataque se repite. Una vez, otra, una vez más. La masa sube hacia el puerto con el impulso incontenible, crespado y oleante de una marejada. Y sube más y más, hasta que las vanguardias levantan al cielo el grito de triunfo. Han coronado el Alto del León. Los facciosos huyen por la vertiente contraria. El panorama ábrese en dos a los pies de los triunfadores. De un lado, Castilla, hosca y reseca, tostada a fuego, presa de la barbarie fascista; de otro lado, el paisaje abrupto de la serranía, fantástico rebaño de rocas gigantescas, y al fondo, en lontananza, Madrid, libre ya, sin riesgo ni peligro. Los cantos de triunfo desvanecen las brumas incipientes de la cumbre.

Los milicianos ignoran que ha comenzado la guerra de posiciones, la guerra dura y organizada. Después de la victoria abandonan el puesto; ebrios de entusiasmo, regresan a difundir la nueva en los demás frentes, a llevarla hasta el propio Madrid. Algunos intentan detenerlos, explicándoles la necesidad de defender el terreno conquistado; otros, en cambio, gritan delirantes:

—¡A Madrid! ¡A Madrid!... ¡Ya no queda aquí ni un solo faccioso! ¡Venga! ... ¡A Madrid!... ¡Viva Madrid!... ¡Viva el pueblo!...

El aluvión rueda hacia abajo, frenético de vítores y canciones, resaca impetuosa de la marejada que horas antes había subido, palmo a palmo, inexorable, hasta la cumbre.

Durante la noche, los fascistas, dueños otra vez del puerto, emplazan, para defenderlo, su mejor artillería.

3. Combates estáticos.

En Navalperal de Pinares ha quedado establecida la guerra con la misma normalidad que antes la población veraniega. El cuartel general de Mangada ocupa un hotelito, donde, por primera vez en su existencia,

escandalizan las máquinas de escribir, funcionan los teléfonos, trepidan incesantes ante la puerta los motores de los autos. Las alturas vecinas están guardadas por grupos de milicianos. Hay guardias de control en la carretera. Los pocos vecinos permanentes confunden su vida con el ajetreo de una dura muchedumbre bélica, que discute sin descanso, se lava jubilosamente en las fuentes, come y ríe al aire libre y sale de pronto, tumultuosamente, a defender las trincheras cercanas. Antes de instalarse allí la columna Mangada tuvo que sostener recios combates con la Guardia civil. Dos veces tomaron el pueblo las milicias y otras dos lo dejaron libre, como el Alto del León, fácil presa de los facciosos, hasta que por fin se localizaron en él y levantaron las líneas de defensa. Desde entonces no han podido volver las guardias civiles ni avanzar el enemigo por la vía de Ávila.

Galán y sus hombres permanecen en Buitrago, base del frente de Somosierra. El pueblo ha tomado la fisonomía de un baluarte de guerra, sacudido a intervalos por los obuses, sin perder completamente la expresión de caserío pastoril. Los viejos pastores charlan en grupo con los milicianos a la caída de la tarde, mientras pasan, como si fueran de excursión, las patrullas que van al relevo de las avanzadas. El tumulto febril de la guerra no ha logrado quitarle del todo a la serranía el ambiente de balneario popular. Miles de hombres despechugados, muchos desnudos de medio cuerpo, bruñidos por el sol, locuaces y elásticos, parecen, más que combatientes de una lucha inexorable, la multitud excursionista del domingo. El fusil al brazo es el único signo de beligerancia. Pero el ánimo, la jovialidad, el bullicio es de fiesta grande entre los riscos. Los hombres de Somosierra han rechazado tremendas embestidas del enemigo, y tienen ya el optimismo fuerte de quienes han sentido pasar muchas veces sobre sus cabezas las parvadas silbantes de las balas enemigas. Ríen a todo reír, guiñándole burlas a la muerte.

—Oye, tú, ¿qué has visto en Somosierra?

—Que las balas fascistas no matan...

El humor de los combatientes indica la modificación de la lucha. Ha comenzado la guerra estática, de trinchera a trinchera, incesante y terca. Las milicias no hacen la guerra, como al principio; ahora viven en guerra.

Los primitivos campamentos, desperdigados, van concentrándose, adquiriendo poco a poco el carácter y la organización de cuarteles generales. Surgen los primeros atisbos de un ejército, los elementos iniciales de la disciplina militar. Los comandantes adquieren progresivamente mayor autoridad. Las nuevas modalidades de la lucha imponen esfuerzos metódicos y organizados. Es preciso hacer servicio de vigilancia, establecer avanzadillas, renovar a los combatientes de los parapetos. Los milicianos van encuadrándose, paulatinamente, dentro del régimen militar, con un entusiasmo que estimula el propio anhelo de combatir. Ellos mismos eligen a sus jefes y escogen, naturalmente, para que los manden, sin desmayar ni retroceder, a los que han visto más firmes ante el enemigo.

El nuevo modo de guerra saca a la superficie las distintas apreciaciones ideológicas de los combatientes. Ahora reaparecen las viejas discrepancias, que habían permanecido ocultas durante el fragor de las primeras batallas. Brotan en los mismos frentes, ante las propias necesidades de la lucha. Los anarquistas no aceptan someterse a la disciplina ni al mando ni a la organización.

—Nosotros somos antimilitaristas —dice un grupo— y peleamos como queremos. Si vosotros queréis jefes y disciplina, si queréis ejército, allá vosotros. Nosotros luchamos libremente...

—Bien, camaradas —responden los marxistas—. Pero tenemos que defender los frentes. Si vosotros os encargáis de un sector, no podéis abandonarlo...

—¿Por qué no? Los que quieran pueden abandonarlo, y los que no quieran, seguir defendiéndolo. Del mismo modo que hemos luchado hasta ahora, seguiremos luchando... Nosotros no aceptamos ninguna clase de tiranía... Las milicias anarquistas no se someten a ningún mando...

—¿Quién organiza entonces la lucha?

—Nosotros mismos.

—¿Crearéis entonces una organización militar?

—No; nuestras milicias son voluntarias. Nadie está obligado a permanecer en ellas ni a combatir cuando se lo mande otro, sino cuando se lo dicte su propia conciencia...

—Durruti ni Cipriano Mera piensan como vosotros, y son también anarquistas...

—Eso es cuestión de ellos. Nosotros no le imponemos a nadie nuestras ideas...

—No; la cuestión es que si no aplastamos al fascismo, el fascismo nos aplasta a nosotros, a todos, sin distinción de ideología.

Muchos obreros anarquistas combaten, sin embargo, organizadamente, en los parapetos e incluso forman milicias orgánicas, como la de Cipriano Mera. Otros, no obstante, continúan todavía bajo la influencia de la tradición libertaria. Más de cincuenta años de propaganda ideológica del anarquismo, tres generaciones formadas en las mismas ideas constituyen, efectivamente, una fuerza mental y psicológica que no puede modificarse en cuatro semanas. El anarquismo español está haciendo todavía sus primeras experiencias en la gran lucha armada. Tienen que persistir muchas ilusiones. La guerra aún no ha logrado destruirlas. Los que todavía disfrutaban el libre albedrío, combaten, en efecto, cuando quieren, donde quieren y como quieren, sin coordinación ninguna con las otras milicias que sostienen, fijas y tenaces, la defensa de los frentes.

El desarrollo de la guerra ha obligado a los milicianos a crearse una vida propia, vida de guerra, independiente de la ciudad. Los campamentos adquieren trájín de colmena. Se organizan despachos, almacenes, cocinas, dormitorios, clubs, salas de conferencias. El hombre sigue creando mundos. Esas alborotadas multitudes que salieron de Madrid, impetuosas y desordenadas, van transformándose en colectividades orgánicas, llenas de vitalidad, de ambición y de fuerza. El peligro le da a la existencia un profundo sentido humano. Los hombres no pueden olvidar que se han unido para la lucha, que la lucha está allí mismo, palpitante todos los minutos del día y de la noche. Ésta es la única razón de la vida. Todo lo demás de cada uno, sus inquietudes, sus propios recuerdos, queda olvidado, perdido en la memoria. Los milicianos no se ocupan más

que en el presente, en el momento actual, en la guerra. Tan profundamente se ocupan en ella que la discusión de los problemas de la lucha no cesa un instante. Mientras laboran el rancho, los cocineros y los pinches hablan de la unidad proletaria; tras los parapetos, agazapados, con el ojo atento a los vaivenes del enemigo, los centinelas comentan las ventajas del Frente Popular; durante las noches, recogidos en los barracones, continúa el debate, cálido, apasionado, vibrante. Todas las tardes hay mítines, reuniones, conferencias políticas a las que los milicianos acuden con el entusiasmo y el fervor de los niños a una fiesta. Es una tropa sorprendente. Jóvenes de diez y ocho años, que han participado ya en diez combates, abandonan de pronto el juego de pelota para intervenir en una discusión ardorosa sobre el significado histórico del levantamiento fascista. El sol abrasa las carnes. Pero la sed más ardiente es la sed de Prensa, de noticias; sed de España, del mundo. Lejos de la ciudad, estos combatientes aislados de la serranía tienen un ansia voraz de saber qué hacen los demás hombres del mundo, los que tienen que estar luchando como ellos, por lo mismo que ellos luchan, con idénticas esperanzas.

Después de las primeras semanas de fragor desesperado, el combate se ha hecho estático, invisible. Pasan días y días de inquietud y espera; días inmensos que los combatientes llenan con ejercicios, interminables lecturas del mismo ejemplar del periódico, discusiones políticas y limpieza minuciosa del fusil. Bajo el sol radiante de agosto, silba, de rato en rato, el vuelo de los obuses, aves voraces del frente. Tiemblan a veces los montes con la disputa cacareante de las ametralladoras. Los milicianos han adquirido el hábito de estos estremecimientos histéricos de la guerra y no les prestan atención. Poco después el frente torna a quedarse en calma, vigilado por los ojos atentos de los centinelas.

El cañón escoge de preferencia la noche para lanzar al abismo su rugido bronco y feroz. Los barracones tiemblan, estremecidos por las explosiones. Los milicianos continúan indiferentes la lectura a la luz de las velas; algunos discuten, agrupados en torno al tema, con la atención pendiente de las palabras; otros duermen, despatarrados, en el suelo, sobre los jergones. El airecillo delgado de la Sierra filtra leves hilos de frescura por las rendijas y suaviza el denso sopor del ambiente. Los

cañones siguen bramando, cada vez más obstinados, hasta que los rugidos se aprietan y precipitan, como si los monstruos hubiesen entablado una riña ciclópea en las honduras de la cordillera.

—Ahora están atizando de verdad —comenta un miliciano.

—¡Me cago en diez, si atizan!...

—Tienen una pila de cañones... ¡Fíjate!... Ésas son piezas del quince...

El oído ha sido el primer instructor de los milicianos. Oyendo explotar los obuses han aprendido a distinguir los calibres, las distintas armas. Sin embargo, aún desconocen mucho la técnica de la guerra. Cada enseñanza les cuesta enormes caudales de sangre. Pero disponen del inagotable tesoro vital del pueblo y pagan, pagan, obsesos por el único afán de vencer.

Mientras los cañones rugen furiosos en la oscuridad, un grupo de milicianos sale a cazar entre las rocas las señales de los espías. Es la caza de todas las noches. Apenas anochece, una serie de luces aviesas pespuntan, nerviosas, la oscuridad, informando al enemigo. Los milicianos no saben descifrar el Morse luminoso. Pero acechan, agazapados, tenaces, los parpadeos traidores, hasta apagarlos a tiros.

Entre tanto unos emprenden la cacería del espionaje, los otros, confundidos jefes y soldados, siguen dentro del barracón el comentario al bombardeo.

—¡Si no tuvieran más que cañones!

—Tienen casi todo el armamento de España... Todo, puede decirse. ¿Qué ha podido recuperar el Gobierno? Casi nada. Además, lo que les mandan Hitler y Mussolini... ¿Habéis leído la Prensa?... Mussolini ha enviado seis aviones a Marruecos pocos días antes de la sublevación. Se ha descubierto porque dos de ellos tuvieron que aterrizar en Orán por falta de gasolina... ¿Qué os parece? Esto prueba que los gobiernos fascistas les están ayudando descaradamente.

Un miliciano que lee, apartado del grupo, salta como impelido por un resorte.

—Oíd —dice, y lee—: «El barco alemán “Montesarmiento” ha llegado a Lisboa con catorce aviones y ciento cincuenta pilotos y mecánicos...». ¿Eh? —exclama al final de la lectura, encarándose con un enemigo invisible.

—¡La hostia! —profiere uno de los oyentes—. Muy pronto veremos esos aviones zumbando por aquí...

—Tienen bastante fuerza —comenta reflexivamente otro—. Yo no estoy de acuerdo con los que quieren dar la impresión de que los facciosos son débiles. ¿Por qué? Todos los obreros, todos los antifascistas debemos saber que estamos combatiendo con un enemigo poderoso y que tenemos que hacer grandes sacrificios para vencerle. ¿Qué antifascista consciente puede creer que una sublevación, preparada durante más de un año, incluso desde el Poder, se la puede aplastar poco menos que con un papirotazo? No; yo creo lo contrario. Ésta es quizás la insurrección fascista más fuerte que se ha realizado en el mundo...

—¡Y tanto! Aparte de ser la primera auténtica insurrección armada del fascismo. ¿Dónde se ha levantado con más elementos? Ésta es más grande todavía que el putch Kapp.

—En Italia y en Alemania también tuvieron muchos elementos; pero aquí tiene, además de las fuerzas propias, la ayuda extranjera.

—¡Y no hace todavía dos años, muchos decían que en España no existía el peligro fascista, que era una invención comunista! ¡Si llega a existir! ¡El Ejército, la Iglesia, los terratenientes, los grandes capitalistas, parte de la burocracia, casi toda la Guardia civil, un gran porcentaje de la Policía...! ¡El copón!...

—España es precisamente el primer país, después de Italia, donde intentó implantarse la dictadura fascista. ¿Qué otra cosa fue la dictadura de Primo de Rivera, más que un intento fascista? La verdadera iniciativa del golpe de Primo de Rivera vino de Italia. Fue el ejemplo del fascismo italiano lo que inspiró al rey el golpe militar. ¿Cuál fue uno de los primeros actos del rey y de Primo, pocas semanas después del golpe de Barcelona? ¿Lo recordáis? Visitar a Mussolini. ¿Qué quería decir esto? Es claro: que el fascismo italiano les había dado la idea de la sublevación, que el

verdadero propósito de Alfonso y de Primo era trasplantar el fascismo a España. Fueron a Italia, nada más que a estudiar los métodos y la organización fascistas. Naturalmente, las situaciones eran distintas. El proceso revolucionario no estaba aquí tan avanzado como en Italia, ni la lucha de masas había logrado en todo el país la intensidad y la organización que en Italia. Por esto el fascismo no surgió como un movimiento demagógico, sino de un complot de los reaccionarios catalanes con el rey y los generales; quiso ser un fascismo artificial. Ahora, las circunstancias son otras. El intento fascista del 23 lo aprovecharon los terratenientes e imperialistas de Madrid, arrebatándoselo a los capitalistas catalanes. Ahora, en cambio, están todos unidos. ¿Por qué? Porque después de Octubre no han podido destruir el movimiento obrero, porque la unión de todas las fuerzas obreras y democráticas en el Frente Popular garantiza la defensa de la libertad y de la democracia. ¿Veis como Dimítrov tenía razón? La lucha es entre el fascismo y la democracia. ¿Quién puede decir que el Frente Popular hacía la revolución social? ¿Qué comunismo ha habido en España después del 16 de Febrero? El Frente Popular no ha hecho más que restablecer las libertades democráticas, y contra éstas se han levantado en armas todas las fuerzas de la reacción y el fascismo. Está muy claro; nadie puede tener dudas...

—Lo que yo veo también es que España es un país de grandes experiencias sociales. Nuestra guerra de las Comunidades fue la primera revolución social moderna de Europa. Como tú has dicho, aquí fue donde primero intentó implantarse el fascismo. En Octubre se hizo en Asturias la primera insurrección armada por la conquista del Poder, después de la revolución rusa, y nosotros hemos sido los primeros en conseguir el primer triunfo y el primer gobierno de Frente Popular. Aquí fue también donde se le dio el primer golpe de muerte al imperialismo napoleónico. Y esta guerra, ¿qué significa esta guerra? Yo creo que es la primera lucha seria contra el fascismo. Nuestro triunfo tendrá que ser el principio de la derrota del fascismo en todo el mundo. Nosotros podremos decir mañana que hemos sido los primeros en vencer a Hitler y a Mussolini, como lo fuimos en vencer a Napoleón. ¿No es esto cierto?

—Justo, muy justo. Pero todos los movimientos no han sido iguales, naturalmente. Ahora se habla mucho de la guerra contra Napoleón.

Nosotros no podemos equiparar nuestra lucha de hoy con la llamada guerra de la Independencia. Nosotros luchamos por la libertad y la democracia, y la guerra de la Independencia fue, en el fondo, una guerra manejada por los señores feudales y la Iglesia, contra la libertad y la democracia. El único rasgo común es la lucha contra la intervención extranjera. Pero la intervención de hoy es también distinta que la napoleónica; ésta es una intervención reaccionaria, de ayuda a los grandes capitalistas y señores feudales; es como la de la Santa Alianza.

—¿Qué es eso de la Santa Alianza?

—La unión que se hizo en tiempos de Fernando VII de todos los gobiernos reaccionarios de Europa para luchar contra la revolución democrático-burguesa y que ayudó a restablecer el absolutismo en España. Lo mismo que hace hoy la unión de los gobiernos fascistas.

El grupo ha ido apretándose, encendiéndose, y forma, a la luz de las velas, un racimo de cabezas febriles...

—Si nos hubiésemos preparado a tiempo, si hubiésemos organizado la lucha, ya los habríamos aplastado...

—Lo que hay que hacer ahora es organizar militarmente nuestras fuerzas, para oponerle al ejército faccioso un ejército del pueblo...

—Sí, sí... Hace falta crear rápidamente un ejército. Nosotros lo vemos mejor que nadie. Frente a nosotros no hay milicias voluntarias y desorganizadas, sino un verdadero ejército. ¿Cómo vamos a vencerle? Pues con otro ejército más poderoso.

—Pero todavía hay quienes no quieren que se organice el ejército... ¡Siempre los mismos errores!... Y ahora no son únicamente los anarquistas. También hay por ahí algunos ingenuos que tampoco quieren que se cree el ejército regular, que creen que cada cual, luchando por su cuenta y como quiera, puede ganarse la guerra...

—Todos tendrán que convencerse. La guerra enseña mucho y pronto.

—Pues ya han tenido tiempo de aprender. Yo creo que el Partido debía mandar hacer puñetas a todos y adueñarse del poder...

—¡Calla, tú! Eso no puede decirlo más que un provocador... ¿No has comprendido todavía que ésta es la guerra de todo el pueblo y no de un solo partido?

—Lo comprendo. Pero yo creo también que la guerra debe dirigirla quien sepa ganarla.

—Para ganarla, lo primero de todo es la unidad.

—Eso es: unidad... La unión es la base de la victoria. Si todos sabemos seguir unidos, más unidos todavía que ahora, el triunfo será nuestro... Así como estamos aquí, en el frente, así debemos estar en todas partes... Ésta debe ser nuestra política, la de todos: socialistas, comunistas, anarquistas, republicanos...

—Frente Popular... Eso es el Frente Popular. Algunos parece que no lo han comprendido todavía. Creen que se trata de una coalición de partidos para ganar las elecciones, de una alianza circunstancial. No; no podemos interpretarlo así. El Frente Popular es una política de lucha contra la reacción y el fascismo. ¿Por qué ha podido triunfar siempre la reacción? ¿Por qué pudo aplastar el movimiento de los liberales de Cádiz, la primera república, la insurrección del 17 y también el levantamiento de Octubre? Porque estábamos desunidos, porque no existía la alianza de todas las fuerzas obreras, campesinas y democráticas. Ahora hemos conseguido formar esa alianza en el Frente Popular, la alianza de todas, absolutamente todas las fuerzas que desde hace más de un siglo vienen luchando contra la reacción y el feudalismo, y ya veis cómo hasta ahora vamos triunfando... ¿Quién puede negar que el Frente Popular nos está dando la victoria?

—Pero yo creo —interrumpe desde lejos un miliciano que está limpiando su fusil— que debe formarse un gobierno de todos los partidos...

—Mejor es que el Gobierno haga una política firme y consecuente de Frente Popular...

—Eso creo yo. No se trata de éste o el otro gobierno, sino de una política. Claro que a todos nos gustaría que estuviesen en el Gobierno los hombres de nuestros propios partidos. Esto nos daría mayor seguridad, más

confianza en que serán realizadas nuestras aspiraciones. Los comunistas, por ejemplo, en nadie tenemos ni podemos tener tanta confianza como en nuestros dirigentes. Pero, sobre nuestros propios deseos, debemos considerar muchas cosas y no dejarnos llevar por la demagogia. Lo importante es que el Gobierno actual haga la política que conviene a la guerra.

Un obús explota cerca del barracón y la cascada de arena y piedrecillas riega el tejado.

—¡Están afinando la puntería!

—¡Cabrones!... ¡Vamos a zumbarles un rato!

—Quietos. Apagad las luces.

—No se ven desde fuera.

—Por si acaso...

Todas las figuras desaparecen súbitamente en un espeso caudal de sombras. Algunos milicianos se tienden a dormir. Otros siguen hablando en voz baja, muy juntos, como si la oscuridad hubiese apagado los timbres de sus gargantas. Fuera continúan los obuses reventando indistintamente entre las rocas y los pinos; continúa la guerra monótona, a tientas, con palpos de ciego; el tanteo nocturno del adversario para herirlo mientras duerme.

II

1. Batalla al resplandor de las hogueras.

Desde la cornisa de Rosales puede verse, durante la noche, el resplandor bermejo de las hogueras. Los fascistas han incendiado los bosques de pinos, resecos por los soles del verano. Los árboles arden como teas. Sobre el bruñido cielo de agosto, las llamas y el humo de los incendios dibujan opacos tornasoles. La gente que acude a contemplarlos conserva la misma tranquilidad, serena y firme, que ha tenido ante los demás acontecimientos del último mes.

—Mira, mira, aquel incendio; a la derecha. ¡Qué grande es! —dice un pequeño, dirigiendo la atención de su madre hacia el núcleo más grande de las llamas.

La mujer contempla silenciosa la perspectiva.

—Sí, sí —murmura al cabo, sin darle importancia.

Un grupo de obreros y obreras asiste también al espectáculo. Ninguno dice nada. Sólo al marcharse, una de las mujeres, volviendo otra vez la mirada hacia la sierra, exclama:

—Es enorme... Pero ni por esas...

Los vecinos de Argüelles los ven desde las azoteas. El panorama de la cordillera tiene sobre la inmensidad de la noche una grandeza oceánica.

—Parece que está ardiendo toda la sierra —comenta alguien.

—No; nada más que aquellos bosques.

—Tampoco así lograrán abrirse paso...

—Ca. Nuestra gente está prevenida. Lo mejor que puede pasar es que cambie el viento y sean ellos mismos los que ardan dentro de sus madrigueras...

Pero el viento de las noches de agosto es un viento pausado, solemne, que roza apenas las hojas de las acacias. Los incendios continúan, inmóviles y majestuosos, oscilando dentro de la negrura del espacio, como densas cortinas de tela antigua. Aunque no avanzan hacia el enemigo, tampoco hieren a los nuestros. Los milicianos mantienen, al margen de ellos, la resistencia de los parapetos. Aquellas llamaradas no demuestran más que la derrota del ejército faccioso.

El pueblo sigue ganando batallas dentro y fuera de Madrid. En tanto las hogueras del Guadarrama testimonian la impotencia ofensiva de Mola, dentro de la ciudad, silenciosamente, los trabajadores han obtenido otra victoria tan importante como aquélla. Al mismo tiempo que los ataques militares por la sierra, la reacción, combinando las acciones, ha emprendido el ataque económico. Toda la industria, el comercio, la banca han quedado, de pronto, acéfalos. Han desaparecido los dueños y directores de casi todas las fábricas y grandes talleres, los propietarios de las casas, los gerentes de las oficinas. La desaparición se ha realizado a una, obediente a la voz de mando. No hay quien dirija el enorme aparato económico de Madrid. Al regresar de los combates, los obreros se han encontrado solos ante las máquinas inmóviles, sin dirección ni guía. ¿Cómo sustituir a los directores y técnicos ausentes? El Gobierno apenas puede sostenerse él mismo; está igualmente indefenso e inválido. Cada Ministerio parece un gran pontón al garete. Muchos de sus expertos también han desaparecido; otros, agazapados entre los recovecos de la burocracia, atacan solapadamente desde dentro. ¿Qué hacer? Los trabajadores no vacilan. Tienen que afrontar la batalla con tanta decisión como han afrontado las luchas de la calle y de los frentes.

Comienza entonces la actuación de los comités. En todas partes surge el «Comité de control», «Comité de vecinos», «Comité de industria», «Comité de abastecimientos», innumerables comités. Cada fábrica, cada taller, cada oficina, incluso las casas de vecindad abandonadas, eligen el suyo. Miles de trabajadores asumen de la noche a la mañana la dirección de la industria y el comercio de Madrid.

Naturalmente, baja la producción; mas los obreros trabajan con mayor intensidad que nunca. ¿Cómo obtener materias primas, distribuir las

mercancías almacenadas, fabricar nuevos productos? El trabajo es inmenso. Las comisiones obreras recorren la ciudad, toda la España libre, gestionando, adquiriendo, resolviendo infinitos problemas. Los sindicatos ayudan hasta donde pueden. Sus directivos, comisiones especiales, cuantos son capaces de hacer algo, trabajan también sin descanso para reorganizar el inmenso caos de la producción. Pero es imposible ordenarlo en tres días, y la vida no puede paralizarse. Además, los sindicatos discrepan en el concepto de la situación y los métodos adecuados para resolverla. U. G. T. y C. N. T. actúan separadamente, sobre directivas propias. Mientras los sindicatos discuten o se hostilizan, en las fábricas, talleres y oficinas, los trabajadores, unidos por la imposición objetiva de la realidad, tienen que emprender la faena sin más recursos que sus manos y sus mentes.

Todas las fábricas, tiendas, talleres, oficinas, Bancos, quedan bajo el control de los obreros y empleados. Algunos logran reconquistar la colaboración de los antiguos gerentes y técnicos; muchos tienen que improvisar nuevos directores. Aunque imperfectamente, Madrid sigue fabricando, comprando y vendiendo; sigue alimentándose y alimentando a las tropas. Casi nadie advierte la magnitud de la batalla. Pero ha sido el combate más recio, la ofensiva más tremenda contra el pueblo. Si los grandes patronos, los banqueros, los más expertos capataces de la industria y del comercio, esperaban romper el frente de la producción, derrumbar el gran edificio económico de la ciudad, los trabajadores lo conservan en pie, apuntalándolo, sosteniendo sus vaivenes. El afán de miles y miles de obreros, que acuden a las innumerables pequeñas reuniones de comité, abrasados por el ansia de resolver pronto los problemas de sus fábricas, es también un afán de combate y de victoria.

Las puertas y fachadas de Madrid están llenas de carteles: «Incautada por el Sindicato», «Controlada por los obreros de la casa», «Incautada por el Comité de Control». Son los signos de la victoria, las banderas del triunfo. Mientras en la sierra, devorada por el fuego, el combate continúa suspenso, la lucha silenciosa e incruenta del interior de la ciudad logra relieves magníficos. El enemigo ataca desde los libros de contabilidad, tras el montón de papeles indescifrables sobre cuyas líneas varios obreros

pasan afanosamente la noche hasta descubrir el hilo de la trama comercial, hasta pulverizar al adversario.

Cada letrero de incautación o control señala un reducto vencido, un enemigo derrotado. La ciudad íntegra, lo más profundo y vital de ella, ha caído en manos de los trabajadores. Las viviendas que los propietarios no quisieron cobrar, las tiendas que los grandes comerciantes dejaron cerradas, las fábricas suspendidas, los Bancos sin directores, los tranvías y ferrocarriles sin gerentes, todo, en fin, el mecanismo industrial y económico de la ciudad, funciona, produce, trabaja, compra, paga.

Muchos ingenieros y directores subalternos han vuelto a las fábricas y oficinas y constituyen el más precioso botín arrebatado al enemigo. Los obreros los cuidan con tanto cariño como a las máquinas; son sus mejores trofeos.

—Yo no pensé nunca —dice el director ingeniero de Worthington en una reunión— que pudiéramos trabajar así como estamos trabajando, tan unidos. Esto es verdaderamente hermoso. Yo estoy dispuesto a hacer cuanto pueda para sacar el taller adelante. Lo declaro con absoluta sinceridad; yo no tengo ningún vínculo con los antiguos miembros del Consejo. Se han marchado, allá ellos. Nosotros seguiremos trabajando unidos hasta que ustedes quieran. Yo no oculto que estoy muy contento del trato que me dan.

—Pero ahora —contesta, bronco, un empleado— todos somos iguales; no hay que olvidarlo.

Valentín, gordo y sonriente, responsable de la célula comunista, le interrumpe en seguida:

—No —dice con una sonrisa que acentúa la energía de la mirada—; hay que respetar al director... Lo que pasa es que ahora el Consejo lo forman un representante de cada una de las secciones de la casa, en vez de los antiguos directores...

Los obreros aprueban. No importa que las máquinas aun vayan a media velocidad, que la producción haya descendido. El triunfo es que anden, que produzcan, que los equipos proletarios, disminuidos por las

aportaciones a los frentes, ocupen disciplinadamente sus puestos al lado de ellas, que Madrid siga trabajando. Tampoco importan las deficiencias del aparato directivo. Hay dirección técnica. Donde no ha podido reconstruirse con los antiguos directores, los trabajadores han creado nuevos técnicos, ascendiendo a los empleados y obreros más capaces.

Madrid celebra la victoria con un júbilo recatado, sencillo, natural. El Gobierno lanza insistentes llamamientos a la normalidad. «Es preciso restablecer la vida normal». Bien. Han desaparecido las patrullas obreras de vigilancia y control, abren las tiendas hasta el anochecer, todas las luces de la ciudad están encendidas, la gente acude alegremente a los cafés, a las terrazas, a los paseos; circulan los tranvías hasta la madrugada, las pianolas de los bares escandalizan el contorno, los botijos destilan en los balcones, los niños juegan a las formaciones militares y las chicas cantan en las cocinas las viejas canciones de las tonadilleras. Madrid tiene ya su normalidad propia; una normalidad distinta de la anterior: la normalidad de los trabajadores libres que hacen victoriosamente la guerra contra quienes intentan arrebatárles la libertad.

El «mono» proletario es el traje único; las mujeres que antes llevaban sombrero van ahora, como antes las chicas obreras, a pelo, ejercitando la nueva coquetería del peinado. Los gritos de los niños tienen acentos más agudos, más libres; las mujeres charlan a viva voz, sin disimulo, en los portales y las tiendas de comestibles; una familiaridad llana y afectuosa rige las relaciones de la calle, la oficina, la fábrica. El pueblo come, trabaja y lucha. Está gozosamente enfrentado con la vida; no teme a nadie. ¿Por qué entonces ocultar los pensamientos? Antes, la gente celaba sus intenciones. Hoy, por el contrario, trata de llevar la mente tan descubierta como el pecho para destacarse del que recela, del que aun habla a media voz, porque acaso no puede hablar, como los trabajadores, como los antifascistas, con la conciencia a la luz del sol.

Hay otra alegría; alegría que el pueblo no había disfrutado jamás. Un hombre asoma el cuerpo por el balcón de un local obrero y permanece largo rato mirando la calle, como en éxtasis.

—¿Qué haces ahí? —le pregunta el secretario.

—Nada; mirando. Es la primera vez en mi vida que puedo asomarme a un balcón. ¿Qué quieres?... Siempre he vivido en sótanos...

Los milicianos traen a la ciudad el frescor bravío de la sierra, aire de altura y de combate. El trabajador de la retaguardia y el miliciano luchan con el mismo denuedo, lado a lado, aunque en distintos frentes. Nadie olvida que la guerra continúa, que el enemigo, sujeto militarmente en las vertientes del Guadarrama, intenta, sin embargo, otros ataques. La alegría de Madrid es la alegría de la lucha victoriosa; la alegría callada y profunda de las masas triunfadoras que van adelante, seguras de ellas mismas, sobre obstáculos y peligros.

2. Quinto Regimiento.

El Partido Comunista acaba de lanzar otro manifiesto. Esto indica que ha cambiado la situación. Hay, efectivamente, un cambio radical. La lucha tiene ahora distinto carácter. Comienza la guerra larga contra un ejército organizado, abastecido de armamento por los gobiernos fascistas. El Partido aconseja crear inmediatamente el ejército regular del pueblo; ejército fuerte, organizado, disciplinado, que derrote al enemigo.

La idea circula rápidamente por todas las venas del Partido. Es el tema del trabajo, las discusiones y el afán de todos los comunistas. Fuera del Partido aún predomina el concepto mágico de la lucha, la superestimación de las milicias, el interés partidista en las fuerzas individuales. Si el Gobierno tuviera efectivamente el poder, podría realizar la iniciativa. Mas el Gobierno continúa su vida anémica, de poder implícito, espectador de los acontecimientos. El poder verdadero lo usufructúan las organizaciones sindicales y los partidos antifascistas. ¿Quién puede realizarla entonces?

—Nada de ejército regular —dicen, rotundamente, sin discutir, los anarquistas.

—¿Para qué un ejército? Ya tenemos las milicias —arguye Largo Caballero, y su voz domina la U. G. T. e impide la acción del Partido Socialista, contra la voluntad de los dirigentes que aceptan la idea.

Los republicanos reconocen la necesidad del ejército y quieren hacer algo. Si no el ejército, como, al fin y al cabo, tienen la responsabilidad personal

del Gobierno, organizan, por lo menos, una oficina de reclutamiento. Martínez Barrio recibe el encargo de presidir en Albacete la comisión reclutadora para nutrir las milicias, recoger las inmensas aportaciones de los pueblos y enviarlas al combate.

El ejército verdadero comienza dentro del Quinto Regimiento, la idea del Partido Comunista realizada por el propio Partido. El vasto cuartel de los Salesianos inicia la formación de cuerpos militares; crea comandancias, Estado Mayor, intendencia, comisión de cultura, oficina de reclutamiento, parque de armas. Los reclutas aprenden la técnica del combate, y la disciplina tiene un rigor suave e inflexible.

La iniciativa promueve fervorosos entusiasmos populares. El pueblo siente la necesidad de organizar militarmente la guerra. Las filas del Quinto Regimiento reciben caudalosas adhesiones. Cinco, diez, quince, veinte mil voluntarios, hombres de todas las procedencias sociales: obreros, campesinos, dependientes, intelectuales; militantes de todas las ideologías: comunistas, socialistas, anarquistas, demócratas. ¿Quién podría distinguirlos dentro de la unidad de las filas? Formados uno al lado de otro, de igual a igual, marchan dentro de los mismos pelotones, a la voz del instructor, marcando el paso, desplegándose en guerrilla, aprendiendo a combatir:

—¡Un, dos; un, dos; un, dos!

El campesino manchego, endurecido por el sol y las heladas, rima el paso junto al ágil obrero metalúrgico de la barriada del Pacífico. ¡Qué fe tan dura y tenaz brilla en las pupilas de los reclutas! Hombres de treinta y cinco años, desvencijados por el hambre, pugnan por ir al paso de los mozos y ser tan incansables como éstos. Los instructores tienen que imponer el descanso, porque los reclutas quieren seguir trabajando, seguir instruyéndose, aun de noche, hasta conocer todos los secretos tácticos de la guerra. Apenas han descansado breves minutos, vuelven al instructor:

—¿Seguimos?

Trajín idéntico en todas las dependencias del cuartel. Daniel Ortega, comandante de la Intendencia, acude al abastecimiento; Carlos Contreras ejerce la comandancia política; Líster, Barbado, Márquez, las

comandancias militares. Enrique Castro, primer comandante, atiende simultáneamente a la organización del cuartel y los combates del frente, manteniendo así el enlace del Regimiento con la lucha. Porque el Quinto Regimiento funciona en contacto ardiente con la guerra. Sus hombres no quieren esperar; quieren ir pronto a la batalla, quemarse cuanto antes en el fuego glorioso de la epopeya. La sierra exige también el envío incesante de nuevos contingentes, batallones forjados para contener las acometidas facciosas.

De aquí salen, al mando de Márquez, las épicas Compañías de Acero. El poeta Luis de Tapia escribe la canción de su heroísmo:

Las Compañías de Acero cantando a la muerte van...

No; no van cantando. Desfilan militarmente, vibrantes, estremeciendo de emoción las calles de Madrid. Pero van, en efecto, a la muerte. Invaden la sierra con la furia del huracán y caen, sedientas de gloria y de triunfo, dentro de la vorágine del combate. Sobreviven unos pocos. En las rocas del Guadarrama queda inmarcesiblemente impreso por la muerte su nombre glorioso.

Compañías de Acero, Batallón de la Victoria, Brigada Thaelmann, el Quinto Regimiento transforma la fuerza natural del pueblo en fuerza orgánica de guerra. Pronto no es solamente el Regimiento del antifascismo español, sino del antifascismo mundial. Voluntarios de todos los países acuden a sus filas. El patio de los antiguos Salesianos es el albergue militar de los más abnegados luchadores internacionales. Alemanes, franceses, austríacos, italianos, belgas, norteamericanos, chinos, polacos, ingleses, hispanoamericanos, negros, blancos, amarillos, todas las emociones de la democracia, el generoso afán de lucha universal contra el fascismo nutren sus batallones. Cuando el Regimiento celebra la llegada de los voluntarios extranjeros, el vítor a nuestra República estalla en todos los idiomas.

—Vive la Republique Espagnole!

—Long live the Spanish Republic!

—Eviva la República Spagnola!

—Heil die Spanische Republika!

—¡Viva la República Española!

España es allí la tierra propia de todos los perseguidos, de los escapados de los campos de concentración alemanes, de los vencidos en Austria, de los que no están al alcance del terror italiano, de los expatriados, de los que sin haber perdido el suelo nativo, quieren, no obstante, ganar para los hombres un mundo libre y feliz. El Quinto Regimiento lucha ya por la libertad del mundo. En sus batallones, los mejores combatientes de la Democracia, guerreros voluntarios de nuestra lucha, unen brazos y sangre al brazo y la sangre del pueblo español para ganar en los campos de batalla la libertad común.

3. Dirigentes en la sierra.

Madrid tiene ya la convicción de que la guerra será larga. Ninguno de los dos adversarios puede pasar. Ambos fortifican los frentes. Desde las líneas populares se distingue el ajeteo de los fascistas que construyen trincheras y levantan obras de cemento. Nuestras líneas son de materiales más rudimentarios. Sacos de arena y piedras. Los milicianos confían más en la dureza y tenacidad de sus ánimos que en la solidez de las fortificaciones.

El pueblo participa de la misma confianza. La suerte de nuestras armas no infunde temores a nadie. Es el período alegre y jubiloso de la guerra. Las mujeres van al frente en caravana, llevando regalos para los combatientes.

—¿Qué? ¿Cómo estáis? —les preguntan.

—De primera...

—No tendréis calor, ¿verdad?

—¡Quia! Pronto vais a tener que traernos mantas.

Madrid prescinde naturalmente de las expresiones truculentas. El pueblo de Calderón de la Barca hace la historia con la naturalidad y la sencillez de la vida cotidiana. Los domingos van al frente los amigos de los milicianos.

—Venimos —dicen— a comer con vosotros...

La excursión tiene cierto carácter deportivo, idéntico al espíritu con que los combatientes acogen las visitas.

—Ayer vino un ministro —cuentan los de Buitrago—; no sabemos quién es. Nos preguntó que qué necesitábamos. ¿Qué le íbamos a decir? Ellos lo sabrán. Para eso son ministros...

—¿Pero tú crees que los ministros saben algo?

—Vamos, camarada; ésa no es política de Frente Popular.

Tal vez el ministro creyese que era preciso visitar el frente para levantar el ánimo de los combatientes. Pero los milicianos ríen bajo el zumbido de las balas. No les preocupa lo que les falta. O, mejor dicho, lo que les falta, con ser mucho, no son víveres, ni ropa, ni agua, ni tabaco: es la palabra que ilumine sus conciencias. «Pasionaria» no ha preguntado nada. Subida sobre una piedra, batida la cabellera por el viento alegre de la sierra, habla ante centenares de hombres anhelantes. Su voz metálica rasga el silencio del monte y fulge al contacto de esas miradas luminosas, rectas, que fijan sus labios y sus gestos como haces de luz.

«Camaradas: luchamos por nuestro pan, por nuestra tierra y por nuestra libertad. Tenemos que luchar hasta el aplastamiento del fascismo. Para ello es necesario disciplina y organización. Los comunistas tenéis que estar siempre en primera fila, ser ejemplo de disciplina, de valor, de abnegación y de sacrificio. Éste es el honor de nuestro Partido».

—¿Y por qué no debemos hacer lo mismo los que no somos comunistas?
—le pregunta después un miliciano.

—Todos, camarada —le responde Dolores, cogiéndole por el brazo—. Todos debéis ser disciplinados, organizares militarmente y luchar con más valor aún cada día. Pero cuando yo hable en nombre de mi Partido, exigiendo sacrificios, sólo puedo dirigirme a los comunistas.

—Aunque no seamos de tu Partido, nosotros queremos que nos hables igual a todos...

Largo Caballero visita también el frente casi todos los días. Pasa entre los grupos, tocado con un aludo sombrero de segador que atrae las miradas y las murmuraciones.

—Ya vino el pavelo —susurra al soslayo un combatiente.

Largo Caballero no pierde las características del secretario sindical — psicología de ama de gobierno—, preocupado siempre de los más pequeños detalles.

—Nosotros quisiéramos que usted nos hablase —insinúa el oficial que le acompaña.

—Ahora no es momento de hablar —responde con cierta acritud; y vuelve en seguida hacia un miliciano que permanece aparte, haciendo gestos de dolor.

—¿Qué te pasa?

—Me duele un poco la tripa...

—Y eso, ¿de qué?

El miliciano no sabe al pronto qué responder y queda un instante como buscando la respuesta en el aire.

—¡Qué sé yo! —exclama al fin—. Será del agua.

—Ahora mismo voy a decir que te traigan agua mineral.

Más tarde, en el puesto de mando, el general Riquelme vaga también en el vacío como el miliciano. ¿Dónde puede conseguir él agua mineral? En el frente es imposible adquirirla. Pero la tenacidad es la virtud de Largo Caballero. Por la noche, en la presidencia del Consejo, el jefe del Gobierno, señor Giral, escucha la misma demanda.

—Nada, Giral; esto no puede continuar así. Hay una desorganización espantosa. Es preciso enviar mañana mismo agua mineral a los milicianos.

Uno de los presentes supone que al miliciano debe de haberle pasado ya el dolor de vientre, y tal suposición resuelve lo más apremiante del

problema. Pero aún queda otro: el de las armas. La lucha ha comenzado a tener exigencias de gran guerra. No hay armas ni municiones. Es necesario comprarlas al extranjero, organizar la producción intensiva. Los ministros, los jefes de los partidos, todos los dirigentes políticos estudian afanosamente el asunto.

—¿Qué opina usted, don Francisco? —le preguntan a Largo Caballero.

—Eso es cosa del Gobierno —responde, malhumorado; y sale del Gabinete presidencial.

Urge informarse de la verdadera situación. José Díaz ha ido otra vez al frente. Cuando llega está combatiéndose en el sector de Somosierra. Avanza hasta las primeras líneas y recorre, sonriente, la trinchera, bajo el vuelo tupido de las balas, mientras los milicianos, estimulados por su presencia, centuplican los disparos. Observa atentamente el funcionamiento de una de las ametralladoras.

—Espera un momento...

Coge la ametralladora, rectifica el tiro y dispara medio cargador.

—Vamos a ver ahora.

El ametrallador vuelve a tomar el manejo de la máquina, verifica la eficacia del tiro y agota, frenético, la dotación.

José Díaz sonríe alegremente, como si hubiera acertado en el juego de bolos.

—Eso es.

Luego, reunido con los jefes, analiza el problema. ¿Cuál es la situación? Los jefes informan detalladamente. Allí mismo, de acuerdo con el testimonio de los mandos, queda esbozado el esquema de las medidas que el Partido propondrá al Gobierno.

Cuando sale de la Comandancia, los milicianos le rodean fraternalmente.

—¿Qué, Pepe? ¿Ganaremos pronto?

—Ganaremos. Tendremos que pelear mucho y muy duramente, pero ganaremos. Lo que precisa es que haya mucha disciplina y mucha organización. Nosotros nos encargaremos de ayudar al Gobierno a resolver todo lo demás.

Tras él queda una estela de confianza. Jefes y milicianos adquieren nueva fe en el triunfo, mayor seguridad en la firmeza de los dirigentes. El frente vigoriza su optimismo; un optimismo que, otra tarde, congregados los combatientes en el barracón del cuartel general, tiene relampagueos delirantes. Está hablando Jesús Hernández. De sus palabras brota impetuosa la emoción heroica de la lucha, el anhelo secular de millones de seres españoles, transmitido de generación en generación, que hoy distingue, al fin, después de tantas derrotas, de tantos siglos de lucha, de dolor y de hambre, la perspectiva del triunfo. Las vigas del barracón tiemblan al soplo de las ovaciones. Los milicianos rodean, palpitantes, al orador, que no es, apretado entre el tumulto, sino un combatiente más, tembloroso aún de ímpetu pasional.

—Debíais venir todos los días. Aquí nos hace mucha falta que nos hablen así...

—Pues todos los días. Yo estoy donde me manda mi Partido; pero si es preciso que vengamos todos los días, vendremos, porque todos los comunistas, del primero al último, somos tan soldados como vosotros...

Otro día, en efecto, va Vicente Uribe. El mismo barracón vuelve a llenarse de milicianos y vuelve a estremecer los ánimos, serena y metódica ahora, la voz del Partido. Uribe diseña el panorama general de la lucha. ¿Puede haber debilidades, blanduras o transacciones? No. Hay que batirse con temple, con coraje, hasta aniquilar al enemigo.

—Hablando mal y pronto, hay que darles en la cresta.

Ríen los milicianos. Pero sus conciencias afirman el propósito de ir adelante, sobre todos los sacrificios, hasta el final victorioso. Porque las palabras de Uribe trazan el paisaje sombrío de la España que está al otro lado de la trinchera, sublevada contra la República y el pueblo, y anticipan el cuadro feliz de la España libre y democrática que conseguirá la victoria.

Estas voces vivas, de pasión y de fe, que llegan al frente, nutren la decisión bélica de los combatientes. Los milicianos recogen de ellas hasta el más íntimo sentido, aunque algunas veces no comprendan las palabras. ¿Qué saca en claro el grupo que rodea, ávido y silencioso, a un hombre alto, huesudo, la cabeza al aire, cuya sonrisa abre una boca fuerte y cuadrada? El traductor vierte difícilmente la disertación de André Marty. Pero los milicianos no escuchan la traducción; escuchan al propio Marty. Perciben que es un luchador como ellos, hombre también de epopeya, y le comprenden sin entenderle. Lo mismo que cuando ven junto a ellos, aguda de luz la mirada, a Jacques Ducloux, quien les habla el español.

Igual con Harry Pollitt, con los numerosos visitantes de Europa, de América, de Asia. Los milicianos tienen cada día más cierta la convicción de que esos parapetos que cierran el paso a los facciosos son las trincheras avanzadas de la democracia universal.

4. Voz del tribuno y voz de la autoridad.

Dos veces, desde el principio de la sublevación, ha esparcido la Radio la voz de Indalecio Prieto. El pueblo conoce bien la voz del gran tribuno. Voz llena de tonalidades sonoras, densa y aguda al mismo tiempo, asciende poderosamente hasta los más altos estremecimientos de la emoción plebiscitaria. Cuando habló la primera vez, aún estaba el pueblo tomando los cuarteles. Prieto, avezado al combate parlamentario con la reacción, quería, antes del momento irreparable, llamarla a juicio. «¿Qué hacéis?», vibraba el acento más dramático de su voz. «Estáis hundiéndoos para siempre. Nunca, nunca lograréis apoderaros de España por las armas». Era la angustia del hombre que en el instante decisivo quería detener la historia con las manos. Pero el impulso histórico había tomado ya la recta inexorable de la lucha a vida o muerte.

Otra vez, ganados los primeros reductos facciosos, ha vuelto a oírse sobre todo el ámbito de España la misma voz angustiada. «¿Adonde os lleva vuestra ceguera? Habéis perdido la mayoría de las plazas tomadas a traición; ya conocéis por vuestra derrota la invencible pujanza del pueblo de Madrid. ¿Qué puede alimentar vuestras ilusiones de triunfo? El

Gobierno tiene en sus manos todos los medios económicos. ¿Cómo podríais sostener vosotros una guerra larga y cara?».

Pero no era ciertamente a los facciosos, fuerza, en efecto, ciega, instrumento de la agonía histórica de una clase, a quien debía dirigirse ya la voz de España. Los facciosos escuchaban o no las palabras de Prieto; les impresionó o no les impresionó. Es igual. Ellos no eran dueños de su destino. ¿Qué valía ya la voluntad de Aranda, pieza de un engranaje movido incluso desde fuera de España? ¿Qué contaban Franco, Queipo, Mola, Cabanellas? ¿Podían rendirse? No serían ellos quienes se rindieran: sería el fascismo, la España de horca y cuchillo, una clase, lo que no se ha rendido jamás en la historia; lo que inevitablemente, en el momento actual, para que deponga las armas, tiene que caer aplastado por la fuerza armada del pueblo.

No puede ser de otro modo. El señor Azaña habla esta noche por la Radio para los españoles de aquí y de allá, de la zona leal y de la facciosa, como Presidente legítimo de todos ellos. Sus palabras afirman categóricamente la autoridad de la Magistratura. ¿Que hay gente de armas sublevada contra los poderes legales, contra la democracia y la soberanía del pueblo? El Presidente de la República dice bien claro que la sublevación no es una guerra, sino, aunque monstruoso, un hecho de policía. Los sublevados tienen que ser batidos y castigados.

Pero los españoles de aquí y de allá, los libres bajo el Gobierno legal y los esclavizados por la facción, deben saber que sólo hay una España y un solo Mandatario legítimo. Debe saberlo el mundo entero. La España que el pueblo defiende con las armas mantiene íntegra la soberanía de su estatuto constitucional y de su poder democrático.

Es la primera vez, durante la lucha, que habla el Presidente de la República. «Siento, les dice a los milicianos, no poder estar batiéndome a vuestro lado y dar mi sangre como la dais vosotros». España y el mundo oyen que el primer mandatario del país sostiene incólume la causa por la que lucha el pueblo.

La voz del Presidente, egregia voz de España, repercute sin duda en la conciencia de millones de seres españoles, separados de la España

legítima por la espada rebelde. Poco importa el oído de la facción. Importa mucho, en cambio, que los españoles de los territorios secuestrados oigan la resolución oficial de batir y castigar el crimen.

No habrá compromiso ni pacto con los facciosos. Las palabras del Presidente llegan hasta los campos de batalla como el mandato inmovible, vertical, de la nación en armas. Los combatientes las escuchan, apretándose al pie de los altavoces. ¿Qué expresan sino la misma voluntad que sostiene las trincheras del Guadarrama? Una palpitación profunda, vigorosa, enciende las pupilas, que tienen, entre las sombras de la noche, reflejos de diamantes. El Presidente habla con timbres netos. Claro varón de Castilla, de la España más áspera y más recta, cada frase sostiene íntegra la idea capital: lucha hasta el fin. Cuando termina, un teniente republicano explica a los combatientes:

—Lo que demuestra el discurso del Presidente de la República es la unidad perfecta de toda la nación. Desde la Presidencia de la República hasta el último soldado, todos tenemos el mismo propósito. Si los facciosos creían posible un compromiso con el Gobierno, si esperaban entenderse con los republicanos, ya tienen la respuesta: nadie puede pactar con ellos. También a los del extranjero les ha dicho bien claro que aquí no hay dos bandos beligerantes, sino la República democrática, con su Gobierno legítimo y su pueblo soberano, y un grupo de traidores sublevados. ¿Cuál es la consecuencia de tal discurso? Luchar unidos hasta vencerlos y castigarlos...

Esto ocurre a pocos metros de la línea de fuego. Madrid ha hecho también, por su parte, unánime ratificación de conducta. En los locales obreros, en los centros políticos, en las casas particulares, miles de hombres y mujeres escuchaban e iban subrayando en silencio las palabras del Presidente.

—Desde ahora la lucha tiene otro carácter —opina, después, ante numerosos obreros, un dirigente sindical—. Los facciosos quieren dar a entender que los partidos y organizaciones obreros y antifascistas luchábamos un poco por nuestra cuenta, algo como una insurrección. ¿No dicen en su propaganda que ellos combaten el movimiento subversivo de los extremistas? El Presidente ha puesto los puntos sobre las íes. Ya sabe todo el mundo que aquí hay una solidaridad perfecta entre el Gobierno y el

pueblo, y que los partidos y organizaciones antifascistas no hacen más que defender la legalidad democrática de la República.

—Y Madrid —afirma entonces otro— es el centro principal de esta lucha; Madrid es quien la sostiene y alienta. La suerte de Madrid será la de toda España.

Madrid conoce, efectivamente, su misión histórica. La intensidad de la lucha, la magnitud de los combates, el mismo esfuerzo del enemigo por apoderarse de ella, le han enseñado que tiene la gloriosa responsabilidad de defender a España, de ganar definitivamente la libertad y la democracia para todos los españoles.

5. Solidaridad.

Ahora que Madrid está en la vanguardia de la lucha, las radiaciones del país hacia ella son más intensas y más vibrantes. Desde los más apartados rincones de España acuden los hombres a pelear en los frentes egregios del Guadarrama. Muchos pasan de noche, sigilosamente, las lindes facciosas y caminan centenares de kilómetros para incorporarse en el tremendo combate de Madrid.

—Aquí estamos —dicen—. Venimos a inscribirnos en las milicias.

—¿De dónde venís?

—Pues nos hemos escapado de Sevilla...

—Nosotros venimos de Extremadura. En el pueblo ya no hay nada que hacer. Los fascistas se levantaron, pero los liquidamos pronto, y ahora queremos luchar en Madrid.

La grandeza de la lucha atrae a los obreros y campesinos de Levante, la Mancha, Cataluña, Andalucía. Estas afluencias de toda la superficie hispánica acentúan la convicción popular de que Madrid es el hogar común de todos los españoles. Por las calles desfilan constantemente largos convoyes de víveres, cuyos enormes carteles anuncian que vienen de las huertas de Murcia, de los pueblos catalanes, de las ricas tierras valencianas, de la Extremadura y Andalucía libres. El pueblo presencia el

paso de los camiones cargados de ofrendas. ¿Qué piensan las mujeres, los milicianos, los obreros? Piensan y sienten que vienen a casa, al hogar común; que todo ello es lo más natural y normal.

Pero la guerra ha ensanchado el círculo de la solidaridad. Madrid ve ahora gentes y envíos de todas partes del mundo: sólidos camiones de Francia, Inglaterra, Suecia, Estados Unidos, Canadá; comisiones, periodistas, participantes y espectadores de la lucha... Y también le parece normal.

—¡Mira qué camiones tan estupendos! —observa, irónica, una obrera.

Los demás que asisten al desfile del convoy extranjero sonrían, asintiendo.

La obrera insiste:

—Todo eso está muy bien. Nos mandan leche y ropa para los hijos. Pero lo primero es que nuestros hombres tengan con qué defendemos.

—Armas es lo que más necesitamos —puntualiza otra—. Aquí estamos muy acostumbrados a no comer y podemos pasamos un poco más sin ello.

Los hombres piensan igual.

—Vosotros —dice un obrero a varios voluntarios internacionales— sois los verdaderos antifascistas. Así se hace: el fascismo hay que acabarlo a tiros. Si Blum fuera como vosotros, ya habríamos ganado la guerra... Con palabras cariñosas y botes de leche condensada no se ganan los picos de la Sierra.

Blum y Eden son dos nombres atravesados en la conciencia del pueblo madrileño. Los obreros los muerden al pronunciarlos.

Acaba de iniciarse la política de no intervención. Obreros y combatientes perciben que los no intervencionistas están cercando a España.

—¿Tú eres francés, camarada? —le pregunta un miliciano a su compañero de trinchera.

El voluntario extranjero responde con un gesto afirmativo.

—Pues tú, que puedes hablarle en su mismo idioma, dile a Blum que se acuerde de Austria y de Alemania. Que no intervenga y algún día tendrá que ir a hacerle compañía a Otto Bauer.

—Yo estoy de acuerdo contigo, camarada —responde el francés.

—Eso no hace falta decirlo: ya lo veo. Tú eres comunista, ¿verdad?

—No; soy socialista.

El miliciano le mira con ojos radiantes. Luego le estrecha efusivamente las dos manos.

—Yo soy comunista; pero muy camarada, mucho, de los socialistas como tú. ¿Habéis venido muchos socialistas?

—Algunos. Otros sin partido. Pero los más son comunistas...

—Ya lo sé. ¿Tú comprendes? Nosotros no nos quejamos del Partido Socialista francés; sabemos que los obreros socialistas de Francia están con nosotros y quieren ayudarnos. Nos quejamos de Blum y de los dirigentes que han aceptado la «no intervención». Ésos no nos ayudan a nosotros ni defienden los intereses de los trabajadores franceses. ¿Es verdad o no es verdad?

—Es cierto.

—Van a remolque de Eden, es decir, del imperialismo británico. ¿Crees tú que si el Partido Comunista tuviese los ministros que tiene el Partido Socialista el gobierno francés haría la política que está haciendo?

—No.

—Por eso soy comunista. Hace poco que he ingresado en el Partido, poco antes de la sublevación. Pero ya ves. Tú lo sabes mejor que yo. El Partido Comunista francés es el que está más resueltamente a nuestro lado y decidido a prestarnos toda la ayuda precisa. ¿Es verdad esto?

—Sí.

—Tú lo reconoces, porque eres un verdadero militante antifascista. Yo no conozco Francia. Pero estoy seguro de que la inmensa mayoría de los obreros socialistas lo reconocen también. Porque esos miles y miles de obreros que asisten a los actos en favor de España no son todos comunistas, ¿verdad?

—No.

—¿Lo ves? Allí hay socialistas, comunistas, sin partido, obreros y antifascistas en general. El verdadero pueblo de Francia. ¿Por qué, entonces, Blum y otros pueden hacer esa política?

El voluntario francés medita un instante, chupando el cigarrillo. Luego, responde:

—Porque en algunos viejos partidos socialistas la burocracia constituye un superpartido.

Lejos de las trincheras, en la Casa del Pueblo, los obreros discuten más apasionadamente aún, profiriendo el nombre de Eden como un insulto.

—Eden defiende lo suyo y nada más que lo suyo. ¿Creéis vosotros que los conservadores ingleses no tratarán de entenderse con Hitler y Mussolini? ¡Claro que lo harán! Por esto no le dan mucha importancia a lo del Mediterráneo... ¿Hay alguien tan tonto que crea que el gobierno inglés ignora que Hitler y Mussolini están enviándole armas a los facciosos?

—Pues, a pesar de todo, el pueblo inglés está con nosotros.

—Seguro. Los obreros, los demócratas, muchos jefes laboristas, todos los hombres progresivos; todos los que sienten la generosa emoción de la libertad y del derecho, nos ayudan y nos ayudarán más cada día. Pero tienen que luchar, no sólo contra los reaccionarios, sino también contra los aliados de los reaccionarios, como Citrine y Cía.

—Hagan lo que hagan los reaccionarios ingleses, por mucho que ayuden al fascismo y que traicionen a su propio pueblo, ganaremos la guerra.

—Ganaremos con los puños, con las uñas, con los dientes, con piedras; pero la ganaremos. Además, ¡tampoco nos falta quien nos ayude de verdad!

—¡Qué nos ha de faltar! Méjico no ha querido sumarse al embargo de armas. Es poco lo que puede darnos, pero no importa.

—La U. R. S. S.

Todas las voces quedan suspensas. Los obreros tienen vivo el recuerdo de los barcos cargados de víveres, los cuantiosos envíos de ayuda, los mensajes, el aliento, la solidaridad íntegra y fervorosa de la Unión Soviética. La solidaridad soviética cala de emoción el alma de Madrid. Obreros e intelectuales, todos los antifascistas, las mujeres, los niños, el pueblo íntegro siente profunda gratitud por esa ayuda generosa, de hermano a hermano, de hombres estremecidos por las mismas aspiraciones de felicidad humana, de trabajadores que han vivido en su propia lucha el dolor y la tragedia que viven ahora las masas madrileñas. Tanto como los grandes cargamentos de ayuda, los víveres y la ropa, han quedado impresos para siempre en la memoria del pueblo los mensajes de los obreros, las madres, los coljosianos, los escritores, los niños soviéticos. A través de ellos, Madrid siente que junto al suyo hay un corazón amigo que late con la misma esperanza.

Por ellos, por todo, el nombre de Stalin y el signo de la Unión Soviética son hoy dos banderas gloriosas de Madrid; banderas que llevan en alto, triunfadoras, cuantos entregan su vida a la lucha, cuantos esperan del triunfo una vida bella y feliz.

III

1. Quinta Columna.

Noches pasadas, un avión faccioso, el primero que ha volado sobre Madrid, arrojó una bomba en el jardín del ministerio de la Guerra. La mañana siguiente el pueblo fue a ver los estragos de la explosión. Pero no encontró más que un hueco y dos árboles desgarrados. Todos pensaron que el alarde había sido demasiado ineficaz. Una mujer que venía especialmente desde Vallecas, al ver sólo aquello preguntó, como encarándose con los presentes:

—¿No es nada más que esto?

—¿Quería usted acaso que volaran la Cibeles? —le repuso, socarrón, un obrero.

—¡Hombre, la Cibeles no se deja tocar por bandidos! ¡Pero tanto postín de aviones y no hacer más que un hueco!... Eso lo Lago yo también con una pala...

El hueco interesó poco. Los curiosos preferían oír contar el episodio a un chiquillo, vendedor de periódicos, que había presenciado el bombardeo.

—Yo la vi tirar... El avión no pasó muy alto, no. Llevaba una lucecita que corría como una de esas estrellas que corren, y de pronto se sintió un zumbido muy agudo, muy agudo, como cuando los vendedores de hojas de afeitar sacuden la cinta de acero, y luego ¡puum!... explotó la bomba... No hizo más que levantar un montón de tierra...

Desde entonces el avión pasa frecuentemente sobre la ciudad. Los primeros días pasaba de noche. La gente suspendía la cena para verle desde los balcones y las azoteas. En las terrazas de los cafés formábanse grupos que eludían afanosamente la proyección de los focos eléctricos para distinguirlo contra la pizarra del cielo. Los que conseguían verlo, levantaban hacia él sus puños indignados.

—¡Bandidos! ¡Bandidos, venid a luchar en tierra!

Ahora le ven todos. Pasa por la mañana, muy temprano, cuando los barrios obreros inician los afanes del día. Runrunea sordamente sobre los tejados como una gigantesca ave de rapiña que merodea la presa. La madre, ocupada en preparar el desayuno, murmura indiferente, sin apartarse del quehacer:

—Ya está ahí el churrero.

Otra mujer grita desde la ventana:

—Manolita, ¿sientes al churrero?

Sólo los chiquillos continúan saliendo todas las mañanas a tirarle piedras, gritarle injurias, maldecirlo. Algunos milicianos disparan inútilmente las pistolas. El avión pasa y observa. Hasta hoy no había hecho otra cosa.

Pero hoy ha lanzado unas hojitas que han conmovido el barrio de Cuatro Caminos. La gente, agrupada, las lee en plena calle. Exigen la rendición de Madrid. La mayoría de los obreros estrujan los papeles y los tiran; otros los pisotean, sin decir nada. Uno, menos violento, exclama, sonriente:

—¿Y para decir esto se han subido tan alto?

—Porque desde allí es el único sitio que pueden decirlo —responde, indignada, una mujer.

Dos muchachas obreras escuchan al paso la lectura.

—¿Qué quieren? ¿Las llaves de la ciudad?... Pues si están arriba, que se las pidan a san Pedro...

—Ya podían venir por ellas...

Un obrero interviene en el diálogo.

—Para tomar Madrid no tiene sino que pasar la Sierra...

—Allí está el hueso.

—¡Digo! Ya se conoce que están con los portugueses... Ése es el cuento de «sácame del pozo y te perdono la vida»...

Los chiquillos recogen las hojas y las queman.

—¡A ellos es a los que debemos quemar con sus papeles! —opina la verdulera, mientras los niños, corriendo en torno del fuego, cantan «La Joven Guardia».

La comunicación aérea no consigue imponerse al pueblo. Para tomar Madrid los facciosos tendrán que venir por tierra, paso tras paso, contra la resistencia de numerosos millares de combatientes. Parece que el propio Mola, a pesar del ultimátum, ha llegado a comprenderlo, porque ahora habla de acciones al ras del suelo.

—¿Cuándo entrará usted en Madrid? —le ha preguntado un periodista reaccionario de Francia.

—Muy pronto.

—¿Cuál de sus cuatro columnas será la primera en ocupar la ciudad?

—La quinta.

En efecto: la quinta columna facciosa aún tiene posiciones dentro de la ciudad. Tres mil oficiales, retirados del Ejército, esperan disimuladamente el momento de unirse a los sublevados. Entre tanto llega el instante propicio, para mantener viva la agitación facciosa, todas las noches, después de las once, al apagarse las luces, centenares de pacos disparan a traición, desde los tejados, contra los transeúntes.

Siguen descubriéndose reuniones secretas, emisoras clandestinas, depósitos de armas, espías y más espías. Decenas de Radios facciosas transmiten noticias, informan del curso de la conspiración, piden instrucciones. El contraespionaje oficial y el de las organizaciones obreras descifra muchas de las claves. Pero la conspiración aumenta. El Gobierno no tiene medios suficientes para reprimirla. En su afán de restablecer cuanto antes la vieja fisonomía de la ciudad, ha restringido las actividades de las milicias de vigilancia, que realizaban eficazmente la limpieza radical de la retaguardia, y al amparo de la impotencia gubernamental, los conspiradores adquieren más y más audacia. Miles de facciosos asilados en las embajadas de Alemania, Austria, Polonia, Italia, Chile, Perú,

organizan, bajo la protección abusiva de las insignias extranjeras, batallones completos. Tras los portales que, por orden del Gobierno, las milicias obreras no pueden flanquear, los fascistas traman el plan de ataque.

Al promediar la tarde, surgen, inesperadamente, grandes columnas de humo sobre los tejados de la Cárcel Modelo. La noticia circula por la ciudad con la rapidez de una onda eléctrica.

—¡Está ardiendo la cárcel!

Madrid comprende en seguida lo que ocurre. Los portales, las calles, los balcones vuelven, como en las oportunidades más dramáticas, a llenarse de hombres armados, de mujeres, de niños; la población íntegra de los barrios obreros se dispone al combate.

—¡Un complot de la quinta columna! —exclaman las gentes.

Efectivamente. Los reaccionarios y fascistas detenidos han dado la señal, incendiando las celdas. La complicidad de algunos oficiales de la prisión les ha proporcionado armas. Armados, dueños de la cárcel, van a ser muy pronto, cuando logren vencer la resistencia de los milicianos que luchan en las galerías contra ellos, el Estado Mayor de la sublevación. Fuera, ocultos todavía, les aguardan miles de conjurados. Intentan apoderarse de Madrid, ocupar la ciudad, como ha prometido Mola. Pero han sufrido ya muchas derrotas en las calles y les temen demasiado. Esta vez también vacilan, dudan, esperan. No se atreven a salir. Cada grupo espera que otro tome la iniciativa. Así ha pasado la hora convenida. Entre tanto, las masas, resueltas, valientes como en Julio, han tomado posiciones. Frente al edificio de la cárcel hay tres mil hombres armados de fusiles, bombas de mano y ametralladoras. La indignación de la masa tiene la furia de un volcán. Entre el vocerío de la masa surgen algunas voces desgarradas, que piden el incendio inmediato de la cárcel, la quema de todos los facciosos. Son quizás las voces de los provocadores, que trabajan para ganar la entrada de la prisión, defendida por un grupo de milicianos. Pero logran influir en la masa enardecida. Los más exaltados, sin escuchar a los jefes de milicias, que tratan de impedir la toma del edificio, exigen a gritos una venganza implacable.

Dentro de la cárcel el tumulto aumenta constantemente. Los presos facciosos creen, sin duda, que el vocerío de la calle anuncia la presencia de los conjurados e intensifican la lucha con los guardas. Desde fuera pueden oírse los gritos de guerra, los vivos al fascio, el estruendo de la sublevación. Los obreros no quieren esperar más; se dan cuenta de que en la calle, si logran salir, les será más difícil vencerlos, aunque las milicias han tomado ya los contornos.

La columna motorizada del comandante Puente ocupa la calle de Blasco Ibáñez. Pero esta maniobra no domina la situación. En la plaza de la Moncloa hay muchos hombres bien armados, entre los cuales crece intensamente el propósito de asaltar el edificio, y enfrentarse a ellos sería facilitar el triunfo de los sublevados. El momento adquiere palpitaciones angustiosas. Los dirigentes obreros que han acudido a la cárcel vacilan también, impresionados por la exaltación iracunda de las masas. ¿Cómo evitar la catástrofe? En el instante más álgido llega Jesús Hernández. Reúne inmediatamente a los dirigentes obreros y jefes de milicias. La reunión traza muy pronto el plan de defensa. Tienen que hablar dirigentes representativos de todas las organizaciones. Habla, primero, desde la tribuna improvisada en el portal de la cárcel, un dirigente anarquista. Habla, después, Puente, y, por último, Francisco Antón. La ira disminuye poco a poco. Las masas comprenden que los castigos deben ser legales y aceptan retirarse, dejando la cárcel al cuidado de las milicias.

Pocas horas más tarde el Gobierno instituye los tribunales populares. Entonces comparecen, ante los jueces del pueblo, los jefes de la conjuración. Las sentencias se cumplen en los sótanos.

Día tras día los tribunales populares continúan juzgando el complot. Cada sentencia rompe una vértebra más de la quinta columna.

2. Tres combates.

Los moros han aparecido, por primera vez, cerca de Madrid, en el frente de Navalperal. Antes de la sublevación, los reaccionarios cultivaban, para intimidar al pueblo, el prejuicio de los moros. Franco aconseja siempre a los gobiernos reaccionarios traer moros para castigar al pueblo. En octubre del 34 consiguió, por fin, el envío de Regulares a Asturias, y es cierto que

derrotaron a los mineros. Pero sólo cuando éstos no tenían más municiones.

La reacción utilizó la tragedia de Asturias para incrementar la propaganda terrorífica de los moros. En efecto: los mercenarios marroquíes no pelean gratis. Al revés: cobran un botín copioso. Saquean, violan, asesinan. Ésta es precisamente la condición del enganche. La paga no les ofrece ningún atractivo. Prefieren cobrar por sus propias manos, a punta de gumía, en la carne y el hogar de los vencidos.

Franco tiene especial predilección por este elemento de terror. Apenas ha podido obrar libremente, ha lanzado contra España verdaderos oleajes de tropas africanas. Los adueros de Marruecos están exhaustos. Miles de moros invaden el sur de Andalucía, ocupan los pueblos, escandalizan las ciudades. Franco les permite todo exceso y todo crimen y aun les estimula para infundir mayor pánico a las poblaciones.

Los facciosos quieren resolver también con los moros la penuria de soldados españoles. Al principio de la sublevación, los generales sublevados pudieron utilizar los contingentes campesinos de filas, hombres desprovistos de educación política, incondicionales del mando. Pero ya han perecido muchos de ellos; otros, aleccionados por la misma lucha, comienzan a darse cuenta de sus intereses de clase y desertan de los rebeldes o combaten sin decisión. ¿Cómo sostener la guerra? Los moros les proporcionan la carne necesaria.

Pero nada más. Al contrario de lo que creen los generales facciosos, ni el pueblo ni sus combatientes les temen. España, el pueblo español, recuerda muy bien que luchó contra ellos ocho siglos y que, antes y después de los Reyes Católicos, los ha vencido muchas veces. El pueblo odia las guerras de Marruecos, no por miedo a los moros, sino por la guerra misma, por el crimen y explotación y barbarie que significaban.

Odia también la ferocidad de los moros. Si después de las matanzas del Barranco del Lobo, Annual y Monte Arruit, obra todas ellas de la perversión y la incompetencia de los generales españoles, pudo continuar la guerra, fue porque las capas más ignorantes del pueblo, arrastradas por un sentimiento primario, acudieron a vengar los crímenes. Entonces no hubo

quien les señalara sus verdaderos intereses y a los verdaderos criminales. Ahora, sí los hay: el Partido Comunista, las organizaciones obreras, el Frente Popular han esclarecido bastante la conciencia de las masas.

Ahora, por esto, el mismo odio produce efectos diferentes. La presencia de los moros ha enardecido más a los milicianos. Hoy tienen al alcance de sus fusiles, juntos, sobre la línea enemiga, al mercenario de Marruecos y al general traidor, a la bestia musulmana y al señorito, al oficial, el cura y el requeté. Jamás ha palpitado tan hondo el corazón de los combatientes.

—¡Mirad, son moros! —dice un miliciano al iniciarse el combate, cuando aparece sobre los relieves de las colinas la silueta lejana del enemigo.

El grupo observa con ademán de caza.

—¡Hostia, es verdad! —exclama otro—. ¡Dadme a mí la ametralladora!...

Todos quieren lo mismo. La noticia corre de parapeto en parapeto, de posición en posición. Hay un afanoso preparativo de armas. La emoción no permite hablar. Los milicianos esperan silenciosos, acezantes, dejando avanzar el revuelo de chilabas multicolores.

El comandante Heredia, entre tanto, fija la mirada en el enemigo, sonrío como el cazador que asegura el tiro sobre la mejor pieza. Hace apenas pocas semanas ha cambiado el oficio de panadero por el mando militar. Todavía no conoce las voces reglamentarias. Pero los milicianos le conocen a él, al comunista, y están pendientes de sus labios. La orden de fuego es un grito:

—¡Ya!

Los fusiles y las ametralladoras disparan rabiosa, frenéticamente, ávidos de ganar segundos. Las chilabas caen con un revuelo de aves heridas.

—¡Dale más!

Los pelotones marroquíes avanzan, sin embargo, lentamente, cada minuto más lentamente, a pesar de la tenacidad de los disparos. Tendidos en tierra, los guardias civiles sostienen el avance. Pero no pueden sostenerlo mucho tiempo. Los pelotones marroquíes comienzan a vacilar, sus gritos

selváticos van apagándose, hasta que unos cuantos vuelven, rápidos, la espalda, en fuga, y quiebran la línea. Cientos de moros huyen desbandados, trepando la Sierra.

Entonces principia la caza. De las rocas, de los parapetos, de todos los escondrijos de las posiciones sale la multitud delirante de milicianos, ansiosa de coger moros vivos.

—¡A ése! ¡A ése! ¡Córtale el camino por allí!

Varios milicianos le rodean y le encañonan los fusiles a distancia.

—¡Ríndete! ¡Arriba las manos!

El moro levanta, encogido, los brazos.

—Yo ser camarada, yo ser rojo.

Al acercarse los milicianos lanza dos bombas contra ellos. Las artimañas de la traición no les sirve a todos. Otros milicianos consiguen llevar al pueblo más de veinte prisioneros, y éstos son los únicos moros que realizan el sueño de entrar en Madrid, aunque no a disfrutar la fiesta de robo y lujuria, prometida por Franco.

Pero los generales facciosos no recogen la lección de Navalperal.

La nueva invasión tiene un carácter anacrónico y antihistórico. Junto al moro, que grita la guerra de Mahoma, vienen los requetés, gritando rey absoluto, Inquisición y muerte al descreído. ¿Puede darse más absurdo enredo de contradicciones? Es posible, porque, en realidad, los gritos son apenas la espuma, la superficie del problema.

Carlistas, moros, guardias civiles, falangistas, incluso los generales, griten lo que griten, son meros instrumentos ocasionales de la reacción y el fascismo. Los mismos soldados que pelean bajo la advocación de Cristo y de Mahoma, los propios que sueñan el Imperio, si triunfasen caerían entre los hierros de la explotación y la opresión fascistas, igual que los milicianos contra quienes luchan. Los grandes terratenientes y empresarios les permiten los gritos diversos, y aun los alientan, sólo mientras dure la pelea. ¿Comprenden esto los simples soldados, ebrios de fanatismo o sedientos

de lascivia, que acometen el asalto de los parapetos? ¿Comprenden que los milicianos, resistiéndoles, cerrándoles el paso, les defienden también a ellos, el porvenir de sus hijos, la felicidad de sus hogares? ¿Comprenden que los propios gritos, aquel libertinaje demagógico de los falangistas, la exhibición altanera de los estandartes de Cristo y de Mahoma, son posibles porque millares de milicianos están defendiendo hasta la muerte la libertad y el bienestar eternos? Si comprendieran, estarían al otro lado de la trinchera, con los suyos, luchando por la verdad propia.

La tropa de ataque es la fuerza bruta y ciega, carne brava, que la reacción y el fascismo lanzan contra el pueblo. Tiene la furia de una fuerza elemental. Rotos en Navalperal de Pinares, acometen ahora las trincheras de Buitrago. Los milicianos resisten el empuje, conscientes de lo que defienden y de cómo deben defenderlo. El conocimiento de los verdaderos fines de la lucha les da la serenidad, el aplomo con que apoyan los fusiles sobre el canto de las trincheras, miden el tiro y disparan, seguro, haciendo brecha en los pelotones enemigos, testimonian la firmeza de sus pulsos.

Mola ha lanzado sus mejores fuerzas de choque para abrir a cualquier precio la vía de Somosierra. Están luchando el ímpetu zoológico y selvático, contra la fuerza racional y humana. Mientras los pelotones de moros, requetés y legionarios embisten, aullando como fieras, urgidos por los jefes, Galán, sonriente, recorre los parapetos, claro sobre el espacio libre, indiferente al tiroteo.

—¡Agáchate; ven aquí!... —le gritan algunos milicianos.

—Tíradle a ellos antes que ellos puedan darme a mí... Esperad... Dejadlos que se acerquen más... Atención.

La voz de Galán sume el parapeto en un silencio profundo, palpitante. Los aullidos lejanos levantan sobre el monte una gritería de zoco. Los moros corren sierra abajo y toman luego la línea ascendente hacia las trincheras.

—¡Fuego!

El copioso disparar del parapeto barre la pendiente. Algunos cuerpos que venían, jadeantes, hacia arriba, trazan sobre el vacío la curva violenta de la muerte; otros hunden tranquilamente la carne en la tierra.

—¡Sobre aquel grupo! ¡Venga! ¡Ya van a correr!... ¡Así!

La ametralladora cacarea como un ave enloquecida. El grupo corre, efectivamente. Tras él, disperso, agobiado por las balas del parapeto, repliégase el ataque. Pero el flanco derecho, el núcleo más poderoso, avanza, devorando la cuesta. Los milicianos sudan, envueltos en humo y polvo, bajo el hálito caliente de la pelea. La batalla es de una dureza agobiante. El enemigo no cede. Estimulados por las voces de los mandos los moros y requetés, ebrios de furia y alcohol, siguen adelante, tercos, indiferentes a las bajas, sobre los cadáveres de los caídos. En la línea de resistencia vibra la decisión de no dejarse pasar por encima. El «Campesino», ojo alerta al enemigo y al ánimo de sus soldados, estimula el combate:

—¡Dale allí, me cago en diez! ¡Duro! ¡Leche, pasan!... ¡Duro, muchachos! ...

Los milicianos oyen sus voces como un ruido más entre el estruendo de los disparos y el tumulto de polvo y gritos que los envuelve. Ciegos, enfebrecidos, sólo atienden a disparar tiro tras tiro, con una vehemencia abrasadora. El enemigo, sin embargo, sigue subiendo la cuesta, desparramado, como una invasión de insectos monstruosos. Llega hasta doscientos pasos del parapeto, ávido de saltar las piedras heroicas.

—¡Ahora! —grita entonces el «Campesino»—. ¡Fuera!

Es un grito irresistible. Los milicianos lo ven más que lo oyen. Porque el «Campesino» está ya fuera del parapeto, rodilla en tierra, revuelto sobre el rostro de castaña un mechón endrino. Bajo las barbas de azabache humea el fusil.

—¡Fuera! —clama el eco.

Los milicianos saltan la trinchera. El campo se puebla de monos azules, encogidos, sobre cuyos dorsos estalla constantemente la bocanada de humo de los disparos.

—¡Duro, coño! ¡Duro con ellos! —insiste, sin descanso, la voz del jefe.

Parece la presión de una fuerza atmosférica. El avance enemigo queda parado, recogido, cimbrándose hacia atrás. Muy pronto el centro de la línea facciosa no puede resistir más la flexión y el abismo se traga la multitud, que corre desbandada, revuelta, como un raudal despeñado.

—Contad bien los fiambres —dice, después del combate, el «Campesino» a sus hombres—, que algún día nos harán falta para las elecciones...

—Éstos sirven para poco: la mayoría son moros...

—¿Y crees tú que no vamos a tener diputados por Marruecos?

Otra vez han triunfado las milicias del pueblo; otra vez le han cortado el paso al fascismo. Pero la guerra continúa. Transcurren las semanas sin que ninguno de los beligerantes pueda modificar sus posiciones. ¿Por qué no es posible arrojar de la sierra a los facciosos? Combatientes y trabajadores tienen la misma preocupación. Miles de hombres entregan generosamente sus vidas, aumentan cada día los esfuerzos de todos y, sin embargo, aún parece lejano el triunfo definitivo. ¿Por qué? ¿Qué falta? Falta, es evidente, organización. Falta, también, plan militar de conjunto, mando.

De una manera espontánea ha surgido la idea de cercar al enemigo. Las actividades estratégicas de las distintas columnas tienden a desarrollarse sobre un movimiento envolvente que cierre todas las salidas de la sierra y cope a los facciosos. El general Riquelme, jefe de las operaciones, observa desde el puesto de mando las distintas fuerzas desparramadas entre los pliegues de la cordillera.

—¿Quiénes son ésos que están allá? —pregunta, señalando hacia una cumbre.

—Parece que son nuestros —responde un oficial, verificando la información con los gemelos.

—Entonces están copados...

No; no lo están. Las milicias dispersas no podrán coparlos sino cuando actúen orgánica y disciplinadamente, dirigidas sobre las cartas geográficas, con un plan y un mando eficientes. Hasta ahora siguen

maniobrando a la ventura, vendidas, muchas veces, por la traición. Un destacamento de milicianos y guardias civiles consiguió avanzar días pasados hasta La Granja. La toma de La Granja pudo significar el cerco de los facciosos. Pero en el momento más álgido del combate, cuando los milicianos pisaban victoriosamente las calles del pueblo, el jefe y los guardias civiles se pasaron al enemigo.

El Gobierno, recogiendo la experiencia, ha nombrado jefe de operaciones al coronel Asensio, quien trae buen nombre de las acciones de Málaga. ¿Organizará Asensio la guerra? Los milicianos le han recibido con visible agrado. El anhelo de organización y disciplina es ahora tan fuerte y extenso como el mismo de vencer. El mes de campaña ha sido un maestro excelente. La mayoría de los milicianos aprecia ya los diferentes resultados del desconcierto y de la organización. ¿Cuáles son las fuerzas más poderosas? Las que luchan, como los batallones del Quinto Regimiento, organizadas y disciplinadas y tienen estructura militar. ¿Qué logran, en cambio, las brigadas nómadas, rebeldes a la disciplina y el mando? Si éstas hubiesen tenido el peso de la lucha, Madrid sería hoy de los facciosos.

Los combatientes que permanecen día y noche en los parapetos conocen bien las ventajas de la organización, la disciplina y el mando. Cuando los delegados políticos y los agitadores del Partido Comunista les hablan de ellas y les exponen su eficacia, no hacen, en realidad, más que ratificar las enseñanzas de la propia lucha. Por esto la presencia de un jefe que trae, sobre todo, prestigio de organizador, ha encendido más todavía el entusiasmo de los combatientes, lo cual permite crear en seguida, sin dificultades, un principio de organización. Los delegados políticos, los propios milicianos facilitan la obra. Pronto las columnas y destacamentos actúan con mayor regularidad, bajo las disposiciones del mando. Hay, incluso, servicios de vigilancia, más orden en las carreteras y más diligencia en las comandancias. Organizándose y disciplinándose, la enorme fuerza difusa de las milicias está adquiriendo la cohesión y potencia necesarias para barrer triunfadoramente la sierra. ¿Cómo responden los facciosos al peligro creciente? Lanzando, casi por sorpresa, el ataque a Peguerinos. Es un ataque súbito y victorioso. Apenas hay combate. La débil guarnición miliciana queda inmediatamente entre dos

fuegos: el de los enemigos y el de la traición. Los que resisten, heroicamente obstinados hasta la muerte, sucumben acribillados por la espalda.

Con la toma de Peguerinos los facciosos consiguen hendir el frente de la resistencia popular; obtener un importante punto de apoyo para la gran acción que rompa adelante el camino libre a la ciudad. Desde los primeros días de la guerra no ha gravitado sobre Madrid un peligro tan grave.

Pero dura poco. Los milicianos responden horas más tarde, de noche, cuando los moros no han terminado de saquear las tiendas y los requetés aún están rematando a los heridos. Los oficiales fascistas beben todavía las copas del triunfo. La algazara les impide advertir el avance de las milicias. Algunos levantan el vaso y tragan, en el mismo sorbo, vino y bala.

A pesar de la violencia del contraataque, el enemigo reacciona vigorosamente. Las tropas, que han pisado ya el terreno de la victoria, que han comenzado a gustar las mieles del botín, disputan la presa hasta el último aliento. Es inútil, sin embargo. Al amanecer no queda de los facciosos, en Peguerinos, sino los despojos de la derrota y una estela de barbarie impresa sobre los cadáveres de dos enfermeras, acuchilladas por los moros, después de violadas. El tercer gran combate de la sierra marca otra gran victoria de Madrid.

3. Moros y requetés, símbolos de la facción.

Mola no ha podido pasar el Guadarrama; sus huestes están definitivamente paralizadas en las vertientes de la sierra. Veinte mil milicianos han cortado la invasión de las legiones marroquíes, falangistas y requetés. El acontecimiento es de tanta magnitud que estimula la inventiva histórica de los pensadores.

—Madrid —escriben— no ha sido tomado nunca por el norte.

Inexacto. Los flamencos de Carlos V, invasores también, mercenarios del emperador alemán, atravesando la sierra, vencieron a los comuneros de Madrid en el propio centro de la ciudad, al lado de la Puerta del Sol, donde los campesinos madrileños y toledanos levantaron con sus carros las barricadas que le dieron nombre eterno a la calle de Carretas. Dos siglos

más tarde, el ejército napoleónico pasó, asimismo, el Guadarrama. Después de Bonaparte, pasaron igualmente, para imponer el absolutismo, los cien mil franceses del duque de Angulema.

Quienes efectivamente no han pasado nunca el Guadarrama son los carlistas. Las vertientes opuestas fueron para ellos barreras inexpugnables. Ahora les ocurre lo mismo. El pueblo, que impidió la toma de Madrid por las manadas carlistas, cierra hoy contra las fuerzas reaccionarias unidas —fuerzas de la invasión y de la barbarie— y les corta obstinadamente el ímpetu.

Éste es el gran acontecimiento. Madrid puede ser tomado por el norte; lo ha sido otras veces. Pero la referencia histórica cuenta poco. La única historia vigente la forjan los milicianos en las trincheras.

Sólo una vez, cuando los cien mil hijos de San Luis, acometieron, aunadas contra el pueblo, la invasión y la barbarie. Hoy se repite la misma alianza, la misma «Santa Alianza». Pero con más clara expresión simbólica.

Ni Mola ni Franco representan tan exactamente como los moros y requetés la fuerza oscura y sangrienta que pretende imponer la esclavitud de España. Todo lo que el enemigo representa, sus ambiciones, sus propósitos, sus métodos, incluso la subordinación colonial al fascismo extranjero, lo personifican moros y carlistas, suma de ferocidad, fanatismo, tiranía, terror y crimen: brazo secular de la intransigencia religiosa, el despotismo político y la opresión social.

Lo nuevo, en el formidable episodio, es la claridad de consciencia, el heroico convencimiento de las masas populares que luchan contra ellos. Nunca como ahora el pueblo español ha comprendido con tanta exactitud la verdadera significación de sus enemigos ni ha tomado las armas tan resuelto a vencer, tan consciente de la lucha, tan entregado al sacrificio. Luchar al mismo tiempo por la patria y la libertad, por el progreso y la independencia nacional, por el pan y por España, sabiendo bien que lucha y muere por todo ello, le acontece, de veras, por primera vez al pueblo español.

El aliento generoso de la empresa embriaga el alma de los combatientes. Cinco milicianos discuten a la sombra de un pino, bajo el mediodía del

Guadarrama, los problemas de la guerra. Pasan, sobre las cumbres, bogando, dispersas, como garzas perdidas, las nubes de plata. El sol bruñe los riscos lejanos y tersa el azul infinito del cielo. Pinos, luz, rocas: todo es España, la España torturada y brillante que palpita en la sangre de los milicianos.

Mientras hablan, tendidos en el suelo, parecen enraizados en la tierra madre, nutridos por su savia, troncos también de los rugosos pinares de España. El delegado político del Partido sostiene la charla con incansables explicaciones.

—Ahora —dice uno—, según lo entiendo yo, los moros no vienen a conquistar España; no son más que soldados de la reacción, como los falangistas, los requetés y los legionarios. ¿Por qué decimos entonces que ésta es una guerra de independencia nacional? ¿No sería más justo decir que es una guerra civil contra la reacción y el fascismo?

El delegado político responde a las preguntas:

—No; no sería justo. Desde los primeros momentos de la sublevación era evidente que los generales sublevados tenían el apoyo de los gobiernos fascistas. Pero después de las derrotas de los sublevados, Hitler y Mussolini han tenido que intervenir más directamente para que los facciosos pudieran continuar la guerra. De este modo, la ayuda se ha convertido en intervención. Hitler y Mussolini mandan ahora grandes cantidades de armas, no sólo para que triunfen Franco y Mola, sino para obtener, a través de los facciosos, el dominio de España y repartirse nuestros territorios y nuestras riquezas y convertimos en colonia del imperialismo alemán e italiano.

—¿Y qué papel juegan los moros?

—Son tropas mercenarias, las tropas típicas de las guerras coloniales modernas. ¿Con qué tropas hacen hoy, preferentemente, los gobiernos imperialistas, las guerras coloniales? Con mercenarios, reclutados en el desecho social de los países europeos, y con el enganche de indígenas en los propios países coloniales. Además, los moros son también extranjeros en España; ellos tienen su nacionalidad, y al venir a pelear en nuestro

país, contra los españoles, hacen una guerra de invasión, aunque los verdaderos invasores sean Hitler y Mussolini.

—Eso está claro —dice otro—. Lo que yo no comprendo bien es el último documento del Partido. ¿Te has fijado? Dice que luchamos en defensa de la patria. Yo no estoy de acuerdo. Los proletarios no tenemos patria.

Los demás milicianos miran fijamente, expectantes, al delegado político. Acaba de formularse una de las cuestiones que más les preocupa. La guerra cambia de modalidades en el proceso de su desarrollo. Surgen conceptos distintos, expresiones nuevas, algunos tan sorprendentes como el de patria, que corresponden, sin duda, a la realidad, pero que no todos los combatientes pueden aceptar en seguida.

El delegado político escucha, pensativo, la opinión del miliciano. Medita un instante, y luego, reaccionando, enérgico, llenos les ojos de luz, responde:

—Sí, la tenemos. Es preciso comprenderlo bien. Para los proletarios españoles, para todos los trabajadores y oprimidos de la antigua España, la España de hoy es nuestra patria. Antes, no; es cierto, no la teníamos. Patria es la tierra donde el hombre puede vivir feliz. La España de antes significaba para nosotros hambre, opresión, ignorancia, esclavitud. ¿Podíamos vivir felices en ella? No; por esto no teníamos patria. Pero la España de hoy, España nuestra y de todos los trabajadores, nos ofrece la libertad, el bienestar, la paz, la cultura. Sobre todo, camaradas, abre ante nosotros una perspectiva ilimitada de felicidad. ¿Os dais cuenta de lo que será nuestra España después del triunfo? Un país de trabajadores, sin latifundistas ni grandes empresarios, donde rija la más amplia democracia; donde los obreros, los campesinos, los intelectuales tengamos seguros el bienestar, el trabajo, la vejez; donde no haya paro ni analfabetos; donde, en fin, como ha dicho de la Unión Soviética el camarada Manuilsky, el hombre no se canse nunca de vivir. Ésta es nuestra patria, camaradas; la que estamos defendiendo y tenemos que defender hasta el triunfo, cueste lo que cueste.

Uno de los milicianos, áspero campesino de la Mancha, interrumpe entonces al delegado.

—Todo eso está muy bien... Pero, dime... ¿quién nos garantiza que España será así?

—¿Cómo quién?... El pueblo, nosotros mismos...

—No lo entiendo.

—Camarada: ¿quién tiene hoy las armas? El pueblo. ¿Qué significa esto? Significa que el Poder está en manos del pueblo, de las masas trabajadoras. ¿Puede creer nadie que el pueblo, los trabajadores, tú y yo, éste, los miles de obreros, campesinos, demócratas, intelectuales, etc., vamos a permitir, teniendo el Poder en las manos, que se restablezcan los privilegios de los opresores, que los grandes terratenientes y grandes capitalistas, la Iglesia y los caciques vuelvan a ser los amos de España? No; no puede creerlo nadie, mucho menos nosotros, que somos ya la fuerza del poder popular.

—Ahora lo comprendo...

El grupo sigue serenamente el debate; muy cerca de él, los demás milicianos vigilan, desde los parapetos, al enemigo. Bajo los torturados pinos del Guadarrama, entre las rocas milenarias que han bebido tanta sangre española, como en las fábricas, los laboratorios y las oficinas de la ciudad y los campos de su rededor, los trabajadores de Madrid están creando la España nueva, la España que nunca hasta hoy ha visto, sentido y comprendido tan honda y totalmente el pueblo español. Frente a ellos, enarbolando, impotentes, los viejos signos de la opresión, las castas declinantes, exhaustas por las derrotas, han quedado al fin inmóviles, contenidas, sin poder dar un paso adelante. La muralla gigantesca del Guadarrama cierra definitivamente ante los invasores las vías septentrionales de Madrid.



TALavera

I

1. Largo Caballero en el Poder.

Largo Caballero ha culminado el proceso de sus frecuentes reclamaciones exigiendo el Poder. Su posición no admitía paliativos: o se formaba un Gobierno representante de todos los partidos y organizaciones del Frente Popular o rompía la unidad antifascista. Es cierto que el Gabinete Giral era demasiado débil, demasiado inerte y casi toda su autoridad la obtenía de prestado. Pero el Partido Comunista mantuvo una posición contraria a la de Caballero. ¿Por qué cambiar el Gobierno cuando, en realidad, las circunstancias nacionales e internacionales no eran oportunas, por varios motivos, para la participación de socialistas y comunistas en el Poder? La crisis era más bien de autoridad, de falta de colaboración de los partidos y organizaciones con el Gobierno. El remedio, por tanto, según los comunistas, debía ser el estrechamiento de las fuerzas antifascistas en torno al Gabinete Giral, sobre la base de un programa de realizaciones prácticas, y más coherente y democrática actuación del Frente Popular. De este modo podía conseguirse reforzar la autoridad del Gobierno y darle mucha mayor eficacia al mando gubernamental, sin precipitar el desarrollo del proceso político. Largo Caballero, en cambio, juzgaba el problema como una cuestión de personas, de capacidades, indiferente a las circunstancias políticas, internas y externas, y aunque su opinión representaba la fuerza de gran parte de la U. G. T., mucho del Partido Socialista y el entusiasmo de un caudaloso sector de las Juventudes Unificadas, constituía una actitud adversa a la participación activa de las masas en las funciones gubernamentales.

Ante la amenaza de ruptura del Frente Popular, cuya segunda intención era un acto subversivo, los comunistas transigen. El nuevo Gabinete contiene dos representantes del Partido. La crisis ha evolucionado silenciosamente. El cambio de Gobierno ocurre en horas. Los nuevos ministros ocupan sus despachos entre el asombro del personal. Nadie ha presentido la evolución política. Los sabuesos de la crisis habían perdido el olfato. Todos han sido golpeados por la sorpresa. Los conserjes del ministerio de Instrucción vieron de pronto un obrero, vestido de mono, que

trepaba rápida y decididamente la escalera, sin ninguna consideración protocolaria.

—¿Adónde va usted?

—Soy el ministro.

Quedaron suspensos. Pero el automatismo de la función les hizo sonar en seguida los timbres ceremoniales.

Pocas horas después, el pueblo, al abrir las ediciones de los diarios, encuentra también, con la misma sorpresa, la noticia y los retratos del nuevo Gobierno. Las masas ven al nuevo Gobierno como la representación gubernamental más pura, más directa del pueblo; la más suya. Pero Madrid tiene ya el hábito de los sucesos históricos. ¿Cómo podría de otra manera permanecer tan seguro, tan habitual ante acontecimiento de tantas dimensiones? ¿Cuándo jamás los obreros, los demócratas legítimos, los verdaderos partidos de la democracia y de los trabajadores han ocupado legalmente el Poder? El hecho, no obstante la contención popular, provoca vastas reacciones emocionantes.

Madrid es la ciudad del mundo donde el pueblo escribe más en las paredes. La brocha revolucionaria expresa, desde hace muchos años, sobre las fachadas de los edificios, las verdaderas aspiraciones de las masas. En tanto los gobiernos reaccionarios perseguían la Prensa, los partidos obreros, sobre todo el comunista, estampaban en las paredes las consignas, las protestas, los vivas que no podían imprimirse en los diarios. Los revolucionarios madrileños han pintado, noche tras noche, durante años, eludiendo la persecución de la guardia civil, los más vibrantes carteles de lucha. Ahora todas las paredes de los barrios obreros, de las grandes arterias populares, del propio centro de la ciudad claman el viva fervoroso: «¡Viva el Gobierno de la victoria!». Los niños que lo han escrito con tiza, los jóvenes que han recorrido en grupos toda la ciudad, pintándolo sobre millares de fachadas; los obreros, los combatientes que lo han trazado en las veredas y en los muros con letras enormes, vinculan así al Gobierno la suerte de la guerra, emoción y pensamiento constantes de las masas. Es el primer mandato del pueblo a su Gobierno: ganar la guerra, organizar y conseguir la victoria. Para hacerlo el Gobierno dispone

de la mayor autoridad que ha tenido jamás un gobierno español, del prestigio de su origen, el control de grandes organizaciones obreras y la representación legítima de las fuerzas que luchan contra el fascismo.

Largo Caballero concentra todas las expectativas populares. Es el hombre representativo del Gobierno; el conductor, por designio propio, de la guerra. La situación actual exige una política excepcionalmente vigorosa. Después de la toma de Badajoz, la columna Yagüe avanzaba sobre Talavera. Las milicias, traicionadas, como tantas veces, por los antiguos oficiales, han perdido Oropesa. La derrota las ha desmoralizado; dentro de ellas, bien dirigida, la provocación trabaja eficazmente. Hace falta organizarlas, infundirlas aliento y llevarlas de nuevo al triunfo. ¿Tiene Caballero la mano hábil y firme, al mismo tiempo, de un conductor de masas? El pueblo, confiado, fija sus miradas en él.

Cuando sale del Palacio Nacional, después de la primera visita del nuevo Gobierno al presidente de la República, centenares de hombres y mujeres murmuran fervorosos augurios. Largo Caballero pasa indiferente dentro del coche, los puntos azules de los ojos perdidos en una mirada imprecisa.

—Es una voluntad de hierro —informa al vecino un viejo militante de la U. G. T.—. Con éste en el ministerio de la Guerra las cosas van a marchar derechas.

—Que limpie el Ejército de traidores. Esto es lo primero.

—Lo hará. Ya ha visto usted cómo ha regido tantos años la U. G. T. Allí no ha habido más autoridad que la suya.

—El Gobierno no es un sindicato, amigo; ni la guerra una huelga de albañiles. Ahora hay que poner orden en muchas cosas, comenzando por el Ejército, que ni siquiera está creado. ¿Sabe usted que hemos perdido Badajoz?

—No lo sabía.

—Bueno. Pues lo hemos perdido, y ya basta de jugar al ejército. En la guerra, como en la guerra. Que se acabe de una vez la desorganización,

eso de que cada milicia hace lo que le da la gana; que haya un mando y que se barra sin piedad a los traidores y espías...

—Caballero lo hará... ¡Vaya si lo hará!... Usted no le conoce bien. Cuando ese hombre dice algo, no hay dios que le menee de lo que ha dicho...

—¿Tan terco es?

—Un carácter.

Luego aparecen los demás ministros. El pueblo saluda con aplausos, vivas, exclamaciones.

—Mira: Giral.

—Ése es Uribe.

—Álvarez del Vayo.

—¡Prieto! ¡Prieto!

—Negrín, ministro de Hacienda.

—Jesús Hernández.

—El ministro de Propaganda, Carlos Esplá.

—Julio Just.

—¿De qué?

—Obras Públicas.

—Anastasio de Gracia.

—¿Quién es ése?

—Giner de los Ríos.

—Aguadé, de la Esquerra catalana.

—Es el primer Gobierno verdaderamente del pueblo que existe en España.

—Diga usted que sí.

A pesar del desorden, de la quiebra del Estado, la incapacidad de mando y las traiciones, bajo el Gobierno Giral las milicias han contenido los ataques facciosos de la sierra. Largo Caballero recibe la misión de vencer la ofensiva del Sur. El pueblo tiene la misma decisión de lucha, idéntico afán combativo. Pero han cambiado las circunstancias. Madrid ha perdido en los combates de la sierra muchos luchadores heroicos; otros, ocupados en defender los frentes del Norte, no pueden acudir al nuevo peligro. Por otra parte, el ejército faccioso de Extremadura es superior al de Mola. Posee armas abundantes y tiene el estímulo de las victorias. Ha conquistado Mérida, Badajoz, Oropesa y sigue adelante, rompiendo las líneas republicanas y aterrorizando a las poblaciones vencidas. Largo Caballero asume ahora la misión, sobremanera gloriosa, de sacar del inmenso caudal de las masas que le siguen la fuerza organizada, instruida y potente, indispensable para vencerlo. Comienza por erigir jefe de las fuerzas del Centro al coronel Asensio y otorgarle, como primer elemento de guerra, el grado de general. Caballero y Asensio vinculan así sus nombres en la historia. La suerte de Madrid, de la guerra, el presente y el porvenir de España, queda en manos de los dos.

2. El enemigo gana terreno.

Han salido de Madrid abundantes contingentes de tropas para reforzar la defensa de Talavera. Entre ellos, el batallón «Pasionaria», al mando de Andrés Martín. El enemigo sigue avanzando. Después de la rota de Oropesa, las milicias no han podido rehacerse; les falta estructura militar orgánica, coordinación, mando. Asensio visita el frente y comprueba las deficiencias. Encuentra tropas muy diferentes a las del Guadarrama, cuyo núcleo principal, el Quinto Regimiento, es el eje de la organización, la disciplina y el orden. Aquí luchan principalmente columnas campesinas de Andalucía, Extremadura y la Mancha, inexpertas aún, y, además, afligidas por la derrota.

Los refuerzos de Madrid llevan al frente de Extremadura el espíritu de las grandes jornadas. No tienen otra dotación. Lo demás, armas y municiones, es muy escaso. Los milicianos guardan las balas en los bolsillos como el mejor tesoro. Apenas iniciado el combate, atienden más que al enemigo a proveerse de municiones del compañero que cae. La artillería carece de

potencia para dominar los cañones alemanes que abren la vía del avance faccioso. Tan dura desigualdad transforma el ánimo de las más bravas milicias, las deprime, acorrala al hombre desamparado e impotente que no puede oponer más que su vida al torrente de metralla.

Yagüe, informado por los espías, conoce la situación y quiere aprovecharla hasta el fin. Arroja contra los milicianos olas de moros vociferantes que estremecen el espacio, más que con el estruendo de las armas, con gritos salvajes. El alarido ensordecedor de mil moros al ataque sobrecoge más a los milicianos que las ráfagas de las ametralladoras. Yagüe utiliza todos los crímenes del terror. Para tomar los pueblos, antes que atacarlos militarmente, lanza, por sorpresa, contra ellos, varios camiones, disparando sobre las casas, las mujeres, cuantos encuentran al paso. Cae quien cae. Al fascismo le interesa que la gente tiemble de pavor y los campesinos vean acribillados ante ellos sus mujeres y sus hijos; que el espanto paralice la resistencia.

—¡Guerra psicológica! —murmuran a escondidas los agentes del enemigo.

Es verdad. El terror desaforado produce en el pueblo y los combatientes tremendas reacciones psicológicas: reacciones de odio. Crece el odio al fascismo. Los labriegos, vacilantes todavía, al ver la guerra psicológica de exterminio, unen su suerte a las armas del pueblo. El espanto de la barbarie no les induce, como esperaban, tal vez, los facciosos, a franquear sus puertas al invasor, entregarse, humillados y serviles, a los atacantes. No; les odian demasiado. Prefieren huir tras las milicias derrotadas, dejar sus casas vacías, las tierras incultas, la desolación y el silencio como única presa de los vencedores.

Los facciosos avanzan más. Han roto también las líneas que defendían Talavera. Las milicias huyen desbandadas. Andrés Martín, herido desde el primer momento, abandona el hospital, y forma con otros heridos, con grupos del «Pasionaria», la única defensa de la ciudad; la defensa heroica e inútil. El enemigo los arrolla, ocupa Talavera y fusila, entre befas e ignominias, lo que resta de Andrés Martín: un cuerpo exangüe, agotado, sin más vida que la luz valiente de la mirada.

La caída de Talavera acerca el peligro a Madrid. Es urgente reanimar las milicias, darles fe, reconstruirlas. El Partido Comunista acude en seguida al lado de ellas. El frente Sur conoce ahora las figuras familiares desde los primeros días de julio en los frentes de la sierra. Giorla detiene a voces un grupo que huye, le habla, le enardece y, al fin, lo reincorpora en las líneas. Enrique Castro cruza dos camiones en la carretera para impedir la retirada. Medrano avanza al frente de los cien jóvenes, alentados por él. Todos van de un parapeto a otro, hablando, organizando, reconstruyendo la resistencia.

El esfuerzo es enorme. Quizás podría conseguirse mayor eficacia si el Partido no estuviese, como está, solo para impedir el desastre. Pero quien puede dar el mayor aliento, no cree ya en la capacidad heroica de los milicianos. Largo Caballero duda hasta de la honradez política de tantos miles de trabajadores.

—Han venido —dice— nada más que a ganar las diez pesetas.

Sin embargo, los mismos hombres que huían llenos de pánico, apenas alentados, le desmienten. Las líneas vuelven a formarse. El heroísmo de Andrés Martín estimula la reacción de los milicianos. Muchos combatientes, camaradas suyos, soldados de su batallón, quieren vengarle o morir como él. La voz del Partido ha logrado avivar sus conciencias de trabajadores, de antifascistas, y ponerlos otra vez frente al enemigo.

A pesar del cansancio y de los estragos de la derrota, las milicias marchan al contraataque. Los facciosos advierten en seguida el cambio de situación. Desde posiciones estratégicas, emplean encarnizadamente sus armas más poderosas. Pero no consiguen detener el ataque. Las milicias sobrepasan posición tras posición y llegan hasta los alrededores de la ciudad.

Entonces actúan los provocadores. Los hombres que van adelante, cantando, frenéticos, entre los albores del triunfo; que ven ya ante ellos las calles de Talavera, donde los moros y legionarios abandonan las casas del suburbio para reconcentrarse en las del centro, oyen, de pronto, voces espantadas que gritan:

—¡Estamos copados! ¡Estamos copados!

Todos buscan, llenos de alarma, a un lado y otro. No ven nada. Un miliciano insiste, señalando vagamente hacia las colinas de la derecha:

—¡Por allí vienen los moros! ¡Nos van a cercar! ¡Sálvese el que pueda!

Y huye. Los más bravos siguen firmes, quietos, avizorando el horizonte. Pero la mayoría corre también, aterrorizada. La ametralladora con la que varios soldados del «Pasionaria» sostienen, desde un altozano, el avance, les infunde mayor pánico todavía. No ven nada, no distinguen nada: huyen, cada uno por su lado, atropellándose, tirando los fusiles, rompiéndose los pies. Por todas partes rueda el grito obsesionante, enloquecedor:

—¡Nos copan! ¡Nos copan!

Sólo el grupo del «Pasionaria» continúa hasta el final, hasta que las siluetas de los fugitivos desaparecen en la distancia, sin desmayar el tiro de la ametralladora, e impiden la salida de los facciosos.

El contraataque queda frustrado. Más tarde, el fusilamiento de los organizadores del pánico, por mucho que sea ejemplar, no destruye completamente los estragos de la derrota. Las tropas que han abandonado la operación victoriosa, aunque los delegados políticos les expliquen la causa del pánico, aunque presencien el castigo de los provocadores, quedan moralmente debilitadas. Sobre todo, porque carecen de mandos. Los oficiales y clases que las conducen son, la mayoría, milicianos también, tan inexpertos como los propios soldados.

Asensio, quizás por esto, no tiene fe en las milicias.

—Es imposible —argumenta—. Con tropas así no se puede combatir.

Un juicio semejante implica la obligación de organizar las fuerzas, dirigir las, capacitarlas para el combate. Ésta es la consecuencia que sacaría inmediatamente de él cualquier verdadero jefe del pueblo en armas. Asensio lo entiende de otro modo. Los milicianos de Toledo siguen en los mismos parapetos del primer día; sigue el interminable tiroteo con los sitiados del Alcázar. Ni huyen ni avanzan. Están quietos sobre las ruinas del Zocodover, guardan los puentes, ejercitan el tiro libre y la

alcabala de carretera. ¿Por qué no las organiza? ¿Por qué no acomete aquí la acción decisiva contra el heroísmo ficticio de Moscardó? Asensio pasa indiferente entre el desbarajuste, la inercia y las sospechosas debilidades del sitio. La proximidad de los facciosos, alienta, naturalmente, la resistencia de Moscardó, demasiado barata para rendirla sin más ni más. ¿Qué peligro le amenaza? Los cañones republicanos arañan apenas los muros formidables de la fortaleza; el tiroteo de las milicias desaparece en el vacío. En cambio, sus ametralladoras acotan la ciudad. Nadie pasa sin pena de muerte por las zonas batidas. ¿Puede tomarse así una fortaleza provista de inmensas cantidades de víveres y municiones?

—Hay que tomarla a cuchillo.

Esta opinión, llena de autoridad, no consigue modificar el espectáculo. Si es justa, falta el jefe que organice las huestes, limpie el camino y asuma resuelto la empresa. El Quinto Regimiento ha pedido la acción. Pero Largo Caballero no accede.

Aunque los partes oficiales callan todavía la pérdida de Talavera, el pueblo recoge las referencias difusas, el rumor que baja desde el Gobierno hasta los centros políticos y los locales obreros. El frente de Extremadura, como dicen los comunicados del ministerio de la Guerra, constituye el centro de las preocupaciones. Madrid, sin embargo, espera. Tiene confianza. Grandes carteles dicen desde las paredes: «Largo Caballero, el hombre de la victoria». Cuando su imagen aparece sobre la pantalla de los cines, la gente aplaude, los obreros cantan «La Internacional», las juventudes le aclaman, todos le saludan en pie.

3. Días de octubre.

Han comenzado las horas adversas. En silencio, recogido dentro de él mismo, fuerte ante la adversidad, el pueblo madrileño soporta los reveses. Los obreros, los oficinistas, los empleados continúan trabajando como si nada pudiese alterar el ritmo y los resultados del esfuerzo. El afán organizador desarrolla infinitas actividades. Todos los trabajadores parecen alentados por el convencimiento de la victoria ineluctable. Al amanecer, las mujeres acuden a las colas de las panaderías y de las lecherías, seguras de resistir impasibles todas las incomodidades.

—Unos milicianos que han venido del frente dicen que las cosas van mal por el lado de Talavera.

—Ya irán bien.

—Parece que vienen hacia Madrid.

—Que vengan.

No comentan más. En los talleres, las fábricas, las oficinas, los trabajadores expresan la misma indiferencia. Pero es una indiferencia preocupada, impuesta por ellos mismos, distinta del optimismo del razonador de café, exegeta de las operaciones.

—A mí me importa poco —explica éste— que tomen veinte o treinta kilómetros por ese lado. Allí hay mucha tierra; los avances no significan nada. Ya verán ustedes cómo, en cuanto nuestras tropas les den el primer golpe, todos aquellos triunfos se van al demonio... No; a mí no me preocupan.

—Yo sólo digo una cosa —opina otro—. ¿Dónde está Burillo? ¿Está en Aranjuez? Pues dejadlos que se acerquen allí y veréis el palizón que les vamos a dar.

Burillo, no obstante, organiza febrilmente, sin descanso, la defensa de Toledo. ¿Por qué le han nombrado a última hora? ¿Qué propósito ha mantenido tantas semanas, a pesar de los continuos desastres, la comprobada incompetencia del mando anterior? Burillo estudia, planea, dispone. Pero la urgencia del peligro inminente disminuye las posibilidades. La mayor parte de las milicias están desmoralizadas, ateridas de pánico.

—Nosotros peleamos —le responde un grupo— donde lo acuerde nuestro comité.

El comité acuerda marcharse de Toledo. Algunos oficiales del antiguo ejército proceden asimismo según su libre albedrío. El capitán encargado de ocupar una posición regresa, seis horas más tarde, a informar al jefe.

—No ha podido ser, mi comandante. El enemigo ha ocupado ya la posición.

—¿A qué hora la ha ocupado?

—Sería las cinco.

—¿Cómo puede ser eso? ¿No le ordené que la ocupara usted a las tres?

—Me entretuve tomando café con unos amigos. Cuando llegué ya era tarde.

Burillo enrojece de indignación hasta agrietársele las mejillas; no puede hacer más. El oficial insinúa una sonrisa que sólo luce en el brillo de los ojos. Lejos, todavía muy lejos, retumban los cañonazos facciosos. Uno, otro, incesantes. Cañones de grueso calibre, de tiro rápido, todos alemanes. Los disparos caen implacablemente sobre las desbandadas milicias. En vano los delegados políticos, representantes del Partido, tratan de animarlas; en vano algunos de ellos resisten, impávidos, el aluvión de metralla. La carne vuela en pedazos. ¿Qué pueden los fusiles contra las bocas de acero que vomitan fuego desde la lejanía? Los milicianos ven cómo salta de pronto hacia las nubes el torbellino de cuerpos humanos y huyen despavoridos.

—Tenemos que resistir, camaradas —les dice, desde lo alto de una piedra, el delegado político—. Tenemos que defender nuestras mujeres, nuestros hijos; nuestro pan, nuestra libertad. ¿Vamos a permitir que los moros se apoderen de nuestras mujeres, asesinen a nuestros niños; que el fascismo nos esclavice, que España sea una colonia? No; mil veces no. Tenemos que impedirlo, cueste lo que cueste. La suerte de España depende de nosotros. Si el fascismo avanza sobre Madrid, la guerra está perdida. ¡Acordaos, camaradas! En julio dijimos: ¡No pasarán!, y no pasaron. Hoy también debemos decir lo mismo. ¡Resistamos! ¡Clavémonos en la tierra! ¡No les cedamos ni un milímetro de terreno! ¡Resistir es vencer! ¡La victoria depende de nosotros! ¡Adelante! ¡Adelante!

Los milicianos recogen los fusiles y marchan de nuevo a improvisar posiciones entre las piedras, al borde de las colinas, sobre el perfil de las

carreteras. Cantan «La Internacional», fervorosos y decididos. El delegado repite, como el estribillo de las estrofas:

—¡No pasarán, camaradas! ¡No pasarán!

Una voz opaca, solapándose entre el tumulto, murmura cerca de los oídos más incautos:

—Nos llevan al matadero...

—¡Calla, cobarde! —le grita un miliciano—. Si tienes miedo, márchate...

—Yo no tengo miedo... Pero..., ¿qué podemos hacer nosotros ante esos cañones? Apenas tengo veinte tiros.

—Pues si no hay balas, con piedras... Yo tampoco tengo más.

Resisten, luchan, mueren; rompen el primer embate de los pelotones legionarios. Pero luego vienen, boceando el campo, como dispersa manada de hienas, los tanques italianos.

—¿Qué es eso?

—Tanques. Tira contra ellos.

—Sólo me queda un cargador.

—No importa.

Disparos inútiles. Varios milicianos lanzan pedruscos desde lo alto de la colina para cerrarles el camino; pero los tanques reptan sobre los obstáculos. Avanzan, retroceden; avanzan de nuevo. Escupen incesantes lengüecillas de fuego. El delegado, en pie, temple la resistencia:

—¡Nadie se mueva! ¡Dejad que lleguen hasta aquí! ¡Quietos! ¡No pasarán, camaradas!

Un rato después, los tanques disparan, inmóviles, desde la distancia, contra los grupos tendidos, laminados sobre la tierra, que no ceden, que ya han aprendido a resistir y cuya tenacidad domina el combate. Los tanques serpean entre los sembrados y desaparecen. El delegado exalta el triunfo, palpitante de emoción:

—¿Veis? ¡Han huido! ¡Ésta es una gran victoria, camaradas! ¡Resistid! La resistencia nos ha permitido...

No puede terminar. Tres abejorros gigantes runrunean sordamente sobre sus cabezas. La primera bomba estalla contra una roca y rocía millares de proyectiles. Los milicianos se miran uno a otros, espantados; miran oscilar en el suelo la sombra gigante de los aviones. Las explosiones estremecen la tierra. ¿Qué pueden hacer? ¿Qué deben hacer? Huyen. El delegado va de un lado a otro, gritando:

—¡Tirarse al suelo! ¡No correr!

Nadie le escucha, nadie puede escucharle. Los hombres corren, enloquecidos, como hojas arrebatadas por el vendaval. Pronto él mismo desaparece entre el espeso penacho de una explosión. Los aviones describen círculos de cuervo en el espacio. Cuando agotan las bombas descienden, veloces, y riegan el campo con las ametralladoras. El campo está lleno de surtidores repentinos, de estruendos, de escombros y de muerte.

Dos milicianos presencian la catástrofe desde la alcantarilla de la carretera. El zumbido de los aviones llena la inmensidad del cielo. A veces sienten el picoteo de las balas en el asfalto. Luego los agobia el silencio; un silencio pesado, de plomo, que gravita dolorosamente sobre sus cuerpos temblorosos, hasta que los aviones vuelven de nuevo y comienza otra vez el cataclismo.

—¿Qué hacemos?

—Yo no salgo de aquí...

—Puede caer una sobre nosotros.

—Si he de morir, de aquí no me muevo.

Anochecido, emprenden la marcha por el campo oscuro, regado de fusiles, cadáveres, pedazos de hombre, hierros retorcidos.

—¿Ves tú, camarada? Nadie nos ayuda. Ellos tienen todo: aviones, tanques, artillería. Nosotros no tenemos nada. ¿Cuántas municiones te quedan?

—Es igual. Voy a tirar el fusil. Me incordia demasiado.

—No; eso no. Al contrario: vamos a recoger los que podamos. A pesar de todo, tenemos que seguir luchando...

Por todos los senderos marchan así, rotos, impotentes, millares de campesinos. Sin embargo, acaban de obtener un triunfo de inmensas proporciones: Vicente Uribe les ha dado las tierras; las tierras de los fascistas, de los grandes propietarios, sobre las cuales han sudado tantas hambres, tanta fatiga durante siglos. Aunque las armas del fascismo los disperse, aunque no puedan resistir la formidable acometida, junto a ellos, en el Gobierno como en las trincheras, hay un Partido que les ayuda a vencer, que combate también por su causa.

¿Qué hacen, entre tanto, más allá de España, quienes tienen idéntico peligro? Los facciosos han ocupado Santa Olalla y Santa Cruz de Retamar. Las milicias retroceden desbandadas hacia los pueblos de Madrid. Enrique Castro encuentra quinientos hombres que huyen a campo traviesa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué huís?

—¡Nos han dejado solos!

—¿Cómo solos, si sois tantos? ¡Hala!... Vamos allá...

Van. Castro les obliga a seguirle. Pero los milicianos tienen razón. España está sola, inerme, bajo la indiferencia cósmica del cielo. Los hombres que mueren pensando en los demás hombres del mundo, los que van orgullosos al combate, porque sienten el dolor y la esperanza de millones y millones de seres, están hoy, sin embargo, solos, frente a toda la potencia reaccionaria de Europa. El único corazón que late a su lado, la única mano que les asiste no ha podido llegar todavía hasta ellos. Por eso están solos. Francia, Inglaterra: ya no bastan los botes de leche ni gasas para los

heridos ni las palabras. Esos miles de hombres luchan también, como en 1212, sobre estas mismas tierras, para impedir la invasión de Europa.

—El otro día, en una reunión, cuando yo describía los episodios de nuestra lucha, Blum no pudo contener la lágrimas.

Los que oyen el relato aprietan los dientes. ¿Queréis acaso dominar con lágrimas los obuses fascistas? ¡Cañones, Blum; cañones! Las lágrimas fueron ya comentadas, hace tres siglos, en nuestra propia tierra, por la madre de Boabdil: «Llora, hijo, como mujer, el reino que como hombre no supiste defender». El pueblo español, a pesar de los reveses, no llora; no ha llorado nunca. Por cada lágrima de Blum ha derramado ya ríos de sangre, aunque tampoco la sangre por sí sola sea bastante para impedir que Hitler y Mussolini traspasen Madrid y coloquen las baterías fascistas en la cumbre de los Pirineos.

El dolor inmenso de nuestra soledad, los estragos de la derrota no los conocen todavía sino los combatientes vencidos de Talavera. Madrid aún no está enterado. Los partes oficiales siguen ocultando las derrotas, la indefensión, la inminencia del peligro. El pueblo escucha el canto perenne de la gloria y el heroísmo. Los obreros empiezan de mañana la faena, seguros del triunfo de sus armas. Una tarde cruza la ciudad el avión faccioso. Cien mujeres y niños quedan hechos trizas.

—Es el despecho, la rabia de la derrota —clama, entonces, el optimismo oficial.

Centenares de albañiles siguen construyendo las casas que comenzaron antes de la guerra.

—¿Para quién construís esos edificios? —pregunta, indignado, «Mundo Obrero»—. ¿No sabéis que vuestros brazos son más útiles en las obras de fortificación?

La directiva del sindicato se duele del reproche y acude a explicar el caso:

—Ya sabemos que es necesario construir fortificaciones. Tan pronto como lo supimos visitamos al ministro de la Guerra, para ofrecerle todos nuestros hombres. Nos dijo que ya nos llamaría cuando hiciera falta y

todavía no nos ha llamado. ¿Qué podemos hacer? No vamos a suspender las obras, sin tener nada en que emplear a los obreros.

Largo Caballero, efectivamente, no le da importancia a las fortificaciones. El Partido Comunista le ha propuesto fortificar Madrid, construir, a veinte o treinta kilómetros de distancia, según el dictamen de los técnicos, un cinturón de piedra y cemento que defienda la ciudad.

—¿Para qué? —responde—. ¿Qué conseguimos con tener fortificaciones, si después, cuando ataque el enemigo, los milicianos van a salir corriendo? Nada, nada; la defensa tienen que hacerla los hombres.

El Partido llama entonces, directamente, a las masas. Madrid sólo conoce el runrún, versiones imprecisas de los milicianos. Pero el Partido tiene ya autoridad suficiente. Su voz emociona al pueblo. El domingo por la mañana, miles de hombres de todas las ideologías antifascistas salen a cavar, cerca de Getafe, la zanja empírica que muy pronto constituye la única defensa de Madrid. Una multitud caudalosa, llena de fe, asume, con el ardor y la impericia de un pueblo bíblico, la defensa de la ciudad suya, de la ciudad que está resuelta a no rendirse jamás. Confundidos en las brigadas de zapadores, apretados con el pueblo, pueblo ellos mismos, los propios dirigentes del Partido, José Díaz, «Pasionaria», Checa, Antón, cavan como los demás, henchidos de la profunda emoción de la lucha.

El aliento heroico de los días graves estremece todavía al pueblo. ¿Basta para organizar la defensa? Basta, sin duda. Pero en el ministerio de la Guerra, centro motor de la lucha, no tienen la misma fe. Después de la derrota de Talavera ha surgido allí una opinión desalentada.

—Madrid es indefensible —murmuran a escondidas.

Asensio participa del mismo criterio. No cree en el pueblo ni en la victoria. El desánimo le ha infundido cierto mal disimulado desprecio a las milicias. Pasa entre ellas como entre la muchedumbre de un zoco, sin fijar siquiera una mirada en esos hombres tirados al borde de la carretera que, sin embargo, esperan, llenos de confianza, la voz de su general.

—No es posible —le dicen a Largo Caballero— que Asensio continúe mandando el Ejército. Hasta ahora sólo ha ganado derrotas.

—Peor para él —responde—. Así se desprestigiara más pronto.

Sólo que Asensio, para eludir las derrotas, no quiere operar. Hay fuerzas suficientes. El trabajo perseverante, incansable, de los delegados políticos y de los combatientes más capaces, ha conseguido levantar de nuevo el ánimo de las tropas. Es, sin duda, el momento de pasar al ataque. Largo Caballero acepta la idea.

—Mañana —le dice a Asensio— quiero que ataque usted...

—Deme usted bombas.

—¿Quién le ha dicho que tengo bombas?

—Yo lo sé.

—No puedo dárselas.

—Pues no ataco.

—Le ordeno que ataque.

—Si no hay bombas, no ataco.

Después de tal escena, con bombas o sin ellas, la acción está perdida, aunque las tropas culminen en el heroísmo. No importa que las milicias acaben de recibir la ayuda de un pueblo glorioso, que tengan armas. Aún carecen de mando.

Ahora, precisamente ahora, los combatientes llegan al más alto punto de entusiasmo. Sentir que la mano generosa de otro les sostiene, que van fraternalmente acompañados en la historia, levanta su ánimo hasta la exaltación. Por la carretera de Villaviciosa vienen huyendo, perdidos, diez soldados. No saben adonde van. La derrota ha deshecho sus unidades. Caminan arrastrándose, en silencio, solos ellos también dentro de la cáscara de sus vidas, inútiles sus existencias. En lo alto ciérase el cielo opaco de octubre. Nubes de humo espeso tapan el horizonte. ¿Qué pueden hacer diez hombres, mil, diez mil más como ellos, armados de fusiles viejos, sin municiones, contra el poderoso aluvión fascista? Esos diez soldados son la figura del pueblo español, carne de la gleba milenaria

de España, sola siempre en sus grandes anhelos, en sus magníficas empresas, con el cielo y la tierra indiferentes a su tragedia.

Al volver un recodo distinguen sobre el confín de la carretera las siluetas brumosas de varios tanques. El espanto paraliza sus músculos. ¿Qué ha sido de Madrid? ¿Qué ha sido de la propia España? Los diez soldados, recogidos sobre ellos mismos, desorbitados los ojos, apretándose unos a otros, miran, absortos, incapaces de andar y decir, el avance pausado de los tanques. Todo está perdido otra vez en España, y ellos recogen allí, de nuevo, la resignación de siglos, para entregar sus cuerpos miserables al enemigo.

Los tanques llegan hasta ellos. Los soldados que van en las torretas levantan valientemente los puños y les aclaman:

—¡Salud, camaradas!

Los diez hombres salen del abatimiento como si les hubiese despertado una visión maravillosa. El alma se les sube, anudada, a la garganta:

—¡Salud! ¡Salud! —gritan, delirantes; y se lanzan a besar las chapas de hierro ardiente hasta quemarse los labios.

Luego echan camino adelante, siguiendo la ruta de los carros de guerra, con pies ligeros y valientes. Como estos soldados, vibran ahora los demás. Pero ya no es tiempo de ganar batallas sólo con la bravura de las tropas.

El enemigo ha llegado hasta las puertas de Toledo. Burillo y Líster, jefes del último instante, resisten casi solos. Las milicias, que tanto tiempo fueron dueñas toleradas de los parapetos, han huido y no se han enviado tropas de reemplazo. ¿Qué pueden hacer los dos jefes con nada más que un puñado de valientes? Salen de la ciudad cuando los moros ya están dentro de ella.

Toledo asiste entonces a una de las mayores carnicerías de la historia. Los facciosos no van por los héroes ficticios del Alcázar: van por los heridos. Moros y legionarios entran en el hospital y los rematan a todos dentro de las mismas salas, en los propios lechos, con bombas de mano. Los oficiales dirigen la matanza. Al comenzar la ejecución, muchos heridos se

esconden bajo las mantas; otros rasgan sus vendajes para correr. Es igual. Los vencedores no perdonan. Cuando les llega el turno, cae sobre los escondidos, sobre los que huyen, sobre los que imploran de rodillas la metralla inexorable.

Madrid desconoce la horrible matanza de tantos hijos suyos. El parte oficial calla, como de costumbre, la pérdida de Toledo. Pero el Gobierno lo sabe todo y el rumor circula. Las derrotas no pueden continuar; nada las justifica. Largo Caballero y Asensio trazan el plan de ataque. Hay armas, soldados, aliento del pueblo. Antes de la ofensiva, el ministro de la Guerra dirige una proclama a los combatientes. «Espero —les dice— vuestros partes de victoria».

El pueblo espera también, anhelante, henchido de esperanza. Es la primera gran acción después de las derrotas. Las milicias atacan, al mismo tiempo, sobre Seseña y Olías. El primer día toman las alturas de Seseña. Los tanques, conducidos por chóferes madrileños, rompen las líneas facciosas y entran en Olías. Recorren las calles, exterminando un destacamento moro. Pero las milicias no marchan tras ellos. Quietas en sus posiciones, asisten de lejos a la proeza.

—¿Por qué no avanzamos? —pregunta, impaciente, un soldado.

—No hay orden —responde el oficial.

La orden no llega. Los tanques regresan de la excursión, informan, y vuelven segunda vez al asalto. Las milicias siguen inmóviles. Igual ocurre al otro lado. También allí quedan paralizadas después del primer ímpetu. ¿Por qué? Nadie sabe explicarlo. Hay o no hay órdenes. Lo cierto es que algunos oficiales apagan el ánimo de los milicianos, los contienen, los desmoralizan.

Asensio insiste en su opinión:

—Ya lo ve usted —dice a Caballero—; con esta tropa es imposible combatir.

Pocos días después el enemigo recupera el terreno perdido. No llegan los partes de victoria. Yagüe ha dado un nuevo empujón. Vuelven las huidas

en masa. El campo llénase de fusiles abandonados. El éxodo de los pueblos invade las carreteras. Centenares de familias campesinas, con sus enseres auestas, marchan hacia Madrid, conduciendo, como en la Biblia, multitud de animales y chiquillos.

Madrid está igualmente indefenso. ¿Quién cerrará sus puertas al enemigo? Asensio ha repetido el fallo pesimista.

—No hay manera de defender esto.

En el ministerio de la Guerra comienza a decirse que la ciudad carece de valor militar. ¿Qué importa, entonces, perderla? Los técnicos del Estado Mayor consumen las horas adormeciéndose sobre la lectura de los periódicos. Tampoco tienen fe; están ya cansados.

—Nosotros —explica uno— no sabemos nada de las operaciones. Trazamos algunos planes y los entregamos al Ministro. Él los modifica después como quiere, y aquí no podemos decir nada. ¿Para qué vamos a seguir trabajando?

—Pero vosotros sois también responsables... Debéis darle vuestra opinión.

—No puede ser. Largo Caballero no admite opiniones de nadie.

José Díaz le informa, sin embargo, a pie firme, de la opinión del Partido. No le exige la crisis, sino el reemplazo de Asensio, organización del Ejército regular, exterminio de los espías, orden y limpieza en la retaguardia. Largo Caballero, apenas oye las primeras palabras, golpea, enfurecido, la mesa del despacho. José Díaz continúa, sereno, inalterable, hasta decir la última frase.

—El Partido —le señala bien— colabora lealmente en el Gobierno. Pero exige que el Gobierno tome las medidas indispensables para defender Madrid.

Terminado el diálogo, Largo Caballero sigue, obstinado, la misma política; ninguna política. Como dijo el obrero: «No hay dios que le menee». La visita de varios jóvenes, que le piden pistolas para las patrullas de vigilancia, descubre sus actividades.

—Veremos si puedo darlas —les responde, mostrándoles una larga lista—. Aquí tengo apuntadas por mi propia mano todas las pistolas que ha repartido el ministerio. ¿Veis? Veintinueve mil. No sale una sola arma sin orden mía y sin que yo mismo la anote...

La minuciosidad del viejo administrador sindical lleva exacta cuenta de las pistolas, las mantas, las alpargatas; pero Madrid sigue desamparado, España sucumbe trozo a trozo. El pueblo presiente el peligro. Nunca ha sido tan vehemente el interés por la guerra. Los obreros suspenden el trabajo para comentar las noticias dispersas que llegan hasta ellos. En las fábricas, en las oficinas, en los locales políticos el pueblo discute acaloradamente. ¿Llegarán los facciosos hasta Madrid?

—Pero ¿dónde están? —preguntan muchos, alarmados.

«Mundo Obrero», «Política» y «El Socialista» deslizan la verdad entre los hilos de la censura. Es preciso hacerle frente a los más graves acontecimientos. Los dirigentes de la Juventud Socialista Unificada intentan opinar ante el jefe del Gobierno. Esta vez Largo Caballero no escucha; los jóvenes son despedidos violentamente del despacho ministerial. Ya no es posible seguir esperando. Tampoco es posible, sin comprometer la suerte de la guerra, provocar la crisis. Pero urge organizar la defensa de Madrid. El Partido Comunista llama de nuevo a las masas.

4. Navalcarnero.

Desde lo alto de un tablادillo improvisado, hacia la mitad de la Gran Vía, un muchacho de palidez transparente, los ojos llenos de fuego, habla a los transeúntes. Su voz adquiere en la bocina un volumen bronco.

—Camaradas: la situación es grave. El Partido Comunista os dice que es necesario prepararse para defender Madrid. Nuestra ciudad no puede ser hollada jamás por la planta sangrienta del fascismo. Todos los hombres y todas las mujeres tenemos que defenderla. Todos tenemos que movilizarnos con la misma consigna: hombres al frente, mujeres al trabajo. Ni un solo hombre apto para empuñar las armas debe quedar en la retaguardia, ni una sola mujer debe permanecer en casa. Adquirid en

seguida la instrucción militar, formad brigadas especiales para construir fortificaciones. Nadie se quede atrás. ¡Todos los hombres al frente!

El grupo que le escucha engrosa constantemente. Los transeúntes forman espesos remolinos para oír el clamor de lucha que derrama la bocina. El muchacho repite otra vez la proclama.

—Nosotras estamos listas —profiere una joven obrera—. A ver, ¿qué hacen los hombres?

—Sí, sí. ¡Al frente! —gritan las que la acompañan.

—Formad grupos especiales en todos los lugares de trabajo —insiste el de la bocina— para aprender el manejo de las armas, para constituir batallones de defensa. Hombres: alistaos en seguida.

Cuando la voz del muchacho desfallece, otro le sustituye en el pregón. La proclama del Partido conmueve toda la ciudad. En los barrios obreros hay docenas de tribunas iguales. Todos los Radios han destacado grupos de militantes que no cesan desde el mediodía hasta el anochecer de hablarle al pueblo, que esperan en las puertas de las fábricas la salida y la entrada de los obreros para transmitirles la nueva consigna de lucha.

Madrid está conmovido hasta sus más hondos rincones. Los trabajadores discuten qué deben hacer.

—Ya lo has oído —afirma un obrero a otro que vacila—: alistarnos.

Varios hombres acuden a inscribirse en el cuartel de las milicias. Quieren las armas en seguida, marchar inmediatamente al campo de batalla.

—Tendréis que esperar unos días —les dicen—. Aun no tenemos armas.

—¿Cómo esperar? Los fascistas no van a esperar a que nosotros estemos armados para venir sobre Madrid.

—¿Qué queréis que yo le haga? Esto tiene su tramitación y no hay más remedio que esperar...

—¡Me cago en la hostia!... ¡Todavía, mierda, la burocracia!... ¡Vámonos sin armas!...

El grupo sale camino de la carretera de Toledo, a luchar sin armas, pecho al frente, como en los días heroicos. Quizás mueran impotentes, quizás corran también, como los demás, despavoridos, ante la tempestad de metralla enemiga. Algo invencible, no obstante, les alienta.

Al atardecer desfilan por la Castellana más de doscientos metalúrgicos. Vienen, después del trabajo, a hacer instrucción militar.

—¡Un, dos; un, dos!

La marcha torpe de los hombres, rendidos por la fatiga de la jornada, va perfeccionándose poco a poco. Varios de ellos, que han hecho el servicio, instruyen a los demás. Son hombres también cansados, envejecidos, que hacen mayor esfuerzo para recordar las enseñanzas militares que para mover los músculos. El ejercicio tonifica sus ánimos.

—¡Un, dos; un, dos!

Hasta la noche, hasta que la oscuridad los envuelve y les corta el paso. Entonces desfilan, en hilera, por la calle de Alcalá.

—Mirad —grita, señalándoles, un miliciano—: ¡Vivan los metalúrgicos!...

Desde las veredas les saluda el aplauso de las mujeres, de los milicianos. Ellos apenas levantan los puños. Marchan, a pesar del cansancio, resueltos a no detenerse hasta consumir la última gota de su energía.

Las calles van llenándose de carteles. Las figuras, las alegorías, los dibujos son distintos; distintas también las rúbricas: C. C. del Partido Comunista, C. P. del Partido Comunista, Juventudes Socialistas Unificadas, Partido Socialista, Izquierda Republicana, C. N. T., Unión Republicana, U. G. T., Juventudes Libertarias, F. A. I., «Altavoz del Frente», Asociación de Dibujantes. Pero el lema es uno solo: «¡Defendamos Madrid!». La ciudad grita en todas las plazas, en todas las esquinas la voz de alarma.

«Altavoz del Frente» exhibe los trofeos ganados al enemigo, las banderas tomadas en Julio, obuses de la sierra, recuerdos de los caídos, proclamas, insignias, armas facciosas. Las obras de cincuenta dibujantes transcriben las escenas vivas del frente. Millares de combatientes, obreros, mujeres,

niños llenan el local. La exposición descubre ante ellos el panorama trágico y glorioso de la guerra. Les recuerda el peligro que avanza sobre Madrid, les incita a la defensa. Vuelve a formularse la promesa heroica:

—¿Tú, ves? Estas bombas son las que les envían Hitler y Mussolini. Así han podido avanzar tanto.

—Pero, con sus bombas y todo, se estrellarán en Madrid...

—Tú, salado —le señala una chica a su novio—, ¿ves las armas que usan los moros? Ésas son las que traen contra nosotras. Ya te puedes dar prisa en alistarte, si no quieres que seamos las mujeres las que defendamos Madrid.

—¡Admirable, esto de Puyol! ¿Eh? Es un gran dibujante. No puede reflejarse mejor la barbarie monstruosa del fascismo. Conmueve, de verdad. Siente uno la urgencia de coger las armas...

Mientras la exposición habla objetivamente al pueblo, «Altavoz del Frente» se prepara para llevar hasta los soldados españoles de las filas facciosas la palabra emocionante de España. Uno de sus miembros, José Allué, lucha, solo e incansable, contra todas las limitaciones de la técnica. Para lanzar el clamor de la libertad a cinco kilómetros de distancia es preciso construir un aparato excepcional.

—Imposible —dictaminan los técnicos—. Jamás ha podido construirse un amplificador de tanto alcance.

Contra el dictamen de los técnicos, contra las demostraciones teóricas, Allué persiste. Los obreros de «La Comercial» blindan los camiones. Parece que ya está logrado. Pero las pruebas fallan una y otra vez.

—Somos comunistas, camaradas; tenemos que conseguirlo.

Allué perfecciona la distribución, inventa mecanismos nuevos, fabrica piezas especiales. Entre tanto, los facciosos obtienen nuevos avances.

—¿Lo terminaremos a tiempo?

—Seguro. Sólo falta resolver el acoplamiento de los motores.

Todos trabajan, día y noche, con fiebre de combate. Los carpinteros estudian la construcción de la bocina. Trazan, rectifican, ensayan formas diversas. El enorme armatoste queda, por fin, instalado sobre la plataforma del camión como el esqueleto de un cetáceo. Aún falta, sin embargo, resolver algunos problemas de radiofonía. En las tiendas de radio, los expertos, al enterarse de la obra, sonríen. Pero «Altavoz del Frente» sigue trabajando.

Con la misma fe trabajan los demás comunistas. Una mañana han aparecido grandes flechas de madera en todos los postes de la Gran Vía. Señalan el camino del Capitol; anuncian «Los marinos de Cronstadt». Un inmenso cartel de Renau cubre la fachada del cine: vibrante y poderosa alegoría del heroísmo proletario. La fuerza, la tenaz bravura de los defensores de retrogrado aparecen simbolizadas en un puño gigantesco que dice a Madrid cuál es la magnitud de su propia fuerza.

«Los marinos de Cronstadt». El pueblo intuye su propia suerte. Los obreros se detienen a contemplar la potente composición de Renau. Miran y remiran, absortos, subyugados por la potencia revolucionaria del cartel, aquellos marineros que guardan los cañones proletarios, bajo la enseña del puño firme.

—Ésta es una película soviética, ¿verdad?

—Ya lo pone ahí.

Madrid está hoy pleno de historia; de la verdadera historia, la que crea el porvenir. Lo aparentemente más pequeño, más simple, entraña un acontecimiento de vastas proporciones. La ciudad, los hombres, las cosas, todo, hasta los menudos sucesos privados, trascienden del día, de la existencia cotidiana, y proyectan su significación en el futuro. ¿Qué significa hoy en Madrid «Los marinos de Cronstadt»? Es una escuela de lucha para nuestros combatientes. El ministerio de Instrucción Pública la presenta como una enseñanza de guerra, como el más alto y eficaz magisterio: el magisterio del heroísmo.

Al estreno asisten el presidente de la República, el Gobierno, jefes militares, altos funcionarios. El señor Azaña llega de los primeros. Antes de la función, permanece varios minutos en el vestíbulo superior, rodeado de

sus edecanes. Ante él, guardadas por dos milicianos del Quinto Regimiento, exhíbense las banderas que las masas ganaron en Julio. El Presidente las contempla en silencio.

En este momento, alguien llama por teléfono al ministro de Marina y Aire. La charla es muy breve. Uno tras otro se marchan los ministros. La película, los himnos, las grandes emociones del público ocurren sin la presencia del Gobierno.

Finaliza aquel magnífico episodio de la obstinada resistencia de los defensores de Petrogrado, cuando reaparecen los ministros. Acaban de tomar el acuerdo de poner a salvo la primera magistratura del Estado. El presidente de la República sale del cine, camino de Barcelona. El pueblo le ovaciona fervorosamente, mientras su coche toma la ruta del destierro. El pueblo no sabe que ha caído Navalcarnero. Si lo supiese le aplaudiría, sin duda, con mayor firmeza. Porque ya ha comenzado a subir de nuevo la temperatura heroica de Madrid.



NAVALCARNERO

I

1. Anarquistas en el Gobierno.

Ante la proximidad del peligro, las ideas, las opiniones, las más duras intransigencias se modifican y ablandan con rapidez que gana en horas la evolución de años. No hace todavía muchas semanas, Largo Caballero no creía en el ejército orgánico ni en las fuerzas inéditas del pueblo. Ahora ha cambiado de opinión. Uno de sus últimos decretos moviliza a todos los hombres de veinte a cuarenta y cinco años. Aunque el decreto no dice qué deben hacer los movilizados, ni cuál es el objeto de una movilización tan amplia, nadie queda ya, teóricamente, fuera del combate. En los sindicatos, en las fábricas, en las oficinas, los hombres que centraban el afán sobre las labores de retaguardia, han levantado las manos de la obra y esperan las órdenes del Gobierno. ¿Cómo les utilizarán? Quizás el propio ministro no lo sepa. El decreto ha sido la consecuencia de muchas solicitudes, incluso de presiones, y es probable que, oficialmente, no tenga mayor alcance. Los hombres, sin embargo, están listos.

—Eso —dice el responsable de un taller— no corre prisa. Vamos a despachar lo más urgente, lo que podamos terminar en uno o dos días, y así estaremos libres para cuando nos llame el Gobierno.

También en las oficinas, los Bancos, los establecimientos comerciales preparan la suspensión del trabajo.

—Hay que dejar los papeles bien arreglados, porque de hoy a mañana tendrán que llevarlos los viejos.

Durante tres meses los obreros de la construcción han tenido que limitarse a ver desde los andamios el ajetreo de la guerra. Ahora no pueden resistir más.

—Nosotros —dicen— no somos como los tranviarios ni los del Metro. Tranvías y Metro son precisos para la ciudad. Casas, no. ¿Para qué se necesitan hoy? Nosotros somos los más obligados a construir las fortificaciones que se precisen.

Ofrecen nuevamente sus manos en el momento más apremiante, cuando los avances del enemigo imponen la urgencia de construir fortificaciones sólidas, inquebrantables, que aseguren la defensa de Madrid. El ministro de Obras Públicas intenta utilizarlos, ponerlos inmediatamente a la obra. Pero no tiene bastante dinero, y aunque urge, aunque la situación agobia los plazos, Caballero resiste.

—¿De manera que quieren cobrar jornales? El Gobierno no puede dar más dinero. La obligación de ellos es trabajar gratuitamente.

—¿Y de qué van a comer?

—Hoy no se pregunta eso. Cada cual a cumplir con su obligación, y nada más.

Just no puede realizar las obras. La transigencia de Largo Caballero no va más allá de los decretos. Cuando llega el momento de aplicarlos, el momento de la ejecución práctica, vuelve al muro obstinado donde resiste, contra toda suerte de argumentos, su indomable obcecación.

Pero el enemigo le dobla más que los consejos de sus aliados y colaboradores, y la vista de las derrotas le decide a crear el cuerpo de Comisarios de guerra. Si aún es posible combatir, si Madrid dispone todavía de fuerzas militares, se debe en gran parte a los delegados políticos. Éstos son quienes han reorganizado las milicias rotas, quienes han contenido las desbandadas, levantado el espíritu de los derrotados y reencendido los ánimos. La creación del Comisariado los transforma en verdaderos funcionarios de guerra, combatientes oficiales del pueblo, con la autoridad de miembros efectivos del ejército. La noticia llena los frentes de júbilo. Los hombres que han sufrido tantas derrotas, aun los mismos que sostienen victoriosamente los frentes de la sierra, sienten que la creación del Comisariado vigoriza el valor y la fe que les alienta.

—Yo propongo —dice a los demás un miliciano del frente— que le enviemos una carta colectiva al camarada Largo Caballero, agradeciéndole la creación del Comisariado.

—Me adhiero.

—Y yo.

Todos los votos aprueban la iniciativa. Todas las columnas, los cuarteles, los batallones adoptan la misma resolución. En la lista de los mandos superiores del Comisariado están presentes los diversos matices ideológicos del antifascismo. Pero hay dos nombres que exaltan al ejército más que ningún otro: Álvarez del Vayo, el hombre que desde el ministerio de Estado defiende, con tenacidad y bravura de combatiente, los derechos de España más allá de las fronteras, y Mije, el hombre que representa al Partido que nombró los primeros delegados políticos y ha cubierto los más abundantes contingentes de bajas heroicas.

—Cuando Álvarez del Vayo hable ahora en Ginebra será más que el ministro de Estado: será uno de los primeros milicianos de las trincheras. Podrá hablarles a los gobiernos democráticos en nombre del pueblo y del Ejército y decirles que aquí estamos resueltos a luchar hasta vencer al fascismo.

Así opina, en el patio del Quinto Regimiento, un teniente de milicias, entre el corro de soldados. El gesto unánime afirma la coincidencia en el juicio.

La guerra continúa imponiendo sus exigencias a todos, lo mismo al ministro que a los dirigentes obreros. La C. N. T. no quiso participar en el Gobierno Largo Caballero; le ofreció nada más que su apoyo desde fuera. Poco después tuvo que modificar la negativa. Los acontecimientos descubrían nuevas necesidades. El pueblo tenía que asumir esfuerzos y sacrificios de mayor volumen; las organizaciones obreras sentían gravitar sobre ellas responsabilidades y tareas de magnitud histórica. Los anarquistas quisieron entonces que la solidaridad y la unión fuesen compactas, desde la trinchera y el banco del taller hasta la dirección del país.

Era un progreso, aunque no tan vasto que el anarquismo aceptara en seguida la participación gubernamental. Toda la educación anarquista ha tenido como punto de apoyo el aborrecimiento implacable del Estado, sus órganos y sus denominaciones. Unos hombres que habían heredado la más virulenta diatriba contra los ministros, por mucho que sintieran la

urgencia de adquirir responsabilidad de gobierno, no podían pasar de un salto de la intransigencia libertaria al sillón ministerial.

—Antes me pego un tiro que llamarme ministro —gritó Juan López, lleno de emoción tribunicia, en el mitin del Coliseum.

Toda ideología inflexible tiene estos choques agudos con la realidad. ¿Cómo evitar que las costas de la transacción no fueran íntegramente a cargo del anarquismo? Los anarquistas han querido modificar siquiera las denominaciones. En vez de Consejo de ministros, llamarle Consejo Nacional de Defensa. La prensa libertaria ha presentado la proposición con ardiente insistencia. Mañana y noche los diarios de la C. N. T. y de la F. A. I. pedían el nuevo nombre, la nueva organización del Estado. Pero la realidad era más fuerte. Los propios anarquistas han ido viéndolo y comprobándolo. Ahora no hay ni puede haber más que un nuevo Estado democrático, amenazado por el fascismo. Los recientes triunfos del ejército faccioso han acentuado el peligro, y los anarquistas vienen a colaborar en la defensa. Juan López es ministro de Comercio. Con él, en grupo representativo, los viejos luchadores de tantas horas sombrías: Juan Peiró, Federica Montseny, García Oliver.

El caso tiene una significación excepcional. No son ya solamente los comunistas, cuya política de Frente Popular incluye la participación en el Gobierno; son también los anarquistas, ideológicamente irreducibles hasta ayer, quienes colaboran, bajo la autoridad constitucional del presidente de la República, en el gobierno democrático de España: el Gobierno representa así la totalidad del pueblo español. La República democrática no ha modificado nada esencial de su estructura orgánica. Sigue intacto el esqueleto del Estado. Ninguna de las reformas que lo encarnan está fuera de las posibilidades políticas de una democracia moderna. ¿Qué expresa entonces la colaboración gubernamental de republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas? Lo mismo que el frente y la calle: la unidad del pueblo, unidad íntegra de las masas populares para defender la democracia, para luchar contra el fascismo. Cuando el enemigo avanza, impetuoso, sobre Madrid, divisando ya el brillo alucinante de la presa, el pueblo aprieta más fuertemente todavía el bloque de la unidad de lucha.

2. Movilización general.

Madrid tiene aire severo. Los cafés, poco antes nutridos de clientelas bulliciosas, apenas albergan hoy tertulias aisladas, pensativas. En la calle, por el contrario, una multitud de milicianos, obreros, hombres y mujeres, va y viene con urgencia de servicio. A cada momento la Radio lanza nuevos llamamientos a los milicianos que disfrutaban los permisos del día. Todas las unidades necesitan completarse rápidamente. Los batallones tienen que salir en seguida a tapar las brechas del frente. Algunos salen sin armas, aprisa, según van llegando a los cuarteles.

Los obreros también reciben misiones apremiantes. Los sindicatos son los mejores auxiliares del Gobierno. Urge resolver el transporte de material, el abastecimiento, el envío de nuevos contingentes de tropa. Miles de obreros pueblan los locales de las Organizaciones, esperando quehacer y noticias del frente. Las noticias llegan de tarde en tarde. El Gobierno no quiere descubrir la extrema gravedad del momento. Aún siguen los partes de guerra anodinos y la declaración heroica sobre cualquier pequeño detalle afortunado. Los únicos informes emocionantes los traen los milicianos.

—Todas nuestras líneas han sido rotas —dice uno, ahogándose de miedo y fatiga—. Una matanza horrible. De mi batallón sólo hemos quedado un alférez y yo... Los demás han muerto... ¿Qué podíamos hacer contra tantos tanques y tantos aviones?

—¿Muchos tanques?

—Yo he visto como cien...

Los obreros que le escuchan mueven dubitativamente la cabeza. El miliciano insiste, enardecido por su propio relato.

—Sí; eran más de cien. Todo el campo estaba lleno de tanques... ¿Quién podía resistir?... Y luego los aviones. Una escuadrilla, otra, otra más, y ninguna de nosotros... ¿Por qué no va la aviación nuestra?

—Porque no la hay.

—Así es imposible contenerlos... Nos destrozan a todos... Aquello parece un infierno. Los hombres caen como moscas, aquí y allá, por todos lados...

—Y corren también por todos lados...

Ante la respuesta, el miliciano queda en suspenso, prendido de un hilo invisible. Los obreros le miran sonrientes; se dan cuenta de la sinceridad de la invención. El miliciano cree, efectivamente, el cuento; enfebrecido por el pánico, ha visto, sin duda, las truculencias que relata. Los obreros le acuestan sobre un banco y vuelven al trabajo. Ya saben que el peligro es cierto, que el ejército faccioso avanza, aunque no con tan inmensos estragos como relata el fugitivo. Mientras estos obreros trabajan, docenas de oradores revelan la verdad en los cuarteles, las fábricas, los cines, los cafés. Hablan desde las tribunas de las plazas, sobre las mesas de los cafés, en los patios de los cuarteles. Los soldados que consumen alegremente las horas de asueto, oyen de pronto la llamada urgente de formación.

—Camaradas —se dirige a ellos, apenas formados, la voz del orador—, nuestras tropas han sufrido nuevos reveses. El enemigo sigue avanzando. Es necesario detenerlo. Muy pronto tendréis que ir al frente. Pensad entonces que la suerte de Madrid es la suerte de la guerra, de toda España, de nuestro pueblo. Pensad que tenéis el deber de resistir sin ceder un palmo de terreno, que de vuestra resistencia depende el triunfo. No importa que el enemigo envíe contra vosotros los aviones que le han dado los gobiernos fascistas. Tiraos al suelo, no corráis. Tened serenidad ante los ataques aéreos...

Siguen frases nerviosas y apretadas, los consejos más útiles para sostener la resistencia. Los soldados escuchan con los ojos, con los labios, con todos los sentidos. Las palabras van quedándose grabadas en las mentes, encendidas por la emoción.

—¡Recordad, camaradas, que hemos jurado morir antes que entregar España al fascismo! ¡Recordad que estamos defendiendo nuestro pan, nuestra libertad, la honra de nuestras mujeres, la vida de nuestros padres y de nuestros hijos! Cuando vayáis al frente, id resueltos a triunfar. ¡El enemigo jamás tomará Madrid! ¡España será nuestra!... ¡Nuestra!

El fervor de la arenga traza una estela luminosa de cuartel en cuartel. Los soldados comentan, enardecidos, las enseñanzas bélicas. Hierve de nuevo en sus venas el ansia de lucha. Toda la ciudad va llenándose del mismo ardimiento. Centenares de hombres y mujeres presencian en el Capitol la epopeya de «Los marinos de Cronstadt». Súbitamente irrumpe la luz y aparece en el escenario la tropilla de agitación.

—Camaradas: estáis viendo aquí, en esta película admirable, cómo debe defenderse una ciudad; estáis aprendiendo a resistir hasta el triunfo los más fieros ataques del enemigo, sin desmayar un instante. Madrid está hoy en el mismo caso que Petrogrado en 1919. También el enemigo ha roto nuestras líneas. Todos los hombres tienen que empuñar en seguida las armas para defender nuestra ciudad. Vosotras, mujeres, enviad vuestros hombres al frente, alentadlos a cumplir el deber de defenderos, de cerrarles el paso a las hordas fascistas; sed vosotras las heroínas de esta lucha gloriosa por la libertad del pueblo y la independencia de España.

Las mujeres, en pie, aplauden a gritos. Al mismo tiempo, otras mujeres, miles de obreras, estudiantes, empleadas, recorren las calles en manifestaciones delirantes. Grandes carteles de tela exhiben las consignas de lucha: «Hombres al frente, mujeres al trabajo», «Si los hombres no defienden Madrid, lo defenderemos nosotras», «Moriremos luchando antes que caer en manos de los moros», «Madrid no será nunca del fascismo». La voz ardiente de las manifestantes entona el alarido de los carteles.

—¡Al frente! ¡Al frente! —gritan las jóvenes a los transeúntes.

En la Gran Vía una muchacha suelta el brazo de su novio y le susurra al oído:

—¡Alístate!

Una manifestación cruza la calle de Alcalá, otra viene desde las Ventas hasta la Puerta del Sol, Ja tercera asciende a la plaza del Callao. El alegre estruendo de los clamores femeninos conmueve las calles. Vítores, risas, alaridos de pelea. Las más audaces entran tumultuosamente en los cafés.

—¡Hala! ¡Todos los hombres al frente! ¡Ya vendréis al café cuando hayáis aplastado a los fascistas!

En los barrios obreros circulan también los mismos grupos. Viejas que arrastran penosamente el paso van junto a las jovencitas, nerviosas y vibrantes, cuyos gritos de guerra templan los aires. Muchas obreras llevan con ellas, apretados entre el tumulto, sus hijos pequeñines. Mujeres de todas las edades, de todas las condiciones, confundidas, inflamadas por un solo anhelo.

El estímulo a la lucha envuelve al pueblo en una atmósfera excitante. Los carteles se multiplican de hora en hora. El ministerio de Instrucción ha levantado en las plazas principales grandes pirámides nutridas de vehementes inscripciones. Enormes carteles de tela cruzan las esquinas de la Puerta del Sol, la calle de Toledo, la plaza de la Independencia, Cuatro Caminos, Vallecas. Los tranvías enarbolan banderas republicanas. Decenas de automóviles corren las calles lanzando sobre los grupos el encendido pregón del combate.

Según declina la tarde apágase el tumulto, las manifestaciones desaparecen, los cafés y los bares se quedan vacíos. Las sombras prematuras de otoño abrigan dulcemente el raído esqueleto de las acacias. Los tranvías encienden sus luces lentas, verdes y azules. Todo Madrid comienza a sumergirse en la penumbra silenciosa de la noche.

Entonces el trajín de guerra se toma opaco, lúgubre. Los autos y camiones adquieren velocidades estremecedoras. Las patrullas policiales andan sigilosamente a la caza de emboscados. En los hogares, las familias, agrupadas sobre el diario, siguen línea a línea las informaciones del día.

—¿Tú crees que entrarán? —pregunta, sobresaltada, la madre que ha oído atenta la versión optimista de los partes oficiales.

—¡Qué van a entrar! —responde una de las hijas.

El padre medita, hace un leve movimiento de cabeza, dobla el periódico y guarda las gafas.

—Bien. Vamos a dormir. Ya veremos qué ocurre mañana.

Las mujeres obreras acuestan a sus niños, contándoles los afanes de la jornada.

—¿Y padre? —pregunta el niño—. ¿Tampoco viene esta noche?

—Tu padre está donde debe estar.

Los hombres que no están en el frente ni en el cuartel pasan las noches en la Casa del Pueblo, en los radios comunistas, en los locales obreros. Hacen guardias, velan, discuten, esperan, como en las vísperas del levantamiento.

3. Los moros llegan a Getafe.

Antes eran los trenes. El expreso de Valencia indicaba las alternativas de la guerra. La gente esperaba en la estación del Mediodía las mejores noticias de la lucha. Muchas veces los ferroviarios conducían las máquinas bajo la lluvia de disparos; otras, encontraban la vía deshecha por los obuses. Desde Aranjuez a Madrid, los trenes de Levante han participado heroicamente en las desventuras de nuestras armas, arrostrando, impasibles, su parte de riesgo.

Pero ahora el avance del enemigo lo marcan ya los trayectos del tranvía. Las líneas van acortándose. Los tranviarios, inmutables, limítanse a dar la noticia.

—¿Qué? ¿Es que este coche no va hasta Cuatro Vientos?

—No.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Es fácil suponerlo, señora.

Y vuelven a emprender el viaje hasta el último tramo libre, hasta el propio frente. Los coches regresan llenos de bultos, de enseres familiares, de gente que ha visto las vanguardias enemigas. Algunos vuelven a recoger más cosas, el mueble o la ropa que no han podido transportar. Pocos tienen donde refugiarse. Los que aun no tienen donde ir acampan bajo los soportales de la plaza Mayor, como si esperaran volver de un tranvía a

otro. Las mujeres cuidan celosamente, más que sus propias vidas, la jaula del canario, la silla, el hato de prendas infantiles.

—¡Canallas! ¡Ya pagarán, ya, el daño que están haciendo!

—Lo que más siento es haber tenido que dejarme la máquina «Singer». Seguro que me la robarán esos bandidos...

—¿Y yo? Toda mi casa ha quedado íntegra... ¿Qué encontraré cuando regresemos? Lo destrozarán todo.

—Antes los destrozarán a ellos.

—Yo he podido quedarme. ¿Qué me iban a hacer a mí? Una pobre vieja, sin ningún hombre en casa. Pero me habría muerto de rabia. Prefiero dormir en mitad de la calle antes que quedarme con esa asquerosidad de gente...

El tranvía de los Carabancheles trae las últimas noticias. Los moros están llegando a Getafe. Ya pueden ver Madrid. Pueden ver también la vía limpia, indefensa, sin más obstáculos que los exhaustos batallones de milicianos. Madrid no dispone de un solo fortín ni del más débil baluarte para contener el ataque enemigo. Desde la calle de Toledo hasta Carabanchel Alto la iniciativa de los trabajadores ha levantado, de trecho en trecho, pequeñas barricadas de sacos de arena que protegen la entrada de los locales obreros. Todas ellas son tan bajas que apenas alcanzan a cubrir un hombre de rodillas. Delante del radio comunista de Carabanchel Bajo hay una barricada de adoquines, más recia y complicada que las otras, aunque tan insegura como las demás.

La zanja que abrieron las brigadas de voluntarios es el único apoyo de la defensa. Los hombres llegan a ella cansados, hambrientos, afligidos por la derrota, agobiados por la lucha incesante y desigual, y caen en el surco casi sin fuerzas para sostener los fusiles. A pesar de que hace tres días no han comido ni dormido, a pesar de la fatiga, apoyan, desmadejados, las armas sobre el borde y esperan otro empuje de los tanques, la nueva acometida de los aviones, el fuego de la artillería. Tras ellos sólo quedan las calles de los Carabancheles y los puentes de Madrid. La retirada ha llegado al límite desesperado. Las palabras alentadoras de los comisarios

políticos impiden que los ánimos se derrumben definitivamente, y los hombres tiran sus cuerpos a dormir allí el sueño que los una con la muerte.

En este momento Madrid presencia la movilización más honda y serena de sus fuerzas defensivas. El Partido Comunista entrega todo su contingente de sangre a la defensa de la ciudad. Los afiliados reciben la orden de concentrarse en los locales del Partido. Militantes de hace apenas tres meses, inéditos todavía en la disciplina comunista, acuden tan entusiastas como los sobrevivientes de la vieja guardia, veteranos del combate continuo en la calle.

José Díaz los reúne en el Cine Monumental. La enorme sala está llena de arriba abajo. Ha llegado el momento —dice el secretario del Partido— de que los comunistas hagan el máximo sacrificio. No se trata sólo de acudir a la lucha, de cerrar las primeras filas de la defensa. Éste es hoy el deber de todos los antifascistas. El Partido exige más, mucho más de los militantes. Los comunistas deben ser el ejemplo vivo de todos los combatientes. Al enemigo sólo puede contenerse con una resistencia indomable, más fuerte, mucho más fuerte y más dura que sus máquinas de guerra. Los comunistas tienen que resistir así. ¿Habéis visto en «Los marinos de Cronstadt» la trinchera de los comunistas? Caen casi todos, hasta los músicos. Cuando apenas quedan defensores, el Partido llama a los heridos. Todos ocupan de nuevo la trinchera. No ceden; resisten, resisten, aunque se quedan aislados, sin teléfono, diezmados. Así es preciso resistir en Madrid. Una resistencia igual nos dará la victoria, salvará a Madrid. Si rompen una línea, resistir en otra; si llegan a la ciudad, defendedla calle a calle, casa por casa, hasta la última piedra. Porque aun en la última piedra es posible derrotar al enemigo y librar a España del fascismo. La defensa victoriosa de Madrid es el compromiso de honor que el pueblo adquiere ante el mundo y los comunistas deben ser los primeros en cumplirlo.

Cuando terminan las palabras serenas, firmes, reposadas de Díaz, los militantes marchan a concentrarse en los locales del Partido.

Los sindicatos siguen el ejemplo. Todas las organizaciones obreras llaman a sus afiliados. Los hombres que desde el decreto de movilización están esperando las órdenes del Gobierno, impacientes ya de tantos días de espera inútil, acuden por miles al llamamiento. En vano los directivos

intentan seleccionarlos. Los viejos exigen ir como los demás, lado a lado de los otros.

—Aunque soy viejo, la edad no impide empuñar el fusil —gritan en la Casa del Pueblo.

—Pero alguien tiene que hacer el pan, compañero.

—Que lo haga quien quiera. En Julio también me dejasteis sin fusil; ahora, si no me dais un arma, me iré solo a batirme con piedras...

Los panaderos, los tranviarios, todos los que tienen que seguir trabajando, aceptan la orden con un gesto de disgusto. Aunque no les admitan, después del trabajo permanecen espontáneamente acuartelados en sus locales, apercebidos para formar los últimos reemplazos.

Sobre la preocupación íntima del pueblo flota una cierta confianza, el disimulo característico de Madrid. El pueblo conserva inalterable la naturalidad burlona de todos los días.

—Dicen que ya están a las puertas de Madrid.

—Pues que pasen.

Los hombres del «Campesino» invaden los coches del Metro. Tostados del sol y las heladas de la sierra, vienen a participar en los más heroicos combates de la época.

—¡Ya están aquí —gritan— los que han tomado la leche de Buitrago!

—Los moritos vendrán, y luego correrán.

—Diga usted que sí... ¡Eso, eso! —les festejan varias chicas obreras—. Aquí no entra sino quien Madrid quiera... ¿Vale?

Los maestros, aunque más silenciosos, tienen el mismo temple que los de Buitrago. Todas las escuelas están cerradas. Centenares de niños han sido enviados a los pueblos de Levante y Cataluña. Los maestros, vacantes por la supresión de la enseñanza, aprenden ellos a su vez la técnica militar. Profesores, catedráticos, maestros, técnicos, hombres de biblioteca y laboratorio, maestros de las más diversas asignaturas, poco

antes espectadores de la guerra, forman hoy uno de los más nutridos batallones de la defensa de Madrid y dictan al pueblo el curso glorioso de la lucha.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —exclama, sollozando, una señora inglesa, mientras las tres hileras de la F. E. T. E. desfilan, ritmando el paso, por la calle de Alcalá.

Tras este grupo, pasa otro, y otro, y otro. Ferroviarios, metalúrgicos, panaderos, albañiles, sastres, dependientes, peluqueros, oficinistas, todos los oficios, todas las profesiones, todas las capas del pueblo, hasta lo más hondo, hasta la entraña palpitante: todos en pie de guerra.

4. El Gobierno sale para Valencia.

Desde la derrota de los «partes de victoria», Asensio, ascendido a subsecretario del ministerio, comparte con Largo Caballero la dirección de la guerra. Son los únicos hombres que conocen la verdadera magnitud del desastre. El pueblo apenas sabe nada; el Gobierno, muy poco. Pero el enemigo ha llegado hasta los alrededores de Madrid y la dramática realidad no puede seguir oculta.

Largo Caballero reúne con urgencia al Consejo de ministros. La situación es angustiosa. El ejército enemigo inicia el ataque final. No hay tropas para resistir. El Gobierno puede caer prisionero. Algunos embajadores amigos han manifestado la imposibilidad de seguir reconociendo al Gobierno legítimo si los facciosos hacen prisioneros a los ministros.

—Los técnicos militares opinan que es imposible defender la ciudad desde dentro. El plan consiste en preparar el contraataque desde fuera; ponerles sitio inmediatamente. Madrid, después de todo, no es una plaza militar importante. Se pierden algunas ventajas políticas, pero nada más.

Caballero ratificaba así, hasta el último instante, la opinión de Asensio. ¿Y las masas? Aún hay miles de hombres concentrados, dispuestos a luchar, esperando la orden de ir al combate. Caballero no cree en la eficacia de ellos.

—Ésos son los mismos que vienen corriendo desde Talavera.

Hay, además, otra razón importante. Es imposible que el Gobierno pueda funcionar con el enemigo a las puertas, en el propio frente de batalla. La defensa exige un trabajo inmenso de organización y coordinación de todas las fuerzas del país para ayudar a Madrid. ¿Puede realizarse desde el propio Madrid, bajo los disparos del enemigo, cuando acaso muy pronto quedarán cortadas las únicas vías de comunicación aún libres? Los ministros saben que ya no hay trenes. El más cercano llega hasta Villacañas. Las únicas comunicaciones disponibles son las carreteras a Valencia y Levante.

—Pero aquí tendremos todavía muchos elementos de defensa.

—Muy pocos.

Los ministros deliberan. Una hora, dos horas. En los despachos del ministerio de la Guerra hay un frío ambiente de derrota. Algunos funcionarios ordenan silenciosamente los papeles, como si los dispusieran para el balance.

—Yo lo he dicho siempre —murmura uno—, era imposible contenerlos. Lo sorprendente es que no hayan entrado antes.

—Eso quiere decir que se marcha el Gobierno.

—Yo no sé nada. Allí están discutiéndolo.

El Consejo estudia todas las circunstancias. No es posible, en efecto, que el Gobierno continúe en Madrid. Al contrario: lo justo habría sido trasladarlo antes. ¿Cómo organizar y dirigir desde la ciudad sitiada las demás fuerzas del país? La situación no tiene alternativa. El Consejo acuerda trasladar el Gobierno a Barcelona y encargar la defensa y la administración de Madrid a una Junta, presidida por el general Miaja. Acaso la partida inesperada, súbita, del Gobierno desconcierte a los defensores de la ciudad. Los provocadores, los agentes del enemigo, todavía al acecho, aprovecharán, sin duda, el momento para deprimir el ánimo de los combatientes. Uribe propone que el Gobierno explique al pueblo en un manifiesto las razones de su traslado. Largo Caballero no acepta.

—Con una nota bastaría —insinúa otro ministro.

Tampoco lo acepta. El Gobierno debe marcharse en seguida, sin aviso ni explicaciones. Largo Caballero le da poco valor al ánimo de los combatientes. Madrid no tiene más salvación, según él, que la ayuda externa. Por esto apremia salir cuanto antes. El Consejo termina a las cinco de la tarde, envuelto ya Madrid en las sombras del anochecer. Caballero dispone, antes de marcharse, que el Gobierno resida en Valencia.

Poco después pasan, uno tras otro, por la carretera de Vallecas, los coches ministeriales. Las patrullas de control observan el desfile. Les sorprende que todos lleven la misma dirección.

—Creo —comenta un miliciano— que el Gobierno está marchándose.

—Puede ser.

—Eso quiere decir que Madrid está perdido.

—¡Quia! Si el Gobierno se marcha será porque necesita irse; pero todavía hay muchos hombres para defender a Madrid. ¿Tú comprendes? Somos nosotros los que tenemos que resistir en los parapetos... Ya has oído al camarada que habló hoy aquí...

Nadie más advierte el traslado del Gobierno. Anochecido, un coche espera, trepidante, al pie de la escalinata del ministerio de la Guerra. En el despacho del ministro, Asensio, representando a Largo Caballero, entrega al general Miaja un sobre cerrado y lacrado. Inmediatamente después desciende la escalinata, ocupa el coche y parte camino de Valencia. Entre la oscuridad de la noche, solo, huido por las calles silenciosas, mientras el pueblo prepara arduamente la defensa, este hombre, que jamás tuvo fe en el pueblo, es el verdadero derrotado.

II

1. El bramido de los cañones.

Bruscos silencios paralizan las calles. El ajetreo nervioso de las más graves ocasiones convulsiona la ciudad. Los autos militares cruzan, veloces, como bólidos. La gente va y viene, activa, nerviosa, callada. De pronto, el grito lánguido, persistente, de las sirenas de alarma, domina el trajín. Todo queda, en seguida, vacío, quieto. Los transeúntes buscan el abrigo de los portales y las bocas del Metro. Sobre las veredas, limpias y solas, vuelan, impunes, los aviones enemigos. De rato en rato caen, con caídas de gavilán, para regar el pavimento de metralla. Cientos de ojos les atisban desde el recato de los portales y ventanas. Cuando irrumpe de nuevo el alarido quejumbroso de las sirenas, vuelve más aprisa, más vehemente y urgida, la actividad de la calle. Todas las caras expresan la misma preocupación.

—¿Dónde están ya?

—No lo sé.

La gente lo pregunta al paso, sin detenerse, temblorosa de inquietud. En las tiendas de comestibles siguen formadas en cola las mujeres, que aguardan, pacientes, el turno. Muy pocas hablan. Están metidas en sus propios pensamientos.

—¡Ay, señor, qué guerra tan terrible! —exclama una, al fin, con acento desmayado.

Las demás la miran en silencio; silencio bravo, de ataque. La mujer inclina resignadamente la cabeza, languidece y exclama de nuevo, llena de pesadumbre:

—¡Ya debían acabarse tantos males!

Otra de las mujeres mira entonces airada a su vecina y señala a la quejumbrosa con un violento esguince.

—Me parece que esta tía es fascista.

—¿Ahora te das cuenta?

—Yo sólo quiero que no haya tantos sufrimientos —expone, humilde, la aludida.

—¡Pues, chínchese usted, so tía guarra! ¡Madrid no lo pisará jamás ningún fascista! ¿Se ha enterado? ¡Pues fuera de aquí!...

El embravecido oleaje de mujeres forma un torbellino de blasfemias, manos, injurias, del cual sale, en brazos de los guardias, desgarrada y sangrante, la quejosa fingida.

—¡Será canalla, la tía asquerosa! ¡Venir aquí a hacer propaganda! ¡La leche que mamó!

—Quería aprovecharse de que los bandidos ésos están ya cerca...

—¿Usted sabe dónde están?

—No lo sé, ni me importa. Si no tuviera otra cosa, agua hirviendo les tiraría... Antes de entrar en Madrid tienen que matamos a todos...

En el cuartel del Quinto Regimiento, núcleo vital de la lucha, otra vez bajo la comandancia de Enrique Castro, no cesa el caudaloso ajetreo de la guerra. Nuevas milicias salen constantemente para el frente. Los armeros reparan día y noche los fusiles recogidos de los campos de batalla; un grupo de muchachos construye bombas de dinamita.

Todos los partidos, los sindicatos, las Organizaciones preparan sus huestes. Los comunistas han pasado la noche en las casas de los Radios, agrupados en batallones, transmitiéndose unos a otros los conocimientos militares. Varias chicas continúan, solas, los trabajos de las Juventudes Socialistas Unificadas. Todos los jóvenes están ya en el frente. Las dependencias del ministerio de la Guerra sufren ahora convulsiones profundas. Un tropel incesante de grupos polvorientos, sudorosos, llega constantemente a solicitar fusiles, municiones, bombas, ametralladoras. El oficial que atiende las demandas quiere continuar el antiguo procedimiento.

—Cada uno de vosotros —dice— tiene que traer una comunicación firmada por el jefe de la unidad, especificando las armas y la cantidad de municiones que necesita, y...

—Nada de eso —le interrumpe Manuel Delicado, nuevo jefe del Parque—. ¿Queréis armas? Allí están... Cogedlas.

—Los trámites administrativos son precisos —insiste el oficial.

—Ahora no hay trámites.

Los demás departamentos del Ministerio violan también el procedimiento. Los comunistas desempeñan las jefaturas principales, bajo la dirección de Antonio Mije, delegado de guerra de la Junta de Defensa.

Tres hombres polarizan las vibraciones del momento. Miaja, sereno, afable, recibe incesantemente informes del desarrollo de la batalla. El enemigo avanza hacia Carabanchel. El combate está librándose fuera y dentro de Madrid. Se han tomado medidas para impedir el levantamiento de la quinta columna. Santiago Carrillo, delegado de Gobernación, le informa. Miaja oye y aprueba. Un ayudante le trae nuevas noticias del frente, la comisión de obreros habla de fortificaciones, el Estado Mayor llama por teléfono, Mije propone resoluciones urgentes, la Casa del Pueblo ofrece más hombres. Miaja escucha, asiente, firma. Como si fuera un inciso de la conversación, dicta al secretario:

—Una orden para Francisco Galán... Que baje con su gente.

Otro hombre, Pedro Checa, en la casa del Comité Central del Partido Comunista, centra idéntico trajín. Numerosos mensajeros describen los detalles de la lucha, informan de los preparativos militares en los Radios, de las necesidades de la defensa.

—En el Radio Sur apenas tenemos veinte fusiles...

—A Delicado, corriendo, en el ministerio de la Guerra.

Llega, jadeante, un motorista.

—Están acercándose a Carabanchel. Nuestra línea no puede resistir más.

—Bien.

Habla por teléfono con Mije. Luego con los Radios. Los batallones deben estar listos para salir apenas lo ordenen del Ministerio. Así, docenas, cientos de cuestiones, de urgencias, día y noche continuas. Checa permanece ante ellas, inagotable, más fuerte que la fatiga, más invencible que el cansancio.

Rojo, por el contrario, sumido en la soledad y el silencio del Estado Mayor, traza el plan de defensa. El índice atento sigue las líneas de la carta. Va de un punto a otro. Toma notas, revisa los informes. Sale después a conferenciar con Miaja. Los dos, sin testigos, hablan rápida y nerviosamente. Rojo no vuelve al Estado Mayor. Marcha solo hasta Carabanchel; al regreso, observa la cornisa de Rosales, llega hasta Pozuelo. Cuando vuelve al Estado Mayor súmese otra vez en el despacho. Dos, tres, cinco horas. Pregunta, averigua, cada minuto requiere un dato más. Los ayudantes están en continuo ajetreo. Los colaboradores, a su lado, rodeándole, oído atento a sus palabras, sostienen la misma tensión.

Durante la mañana ha cedido la débil resistencia de Getafe. Ya no quedan más trincheras que las casas, los quicios de las puertas, las vidas de los combatientes. Todos los locales obreros reciben el llamamiento urgente:

—¡Hombres para hacer trincheras!

Bien pronto el trabajo de fortificaciones se convierte en una labor multitudinaria. Las mujeres van tras los grupos de obreros y les ayudan a desadoquinar las calles y levantar los muros de resistencia. Hombres, mujeres, niños, forman la masa laboriosa que construye parapetos en las calles de Carabanchel, en las entradas de Madrid, en el puente de Toledo.

La proximidad de la lucha estimula el trajín. No muy lejos óyese el bramido profundo de los cañones. El eco de las detonaciones estremece la ciudad.

—¿Son nuestros?

—De ellos. Sigue trabajando.

Los obuses castigan ya los alrededores de Carabanchel Alto. El ataque viene también por la carretera de Extremadura. Las brigadas de

fortificadores tapan todos los caminos posibles. Una fraternidad calurosa estimula los esfuerzos. Dos hombres observan que otro no puede acarrear las piedras. Tropezaba, vacila, cae. Sin embargo, vuelve insistentemente al trabajo.

—Tú, por lo visto —le dice uno—, no vales para estas cosas.

—No, ciertamente; no tengo práctica. Yo soy notario. Pero no es por eso.

—¿Qué te ocurre entonces?

—Se me han roto las gafas.

—Pues déjalo. Tú puedes hacer algo mejor en Madrid.

—El caso es que hoy en ningún otro sitio del mundo se puede hacer más que aquí.

A pesar de la ceguera, el notario sigue trabajando. Varios chiquillos le ayudan a llevar las piedras, le señalan los baches, le guían entre el tumulto.

El aire fresco de noviembre derrama sobre Madrid el opaco ronquido de los cañones. Las mujeres que aún están en las colas otean el horizonte, como si quisieran distinguir el vuelo de los obuses.

—Ya están allí —comentan.

—Sí, sí.

Toda la ciudad sufre el estremecimiento de las explosiones. El avión que pasa bajo el cielo de cinc escupe pequeños chorros de metralla. Los chiquillos corren a buscar los proyectiles incrustados en el pavimento.

Algunas tiendas entornan sus puertas. ¿Temen acaso la pérdida de Madrid? Los propios transeúntes les restablecen el ánimo.

—Oiga, a ver si hace el favor de abrir bien las puertas. ¿Para qué tenerlas medio cerradas? Cualquiera podría creer que pasa algo... Usted mismo lo ve: no pasa nada...

—Es que... Temo que las explosiones rompan los cristales.

—Ca. Ésos que estamos oyendo son cañones fascistas, y aquí, en Madrid, los cañones fascistas como si dispararan con algodón. ¿Ve usted que tranquilos van los tranvías? Pues todos lo mismo. ¡Hala! Que no se vea más esta puerta como un caballo de toros.

Fuerte, seguro, templado, Madrid enfrenta el alma con la adversidad. España entera corre peligro. En la Cárcel Modelo están presos los oficiales que no han querido acudir a los llamamientos del Gobierno. Forman, alineados en el patio, cinco hileras apretadas, estáticas, expectantes. Ante ellos, sincronizada con las explosiones lejanas, habla la voz tremante de la patria.

—Sabemos que no sois republicanos, que no os sentís ligados al régimen. Todos vosotros, incluso los que decís que nunca habéis intervenido en política, habéis declarado por escrito que no queréis servir al Gobierno. Ahora no se trata sólo del Gobierno ni de la República. ¿Oís los cañones? Son las tropas de invasión, el enemigo extranjero. España está en peligro, la España de todos, nuestra y vuestra. Los que la invaden pretenden repartírsela, desgarrarla, apoderarse de sus riquezas y esclavizar a su pueblo. Vosotros sois militares, podéis ayudarnos a defenderla. No os pedimos nada. Ninguna adhesión política. Sólo os invitamos a cumplir vuestro deber patriótico. Quienes acepten cumplirlo saldrán de aquí sin ningún otro compromiso. Cuantos estén de acuerdo sírvanse dar un paso al frente.

Varios minutos gravita sobre el patio un silencio de plomo. Ni uno solo da el paso, ni uno solo hace el menor ademán.

—¿Entre tantos militares españoles no hay ninguno que quiera defender la independencia de España?

Las caras se oscurecen de odio. En todas las miradas hay un brillo torvo, relampagueos metálicos. Algunos aprietan torcidamente los labios.

—Bien. Esos cañones anuncian una guerra a muerte. España se defenderá implacablemente de todos sus enemigos.

Los cañones disparan con mayor furia para ganar las últimas luces de la tarde que declina. Madrid tiembla desde los cimientos. Los cristales

castañetean, ateridos, en los marcos de las ventanas. Poco después la noche oscurece el cielo y la tierra. La ciudad se hunde en las tinieblas. Un silencio lóbrego arroja sus contornos. Los nuevos batallones desfilan pausadamente por las calles desoladas. Profundos estremecimientos de pavor. Una fila de coches enlutados, sombríos, desaparece por las sendas de la Moncloa. Varios grupos recorren los locales obreros, las casas de los partidos, los cuarteles, los edificios públicos, dejando pequeños bidones de gasolina.

—Tened cuidado. No hagáis nada hasta que se os dé orden. Sólo en el último momento. ¿Habéis comprendido?

—Sí.

Uno del grupo queda al lado del bidón para realizar, si es preciso, el desesperado holocausto. Madrid acumula todas sus fuerzas, toda su fe, toda su capacidad de sacrificio. Los jefes de la defensa, los comandantes de los sectores, los oficiales del nuevo Estado Mayor, en el apretado silencio de la noche, analizan las experiencias del día y confeccionan el plan para el día siguiente, mientras los milicianos ocupan los parapetos.

2. Parapetos de Carabanchel.

La niebla temprana humedece el paisaje. Los edificios pierden sus perfiles entre las gasas de la neblina. Tras los parapetos, apretados contra las piedras, los milicianos, entumecidos, dejan de cuando en cuando el fusil y maceran sus músculos.

—¿Tenéis frío?

—Un poquitín. Ya lo hace, ya.

—Tomad el café caliente. Habríamos venido más temprano, pero ya sabéis que los tranvías no pasan más acá del puente de Toledo.

Las mujeres de Cuatro Caminos, de las Ventas, han tenido que salir de madrugada. Todos los panaderos han trabajado febrilmente para que los milicianos tuviesen pan caliente. Las madres han pasado la noche esperando las primeras hornadas en las puertas de las tahonas.

Una mujer que viene desde las Ventas, busca, entre el enjambre de las trincheras, el puesto de su hijo.

—Oye, tú, Joaquín, ¿sabes dónde está mi Antonio?

—¡Cualquiera lo sabe!... Estuvimos juntos ayer, pero él salió en otro batallón.

—¿Os han traído ya el café?

—Aún no.

—Pues tomaros éste. Otra se encargará de dárselo al mío...

Desde el amanecer están retumbando los cañones fascistas hacia las afueras del pueblo. De cuando en cuando surge, a distancia, el tumulto de una explosión. El primer obús que hiere a Madrid derriba una casa en la carretera de Extremadura. Mientras los combatientes desayunan, ojo avizor sobre la perspectiva, los cañones atruenan el espacio. Las explosiones se acercan, retroceden, vuelven a acercarse. Buscan, sin duda, los parapetos.

—¡Su madre! Aquello parece una tormenta de las de no te menees...

—Ya, ya...

Varias mujeres acometen el reforzamiento de la trinchera.

—Dejadlo así —protestan los milicianos—, que nos vais a tapar la vista.

Una, la iniciadora del trabajo, sostiene su opinión.

—No; así no me gusta. Está demasiado baja. ¡Hala! Seguid acarreando adoquines.

Las otras escarban el suelo con las manos para extraer las piedras. Arañan la tierra como si estuvieran arrancándola la piel.

—¡Pronto, coña! —grita, urgiéndolas, la capataz.

—Debíais iros —observa un miliciano enjuto, cuyos mechones de pelo le cubren, a veces, el rostro—, porque puede caer por aquí uno de esos pildorazos.

—¿Y qué? ¿Acaso no hemos nacido para morir?

El miliciano sonrío, quitándose los pelos que le caen sobre la frente.

—Lo mismo le decía Federico el Grande a sus soldados.

—¿Quién era ese tío?

—Rey de Prusia.

—¡Mala puñalada le den a él y a toda su casta! ¡Mira tú que hablar aquí de reyes! Si no estuviéramos donde estamos, te cortaba esas greñas al rape...

—Déjalo —interviene otro—, que a lo mejor se encargan de ello esos que están allá...

—¿Cómo a lo mejor, desgraciado? —grita, furiosa, la mujer—. Para eso tenían que venir hasta aquí y antes les arrancaremos el alma...

Un obús explota contra el quicio de una ventana, a cien metros de la trinchera, e interrumpe el trabajo y la charla. Todos quedan esperando las consecuencias. El aire llénase de polvo.

—¿No es más que esto?

—Parece que sí.

—Es bien poco.

—Pero ya se van acercando.

Cuando termina la obra del parapeto, la capataz verifica su fortaleza, palpando el muro.

—Por aquí no pasa ni Dios.

—No tenga usted cuidado, que ellos no van a intentar derribarla con los puños...

—Para eso estáis aquí vosotros. ¿O queréis que vengamos a defenderlo las mujeres?... Ni un solo jodio fascista tiene que asomar por aquí los morros... Vosotros veréis... Si les dejáis pasar, os cortamos los huevos.

Desaparecen las mujeres. El parapeto queda como vacío. Dos milicianos vigilan por los huecos de mira. Los demás, sentados en el suelo o apoyados en las piedras, callan, pensativos, arropados por el vaho húmedo de la mañana. Los cañones callan un instante. Luego vuelven a resonar sus profundas vociferaciones. Tres hombres cruzan, rezagados, arrastrándose, la hondonada vecina. Los milicianos les llaman a gritos. Pero los hombres no escuchan, aturdidos por la desorientación y el miedo, y desaparecen sigilosamente entre la quiebra del terreno.

—Ésos van perdidos. Seguro.

—Yo voy por ellos —dice, resuelto, uno.

Ágil como un lebre, salta la trinchera y va, corriendo, tras los fugitivos. Poco después los trae con él. Es preciso ayudarles a salvar el muro. Apenas pueden sostenerse.

—¿Qué sitio es éste?

—Carabanchel.

—Entonces... Ya están llegando a Madrid...

—Sí; eso parece. Pero todavía les falta un pequeño detalle: entrar... ¿Comprendes lo que quiero decir?

Los hombres no comprenden nada. Vienen huidos desde Getafe. Desfallecen de fatiga, de hambre, de extenuación.

—Tendréis que esperar un rato —les advierten— para que os lleven a Madrid. Ninguno de nosotros puede marchar de aquí ahora.

—No importa.

Sólo quieren dormir. Ayudados por los milicianos, avanzan unos cuantos metros y caen a plomo, inertes, en el quicio de un portal.

Estallan, muy cerca, las detonaciones rajadas, trepidantes, de los cañones. Las piedras del parapeto tiemblan como sacudidas por raros calofríos. Los milicianos levantan al aire el olfato con el gesto instintivo de buscar entre las nubes la trayectoria de los obuses.

—Parecen nuestros.

—Sí.

—Poco pueden hacer.

—Ya veremos.

Las primeras brigadas facciosas intentan avanzar por Villaverde; marchar hacia Vallecas. Los batallones de Líster les cierran el camino. Tumbados en tierra, sin más parapeto que los relieves del terreno, resisten una y otra vez las acometidas de los legionarios. Líster dirige el combate desde una garita ferroviaria de Entrevías.

—¿Qué hay, comandante?

—Nada. Dándoles jabón.

—¿Les rechazaremos?

—Por aquí no pasan ni las ratas.

Formaciones cerradas atacan Carabanchel. Las filas de moros, una tras otra, amplias, rectas, multicolores, avanzan a campo traviesa, ritmadas por el redoble incesante de los tambores. Tienen la escenografía de un desfile teatral. Cada cinco pasos, movidos por una contracción mecánica, dan media vuelta, perfilándose hacia los parapetos, y disparan. Centenares de balas explosivas revientan como globitos contra los adoquines. La caballería avanza al trote por la carretera, llenándola de un ampuloso revuelo de chilabas. El tambor insiste e insiste. Su redoble obsesionante aviva el ánimo de los moros. Avanzan, avanzan. Cada minuto varios

metros más. Es una avalancha ordenada y monorrítmica que rueda hacia Madrid al compás de los tambores.

Encogidos tras los parapetos, los milicianos disparan sin tregua, estimulados por el mismo redoble persistente que intenta aterrorizarlos. Cada vez que viran las filas moras, caen, desgranados, algunos atacantes. Pero los tambores continúan, impasibles, adelante, ganando, metro a metro, con paso disciplinado y firme, la distancia. Aunque los parapetos intensifican el fuego, no consiguen quebrar la formación imperturbable.

Algunos milicianos empiezan a sentir el agobio de esas filas tenaces que avanzan y avanzan, como figuras mecánicas, sobre el redoblar de los tambores. Otros, por el contrario, clavan en ellos la mirada, con la firmeza de un cuchillo, y disparan, ciegos de coraje.

—Uno más. Toma, mierda.

Nunca hasta ahora han avanzado así, cerrados, espectaculares, impávidos, los pelotones marroquíes. Hace falta templar la resistencia, dominar las vacilaciones, la angustia del que comienza a doblarse. Junto al miliciano, sediento de arrojó, que mete el ánimo en cada disparo, otro, debilitándose, murmura tembloroso:

—Pasan.

—Tira.

Desde el altozano de un escampado, la ametralladora, asomada sobre la carlinga de una motocicleta, escupe frenéticamente ráfagas furtivas. Luego corre a otro emplazamiento. Pero el avance no se dobla. Siguen adelante las filas moras, siguen las hileras inflexibles, ganando camino con la lenta inexorabilidad de una apisonadora. El miliciano, que tiembla, dispara una vez más, mira ansioso sobre la trinchera, duda:

—Pasan.

El otro no responde. Carga de nuevo el fusil y dispara, dispara, sin preocuparse del enemigo. Su energía arrastra al vacilante. Le obliga a disparar, uno tras otro, vehemente, todas las balas del peine. Pero en

seguida, como si esperase haber arrasado el campo, empina el cuerpo para mirar el avance imperturbable, agobiado por el tambor.

—Pasan, compañero.

—¡Tira, coño!

Cruza la esquina, por detrás del parapeto, un tanque enemigo. Los dos milicianos caen, uno sobre el otro, segados por el corte de la ametralladora. Los sobrevivientes míranse espantados.

—¡Están entrando ya!

—No importa —grita desde su puesto el comisario, sin perder el ritmo de la lucha—. Tiradle a esos, tiradles. ¡No entrarán!

El estruendo despierta a uno de los fugitivos. Al pronto no comprende lo que ocurre.

—¿Qué pasa?

Nadie le responde. Pero el combate le espabila en el acto. Tambaleándose aún, sin preguntar más, coge un fusil, despierta violentamente a sus compañeros y los tres comienzan a batirse, jadeantes de fatiga.

Grupos de muchachas recorren los parapetos. Unas gritan, alentando a los milicianos.

—¡Dale, dale! ¡No pasan! ¡Vivan las Juventudes!

Otras alcanzan municiones, retiran a los heridos. El frenesí de la lucha las exalta hasta el delirio. Profieren voces inarticuladas, aplauden, gesticulan. Tres de ellas miran, convulsas, el avance invasor desde el rellano de la calle.

—¡Tirad, tirad! —gritan—. ¡Están cayendo muchos!

La caballería viene, retrocede, embiste de nuevo, impetuosa, como si estuviera horadando un cuerpo blando. Cada nuevo empuje avanza más. Hacen copiosas descargas y torna sobre sus pasos con un remolino de chilabas y crines. Frente a ella, dominando el trecho de carretera, treinta

milicianos, protegidos por las ruinas de una casa, impiden el paso de los jinetes. Están a punto de ceder, cuando surge la motocicleta en diagonal a la carretera y la ametralladora enfila al pelotón. Moros y caballos caen como frutos de un árbol sacudidos por el huracán. Queda roto el ataque. Los jinetes huyen, despavoridos, a la ventura.

Al mismo tiempo quiebran las formaciones de ataque. Cesa súbitamente el redoble de los tambores. Las primeras filas se echan atrás como si hubieran tropezado contra un muro invisible. Todas las hileras se revuelven agitadas, convulsas, como los borbotones rápidos y alocados de un hervidero.

—¡Corren! ¡Corren! —exclaman delirantes, desde los parapetos cien voces que desaparecen en seguida entre el tableteo de los disparos.

La legión de moros es una enloquecida manada de patos. Corre, en efecto, desparramada, ganando las quiebras, los atajos, las cercas, el campo, las calles.

Mil gritos de triunfo conmueven los parapetos. Las muchachas, enfervorecidas, abrazan a los milicianos. Muchos siguen disparando sobre los dispersos fugitivos. Otros caen al suelo, exhaustos, más que de la fatiga del combate, de los estrujones de la emoción. Todos quisieran tenderse en tierra, abandonarse unas horas bajo el toldo opaco de las nubes de otoño. Pero los tanques impiden el reposo. Aparecen y desaparecen como lobos perdidos, regando las trincheras. A veces llegan cínicamente hasta enfrentarse al parapeto y lanzan contra él descarga tras descarga. Los milicianos tienen que estar atentos, incansables, en batalla continua. Un muchacho se apoya, desvaído, en el parapeto.

—Me caigo de sueño.

—Aguanta —le impone el compañero que está al lado. Aquí no duerme nadie. Hasta que triunfemos, no se puede dormir... ya verás. Muy pronto vamos a dormir treinta horas seguidas.

El muchacho reclina la frente en las piedras, asegura el fusil a su lado y continúa la vigía.

Otro ataque. Amplio semicírculo de moros y legionarios tras el rebaño de tanques. Las siluetas distínguense difuminadas en la luz lechosa de la tarde. Sinforiano Diéguez observa atentamente las insinuaciones del avance.

—Estos cabrones vienen con las del beri...

—Parece que es fuerte.

—Claro. No van a venir de paseo... ¡Todo el mundo prevenido!... ¡Hay que ir por ellos! ¡Fuera! Camaradas: los comunistas tenemos que salvar a Madrid. ¡A por ellos!

Arriba, parias de la tierra.

En pie, famélica legión.

Rompen, vibrantes, las notas de «La Internacional». Las mujeres llegan corriendo de todas partes. Los chiquillos se arman de piedras.

—¡Fuera! ¡A por ellos!

Unos cantan «La Internacional», otros la «Joven Guardia». Los gritos, las interjecciones, las voces se mezclan con las notas de los cantos. Hombres, mujeres, soldados, chiquillos, saltan los parapetos detrás de Diéguez y corren, en revuelto torbellino, al encuentro de los atacantes. Parece el desbordamiento de una presa. La masa imponente, desbordada, impetuosa, sigue el impulso adelante, sobre las descargas de los tanques que cierran el horizonte. La muchedumbre pasa sobre todo: sobre las balas, los hondos, las quiebras, los bordes. Un tanque cruza, desviado, enfilando el tiro de través. Entonces ocurre la hazaña. La admirable lección de «Los Marineros de Cronstadt». Emilio Coll, soldado de infantería de marina, va de frente hacia él, sin más armas que una bomba de dinamita, en lucha descomunal del hombre con la máquina. Antes de que pueda fijarlo la ametralladora, lanza, ágil como un discóbolo, su artefacto de combate. Todo pasa vertiginosamente. La bomba estalla entre las ruedas del tanque. El oficial y los dos soldados que lo guían intentan escapar, pero quedan allí, acribillados, junto a la máquina inútil. Los demás tanques describen un viraje rápido sobre la línea del confín, para ganar en la fuga

la carrera de los atacantes. Tras ellos, sobrepasándoles, empavorecidos, huyen los moros, los legionarios, los oficiales, todo el aparato de la ofensiva.

¿Quién podía contener ya a los vencedores? La muchedumbre pasa el Hospital Militar. Los facciosos que lo ocupan corren también, atropellándose para ganar las puertas, saltando las ventanas, perseguidos por una fuerza arrolladora. Huyen como los milicianos en los días de Talavera. Huyen enloquecidos, devorando la distancia, por todos los senderos, hostigados por los gritos de victoria, deshechos, sin norte.

La persecución prosigue. Llega hasta Carabanchel Alto. Hasta donde los milicianos, las mujeres, los niños, roncós, agotados, no pueden seguir más.

Anochece. Las mujeres, henchidas de triunfo, regresan, acezantes, a los barrios; los milicianos ocupan otra vez los antiguos parapetos. Nadie toma posiciones, nadie traza líneas nuevas. Pero Madrid ha ganado un día más, un día de gloria.

3. Entre los bosques de la Casa de Campo.

En los parapetos comienza a sentirse cierta inquietud. Están agotándose las municiones. Mientras resisten las acometidas de los tanques, los milicianos, sin perder cara al enemigo, vuelven a mirar de rato en rato, intranquilos, cómo disminuye la dotación del parapeto. De todas las trincheras sale el grito angustioso:

—¡Cartuchos! ¡Pronto!

Los depósitos del Ministerio, libres de trámite, envían cuanto tienen. Pero es muy poco. La lucha consume millares y millares de cartuchos. Es preciso, para evitar el agotamiento, racionalizar el combate. Cada miliciano apenas puede disparar hasta cincuenta tiros. Todos reciben la orden de ahorrarlos. Los combatientes observan puntualmente las instrucciones. Por mucho que los tanques arrecien el fuego, sólo les responden sobre seguro, a tiro claro, soportando, entre tanto, sin doblegarse, el agobio de las granizadas enemigas.

Pero los responsables del Ministerio no pueden reprimir la angustia, que ha comenzado a insinuarse según merman los depósitos. El teléfono llama incesantemente a Valencia.

—¿Qué pasa? Aún no han llegado las municiones.

Como no bastan las respuestas telefónicas, salen pliegos urgentes que, al cabo del viaje, obtienen la misma contestación: hace muchos días que partió el cargamento. Es cierto: las municiones han salido de los parques, los trenes han pasado Alcázar de San Juan. Los responsables revisan atentamente las carpetas del Ministerio, buscan, indagan: no hay el menor indicio. Dos enviados especiales investigan a lo largo de la vía, en las estaciones del tránsito. Corren urgidos los automóviles por las carreteras, por los senderos vecinales, de pueblo en pueblo. En ninguna parte tienen noticia del convoy. Al fin, uno de los enviados llama por teléfono al Ministerio:

—Aquí están los vagones.

—¿Dónde?

—En Villacañas.

El oficial, que conoce las disposiciones ministeriales, interviene en el diálogo.

—No, no; ese armamento no es para Madrid.

—¿Cómo?

—Es para el ejército del Tajo.

—¿Y Madrid?

—La defensa no está prevista desde dentro de la ciudad.

—Parece, sin embargo, que la estamos defendiendo.

—Nosotros no podemos modificar las órdenes superiores.

A pesar de ello, los camiones del Quinto Regimiento marchan a recoger las municiones. Pero ahora comienza una nueva angustia; la angustia

quemante de la espera, de no saber si regresarán a tiempo, si los milicianos tendrán que quedarse mañana frente al enemigo con nada más que sus puños impotentes. Los parapetos insisten, apremiantes. La lucha es cada vez más intensa. Legiones de moros y mercenarios, que no han podido franquear las calles de Carabanchel, cruzan la carretera de Extremadura e invaden la Casa de Campo. Es un ataque sigiloso, desparramado, que serpea bajo los pinos, protegiéndose en la penumbra de los bosques. Las columnas de Yagüe buscan los senderos del parque del Oeste para introducirse hacia la Moncloa y llegar, en dos brazos, por la ruta de la calle Abascal, hasta la Glorieta de Quevedo y el paseo de la Castellana. De este modo el ataque puede desarrollarse sobre escampado hasta el corazón mismo de Madrid. Mucho de la calle Abascal es campo todavía; el trozo poblado, al extremo de la Castellana, son residencias aristocráticas, desde las cuales, seguramente, no caerán proyectiles sobre los invasores. ¡Espléndida vía de ataque, verdadero camino de conquista! No hay barrios populares, nutridos de obreros, desde cuyas casas, transformadas en parapetos, los milicianos cierren el paso; no hay ventanas ni azoteas irreducibles. Los tanques pueden deslizarse sobre una pista asfaltada, reptar entre los solares, romper los parapetos que no pueden, como los otros, apoyarse en las fachadas, que no están protegidos desde los tejados. La ruta es amplia, recta, segura. Los invasores cuentan llegar en seguida a la Glorieta de Quevedo, al vértice de las dos grandes calles, Fuencarral y San Bernardo, que descienden hasta la Puerta del Sol; cuentan, por el otro lado, con el camino fácil y adicto de la Castellana y Recoletos hasta la Cibeles. Madrid cortado en cruz. ¿Qué importaría entonces la resistencia de los parapetos aislados, heroicos, de los barrios extremos? Madrid quedaría como una res descuartizada. Todas sus entrañas en poder del enemigo; todo el aparato defensivo caería deshecho, roto; divididas las fuerzas, copados los cuarteles, fraccionada la lucha, perdidos, quizás, los grandes edificios.

La visión de la ofensiva no trasciende, sin embargo, del plan teórico. Las mesnadas marroquíes y legionarias invaden los bosques de la Casa de Campo como una jauría rabiosa. Enardecidos por los estímulos del alcohol y el látigo, corren, frenéticos, al abrigo de los árboles, buscando los pasos libres. Pero no hay ninguno. Los hombres de Madrid guardan todos los senderos, las trochas, las umbrías. Una línea inquebrantable de tiradores

amuralla el bosque. Entre la maleza, detrás de los troncos, en pie, tendidos, como pueden y donde pueden, los defensores acechan el sigilo de los asaltantes, los paran, resisten. Los facciosos derraman entre los bosques nuevos batallones mercenarios, más contingentes musulmanes. Nuevos contingentes difusos, bajo el ramaje, inundan densamente el terreno. Desde todos los escondrijos trepidan las ametralladoras. El tiroteo incesante agita las frondas como una multitud de insectos invisibles. Llueven, espesas, las hojas. Gritos, traqueteos, acecidos, convulsiones febriles. El humo extiende sobre las copas fugaces mantos de tela leve. Cada minuto crece más el ataque; los mercenarios, azuzados, cobran mayor impulso. La mancha invasora va extendiéndose, filtrándose a través de los claroscuros, ganando distancia. Los grupos luchan aisladamente, por su cuenta, revueltos en el tumulto. Se destrozan, se desgarran, hunden, feroces, los cuchillos, hasta sentir en la mano la humedad caliente de la sangre.

Poco a poco comienza a ceder la resistencia. Los hombres caen en racimos, caen exhaustos, firmes en el mismo sitio y, sobre sus cadáveres, los moros y legionarios van encontrando los senderos hacia Madrid. Un llamamiento angustioso estremece los locales obreros.

—¡Está cediendo la defensa de la Casa de Campo! ¡Voluntarios!

Los trabajadores no esperan más. Recogen las armas, forman pequeños grupos y van, silenciosos, aprisa, camino de Rosales. Cuatrocientos barberos se alinean ante la Casa del Pueblo.

—¡Armas!

No hay. Se piden inútilmente al Ministerio. Los barberos se impacientan. Buscan ellos mismos, recorren las dependencias, investigan los rincones. Al fin reúnen cincuenta y seis fusiles.

—Si no hay más, con éstos basta —dice uno—. Vamos.

La hilera desfila a paso de marcha, serena, firme. El que capitanea va, de camino, instruyendo a la tropa.

—Vayan por delante los que tienen armas. Los demás deben dedicarse en cuanto lleguemos a recoger fusiles. Coged los de los muertos. Mejor, si son del enemigo. Ahorrad municiones...

Los milicianos del Quinto Regimiento preparan un camión blindado, el camión heroico que ha recorrido las líneas de Getafe y Carabanchel. Las perforaciones puntean copiosamente el blindaje. En las chapas de hierro dulce han quedado las huellas variolosas del combate. Mientras instalan las ametralladoras, los milicianos revisan las perforaciones, las palpan, las calibran con los meñiques.

—¡Este puñetero se cuela por todas partes!

Pero cuando ataca, trepidante, el motor, los voluntarios olvidan la debilidad de las chapas.

—¿Quiénes van?

—Yo.

—También.

—Y yo.

Cien voces reclaman los puestos, cien cuerpos se aprietan, estrujándose en pelotón frenético. ¿Qué importa la inutilidad del blindaje? ¿Qué importa la vida? Lo único importante es participar en la batalla, ponerse, después de tantas horas de espera desesperada, al pie de esas ametralladoras, aunque las balas enemigas calen la coraza.

—Nosotros vamos detrás —dice uno, cuando se han elegido los diez necesarios—, por si a éstos les toca la china. ¡Venga, corriendo!

Y van, en efecto, trotando, jadeantes, tras el camión, pegados a sus flancos, como la guardia indomable del Arca que encierra la fe del pueblo.

El combate dura sin tregua hasta el anochecer. Los nuevos grupos entran sucesivamente en la lucha, parapetándose al azar tras los árboles, entre los cadáveres, al borde de las tapias, en la espesura de la maleza. Sobre las hierbas, blandas, bajo las copas estáticas de los pinos, donde las

tardés de verano reuníanse, bulliciosas, las excursiones populares, Madrid entrega al combate torrentes de sangre. El suelo, antes regado con el vino alegre de la merienda, bebe hoy la sangre de los defensores de la ciudad. Allí mismo, en el claro rumoroso del bosque, lleno entonces de la algarabía de los niños, el padre rechina hoy para siempre la cabeza sangrante, agotadas la vida y la dotación de municiones. El cielo de otoño, opaco, esponjoso, ensombrece prematuramente. El bosque, la tierra, el cielo, las montañas sumérgense en la masa oscura, inmensa, de la noche. Los filos agudos del viento cortan el silencio y sisean entre las ramas. Una patrulla de sanitarios recoge el cuerpo herido de Francisco Galán.

—No es nada —murmura mientras le instalan en la camilla—. Apenas un huequecito en la pierna. Cubrid aquel sendero... Mucha vigilancia durante la noche...

Después del combate, los hombres se dejan caer inertes, silenciosos, agotados. Quedan en tierra, amontonados, inmóviles, como los troncos de una tala. No pueden hablar ni dormir. Sólo quedarse tendidos, la carne fundida con el suelo sagrado que no han podido hollar las plantas enemigas.

—Camarada —dice, como despertándose, un obrero que recuenta y reanima a los hombres—. Camarada comisario, no han pasado.

—No han pasado, camarada. Pero aún no hemos conseguido el triunfo, aún tenemos que seguir luchando...

—Seguiremos.

Otro incorpora entonces el busto para intervenir en el diálogo.

—Camarada comisario, ¿están enterrando a los muertos?

—Sí.

—Que no se olviden de quitarles las municiones. Sólo me quedan diez balas... ¿Ves? Hoy he disparado más de doscientas y mañana necesitaré muchas más...

Los dos hombres que hablaban con el comisario quédanse medio incorporados, presintiendo sus bultos entre las sombras.

—¿Tú comprendes? Las municiones es lo primero. ¿Qué podemos hacer sin ellas? Toda la tarde he tenido miedo que se me acabasen las balas antes de que terminara el combate. ¿Qué harías tú si te quedases sin municiones?

—No lo sé.

—Yo lo tenía pensado. Buscar en seguida un muerto que las tuviese. No lo olvides. Mañana puedes quedarte sin ellas.

—Pero ya sabes tú que todos no tenemos fusiles de la misma marca...

—Busca uno y otro hasta encontrar el que te convenga, o le quitas también el fusil.

—La gente está cansada. Mira; nadie habla, parece que ni respiran...

—Es verdad... ¿Tú sabes qué día es hoy, camarada?

—No.

—El aniversario de la Unión Soviética.

—Sí, justo... 7 de noviembre... Ahora estarán allí de fiesta. ¿Crees tú que se acordarán de nosotros?

—Seguro. Como nosotros nos acordamos de ellos... Tú ves: no tenemos municiones, no tenemos fusiles, ni tanques ni aviones. Parece que estamos solos, que nadie nos ayuda. Pero yo pienso... Ahora mismo estoy pensando... En todas las ciudades del mundo habrán salido ya los periódicos de la tarde... ¡Madrid no ha sido tomado! ¡El pueblo de Madrid resiste en la Casa de Campo! ¡Miles de obreros y antifascistas cierran el paso a los moros! ¿No crees tú que millones de obreros, millones de antifascistas estarán leyendo ahora mismo las informaciones de los diarios y gritarán de alegría, porque nosotros hemos sabido resistir? Sí, seguramente. Hasta en los pueblecitos más pequeños del mundo los trabajadores estarán hoy contentos de nosotros. ¿Recuerdas cuando

éramos chavales y leíamos las informaciones de la revolución rusa? Nosotros gritábamos entonces: «¡Viva el proletariado soviético!». Hoy, en París, en Londres, en todas partes, en la propia Alemania, en la misma Italia, millones de hombres y mujeres dirán: «¡Viva Madrid!». ¿Podemos decir que estamos solos? No; nosotros no luchamos solamente por nosotros, por España: luchamos por todos, por todos los hombres del mundo, para que todos puedan ser libres y vivir felices. Esta tarde, cuando salíamos de la Casa del Pueblo, yo pensaba: «Hoy me dan un chinazo y quedo allí». Bueno. Yo tengo una mujer y tres chavales. «¿Qué importa?», me dije. En este momento no hay un solo antifascista de España, no hay un solo trabajador en el mundo entero que no esté diciendo: «¿Qué pasará en Madrid? ¿Habrá entrado el fascismo? ¿Serán ya los fascistas dueños de España?». «No —pensé—; no importa que muera uno más y que una mujer y tres criaturas más se queden hambrientas. Pero que esta noche y mañana por la mañana, aquí, en España y en todo el mundo, los pueblos vean que hemos sabido defender Madrid. Que todos ellos sepan que los trabajadores de Madrid no dejaremos que los fascistas se apoderen de España ni ataquen a la Unión Soviética ni asesinen a Francia por la espalda ni tomen posiciones contra Inglaterra. No; moriremos todos nosotros, morirán las mujeres y los niños, desaparecerán las calles y las casas; pero Madrid impedirá que el fascismo esclavice al mundo». ¿Piensas tú lo mismo?

—Igual.

Varios hombres que estaban tumbados han ido incorporándose y escuchan, sentados en cuclillas, unos, apoyándose, otros, en un brazo.

—Dentro de diez o quince años, los que queden, los chavalillos de ahora, podrán festejar el aniversario del triunfo como lo están festejando hoy en la Unión Soviética. Entonces, antes de comenzar las fiestas, dirán: un minuto de silencio por los camaradas que cayeron en la defensa de Madrid... Por esos que están recogiendo ahora. Quizás por nosotros también. Todavía nos faltan muchos días de lucha. Pero tú imagínate miles y miles de trabajadores en todas las fábricas, en todas las obras, en todos los sitios, en pie, callados, aunque ya sean libres y no sufran hambre. ¿Tú no crees que ahora mismo estarán haciéndolo así en la Unión Soviética? Sí; seguro.

Ten por cierto que todos los trabajadores de la Unión Soviética piensan hoy en Madrid.

—Como nosotros en ellos.

—Todos los trabajadores del mundo pensamos siempre los unos en los otros.

—¿Y por qué no nos unimos contra el enemigo de todos? —pregunta otro.

—Unidos estamos, espiritualmente; nos falta la unión política. ¿Qué vamos a hacer si aún hay jefes que no comprenden o no quieren comprender? Pero aquí mismo les estamos dando una lección. Todos los trabajadores del mundo verán en Madrid que sólo estando muy unidos y resueltos a luchar hasta el fin se puede vencer al fascismo.

La presencia del comisario, en ronda de vigilancia, interrumpe la charla. Uno de los obreros le detiene:

—Oye, camarada comisario: hoy es el día de la Unión Soviética. Nosotros quisiéramos que nos hicieses una nota de saludo al camarada Stalin.

—Dile que saludamos en él a todos los trabajadores soviéticos, al Ejército Rojo, al Gobierno, a Vorochílov, a los marinos de Cronstadt... Que no dejaremos entrar a los fascistas en Madrid.

—Mira: dile que agradecemos mucho la ayuda del pueblo soviético y que le diga a todos los trabajadores del mundo que nosotros sabremos luchar hasta vencer...

—Bien, camarada —responde el comisario, cortando el hilo de las indicaciones—. Pero ahora mismo no puede ser. Sería peligroso encender aquí una luz.

Los hombres quedan pensativos, hasta que uno de ellos, incorporándose, asume la iniciativa.

—Enciende la linterna. Venid vosotros.

Los milicianos forman, enlazados, muy unidos, un biombo humano, que rodea al comisario.

—Ya puedes escribir.

—Tened cuidado, no se filtre la luz.

—Dale. Y si tiran, que tiren...

En todo el campo no hay más que este húmedo reflejo de la linterna sobre el papel, oculto al enemigo por la pantalla de hombres. Madrid entero no tiene otra luz. Los edificios, las torres, la geometría de las calles, todo ha desaparecido en la densa oscuridad de la noche. Los pasos de uno que otro transeúnte percuten en la soledad como golpes en el fondo del mar. Los tranvías nocturnos —sombras entre las sombras— pasan de hora en hora, puntuales, anunciándose con el grito ronco de sus timbres. Soledad inmensa, fría, oscura. Madrid espera, recogido, tembloroso. Un largo convoy de camiones avanza lentamente, a tientas, por el paseo de Ronda, parpadeando de trecho en trecho fugaces resplandores. Cruza la avenida del Hipódromo y sigue hacia los Cuatro Caminos. Aún es noche cerrada cuando entra, solemne, cargado de armas y municiones, en el cuartel del Quinto Regimiento.

4. Domingo heroico.

Otro domingo, el 20 de julio, Madrid estaba, como hoy, tenso, apercebido al combate. Estos dos domingos son los días más profundos de la lucha. Pero el temple de hoy es todavía más duro, más recio. La ciudad está sacudida por la guerra. Los cañones truenan desde la madrugada. Silban los obuses sobre los tejados, desgarrando la quietud migajosa de las nubes, y estallan contra las ventanas, en el pavimento, entre las buhardillas. Las campanas de las ambulancias sanitarias rompen constantemente, en todas direcciones, el tránsito de los coches y transeúntes. Algunos porteros cierran precavidamente los portales.

—¿Por qué cierra usted? —le pregunta a uno la vecina de enfrente—. ¿Para que no entren los obuses? Mire mi balcón: abierto de par en par. Aquí no entran ni ellos ni quienes los tiran...

El portero, sin responder, abre de nuevo y permanece mirando, absorto, los balcones de la calle. Ve cómo las mujeres trajinan en el interior de las casas. Limpian los muebles, barren, cosen, arreglan los comedores. Una

chica riega los tiestos y canta, echando atrás el rizo que le invade la sien. El estallido cercano de un obús conmueve las paredes. La chica comenta, sin levantar la mirada.

—Otro estornudo.

—¿Dónde ha sido? —inquire, desde dentro, la madre.

—Muy cerca. Se conoce que quieren asustarnos...

Pasan, charlando tranquilamente, dos mujeres que llevan comida a los parapetos; pasan autobuses llenos de milicianos; pasan, chirriantes, los carros de combate, los furgones de heridos, el tráfico sombrío de la guerra. Los chiquillos pregonan los periódicos de la mañana. La vendedora de cacahuets repite, incesante, la oferta de su mercancía. Comienzan a formarse las colas en las puertas de los cines.

Madrid gusta las mieles del domingo, seguro del resultado de la batalla. El enemigo se ha lanzado a fondo. Tres días de derrotas han enardecido su ánimo. Ya no puede esperar más. En el territorio fascista están preparadas las banderas, enhiestos los arcos de triunfo, pendientes los retratos de Franco, de Mola, de Yagüe. Los empresarios de la sublevación urgen desde Berlín y Roma; los terratenientes, los banqueros, los obispos, llaman al teléfono, se impacientan, dudan. En el cuartel general bulle la fauna burocrática que debe poblar en seguida las dependencias gubernamentales. Los embajadores de Hitler y Mussolini aprietan, nerviosos, entre los dedos, las cartas de reconocimiento que deben entregar en los salones del Palacio Nacional. Los señores y las damas que huyeron antes y después de Julio están en los autos, con los motores en marcha, anhelando el momento de partir. Los ordenanzas tienen de las bridas, piafando, el caballo triunfal. Franco ha vestido ya el uniforme de gala. Mola estudia la vía más corta para entrar primero. Los esbirros pasan y repasan las listas de condenados, el plan de matanza. Diez, veinte, treinta mil más. Cada día de retraso aumenta varios millares la cifra de condenados. Calculan la capacidad de las cuatro Plazas de Toros. Madrid tendrá espectáculos más grandiosos que los de Badajoz y Toledo. Los moros afilan las gumías, los legionarios saborean anticipados regustos de mujer y vino.

Es preciso abrir, cueste lo que cueste, la brecha de entrada. Si no es posible por las vías de Carabanchel y la Casa de Campo, por donde sea, como sea. Los generales lanzan el golpe firme, el más duro, el que debe romper como un mazazo ciclópeo las vértebras de la resistencia. Madrid no vacila.

—Hoy han emprendido el ataque por Pozuelo —dicen, apenas iniciado el combate, las informaciones del frente.

Madrid sigue, como el primer día, tenaz en la lucha. Todas las fuerzas del enemigo acometen el asalto. Máquinas y hombres. Filas compactas de tanques, aviación, cañones. Los falangistas que han esperado dos días, en retaguardia, la hora del botín, marchan hoy, desesperados, los primeros. Moros, requetés, legionarios, falangistas, todas las fuerzas, la propia carne del fascismo y la carne mercenaria, en apretados pelotones, se lanzan, voraces, al último ataque, al asalto final. Las bombas destrozan las entrañas de la tierra, los tanques se llevan entre sus engranajes los cuerpos en jirones. Los hombres no ceden. Metidos en la zanja, soportan, al abrigo de la tierra madre, los estragos del cataclismo. Vuelan, hechos trizas, los cuerpos entre la tromba de las explosiones; los tanques los desgarran, los trituran. Pero no ceden. Cuando avanzan los pelotones, de la tierra destrozada, de los huecos, de las piedras, de las entrañas del suelo, salen otra vez los hombres y les cierran el paso.

Intentan de nuevo, con ímpetu más desesperado, y de nuevo caen, segados, racimos de atacantes. Vuelven los tanques, serpeando, con furia de víboras. Pero José Carrasco larvea entre los cangilones y les tira las bombas que los rompe en pedazos. Muy pronto todo el suelo llénase de larvas, de figurillas agazapadas en acecho. Vuelan uno, dos, tres tanques. Los demás sienten el pavor de estas acometidas solapadas que les destrozan el vientre y van retrocediendo, aculándose, dejando el terreno, como una recelosa manada de bisontes.

Al finalizar la jornada, Galán aún está en pie junto a sus hombres. Nuestra línea continúa intacta, invencible, cerrando el horizonte al enemigo.

Otro día más; un día épico. Madrid escucha, tranquilo, el relato de los combates. Los que regresan del frente cuentan detalles de la batalla.

—Hoy ha sido feroz en Pozuelo.

—Pero se les ha contenido.

—Claro.

—Eso es lo importante.

«Mundo Obrero» trae la crónica del acontecimiento. Los hombres que, abstraídos en el trajín de la retaguardia, pierden la noción dramática del día, abren el diario y fijan los ojos, antes que en las informaciones de la lucha, en el anuncio del homenaje a la Unión Soviética. ¿Qué puede parecerles más natural? ¿Qué movimiento colectivo puede ser más lógico en el Madrid de estas horas? Humean todavía los campos de batalla, cuando los grupos de las fábricas, los milicianos libres de servicio, delegaciones de los propios frentes, acuden, presurosos, al gran cinema de Antón Martín. Hablan representantes del Frente Popular, del Frente de Combate y del Frente de Trabajo; nuestra Dolores y, por último, el mismo embajador de la U. R. S. S. La sala inmensa, apretada de corazones acelerados, palpita con la densidad de una caldera. En los silencios de la oratoria óyese, lejano, el estruendo de los cañones. Las palabras del mitin van por la Radio a los frentes, las aldeas, los cuarteles, los hogares, donde millares y millares de obreros, de soldados, de campesinos, de mujeres, de niños, antifascistas de todos los matices, aprenden, transidos de emoción, que esta noche, Madrid, firme ante el acoso del enemigo, levanta, como un alarido de victoria, la voz múltiple de su pueblo en honor del otro gran pueblo de vencedores.

Festejo de ambos triunfos. Los sátrapas de Berlín y de Roma esperaban hoy, sin duda, tirar a la faz de los trabajadores del mundo la derrota de Madrid, los despojos miserables del último baluarte de la libertad. Esperaban que hoy entraran triunfantes, sobre los cadáveres del pueblo, la baraúnda de moros, falangistas, legionarios, aristócratas, clérigos, todos los que aguardan, al otro lado de las trincheras, impacientes y vibrátiles, clavándose las uñas desesperados en la carne de las manos. Esperaban que los pueblos de la U. R. S. S. tuvieran que abatir, llorando, sus banderas victoriosas. Esperaban que la cena del 7 de noviembre tuviera sabores amargos y duros silencios en los hogares proletarios, en todas las

casas democráticas del mundo, y aquí está Madrid, lanzando, vivo y fuerte, por encima de las fronteras, sobre las propias cabezas humilladas de los déspotas fascistas, el vítor fraternal a la U. R. S. S.; el saludo a la victoria común, de todos, incluso trabajadores de Alemania, demócratas de Italia, de quienes, como vosotros, si lo conocierais, sólo podríais celebrarlo en el interior de vuestras conciencias.

5. Los fascistas pisan calles de Madrid.

Esta mañana óyense en Madrid, con mayor abundancia que nunca, todos los acentos del castellano. Las calles están más pobladas. Se ven muchos milicianos que no tienen todavía los desgarrones de los parapetos, que huyen con el ajetreo locuaz de los que aún no han entrado en batalla. El pueblo los sigue con miradas cariñosas.

—Son los vascos.

—Aquéllos, sí; lo sé. Son los que han venido de Irún con Ortega. Pero éstos me parecen catalanes.

—¿Ha llegado también gente de Cataluña?

—Eso creo.

La presencia de los catalanes adquiere relieve propio. Destacan firmemente del conjunto. Al principio nadie sabe quiénes son. Pronto, sin embargo, la noticia recorre el ámbito de la ciudad.

—¡Durruti!

—La columna Durruti, los confederales.

—Vienen de Aragón.

Madrid acoge en seguida al gran jefe anarquista como a hijo propio. Los hombres y las mujeres que desde hace muchos días no levantan los ojos ante ningún acontecimiento, que guiñan al paso a las más dramáticas incidencias de la lucha, viran ahora, rápidos, hacia la figura del heroico luchador.

—Mira, mira —dicen las muchachas—: ése es Durruti.

—Salud, camarada Durruti.

—¿Cuál es Durruti?

—Ése.

—¡Ah!

Durruti apenas percibe el murmullo. Pasa, raudo, en el coche, organizando su participación en el combate. Pero Madrid le adquiere como un nuevo triunfo. ¿Qué representa su persona en la lucha de Madrid? Lo más profundamente sentido por las masas: la unidad, la unión apretada de todos, a una contra el enemigo. Durruti testimonia ante Madrid que ya no hay cantonalismos ideológicos ni territoriales. Ya no son únicamente los anarquistas de Madrid los que combaten, al lado de los comunistas, socialistas y republicanos, en los parapetos. Están también presentes los propios anarquistas catalanes, de la más honda y viva entraña confederal. El suceso conmueve el alma de los trabajadores.

—Que haya venido Durruti a pelear con nosotros —dice, emocionado, un obrero— significa una gran cosa. Ahora podemos decir que no hay división ninguna entre los obreros.

En la Casa del Pueblo, comentando el caso, un viejo militante se improvisa historiador:

—Cuando la primera República, según me lo decía mi padre, los anarquistas de una región no podían intervenir en las luchas de otra región. Los de Barcelona fueron los más intransigentes. Por esto mayormente los obreros no pudieron ganar todo lo que podían haber ganado. Ahora tenemos que aplaudir que estas incomprensiones no existan. Hoy el propio Durruti viene a combatir en Madrid, y yo digo que con tanto derecho y tantos deberes como el primero. Esto vale por una gran victoria.

Chispean las balas sobre los parapetos. En el propio fragor del combate, los milicianos comentan, entusiastas, la nueva.

—Tú, ¿sabes? Durruti está en Madrid.

—¿De verdad?

—Lo he visto ayer. Toda la columna. Ya estará dándoles leña.

—¿Qué dice ése de Durruti? —pregunta, al soslayo, un muchacho anarquista.

—Está en Madrid.

—¡No!

—Ya estará zumbando por ahí...

—¡Me cago en diez! ¡Qué bien está eso! ¡Ahora sí que estamos todos juntos!

Madrid siéntese así, por la unión, más poderoso, más seguro y decidido. No piensa en los refuerzos, en la ayuda física de la columna confederal. Lo que enciende su emoción, lo mismo en la calle que en las trincheras, es ver ahora apretadas, sin fisuras, las filas de sus combatientes. Confianza y entusiasmo de pueblo unido, de grandes masas cuya potencia ha logrado, por la unión, su máximo desarrollo. Los obreros, los combatientes, todos los antifascistas, todos, comprenden que están realizándose sucesos decisivos.

Aquellos voluntarios extranjeros que llegaron, dispersos, los primeros días de la guerra a los batallones del Quinto Regimiento, vuelven hoy a Madrid, desde Albacete, formados, constituidos en brigadas. Desfilan Gran Vía abajo, encuadrados, severos, militares. Un verdadero ejército. Madrid no ha visto nunca tal espectáculo. Las hileras tiradas a cordel, unánimes, rítmicas, movidas instantáneamente por la voz de mando. Todo un cuerpo organizado, disciplinado, férreo. Hombres y mujeres se detienen, estupefactos, al borde de la vereda. Les parece una visión maravillosa. Un hombre estrecha, convulso, el brazo de otro, gritando:

—¡Esto es lo que nosotros necesitamos: un ejército! ¿Lo ves? Si todas nuestras tropas fueran así, en un mes acabábamos con los fascistas. ¿Te convences ahora? ¿No te das cuenta de que si nuestras milicias fueran así no hay fascismo en el mundo que pudiera con ellas? ¡Ésta es la fuerza, el triunfo!

Habla, tembloroso, y engarfia con los dedos el brazo del camarada. Éste, anonadado, oscila sobre sus plantas. El desfile de las Brigadas Internacionales ha deshecho, quizás, de raíz sus viejas ilusiones. En la esquina de la calle de Alcalá milicianos y obreros arremolínanse al paso del desfile. Bosque de puños en alto. Las muchachas, enfervorizadas, aplauden y festejan a los soldados con voces de aliento.

—¡Viva el Ejército del pueblo! —clama, de pronto, alguien.

El vítor incendia los labios. Aquí, allá, desde los balcones, en las veredas, las mujeres, los milicianos, lo repiten, incansables, ardientes.

—¡Viva el Ejército del pueblo!

Es la primera vez que Madrid siente el Ejército, el Ejército regular y formal, como ése; ejército de soldados y jefes. Madrid ha visto ahora plásticamente cómo debe organizar su fuerza, dónde está la victoria definitiva. El ejemplo de las Brigadas Internacionales ha iluminado todas las conciencias. Ya no se trata de una idea, de una proposición teórica. Allí está el ejemplo tangible. Esa estructura, esa disciplina harán invencibles a los héroes de los parapetos. La convicción ha transido el alma del pueblo.

Madrid adensa hoy todas sus fuerzas defensivas. Las trincheras, aunque no tengan más piedras, son hoy más poderosas que nunca. Son las trincheras de la unión, de la disciplina, de la fe y del heroísmo. Importa poco que lluevan los obuses sobre la ciudad. La fortaleza del pueblo no la quebranta ya ningún ataque. Un pelotón falangista ha podido realizar la última audacia de la desesperación. Solapado entre las ramas, ha cogido la cuesta del parque del Oeste y se ha lanzado como una tromba hasta la plaza de la Moncloa; el ímpetu lo ha llevado más allá todavía: hasta la esquina del Bulevar. El hálito caliente de las calles que veían rectas, solas, incitantes, les enardecía hasta el delirio.

—¡Franco, Franco! ¡Arriba España!

Todos los gritos quedaron ahogados en las gargantas, entre borbotones de sangre. El barrio entero iluminóse como un castillo. Cayó fuego de todas partes: de los tejados, de las ventanas, de los portales, de las esquinas.

Diez minutos de episodio, al cabo de los cuales el grupo delirante no era más que un montón de carne muerta, silenciosa para siempre.

6. Otra vez, como en el Guadarrama, detenidos.

Uno, otro, diez ataques más han quedado rotos ante las líneas de resistencia. Varela, desesperado, envía, como un rodillo, masas enormes, prietas, de marroquíes, falangistas, legionarios, requetés: las ametralladoras y los fusiles milicianos las disuelven implacablemente. No es posible abrir brecha en las líneas populares. Sangre mercenaria empapa la tierra; cúmulos de cadáveres fascistas se pudren a la intemperie. Los tanques huyen como bestias asustadas. Escondidos, rastreantes, los antitanquistas han aprendido a clavarles el terrible aguijón de la bomba y herirlos de muerte. Como en «Los marinos de Cronstadt» las zanjas primitivas, desamparadas, resisten con una tenacidad inextinguible.

Los atacantes intentan nuevas vías; pero los maestros cubren los pasos de Usera. Procuran abrirse camino por Las Rozas, y allí también, con igual decisión, les detienen las brigadas inquebrantables. En la Estación del Norte hay un reducto impertérito. Desde los días de Julio están allí los fusiles y la ametralladora que batieron la retaguardia del Cuartel de la Montaña, que no han cesado de vigilar alerta, bajo el pulso heroico de los ferroviarios; están asimismo los trenes blindados que barrían las líneas de la sierra. Unos y otros les impiden cruzar la Bombilla o acercarse a la punta de Rosales. Lo mismo en el Puente de los Franceses, en El Pardo, dondequiera lanzan el ánimo desesperado. A veces logran avanzar, meter un pie dentro del lindero de la ciudad, oír cercanos los ruidos de las calles. Poco después, sin embargo, tienen que volver atrás, impotentes ante la dura obstinación de los parapetos.

Ensayan una nueva táctica. Mola recuerda sus esperanzas en la quinta columna. Cuando la cárcel queda a espaldas de las trincheras, los cañones fascistas lanzan, intempestivamente, cien golpes seguidos contra el muro. Abren, en efecto, la brecha. Pero la cárcel está ya vacía; no existen los batallones de reserva que debían evadirse y atacar desde dentro.

Las legiones fascistas, diezmadas, comienzan a sosegarse. Acampan al raso, quietas, hundidas en sus zanjas, disimuladas entre los árboles o escondidas en los edificios que han logrado ganar extramuros. Los capitanes de la defensa continúan en pie, vigilantes, junto a sus hombres: Líster, Castro, Durruti, Galán, el «Campesino», Mera, Gallo, Bazán, Kléber, Luckas, Wálter, Durand, Netti, Béimler, columna gloriosa de héroes. Madrid queda cerrado otra vez, inaccesible al fascismo.

Dentro de la ciudad hay un soplo de ambiciones nuevas. Todo el mundo advierte que aún no ha terminado la defensa, que la lucha está en sus primeras etapas. Habrá todavía combates más recios. La ambición de enfrentarles un ejército fuerte impulsa el trajín de las masas. Los paseos, las glorietas, las terrazas conviértense en campos de instrucción militar. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes aprenden a combatir. La ciudad íntegra llénase de pasos marciales, de voces de mando, de ajetreos de guerra. Incluso los niños y las muchachas se incorporan en la movilización. Están alerta, como reza el título de su estandarte: alerta a las más remotas probabilidades, la mirada tendida hasta el más lejano horizonte de lucha.

El cuartel adquiere afanes de cátedra. Los comisarios políticos llegan polvorientos de las trincheras, sangrantes algunas veces de las heridas, a dictar la conferencia diaria, a responder a las innumerables preguntas de los milicianos, a demostrar una y otra vez la necesidad del ejército regular, a escribir los periódicos de brigada y atender las mil necesidades de sus hombres. Sobre la enseñanza del comisario, el cuartel debate todos los problemas, cursa las más diversas asignaturas. Los comisarios tienen que cumplir todos los esfuerzos. Ahora encuentran los combatientes la razón íntima, profunda, del Comisariado. El entusiasmo y el cariño de antes era más que nada afección sentimental al delegado político. Ahora, en cambio, según va perfilándose la estructura orgánica del Ejército, el soldado, incipiente todavía, se da cuenta de que el comisario es el hálito vital de su desarrollo, de su propia existencia. Lo ve a su lado en el combate, alentándole, infundiéndole valor con su presencia y su ejemplo; lo tiene a su lado en el cuartel, en la trinchera, en la propia calle, explicándole, paciente, las dudas, los problemas, las distintas circunstancias de la guerra. Todas las mañanas, pocos metros de la línea de fuego, bajo la fronda que roen las balas, los comisarios, reunidos en grupo, estudian el

trabajo del día, planifican, reciben las instrucciones de Antón, el primero de ellos. De allí salen las conferencias, los artículos de los periódicos, innumerables iniciativas. Los milicianos lo saben. Después de las reuniones con el inspector de comisarios, los reciben en las trincheras y los cuarteles con sonrisas expectantes.

—¿Qué charla hay esta tarde?

—Hablaremos un poco de la guerra de posiciones. La lucha en Madrid está transformándose en una guerra de posiciones y es preciso prepararse...

—¿Y del Ejército?

—Claro, al hablar de la guerra, tenemos que hablar también del Ejército.

—Porque yo veo que aún no se hace nada para crear el Ejército regular. Todavía seguimos de milicias.

—Lo principal tiene que hacerlo, claro es, el Gobierno. Pero nosotros por nuestra propia iniciativa y nuestro trabajo de educación y reforzamiento de la disciplina podemos hacer mucho.

—Yo veo que el Ejército regular es muy necesario.

—¿En qué lo ves?

—Fíjate en esto: el general Miaja manda todas las tropas de Madrid, puede quitar una columna de aquí y enviarla a otro sitio. Ya sabes tú que esto lo ha hecho y así ha podido contener todos los ataques fascistas. Pero no podría hacerse, si cada columna tuviese un jefe independiente, como antes.

—¿Tú comprendes, entonces, la conveniencia del mando único?

—Naturalmente.

—¿Y del Estado Mayor único?

—Eso no lo comprendo bien.

—Pues es muy sencillo. El teniente coronel Rojo hace los planes de la defensa de Madrid. ¿No lo has visto muchas veces por aquí? Viene a estudiar las posiciones. Luego, en el Estado Mayor, deciden qué sitios deben ocuparse, dónde deben construirse una trinchera, hacia dónde deben tirar los cañones, quiénes deben atacar y quiénes resistir. Si esto lo hace un solo Estado Mayor para toda España, en lugar de que un frente ataque cuando quiera y el otro no ataque cuando deba, ocurrirá como en Madrid: cada cual no hará sino lo que convenga al plan de operaciones que haya hecho el Estado Mayor para toda España. ¿Qué te parece?

—Yo estoy de acuerdo.

—Sencillo, ¿verdad?

—Y tanto. ¿Por qué no se hace?

El comisario elude la respuesta. No quiere decir que Largo Caballero tiene un concepto sobremanera original del mando único. Siempre que le han planteado la cuestión, ha erguido, vehemente, la mirada.

—¿Qué mando único es ése? El mando único ya existe.

—¿Dónde?

—Yo soy el jefe de todo el ejército.

—Sí; pero no se trata del ministro. Todos los ministros de la Guerra son los jefes políticos del ejército. Se trata del mando militar.

—Nada, nada de militares. Yo soy el jefe supremo y todos los militares tienen que estar a mis órdenes. Así están las cosas más seguras.

En Madrid germina una opinión contraria. Las masas ven al enemigo paralizado, impotente, roto. Saben que el único jefe de las tropas es el general Miaja, que los planes de la defensa los traza el Estado Mayor que manda el teniente coronel Rojo. Esto les parece una demostración más firme que el desbarajuste de los meses anteriores.



III

1. Hombres, cuadros y libros en llamas.

Mientras en las trincheras los hombres duermen sobre las armas, inmóviles en las líneas, el cielo oscuro de Madrid ha brillado con inmensos resplandores rojos. El zumbido ronco de los aviones conmueve los tejados. Toda la ciudad tiembla con la convulsión de las explosiones. Algunos hombres tienen la audacia de asomar la cabeza fuera de los portales.

—Parece que ha sido en el frente.

No se oyen ambulancias. Pero las llamas iluminan el paño negro de la noche.

—¿Dónde será?

La gente que ha salido de los sótanos, de los túneles del Metro, de sus propios portales, busca, inquisitiva, en el panorama de la ciudad, la localización del incendio.

—Esta vez han tirado bombas incendiarias.

—Ya se ve, ya.

—Aquel sitio parece la estación de Atocha.

—No creo que tengan mucho interés en destruir una estación paralizada.

La gente no adivina cuál puede ser el objetivo en aquella zona. Lo sabe al día siguiente. Los aviones han intentado destruir el Museo del Prado. Un estremecimiento de indignación detiene, estupefacto, al lector de los diarios.

—¡El Museo del Prado! ¿Es verdad esto?

Cientos de personas acuden a verlo por sus propios ojos. Ante las cornisas desgarradas, encendidas aún, quedan absortos, testigos de una visión inverosímil. Nadie comenta. La ira vuelve sus llamaradas hacia dentro, hacia lo más profundo de la conciencia. El fascismo quiere, sin duda, herir

la fibra más delicada del espíritu popular. El Museo del Prado es el orgullo de Madrid, la gloria más querida del pueblo. Quizás muchos miles de madrileños no han visto nunca las salas egregias. Pero todos saben que ese Museo es su mejor templo, el único que atrae la admiración del mundo. ¿Por qué lo hieren así, a mansalva, los aviones fascistas? ¿Qué buscan con la quema de los cuadros? Buscan el pánico del pueblo. Los técnicos alemanes aconsejan dar los golpes en lo más sensible, en los sentimientos más finos. Si arden los cuadros, si los aviones no vacilan ante Velázquez, Goya, Ticiano, el Greco, advertirán claramente que nunca vacilarán ante las vidas miserables del pueblo; si lo más ilustre y universal, lo que casi no es exclusivo de Madrid, sino de toda la humanidad entera, cae abrasado por las bombas, todo lo demás debe esperar, si no se rinde, la misma suerte. El terror alemán, la fiereza de la desesperación, del odio, de la derrota. Los que no han podido forzar las entradas invencibles, pueden, en cambio, sumir en cenizas a los que aun permanecen, tenaces, frente a ellos.

Éste es el primer anuncio de la hecatombe. Pero Madrid aprieta los dientes, calla y sigue en pie.

—¿Se han perdido muchos cuadros?

—No.

—¿Qué? ¿No han llegado las bombas?

—Podían haberlos destrozado. Pero ya no están allí.

La gente levanta entonces la mirada con más emoción que ante los escombros. Nadie sabe cómo ha sido. Pero los pechos siéntense libres de la inquietud. Esos mismos hombres y mujeres que no flaqueaban el ánimo cuando creían destrozados, hechos trizas los tesoros del Prado, tienen ahora el temple indomable de los más grandes heroísmos, como si la salvación de los cuadros hubiese asegurado la invulnerabilidad de sus vidas.

Entre tanto, sigue, afanoso, el trajín del ministerio de Instrucción Pública. Los cuadros salen de Madrid en los mismos camiones que transportaron el cargamento de Villacañas. Llegan solemnes, cuidadosos, como los

portadores de una reliquia, al puente de Arganda. Como los filos de las cajas no pueden salvar los tirantes del puente, los milicianos, los chóferes, Renau, cogen en brazos los bultos y los transportan a pie, amparados en las sombras, mientras los aviones rondan el espacio y muy cerca estallan los obuses enemigos.

Por esto no han perecido los cuadros. También por esto se han salvado los tesoros de la Biblioteca Nacional. Las bombas han mellado la estatua de Lope. Pero los manuscritos están incólumes, seguros, lejos de la hoguera.

—Ya no hay cuadros ni libros valiosos en Madrid —dice, iracunda, una mujer, maldiciendo los aviones que vuelan arriba, muy arriba, entre las nubes—. ¡Tirad, asesinos, todas las bombas que queráis! ¡Tirad! ¡Ya no hay tesoros!

Los tesoros del Prado, de Liria están a salvo; no hay telas del Greco ni Elzevires, pero hay heridos. Los aviadores localizan el hospital de San Carlos. Entre el retumbar de las explosiones, arden vorazmente las salas. Los heridos se arrojan, llenos de terror, de los lechos, rasgan sus vendajes, arrastran los miembros mutilados. El fuego asciende hasta las cúpulas. Caen las vigas encendidas con un estruendo de catástrofe. Pero los milicianos pasan entre la hoguera, con los heridos a cuestas, lamidos por las llamas.

El doctor Márquez tiembla, inflamado de coraje. Su mano maestra se crispa con ademán de maldición.

—Jamás, jamás podía imaginarse tanta barbarie. Éste es un crimen premeditado, frío, salvaje. No puede haber error, no lo hay. El hospital está suficientemente aislado en una zona que no posee objetivos militares.

La figura venerable del decano de Medicina expresa en todos sus gestos, en todos sus movimientos una protesta constante. El ministerio de Instrucción Pública ha organizado el traslado a Valencia de los sabios, los artistas, los escritores. El doctor Márquez tiene que salir de Madrid. Pero su protesta sigue irradiando sobre todos los países del mundo. Él ha visto el incendio, ha sentido el estruendo de las bombas, y el batir caliente de las llamas; ha oído el clamor desesperado de los heridos, envueltos en

sábanas de fuego; ha presenciado, por último, la hazaña de los milicianos. ¿Quién puede dudar de sus palabras? ¿Quién puede no ver en su indignación el alma viva de España, revuelta, llameante de ira, contra la barbarie fascista? Hace apenas pocos meses, este hombre, solo en la soledad fecunda de su gabinete, oía indiferente el rumor de la lucha política. Hoy levanta también el puño, símbolo de la firmeza combativa del pueblo; hoy es otro, uno más, entre los que defienden la tierra, el espíritu y la carne de España.

Todo el pueblo, todo lo español, lo profundo y veraz español, está igualmente en alto contra el enemigo. Los horrores del bombardeo no doblegan el ánimo de Madrid. Por el contrario: le templan más, hacen más terco el fusil en la mano del combatiente.

—¿Sabes que han bombardeado el hospital?

—Ya lo sé.

—Han incendiado las salas.

—Ya lo sé.

—Han muerto muchos heridos.

—Ya, ya. Pero ahora, mira...

Tendida, anhelante, la mirada acecha las líneas enemigas. Las ráfagas de su ametralladora reciben el impulso, la rabia que le hincha las venas y le aprieta a la máquina para darle a los disparos mayor encarnizamiento.

2. Martirio.

Los niños son el tesoro más rico de España. ¿Qué es lo más profundo y brillante de España, lo que ha labrado su magnífica grandeza en los siglos, sino esos hombres dispersos, brotados uno a uno, solos, por su propia fuerza genial, de las entrañas del pueblo? Esos hombres han surgido casi siempre de entre los pastores, los labriegos, los perseguidos, la mancha oscura y miserable que puebla, alegre, llena de vida y de fuego, las tierras españolas. Vivero de conquistadores, artistas, picaros, héroes y sabios, que ilustra su estirpe con mil nombres, desde Viriato hasta Cajal, esos

niños divinos corren libres en las calles de Madrid. La algarabía de sus juegos, de sus gritos, de sus cantos llena el aire de la calle. Sucios como la calle misma, templados por el hambre, valientes, delirantes de risas, han visto nuestros combates, han cantado las victorias, han comido por primera vez un trozo de carne y pan tierno. Antes quedaban encerrados en sus habitaciones hasta el anochecer, hasta que la madre, exhausta de fatiga, regresaba de ganar los reales que sustituían al jornal del marido en paro forzoso. La victoria de Julio abrió las puertas de la libertad y sació las hambres seculares. ¡Qué alegría de la madre y los niños que, al fin, podían sentarse juntos en torno a la mesa cálida y olorosa!

Pero los niños caen ahora, destrozados por la metralla. Bajo el cielo de algodón, vuelan, roncando, los aviones. Diez, quince, treinta. La ciudad pierde la vista en un infernal estrépito de cristales rotos. El grupo que jugaba en la Glorieta de los Cuatro Caminos no es más que un reguero de pedazos sangrantes. Las mujeres gritan, desesperadas.

—¿Dónde están mis hijos? ¡Mis hijos!

Una encuentra entre el montón de escombros el pie diminuto de su niña. Otra pide, alocada, protección, apretándose el vientre.

—¡Me muero! ¡Estoy herida!

La sangre le empapa las manos. Corren a ella las brigadas de socorro y no le encuentran herida ninguna. Lo que oprime contra el abdomen es la cabeza de un niño, el proyectil trágico que la explosión ha disparado contra ella. Otra madre se queda como en vilo. Iba con su hija de la mano; de pronto, entre el resplandor rojizo de la bomba, la ha perdido; no queda nada de la niña. Los bomberos encuentran una de las piernas en el tejado. Otro niño no ha podido llegar tan arriba. Está impreso en la pared, incrustado en el yeso, plano y negro como un arenque. Los ojos se le han vuelto del revés y un resto de mano cuelga, tembloroso, en muerta llamada de auxilio.

Roncan de nuevo los aviones. Las casas se derrumban como si el cielo cayese en pedazos. Entre el cúmulo de escombros aparece un dedo, señalando, implacable, arriba. Tras él, asido al cuello sin cabeza de la madre, un cuerpecito insignificante, aplastado por una viga.

Los zapadores siguen removiendo desesperadamente el montón de ladrillos, tierra, barro y hierro. Las palas extraen trozos de brazos, de vientres, matas de pelo; mujeres que tienen todavía, mudo, en la boca, el último grito; viejos con la cabeza hundida en el estómago por el peso de la techumbre. Lejos retumban otra vez las explosiones. Riadas enloquecidas de mujeres corren hacia los túneles del Metro. Una bomba disuelve el remolino de seres angustiados. Los adoquines disparados pasan los cierres metálicos. Cae a plomo la fachada del café. La cabeza de un comensal surge, sangrienta, en el mostrador; una mano esgrime, sobre el pavimento, el cuchillo inútil. Los bomberos recogen un trozo de pierna cortado a cercén y envuelto en punto de seda.

—¿Hasta cuándo durará esto?

—Dure lo que dure, señora, nunca lograrán que les entreguemos Madrid.

—Yo no salgo de aquí hasta que termine la guerra.

—Haga lo que le parezca. Pero no crean esos asesinos que sus crímenes nos van a obligar a rendirnos...

Algunas mujeres instalan sus colchones en los andenes del Metro. Sobre ellos arropan, más que con las mantas raídas, con su propio cuerpo, a los niños que tiritan de frío y de espanto.

—Mami, mami, ¿no caerán también aquí las bombas?

—Aquí, no, cielo mío; duerme tranquilo...

El seísmo de las explosiones sacude la bóveda del túnel. La tierra brama como si se le retorciesen las entrañas. De pronto, un silbido feroz y, entre el derrumbamiento de piedras y hierros, aparece en lo alto de la bóveda un pedazo de cielo.

—¿Ve usted? Ya le decía yo que no hay sitio seguro. Lo mejor es quedarse en casa, y si le toca, le toca...

—¿Pero qué buscarán con tanto crimen?

—Lo que no van a conseguir nunca; no tenga usted cuidado.

—Yo antes quería que acabase pronto la guerra, fuese cómo fuese. Pero ahora no puede ser. Estos crímenes tienen que ser castigados. No podemos sufrir tanto para que después no les pase nada o sean ellos los que manden. No; prefiero mil veces que me destroce una bomba. Tenemos que vengarnos. Ya ve usted. Mi pobre marido ha muerto el otro día en el Prado. Nunca se había metido en política. De su trabajo a su casa, ésa era toda su vida. Le cogió una bala del avión que iba ametrallando, bajo, muy bajo, y lo mató allí mismo... Nunca le he hecho mal a nadie... Pero si pudiera ahogarles a esos criminales, les ahogaría con mis propias manos.

Tetuán de las Victorias arde como una fragua inmensa. Las chozas de sacos, leños y hojalatas, cuevas renegrecidas de mugre y moho, desmorónanse ardiendo. Los pisos caen uno encima de otro, en montón, crepitantes. Las paredes quedan en equilibrio, vacías, sujetando pedazos de techos, muebles perdidos que dan la impresión de rebaños dispersos entre los riscos. Airones de humo coronan la hecatombe. Una cama pende, enredada en los travesaños del suelo, y sobre ella, retorcido, con el vientre desgarrado, el cadáver desnudo de una mujer.

El vecindario huye, arremolinándose, por las callejuelas oscuras, como en la caída de Babilonia. Las mujeres entrechocan, los niños se enredan en las faldas de las madres, los viejos, temblorosos, levantan al cielo las pupilas que apenas ven. Ráfagas de fuego iluminan fugazmente el espacio. Caen los leños encendidos. Una catarata de ladrillos, piedras y cascotes se hunde, como sorbida desde el suelo. Tres mujeres quedan aplastadas por una barra de hierro que ha caído sobre ellas con la violenta inexorabilidad de un látigo. Entre el vértigo de humo, polvo, estruendos, la gente —manada furiosa— corre, revuelta, sobre los muladares, entre latas, harapos, papeles, estiércol, clamando venganza.

—¡Malditas sean vuestras madres, deslechados! ¡Maldita sea la leche que mamasteis!

—¡Cabrones, más que cabrones, hijos de puta, bajad aquí para arrancaros las entrañas!

El círculo de cuervos se amplía, roncando, sobre el panorama de la ciudad. Las explosiones parecen bramidos subterráneos. Lenguas de llamas guiñan al cielo. Tiritan los cristales de las ventanas. El estridente campaneó de las ambulancias atolondra las calles desiertas, oscuras, pavorosas. El reloj de Gobernación toca lento, en la noche, solo, como un vigilante amodorrado.

Dos mujeres cruzan, afanadas, de la calle de la Montera a la calle de Alcalá. Corren a refugiarse en un portal. El portero está sentado tranquilamente, resguardándose del aire frío.

—¿Podemos quedarnos aquí?

—No hay inconveniente. Pero les advierto que la casa está ardiendo por la espalda. Se lo digo para que no vayan a asustarse cuando lleguen aquí las llamas...

—Nosotras no nos asustamos ya de nada, portero. Nuestra casa también ha sido destruida... Nos hemos quedado sin nada ni tenemos adonde ir a estas horas. Cuando sea de día, veremos.

—Si no vienen otra vez y salimos peor. Ya han venido cuatro veces esta noche. Ayer fueron seis. Yo he resuelto no moverme de este sitio. A ver quién se cansa antes: ellos de venir o yo de esperarles. Todavía no pierdo la esperanza de ver colgados a unos cuantos de ellos en los árboles de la Castellana.

—Más que colgados, arrastrados por las calles...

—Los veremos, los veremos... Hay que saber esperar. Yo estaré aquí hasta que se queme toda la casa... No importa. Ríe mejor quien ríe el último.

Siguen, a intervalos, las explosiones, broncas, profundas. La luz pastosa del amanecer oculta el resplandor de los incendios. Toda la ciudad se endulza como si la humedeciera un baño de leche. Los rostros que salen de los sótanos, del Metro, de las cuevas tienen la demacrada palidez del insomnio torturado y anhelante. El trajín infunde, sin embargo, nuevo vigor a los nervios. Las mujeres componen otra vez las hileras de las colas. Los

panaderos terminan la faena. Comienza el ruido de los tranvías, la actividad de los autos, el repiqueteo vehemente de las ametralladoras. De tiempo en tiempo, desgarran, iracundos, los cañones.

—Ahora les estamos dando —murmura, soñolienta, una mujer de la cola—. Eso es por lo de esta noche.

—¡Mil cañones debíamos tener para hacer polvo a esos bandidos!

—¡Anda, que no crea usted!... Serán pocos los que tengamos, pero digo, que ya les están dando lo suyo...

—Machacarlos es poco.

Dos escuadrillas surcan, luminosas, irradiando brillos de plata, los mantos de nubes. Todas las miradas corren vacilantes tras la línea movediza del vuelo. ¿Qué ocurre? Unos a otros se miran las caras, interrogándose en silencio.

—Ya, claro —profiere, autoritario, un hombre—, no hace falta que toquen las sirenas...

—¡Qué sirenas! ¡Son nuestros!

—¿Nuestros?

—¡Sí! ¡Mírelos! ¡Blancos! ¡Ya tenemos aviones!

—¡Nuestros! ¡Nuestros!

El grito brinca como una explosión de mil chorros. Los chiquillos aplauden llenos de temblores febriles. En las ventanas agólpanse las caras palpitantes, sonrosadas de alegría. Los automóviles detienen la marcha para batir el vítor clamoroso de las bocinas.

—¡Que vengan ahora! ¡Que vengan!

La ciudad siéntese llena de seguridades. Cada transeúnte, cada vecino, las mismas cosas experimentan una sensación de confianza, de poder, de indiferencia ante el enemigo. Los aviones envuelven la ciudad en sus giros, baten alegremente los tejados y se pierden en el confín. El cielo

queda vacío, dramático. Cuando regresan los aviones fascistas, los nuestros vienen tras ellos, devorando el infinito. El espacio se llena de zumbidos y trepidaciones. Los aparatos suben, bajan, revuelven, cruzan, enredados en el aire. De pronto cae una tea vertiginosa, batiendo su cola de humo. Otro avión humilla la cabeza y vira hacia el suelo con el dislocado brinco de un nadador. En las calles, las plazas, las azoteas, los balcones, los parapetos levántanse millares de manos convulsas, que agitan al viento clamores de victoria.

Hidalgo de Cisneros, en la Jefatura de Aviación, escucha, nervioso, al teléfono.

—¿Falta todavía uno? Avisadme en cuanto llegue.

Es el único aviador nuestro que no regresa. Tres aviadores italianos están prisioneros de Madrid; siete aviones fascistas han perecido contra nuestro suelo. La gente que corre en bandadas a recoger los despojos, entrega después los hierros retorcidos, las hélices, las inscripciones alemanas e italianas en la exposición de «Altavoz del Frente», para que Madrid contemple los trofeos del triunfo.

Nuestro aviador ha caído en terreno faccioso. Muchos le han visto caer, preso del paracaídas, agitando desesperadamente las piernas, como si buscara impalpables senderos hacia su campo. Dos días después Madrid asiste al más horroroso espectáculo de barbarie. Un avión fascista cruza al soslayo, de estampida, y arroja sobre la ciudad el paracaídas, que trae una caja lacrada, y dentro de ella, cortado en trozos, el cuerpo del aviador.

La multitud yergue, silenciosa, el homenaje de sus puños.

—Es el odio, el despecho de la derrota.

—Cien muertes son pocas para vengar este crimen.

—Nunca más debemos tener piedad de ellos.

—Esto es el fascismo.

Madrid está desgarrada, sangrante, rota por el martirio. Pero no se rinde.

3. Héroes.

Desde la mole del Hospital Clínico cae sobre los parapetos una tempestad de metralla. Nuestros cañones lanzan contra ella sus disparos más precisos, más ardientes. Pero el gigantesco edificio resiste, impasible, la balumba de fuego. Las ametralladoras acribillan sus paredes; las bombas de mano, que los combatientes llevan a gatas hasta el borde de los muros, destrozan los ladrillos: la mole queda, sin embargo, enhiesta, incommovible sobre la solidez granítica de los cimientos, alta y poderosa, dominando el panorama como el esqueleto de un circo romano.

Tras los muros de sacos terreros, desde los huecos tracomatosos de las ventanas, moros y falangistas pueden acometer nuestras líneas sobre seguro en un combate interminable, de todo el día y toda la noche. La Ciudad Universitaria se ha convertido así en el nudo central de la defensa. Madrid cierra allí con toda su sangre, con todo su heroísmo. No cuenta los hombres que caen, el caudaloso tributo de sus vidas; sólo cuenta las horas que van pasando sin que el enemigo logre romper la resistencia. Los hombres entregan así sus vidas con esa idea obsesionante clavada en la mente: la misma idea de Julio, el no pasarán, transformado en la única razón de existir. Por cada hombre que flaquea, por cada combatiente que se dobla por la muerte o el cansancio, hay en seguida diez para sustituirle. Las trincheras que sostienen la resistencia son al mismo tiempo panteón de héroes y barricadas, donde los defensores apoyan su fe y su decisión de lucha en la fe y la decisión de los caídos.

Aquellos parapetos resumen la significación heroica y universal de la defensa. Entre sus piedras se baten, junto a los milicianos de Madrid, que sostuvieron los primeros ataques, los vascos, los catalanes, los internacionales, la fuerza democrática del mundo; Babel gloriosa, donde, sacudida por la muerte, el ansia eterna de libertad y bienestar, lo más profundo y constante del hombre, se enfrenta con la furia desatada de la barbarie, y la contiene.

Una mañana, cuando más encendido está el fragor de la lucha, el cuerpo macizo de Durruti se desploma serenamente, atravesado el corazón. En sus labios queda palpitante, cortada por la muerte, la arenga que incitaba a

resistir, a pie firme, hundido en la tierra, los embates fascistas; a cumplir más, más todavía, más allá de todos los heroísmos, el deber proletario de cerrar el paso al enemigo.

Otro día cae Hans Béimler. El odio de Hitler hiere allí al hombre que no pudo aniquilar en la ergástula de Dachau; la garra fascista coge, por fin, a su víctima. Pero no puede destruir más que la imagen humana. El aliento generoso del pueblo alemán, la fuerza que paraliza el ímpetu devastador del fascismo, sigue enfrente, poderosa, irreducible, en los fusiles de los soldados españoles, alemanes, franceses, de todas las nacionalidades, que guardan los parapetos de la Moncloa. Hans Béimler cierra los ojos, seguro de que sobre su cadáver no pasarán las hordas fascistas. La legión organizada por él, alentada por su ejemplo y su vida, aprieta filas en Madrid por España, por Alemania, por el mundo, por la gloria de la Internacional.

La Ciudad Universitaria bebe, insaciable, la sangre de los héroes. ¿Qué más gloriosa enseñanza, qué más alto magisterio? Allí está la lección viva del dolor y el anhelo de los hombres; allí está la humanidad entera conquistando su destino. ¿Quién pudo imaginar jamás que esas aulas serían hoy el crisol de una vida nueva, el ara de la liberación de los pueblos? España inmola en ella sus mejores juventudes, lo más rico de su sangre y de su espíritu.

—Ahora se aprenden muchas cosas en la Ciudad Universitaria —ha dicho, con intuición maravillosa, una pobre mujer, transida de pena, que lloraba sobre el cadáver de su hijo.

Sí, en efecto: aquellas piedras abrasadas enseñan la más noble lección de la vida. Enseñan a defender la independencia de la patria, la solidaridad de las aspiraciones comunes, la unión de los hombres que, sobre las fronteras y las ideologías, quieren la libertad y la felicidad humanas. Enseñan también la fuerza de las masas, la potencia del pueblo que se decide a luchar intransigentemente contra sus enemigos. Lo enseñan con la muerte, con el sacrificio inmenso de los hombres que caen, de los hombres que les reemplazan, de los que esperan, impacientes, el turno de gloria y de los que, al fin, cumplidas las jornadas, sonrían alegres al triunfo.

Un día llegarán hasta aquí las muchedumbres libres y dichosas a levantar un bosque de puños en honor de los caídos, a cubrir de banderas y canciones el campo donde está defendiéndose hoy la suerte feliz de España. Entonces, este suelo, ahora embebido de sangre, en cuya miga espesa los héroes afirman la planta hasta la muerte, será sagrado.

4. Trincheras de cemento.

Terminaron las rabiosas embestidas. Los adversarios míranse cara a cara, fatigados, como dos gladiadores que recobran fuerzas. Cada uno permanece inmóvil en sus posiciones. La batalla se ha congelado de pronto y las líneas forman un enredo de garabatos sobre la tortuosa superficie del campo de batalla.

Mientras reposan los combatientes, ojo alerta al enemigo, el ejército de albañiles emprende su labor. Armas distintas luchan ahora en las trincheras. La tierra se fortifica con el hierro; miga de cemento aprieta las piedras negrecidas por el combate. Los parapetos temblorosos que han resistido los huracanes de la ofensiva, van convirtiéndose en muros macizos, desde cuyas troneras, las ametralladoras, bien abrigadas, cierran los senderos con hilos de balas.

Día y noche estremece la tierra el trajín incesante de los hombres que cavan, que ahondan el surco de la defensa. Las palas y los picos son más insaciables que los fusiles. Escarban el suelo con voracidad de topos. Cada vez más adentro, más adentro, hasta encontrar la planta del enemigo. Vuela entonces la mina y rompe en mil pedazos la trinchera fascista. Madrid oye de repente algo como el derrumbamiento de una montaña. Todos sus nervios vibran con los temblores epilépticos de la explosión. La gente levanta los ánimos en vilo. Pero los combatientes permanecen serenos, sonrientes, esperando que se disipen las nubes de polvo para distinguir los estragos de la hecatombe.

El enemigo no tiene ya suelo seguro. Del fondo mismo de la tierra, del propio vientre matriz de España, salen ahora, sigilosos, los golpes contra él. No puede reposar ni dormir tranquilo. Cuando menos lo espera, el suelo que le sostiene da un barquinazo feroz, y hombres, piedras y máquinas vuelan hechos trizas.

Los zapadores han construido dentro de las trincheras una enredada urdimbre de catacumbas. Los túneles trazan en el subsuelo caprichosas geometrías. Poco a poco los refugios adquieren comodidades y ambiente de grandes estancias. Los comisarios los dotan de libros, los soldados ilustran las paredes con fotografías y grabados. Mientras en la superficie se promueve, imperioso, el escándalo de las ametralladoras, los combatientes discuten los problemas de la guerra, las aventuras de los últimos permisos, entre la rítmica algarabía de la radio y el gramófono.

Pero el Estado Mayor exige que las trincheras levantadas por la propia lucha se ordenen y sometan a una coordinación táctica. Ortega estudia el esquema, más que sobre los planos, sobre el terreno mismo. Apenas despunta el amanecer, sus hombres, rastreando entre las malezas, hincados por el hielo de la mañana, caen, con un salto de tigre, en las posiciones enemigas. Es un zarpazo rápido y eficaz. Las bombas de mano estallan en cien luces. Docenas de cuerpos quedan inútiles. La trinchera puede entonces eludir la curva, afirmarse sobre la tierra que un día antes pisaban los mercenarios o cerrar el lomo de la colina.

Así van quitándole al fascismo, de bocado en bocado, el suelo que ocupa. Nuestras líneas se ensanchan, suben las cuestas, flanquean al adversario. Ortega sigue, incansable, la estrategia del golpe certero y repentino. Los facciosos rinden, por fin, el ánimo. Un espeso enjambre de zapadores fortifica también sus líneas, las fija con hierro y cemento, renunciando al ataque.

De una a otra trinchera óyense las voces, el murmullo de la charla, los rumores del ajetreo militar.

—Camaradas, soldados —dice en la noche, desde nuestras trincheras, la bocina de «Altavoz del Frente»—, pasaos a nuestras filas. Aquí combatimos los verdaderos españoles, los que no hemos vendido España al extranjero. ¿Sabéis quiénes son vuestros jefes, los que os obligan a luchar contra vuestros hermanos? Los mismos que han entregado España a Hitler y Mussolini; los que quieren que sigáis ganando en el campo jornales de dos pesetas; los que han asesinado a millares y millares de obreros, de republicanos, de antifascistas; los que han traicionado al pueblo. Venid con nosotros, con vuestros hermanos. Nuestros soldados

ganan diez pesetas, la República ha repartido las tierras a los campesinos, los obreros pueden discutir libremente en sus sindicatos, todo el pueblo goza de la más amplia libertad. ¿Qué ocurre en la zona facciosa? ¿Cómo vivís vosotros? ¿Cómo viven vuestros padres? Sois más esclavos todavía que antes; el terror fascista ha suprimido todas vuestras libertades, ha clausurado las organizaciones obreras, destruye a sangre y fuego la libertad de pensamiento, impone el dominio de los terratenientes, los jornales de hambre. Venid, con nosotros, camaradas, soldados, españoles. Aquí está la verdadera España, la España que lucha por su independencia; aquí os recibiremos como hermanos. ¡Pasad, hermanos, a nuestras filas!...

El silencio profundo de la otra trinchera se rompe intempestivamente con un frenético traqueteo de ametralladoras y morteros. Los proyectiles revientan, impotentes, contra los muros. Apenas mitiga el estruendo, una voz enardecida, quebrada por la emoción, vibra como un trueno sobre el enemigo:

—¡Creed, camaradas, lo que os ha dicho el comisario! Es cierto. Yo soy uno de vosotros. Aquí estamos entre españoles. Madrid no lo tomarán nunca. Ésta es la verdadera España Aquí hay libertad, todos somos hermanos. Pasaos, como me pasé yo. Matad a los jefes traidores que os obligan a combatir contra vuestra patria...

Gritos de rabia mézclanse entonces a los disparos:

—¡Silencio, rojo miserable! ¡Hijo de puta! ¡Canalla! ¡De aquí no se pasa nadie! ¡Ladrones! ¡Ya entraremos en Madrid! ¡Os mataremos a todos!

Nuestros soldados permanecen tranquilos, quietos, observando. El fuego y los gritos continúan largo rato. Luego comienzan a declinar, a desvanecerse en el silencio helado del bosque. El airecillo trae palabras dispersas, rumorosas.

—Reforzad las guardias... vigilancia... disparar en seguida... Debemos informar... hombres seguros...

Todos los ecos van apagándose. Los soldados de nuestras trincheras siguen esperando, sin hablar, la mirada hundida en el trozo oscuro que

separa las líneas. Pasan los minutos en una quietud profunda. Entre las hierbas húmedas insinúanse de pronto unas sombras movedizas, larvadas, que se arrastran cautelosamente. Los soldados las distinguen apenas. Pero las aguardan llenos de zozobra, la respiración suspensa, ayudándoles con el aliento.

Cuando caen, como fardos, dentro de nuestras trincheras, del otro lado vuelven los tiros inútiles. Los soldados abrazan a los desertores, les interrogan, les ofrecen pitillos.

—¿De dónde eres?

—¿Habéis oído al comisario?

—Toma tabaco.

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué fuerzas hay allí?

—Siéntate.

—¿Hay gente de Andalucía?

—Ya se ve que no coméis.

—Fuma.

—¿Tienes frío?

—¡Dejadlos que respiren!... Hala. Venid por aquí...

Los soldados siguen mecánicamente al guía, mirando, sorprendidos, las caras, los vericuetos, el tumulto que les rodea. Vienen a incrementar, hombre a hombre, las tropas españolas, del mismo modo que los golpes seguros de Ortega aumentan, palmo a palmo, la reconquista del territorio.

5. Normalidad bajo los obuses.

Cierran los cañones fascistas contra la ciudad. Desde el monte Garabitas, virando sobre plataformas de acero, las baterías enemigas avientan una

lluvia de obuses. El silbido de los proyectiles teje una red de hilos en el espacio. Tiemblan las calles como sacudidas por el vendaval.

—Ya van cuarenta —dice, sosegada, la mujer que atiende a los menesteres del desayuno.

—Hoy tienen trazas de zumbar fuerte.

El marido continúa lavándose, indiferente al trepidar de las paredes. En todos los cuartos hay la misma quietud. Las mujeres prosiguen atentas al quehacer de las manos. Los ruidos habituales de la calle sincronizan con las explosiones. En los coches del Metro, hombres y mujeres, hacen el camino a las fábricas, a los talleres, a las oficinas.

—¿Bajáis en la Gran Vía? Tened cuidado... Parece que están castigándola en serio...

—Ya, ya... Parece que el frente estuviera en la Telefónica.

Algo hay de cierto. La Telefónica es una colmena tranquila e incansable. Los obuses estallan en los ventanales, en tanto que en los pisos bajos, en los sótanos, las muchachas, los empleados, los obreros, absortos en la faena, agitan las manos nerviosas sobre los cuadros, conectan, responden, desparraman la voz de Madrid sobre el ámbito de Europa. No importa que caigan los cristales, las cornisas, los artesonados. Los teléfonos siguen funcionando. Funcionan con febril agitación de guerra, disparando también con tanto heroísmo como los fusiles. Desde los pisos altos se divisa el agujereado panorama de la ciudad. Techos derruidos, edificaciones destrozadas, boquetes espantosos, azoteas suspendidas en el aire. Pero los teléfonos no se alteran. Cuando las bombas rompen algún cuadro de transmisión, allí mismo, sobre el polvo del bombardeo, entre los escombros de la metralla, los trabajadores comienzan a repararlo, a ponerlo otra vez en marcha.

—Sería conveniente trasladar el servicio internacional a los sótanos, porque ya han caído muchos obuses en este piso y puede venir uno y destrozar los aparatos.

Es la única atención que los trabajadores de la Telefónica prestan al bombardeo. Lo mismo ocurre en las fábricas. Sobre el clamor desgarrado de los obuses, los obreros continúan febrilmente el trabajo. Las muchachas de las industrias de guerra sonríen, despectivas, cuando retumba el estallido cercano.

—Vienen buscándonos...

—Pero me parece que no nos van a encontrar...

La misma confianza en los transeúntes. El pueblo ha trazado el espontáneo acotamiento de las calles. Las veredas donde estallan los obuses permanecen vacías y solas mientras dura el bombardeo. En las veredas contrarias se forman, en cambio, grupos nutridos de espectadores. Cada explosión promueve ardorosos comentarios.

—¿Eh?... Mire, mire... ¿Qué le decía yo?... ¿Ve usted cómo van corriendo el tiro hacia la Cibeles? Ahí lo tiene usted: ya le han dado a esa casa. Tenga usted la seguridad de que dentro de diez minutos caerán en el Banco de Vizcaya o más allá...

—Fíjate, fíjate... Ése ha caído bastante bajo.

Todo el centro de la ciudad da la impresión de haberse inclinado sobre un flanco. Los tranvías, los coches, los transeúntes, el trajín íntegro de las calles se desarrolla por una de las veredas, por la vereda que la observación popular ha señalado como más al resguardo de los proyectiles. La zona acometida queda al margen de la actividad, entregada, sin vida, al feroz ataque del enemigo. Desde los portales del otro lado los grupos siguen atentos los estragos del bombardeo.

—Aunque no caigan a este lado —advierte un prudente—, la metralla puede alcanzarnos... Sería mejor meternos en el portal...

—¡Bah! Yo estoy cansado de ver estos bombardeos... Puede caer, yo no le niego la razón... Pero también puede caernos esta noche en la cama o en cualquier otro momento... ¿Y qué?

—Hombre, ya lo sé. Sin embargo, las precauciones no están de más...

—Siempre que no tomemos tantas que puedan parecer miedo... No, si hay por aquí espías, que no sería raro que los hubiese, ya verán, ya, que Madrid no se asusta por obuses más o menos...

El estruendo del obús que no explota estremece la calle con mayor fuerza que las explosiones. Salta sobre el pavimento como un pescado, huye con brincos convulsos y se detiene, al fin, humeante, al borde de la vereda. La gente corre a formarle corro. Cuando el técnico de artillería le extrae la espoleta y lo deja yerto e inofensivo, uno de los presentes lo levanta en brazos y lo muestra al corro, igual que si fuera un lobeño recién nacido.

—¿Sabéis que significa esto, camaradas? Ésta es la obra de la solidaridad internacional antifascista. Los que viven en esa casa le deben hoy la vida a un obrero alemán, al obrero que ha fabricado este obús y que dejó corta la espoleta para que no explotase...

—Eso es verdad —afirma otro.

—Todos los alemanes no son Hitler ni los bandidos que están en la artillería y los aviones de Franco. Los obreros alemanes, aunque el terror les impide decirlo, están con nosotros. Aquí tenéis la prueba.

Uno de los obreros presentes grita:

—¡Viva Thaelmann!

Todos, hombres y mujeres, repiten a coro:

—¡Viva!

Entre tanto, los obuses que no han podido ser neutralizados por los obreros antifascistas alemanes, continúan reventando sobre los tejados, contra el quicio de las ventanas, en el interior de las habitaciones. Pero la gente sigue, imperturbable, la labor del día.

—Continúa el jaleo...

—No te preocupes; hoy tenemos zambombazos para rato.

—Ya deben haber disparado más de trescientos...

—Quizás... No son muchos... El otro día fueron mil y pico...

De súbito promuévese revuelo de gritos y protestas en un portal. Las mujeres esgrimen, indignadas, los puños y se niegan a escuchar las explicaciones de los guardias.

—Hemos dicho que no, y basta. De aquí no sale nadie... ¡Nos ha fastidiado! Si hay orden de evacuación, como si no la hay... ¿Estáis enterados?... Nosotras somos de Madrid y morimos en Madrid... Nada más.

Los guardias tratan de convencerlas, de explicarles la conveniencia de la evacuación, de presentarles el peligro de los bombardeos, incluso de recordarles las víctimas que ha sufrido el barrio. Pero las mujeres no se doblegan. Contra los argumentos de los guardias, oponen, tercas e irreductibles, la resistencia de sus gritos y ademanes.

—Escucha, salado —le dice, por fin, al jefe de la patrulla de evacuación, sobreponiéndose al tumulto, una mujer que echa adelante el gesto sesgado—. En esta casa, que es tuya, si te place, vivo yo hace veintisiete años, cuatro meses y cinco días. ¿Te has enterado? Pues de esta casa, la hija de mi madre no sale sino con los pies p'alante. Y si caen obuses, que caigan. Dile, digo, a quien te manda llevarnos fuera de Madrid, que aquí, vamos, las presentes, no nos preocupamos poco ni mucho de los obuses. Y ya sabes lo que se canta: con esos obuses, las mujeres de Madrid nos hacemos orinales... Para que beba Franco y toda su jodida parentela... Y no hay más que hablar.

—Vamos, que ni arrastrada salgo yo de Madrid —profiere otra.

El bullicio continúa aún después de marcharse los guardias. Las mujeres prosiguen el comentario en los descansillos de la escalera, en la puerta de los pisos, en los recibidores. Dos de ellas lo llevan hasta las habitaciones. Mientras hablan comienza, muy cerca, en el frente, el traqueteo de las ametralladoras.

—De tu mirador deben distinguirse muy bien las trincheras, ¿verdad?

—Sí, pero no te asomes. Dentro de un instante comenzará a caer allí una granizada de tiros... Todos los días es lo mismo... Parece que la han tomado con este mirador...

—En mi casa ocurre igual... Las maderas del balcón parecen celosías...

Con la misma indiferencia sigue el trabajo, el vaivén agitado de la ciudad. Las baterías de Madrid responden denodadamente al bombardeo. El pueblo distingue las explosiones de los disparos.

—Ahora zumban los nuestros...

Las máquinas ruedan más aprisa; los martillos centellean sobre las planchas metálicas; las lanzaderas devoran el hilo; canta la planchadora; las bocinas de los camiones azuzan el tráfico; aletean, vertiginosas, las letras de la «Underwood»; zumban aceleradamente los motores; los estajanovistas aprietan más y más los músculos sobre las palancas, al mismo tiempo que los soldados de las trincheras apresuran las palpitaciones calientes de la ametralladora y los artilleros jadean entre el humo de los disparos. Hombres y mujeres disputan generosamente el heroísmo, sin alardes, conscientes de la magnitud histórica de sus vidas. Muchachas que apenas inician la actividad social sienten ya el orgullo natural y sencillo de ser las primeras trabajadoras de las fábricas, de producir más, de luchar también por España. Obreros envejecidos en las organizaciones sindicales transforman su entusiasmo en energía para dar mayor esfuerzo, para ascender al rango de los más abnegados, de los que producen más y luchan, por ello, mejor. Hora tras hora los tranvías recorren los itinerarios normales, hasta el borde mismo de las trincheras; noche tras noche, bajo los obuses y las bombas, los panaderos fabrican el pan de la ciudad. Ante ningún dolor, ante ninguna pesadumbre flaquea el ánimo del pueblo. Madrid soporta naturalmente el ciclón de la guerra. Las bombas le incitan a levantar con mayor fuerza, con más decidido empuje su silueta indomable. Trabaja, vive, lucha. El torrente de fuego no consigue aminorar el ímpetu poderoso de su energía, de su decisión, de su fe.

En las calles, llenas de transeúntes, bullen todos los ajetreos de la guerra, de la producción, del entusiasmo. Fiebre de combate. Pero los mismos que van distraídos, presas de la preocupación, corren presurosos a nutrir la

multitud que aplaude, frenética, al paso de Miaja, símbolo de la fuerza de Madrid, del temple que no cede, que sostiene su dureza contra todos los embates del fuego y la metralla enemigos. Su presencia enardece al pueblo, a los combatientes, en la calle, el teatro, las trincheras, dondequiera está, porque representa la voluntad de «resistir sin ceder un palmo de terreno», a toda costa, hasta el último sacrificio.

Madrid no se rompe, no se dobla. La presión desesperada del fascismo le ha endurecido las carnes. El temple del pueblo es tan recio como los muros de las trincheras. ¿Qué han conseguido los crímenes de los aviones, qué consigue el destrozo de los obuses? Con sus heridas al sol, como un guerrero mítico, la ciudad permanece firme e invariable en la pelea. Están cerrados los caminos. Como en las Termopilas, como en retrogrado. La consigna de Julio aun percute en las paredes y en los corazones. La furia fascista puede echar abajo más piedras todavía, puede destrozar más casas y acumular mayor número de cadáveres. Madrid sigue en pie, fuerte sobre sus propias ruinas, duro contra los más desesperados embates. Cuando pasan, solemnes, los muertos, el pueblo repite en sus puños el juramento permanente: no rendirse jamás; no desmayar nunca el brazo de hierro que ha contenido al fascismo. Y aquí están, bajo la tormenta de obuses, serenas y laboriosas las masas del interior, firmes en los parapetos los soldados e inmóviles las hordas fascistas. Las banderas que esperaban batir sobre las cúpulas de la ciudad han caído desmadejadas, mustias, vencidas. En cambio, sobre las calles de Madrid, sobre las trincheras invulnerables, siguen flotando los estandartes victoriosos del pueblo.

GUADALAJARA

I

1. Franco no puede más.

Hitler y Mussolini han lanzado al mundo un reto espectacular e insolente: han reconocido a Franco. El gesto parece un desafío a la democracia universal, y, en efecto, lo es, teóricamente. En la realidad no significa nada. ¿Para qué le sirve a Franco el reconocimiento sin un Estado donde darle eficacia? Las pérdidas, al cabo de tres meses de tentativas infructuosas, son muy duras para los dictadores fascistas. Ambos creyeron, sin duda, que el «prestigio» del reconocimiento iba a facilitar la victoria de Franco. Pero las balas españolas han seguido castigando a los facciosos con la misma tenacidad, tan obstinadas como antes. Hitler y Mussolini se encuentran ahora abiertamente comprometidos en una empresa desventurada. ¿Cómo seguir alentando y sosteniendo un gobierno ficticio, una sublevación impotente para vencer la plaza decisiva?

Franco ha recurrido a todas las posibilidades de la barbarie; sus empresarios le han proporcionado armas, técnicos, instrucciones militares, prisionería internacional; la reacción española desesperada, ha entregado su propia sangre: todo por la conquista de Madrid y, sin embargo, Madrid continúa, como en noviembre, inaccesible al fascismo. Los ejércitos facciosos se han quedado en las posiciones de los primeros días, quietos, desangrándose, sin dar un paso adelante. Ante ellos, bulliciosa y febril, la ciudad codiciada, más fuerte cada día, endurece la resistencia, a veces, incluso, hasta con alardes de humorismo. Cuando Mola, fiándose de la pavorosa eficacia del terror, prometió tomar café en Madrid ocho días más tarde, las muchachas de una fábrica le instalaron mesa y taza en la Puerta del Sol.

Madrid sabe que no lucha sólo contra Franco: que lucha también contra Hitler y Mussolini, contra la reacción universal. ¿Qué puede importarle el reconocimiento claro y público de la intervención fascista, si aquí, ante sus ojos, están los aviones y los carros de guerra alemanes e italianos? Jamás ha ignorado quiénes son sus verdaderos enemigos, los que sostienen y alientan el ataque contra España. El acto de Hitler y Mussolini no ha hecho

más que darle mayor claridad a la lucha, desvanecer los últimos remilgos diplomáticos y satisfacer en cierto modo la ruda sinceridad de este pueblo, que le gusta tener siempre sus enemigos al frente, cara a cara, en combate abierto.

Aunque la prensa fascista gasta raudales de tinta en el canto al reconocimiento, las trincheras de Madrid no se conmueven. Los combatientes saben muy bien que lo más duro del fascismo no son los artículos de periódico y los gestos diplomáticos, sino aquel poderoso volumen de fuerza militar que poco más allá de las calles de la ciudad está parado, sin moverse, sujeto por las armas del pueblo. Es allí donde el realismo popular hinca la mirada, donde comprueba el poder de la resistencia y verifica la derrota de Franco.

Estimulado por el triunfo, Madrid renueva y vigoriza sus esfuerzos. Aumenta el afán guerrero. Grandes masas de trabajadores adquieren la instrucción militar; la propia influencia del pueblo impone mayor disciplina a las tropas, y presiona por la organización del Ejército Popular. Un nuevo documento del Partido Comunista, «El camino de la victoria», cuyas ideas esenciales arraigan en la conciencia de las masas, orienta al pueblo. El trabajo acelera su ritmo. Surgen numerosos estajanovistas, trabajadores de choque, punteros de la retaguardia, que adoptan entusiásticamente un nombre que no corresponde al estado actual de la producción, pero que expresa el anhelo de dar más y más a la lucha.

2. Los alemanes toman el negocio por su cuenta.

Pero los empresarios fascistas, después de haberse enfrentado al mundo y comprometido algo de su suerte, no pueden resignarse al fracaso. Por lo menos, antes de haber intentado ahogar en sangre la resistencia popular. Los técnicos alemanes consideran el caso. Madrid podrá contener el avance de Franco, humillar ante sus puertas las legiones de moros, falangistas y requetés; pero ahora se trata del poderío alemán, de acometidas más poderosas, superiores elementos de ataque y una decidida empresa de invasión.

Hitler, claro es, no conoce la historia de España. Las terribles muchedumbres que han llenado de heroísmo los parapetos de Madrid,

aunque los técnicos alemanes las menosprecien, son las mismas que muchas veces en el curso de los siglos, para defender la independencia de su patria, enraizaron los pies en la tierra y se dejaron pasar por encima, impávidas, el huracán de la muerte.

Este dato debían meditarlo bien. La resistencia de Madrid tiene un aliento legendario. Jamás los invasores han encontrado fácil el dominio de las tierras españolas. Algunas veces el extranjero ha conseguido dominar y explotar las piedras conquistadas, pero nada más que las piedras. Los hombres han muerto como en Sagunto y Numancia, abrasados, sin rendirse, entre sus paredes, o han continuado ochocientos años la lucha contra los moros o se han batido sin descanso, tras las escarpaduras de los riscos, al borde de todos los senderos, hasta expulsar al ejército de Napoleón.

Los técnicos calculan mal las probabilidades. ¿Serán suficientes la técnica y el armamento para aniquilar la resistencia del hombre ligado al suelo, fundido en su miga, apretado con él hasta la muerte? Por lo pronto, el ruido de las nuevas armas, del imponente mecanismo de guerra alemán no empaña el rostro de Madrid. La ciudad espera, tranquila, dedicada a sus afanes, el momento de las grandes pruebas.

—¿Te has enterado? —comentan los obreros, sin apartar las manos de la máquina—. Han traído tropas alemanas.

—Ya lo he leído.

—Eso es para intentar un nuevo ataque contra Madrid.

—A ver.

—No creo yo que los alemanes resistan más que los moros...

—Ya lo veremos.

Las gentes, que han adquirido la costumbre de rechazar los ataques fascistas, tienen ahora la suficiente parsimonia para enjuiciar objetivamente las tentativas del enemigo. Lo más duro de la resistencia de Madrid ha llegado a ser la serenidad y la confianza del pueblo ante el incremento de las fuerzas invasoras. Los hombres que muy pronto tendrán

que enfrentarse con éstas las calculan, las miden, valorizan sus posibilidades, y las definen como si fuesen lejanos espectadores de la contienda. El estruendo de las armas enemigas no les amilana. Si el fascismo quiere ganar la batalla, tiene que ganarla en el propio campo de lucha, donde los defensores de Madrid le esperan confiados, seguros, sin dejarse aturdir por los ruidos preliminares.

Pero el tecnicismo alemán no renuncia a su viejo estilo. Sigue utilizando los aspavientos del terror. No ha recogido la experiencia de los bombardeos. Un pueblo que ha resistido sin rendirse las trombas espantosas de los aviones, no es capaz de doblegarse al aparato inicial de una nueva ofensiva. Los alemanes no lo comprenden. Han asumido la dirección del ataque, desplazando a los generales fracasados, y procuran hacer el mayor estruendo posible. Las armas llegan públicamente a los puertos facciosos; desde las trincheras de Madrid se percibe, distinto, en las líneas enemigas, el áspero acento alemán. Tropas y armas exhiben con la pueril intención de causar miedo antes de combatir.

Las huestes invasoras se han dado un nombre de presa: «Legión Cóndor». Contra las intenciones alemanas, el simbolismo es justo. Ningún ave de rapiña es más pesada, más torpe e inútil que el cóndor para eludir la agilidad del cazador. Sus garras son, efectivamente, las más poderosas del aire; pero los hombres aprovechan la inercia de su volumen y lo cazan a lazo.

Madrid puede realizar la hazaña.

3. Trombas sobre el Jarama.

Desde el primer momento los alemanes renuncian a ir directamente sobre Madrid, al asalto de sus calles. Quieren cortar las comunicaciones, sitiarse, encomendar al hambre lo más importante de la conquista. El fascismo declara así su convencimiento de que la ciudad no puede ser tomada sino cuando sus defensores hayan caído, exhaustos, vencidos por la muerte.

El ataque se dirige hacia la carretera de Valencia y pretende establecer el cerco, un cerco que puede durar muchos meses, como duraban las

huelgas sin subsidios, antes de que los fusiles caigan de las manos desfallecidas de los combatientes.

Madrid está curtido en la resistencia del hambre. Es precisamente el combate que le ha dado mayor dureza al temple del pueblo. Siglos enteros lo ha soportado sin rendirse, sin entregar nunca, vencido por ella, la cerviz al enemigo. Los alemanes, que intentan ahora una ofensiva tan experimentada a través del tiempo, colocan la lucha en un terreno en el que las masas madrileñas saben combatir intransigentemente hasta la victoria.

Las márgenes del Jarama tiemblan ante el empuje de los invasores. Bandadas de aviones oscurecen el cielo, descargando, impasibles, trombas de metralla. La artillería de grueso calibre destroza el suelo donde los defensores han levantado parapetos tan endebles como los de Noviembre. Después que las bombas desgarran la tierra, sobre los escombros, por encima de las tortuosidades volcánicas del campo, avanza, denso y ciego, el torrente alemán. Nuestros combatientes no pueden resistir la ferocidad de las acometidas. Devorados por la tormenta de fuego, caen, rotos en pedazos, con las mismas piedras que los amparan.

El avance tiene la potencia de un río de lava. La masa formidable invade y sigue adelante, como un rodillo, sobre todos los obstáculos. Poco importa que los sobrevivientes del cataclismo, refugiados en los hoyos del bombardeo, continúen, tenaces, la lucha y acribillen los pelotones de asalto. El fascismo no ahorra carne. Por encima de los muertos, por encima de los ayes moribundos, siguen avanzando, en formación cerrada, los diez mil hombres que han recibido la orden de cerrar Madrid, de imponer la soledad y el hambre al pueblo hasta que se rinda.

El empuje del invasor arrolla nuestras posiciones de primera línea. Pero inmediatamente después los cálculos alemanes comienzan a fallar. Aunque lanzan al asalto enormes contingentes, ciegos de obediencia; aunque los aviones y los obuses sostienen un bombardeo infernal, los atacantes no consiguen acercarse a la carretera de Arganda tan pronto como lo habían previsto. Nuestros combatientes se renuevan incesantemente; los que caen, los que no pueden tenerse más, son

remplazados por los que vienen de las otras trincheras de Madrid, conscientes de la magnitud del combate y experimentados en el ejercicio de resistir hasta la muerte. Estos contienen el avance. La mayor parte de los pelotones enemigos, filas enteras, quedan tendidas sobre el campo.

Ya no están solamente en peligro los planes de la ofensiva: lo están también el prestigio de la técnica alemana, la potencia fascista, las ambiciones de Hitler. Contra todo ello se sostienen sin desmayo los fusiles españoles. ¿Cómo romper la obstinada resistencia? Ante la incapacidad de las masas de ataque, los alemanes utilizan los recursos de la «Gestapo». Nuestros soldados encuéntrase de pronto sin municiones.

—¿Quién dice que no tenéis cartuchos? —protestan los encargados del aprovisionamiento—. Mirad.

Efectivamente, muy cerca, al alcance de los combatientes, hay grandes rimeros de cajas. Sólo que los cartuchos no corresponden a los fusiles. Los organizadores del sabotaje conocen bien las diferentes armas de nuestro ejército, saben cómo están repartidas entre las unidades y les ha costado poco trabajo cambiar las direcciones de los envíos. El desbarajuste se produce en el momento preciso en que están tomándose nuevas posiciones y el enemigo ataca con mayor furia. Todas nuestras líneas están minadas por la traición. Cada hora aparece un nuevo sabotaje. Las ametralladoras enviadas a un sector, llegan al sitio donde están a punto de caer en manos del enemigo. Grandes depósitos de armas continúan en lugares peligrosos.

Muy pronto nuestros soldados advierten que la traición les ataca por la espalda. De todas las unidades salen inmediatamente mensajeros a informar de lo que ocurre. Madrid no vacila, no duda. Ante el nuevo ataque, emprende también, por su cuenta, la ofensiva. En el ministerio de la Guerra, en el cuartel del Quinto Regimiento, en todos los parques corre la voz de alarma. Centenares de obreros controlan los envíos de nuevos contingentes, repasan febrilmente los errores, atienden las demandas del frente. Nada sale de los depósitos sin que muchos ojos leales verifiquen la exactitud del envío. La vigilancia leal no pierde vista de las armas un sólo instante. Los propios soldados vigilan también. Vigilados por ellos, los

camiones pasan, veloces, entre la granizada de obuses fascistas, hasta su verdadero destino.

Gracias a esta enérgica reacción del Ejército puede continuar el combate, las municiones llegan a tiempo y aparecen las armas ocultas. Falta descubrir a los agentes del enemigo. A pesar de la poda realizada por Santiago Carrillo los días de Noviembre, el espionaje y la provocación siguen rebrotando, opulentos, en los engranajes de la organización militar. Las maniobras de los emboscados son cada vez más finas, más sutiles, según Cazorla, nuevo delegado de Gobernación, ajusta la mano. Ahora los agentes fascistas tienen mayor experiencia, están puntualmente instruidos por la «Gestapo» y saben mover los dedos sin dejar huella.

Cazorla trabaja en silencio. Como antes Santiago Carrillo, observa, estudia, sonríe y desenreda, vuelta tras vuelta, el ovillo. Dice la primera palabra cuando los espías están seguros, bajo llave, en los sótanos. La sorpresa paraliza las miradas de muchos hombres honrados.

—¡Ésos son!

Al pronto no lo creen. Oficiales de apariencia antifascista, funcionarios garantizados por múltiples avales. No falta quien duda, incluso quien los defiende. Pero Cazorla aprieta el puño sobre la cabeza de los espías. Madrid, los trabajadores, el Ejército, cuantos comprenden la inexorabilidad de la lucha, el pueblo íntegro le sostiene y ayuda. Hoy, como en Agosto y en Noviembre, una mano vigorosa les ha roto los huesos a los que desde dentro intentaban abrirle las puertas al enemigo.

4. El ataque espectacular.

Otra vez, fracasado el sabotaje, los técnicos alemanes vuelven a encontrarse ante el mismo problema. ¿Cómo romper la resistencia de esas tropas que, apenas reconstruidas, alentadas por la voz y el ejemplo de los comisarios, son más duras que las bombas, los obuses y la muerte? ¿Cómo cerrar el círculo de hierro que debe estrangular lentamente al pueblo y al ejército de Madrid? La metralla resulta insuficiente. ¿Cómo lograrlo entonces? Los técnicos deciden prescindir de las armas. En las luchas de Noviembre y Diciembre se han experimentado las lecciones de

«Los marinos de Cronstadt». Esos muchachos que aprendieron de la película el ejercicio heroico de arrastrarse, sigilosos, hasta las ruedas mismas de los tanques y lanzar las bombas entre sus engranajes, paralizaron después la acometida de los carros de guerra e hicieron trizas una de las armas más seguras del enemigo. ¿Por qué los fascistas no pueden tomar asimismo ejemplo de las películas soviéticas? ¿Acaso no ha sido el propio Goebbels quien aconsejó robarse las enseñanzas de «El acorazado Potemkin»? «Los marinos de Cronstadt» no les ofrece ninguna. Pero «Chapaiev» tiene, en cambio, un episodio aprovechable. Los señoritos de Falange Española lo reproducen sobre las riberas del Jarama.

Alineados en filas iguales, uniformes, rítmicas, los señoritos fascistas, disciplinadamente vestidos de negro, con guantes blancos, vienen, despacio, marchando, sin más armas que una fusta, símbolo de opresión reaccionaria y de chulería. Al compás del avance, disparan, insistentes, para aumentar la impresión terrorífica, las ametralladoras antitanques. El alarde tiene la fanfarronería de una proclama de Mussolini, la brutalidad feroz de los crímenes hitlerianos; es un jactancioso alarde de odio y de desprecio.

La escenografía del ataque consigue impresionar a nuestros soldados. Muchos campesinos, incluso obreros de Madrid, que no han visto nunca ataque igual, atolondrados por los ruidos espantosos de las ametralladoras, abandonan las líneas. Aquella formación negra, rítmica, que avanza y avanza, sin disparar, les infunde un terror supersticioso. Los comisarios políticos agotan sus energías en el empeño de impedir el desbande. No pueden evitarlo. Los hombres que han sufrido el pánico buscan, llenos de temblores, librarse como sea de aquella visión terrorífica del ataque.

De este modo los fascistas consiguen desorganizar nuestras líneas con mucha mayor eficacia que en la película. Pero las mejores enseñanzas de las películas soviéticas no son precisamente para los fascistas. Los obreros aprenden más. En el frente del Jarama todos los soldados no son muchachos campesinos, jóvenes inexpertos en la lucha. Hay también hombres curtidos en la pelea, viejos luchadores, cuyos nervios están bien seguros. Estos conocen los recursos efectistas del fascismo, saben que no

son más que manifestaciones de impotencia, trucos desesperados, fanfarronerías, y tienen, sobre todo, conciencia de la necesidad de resistir hasta el último límite, hasta que la muerte apague el fusil.

Contra ellos choca el avance. Desde los tanques conducidos por los chóferes de Madrid, diezman las hileras fascistas. Al principio, los atacantes, ebrios de vanidad, intentan pasar sobre sus muertos; llevar adelante la fanfarronería, indiferentes a las bajas. Pero el fuego de los tanquistas insiste con mayor obstinación, hasta que el alarde quiebra más despavorido que la huida de nuestros soldados. Los fascistas tiran al aire las fustas y corren al azar, llenos de pavor, barridos por las ráfagas incesantes de las ametralladoras. Todo el campo queda lleno de espigas negras, segadas a voleo.

La quiebra del ataque más insolente rompe la ofensiva. Todos los asaltos posteriores sucumben ante la reorganizada resistencia de nuestros soldados, enardecidos por el triunfo. El monte Pingarrón sujeta al enemigo. Tras él, poco más allá, corre la carretera de Arganda, arteria vital de Madrid, vía de comunicación con el mundo. Hacia ella venían las legiones fascistas. Pero nuestras tropas les han cortado el camino. No pasan. El cúmulo de muertos, el cansancio, el temblor de miedo que sacude a los mercenarios, el enralecimiento de sus batallones les obliga a humillar una vez más la cabeza y quedarse, como en la Ciudad Universitaria y Carabanchel, impotentes, divisando la presa, sin poder alcanzarla.

5. La ofensiva de las máquinas.

Mussolini ha reclamado la plaza, ser el único en la conquista de Madrid. Después de la derrota del Jarama y del fracaso de los generales facciosos, el fascismo italiano asume la empresa con la fanfarronería de quien espera asombrar al mundo.

Los derrotados no pueden oponerse. Hitler y Mussolini van juntos en la empresa invasora, pero el socio italiano aprovecha la oportunidad de ir solo, coger la presa y quedarse con la mejor parte. Hitler tiene que aceptar la ventaja. ¿Cómo disputarle el bocado, si la eficiencia de los técnicos y los formidables ataques en masa están allí, rotos, sobre los márgenes del Jarama?

En el juego de las contradicciones fascistas, Mussolini pretende usufructuar la victoria del pueblo español, coger Madrid, la clave política de España, y disputarle al alemán el predominio de la conquista. Desde los arenales de Libia, donde el sátrapa de Roma alimenta sus alucinaciones imperiales, la jugada española tiene que parecerle tan maestra y opulenta como la de las Galias al verdadero César. ¿Quién puede contener el empuje de las legiones que vienen victoriosas de las tierras africanas, donde, solas entre los riscos, sin adversarios al frente, han arrasado a sangre y fuego los poblados y traído a Roma, con grilletes de esclavos, a los caudillos bárbaros? Apenas pisaron el suelo español gustaron las mieles del triunfo. Málaga ha sido conquistada por ellas. La imaginación del déspota, estimulada por el vaho del desierto, se desborda sin límites. También él anuncia que espera, seguro, los partes de victoria.

No obstante, toma precauciones. Aunque ordena que los mercenarios de la Prensa canten la gloria de las legiones, sabe muy bien que las municiones de Málaga estaban escondidas a diez kilómetros del frente, los oficiales del Estado Mayor vendidos, los frentes desorganizados y que los conquistadores entraron en una ciudad vacía, indefensa, sin combatientes. Madrid es empresa distinta. Los ejemplos de Mola, Yagüe y los alemanes obligan a mayor cuidado. Los soldados de Madrid no son aquellos desventurados etíopes, inermes, despavoridos, que ardían vivos entre las chozas de paja. No; ciertamente la propia megalomanía sabe guardarse un poco. El antecedente de Caporetto no autoriza demasiadas exigencias a los conquistadores de Adis-Abeba, hijos de los fugitivos de Adua, quiénes, después de todo, a pesar de los himnos, no son más que pobres y forzados campesinos, proletarios hambrientos, carne miserable de la Italia oprimida.

Mussolini echa bien sus cuentas. Esas legiones aquilinas pasan magníficamente en los desfiles, bajo los balcones del Palacio Venecia. Pero los campos de batalla españoles no son de asfalto. Antes de enfrentarlos a cuerpo limpio con los soldados de Madrid, los capitanes de Abisinia, Bergonzoli y Manzini, alerta al seguro de los laureles, prefieren que vayan, como en Etiopía, tras las máquinas. Táctica de ventaja, juego de pícaro en los dos paños. Mussolini y sus generales, como todos los histriones, preparan el truco.

Los fascistas españoles quedan aparte, en la servidumbre de las armas. Durante varios días los informes confidenciales vienen anunciando movimiento de material. Los aviones señalan ajeteo de tropas en la zona rebelde. Se sabe que son italianos, los mismos italianos de Málaga, míseros forzados que sólo ahora se enteran que están en España, y oficiales que han paseado su altanería en las ciudades andaluzas, cobrando el barato. El pueblo percibe los rumores del peligro.

—Dicen que los italianos están preparando una ofensiva contra Madrid — advierte un obrero en la Casa del Pueblo.

—Pues ya saben lo que les ha ocurrido a los alemanes en el Jarama — opina otro.

La gente de Madrid no toma muy en serio la fuerza de Mussolini. Quizás es un exceso de confianza o quizás también el recuerdo difuso de la brava infantería que tomó al asalto el castillo de Sant Angelo y de los que pusieron su ley en Nápoles a las órdenes del Gran Capitán, gente toda de España, de la dura masa española, aunque su arrojo sirviera ambiciones que no eran propias de ella. Pero entre los oyentes hay un refugiado de Málaga, uno de los que hizo a pie el camino hasta Almería. La noticia le estremece. Escuchaba casi dormido los comentarios y ahora todo él es una llamarada de odio.

—Ésos son los bandidos más bandidos que han pisado España —dice, iracundo—. Los que hemos visto la carretera de Málaga sólo queremos tenerlos cerca para arrancarles el corazón. ¡Miles de criaturas asesinadas! ... La pobre gente que huía del fascismo, niños, mujeres, viejos, animales, todos revueltos, sin armas, llenos de miedo, y cada hora volaba sobre ellos los aviones y les bombardeaban, mientras desde el mar los barcos les tiraban obuses. Yo he visto cientos de niños destrozados. Un pequeñín mamando todavía sobre el cadáver de una mujer que había perdido las dos piernas; familias enteras amontonadas, unos sin brazos, otros sin cabeza, otros con los vientres abiertos. ¡Qué sé yo cuántos horrores! Vosotros podéis imaginaros: una masa de gente que llenaba varios kilómetros, más de cien mil almas, y las bombas cayendo a cada rato. Cuando no tenían más bombas, nos ametrallaban. Había sitios donde los cadáveres formaban montones. Por todas partes del campo se

encontraban trozos de cuerpos humanos... Y nada. Tres días persiguiéndonos... Cientos de criaturas buscaban una pistola para matarse... Muchos se tiraban por los barrancos. Aquello era de locura... ¡Cuántos heridos he visto yo que pedían, llorando, que les matasen!... Todos esos crímenes tienen que pagarlos... Ahora mismo voy adonde sea para que me den un fusil... ¡Bandidos!... Entraron en la ciudad sin lucha; después que se la entregaron los traidores, y cuando ya estaban dentro, sin enemigo, mataron así a la pobre gente que huía de ellos... Eso no lo hacen más que los cobardes, los criminales más criminales del mundo... Todavía no se conocen los crímenes horrendos de la carretera de Málaga. Cuando se conozcan, todos los obreros del mundo, todos los hombres honrados, donde vean un fascista tendrán que aplastarlo como a una bestia rabiosa. Porque esos crímenes que cometieron en Málaga, los cometerán siempre donde puedan... ¡Si entrasen en Madrid!... Medio millón de nosotros no les parecería bastante...

Los obreros escuchan, silenciosos, la encendida disertación del refugiado. Comprenden la violencia de sus palabras, la ira que abrasa sus ojos. Madrid conoce algo de la espantosa carnicería de Málaga. En efecto: la población que abandonaba la ciudad fue bombardeada desde el mar y desde el aire. Tres días apocalípticos. Miles de seres indefensos cayeron impasiblemente asesinados por los aviones y los barcos. Nunca, después de Atila, se ha cometido en Europa una matanza tan espantosa.

—Pero no es fácil que entren —comenta otro de los obreros.

—Ni fácil ni difícil —afirma uno—: imposible. El fascismo no entrará jamás en Madrid. Podrá destruir la ciudad y matar a todo el pueblo. Nada más. Él mismo morirá entre nuestras ruinas... Madrid será la tumba del fascismo.

Esta convicción alienta el trabajo de los obreros, la confianza de todos los antifascistas, la fe del pueblo, la serena decisión de los soldados. Mientras los italianos preparan sigilosamente el ataque, la ciudad, como tantas otras veces, continúa el afán silencioso y firme de robustecer la defensa. Un trabajo incesante, espontáneo, de los propios soldados, de los jefes, de los comisarios, le proporciona día tras día al ejército más fuerte estructura militar, mayor disciplina, más solidez orgánica. Han desaparecido las columnas individuales, transfundidas en brigadas. Los milicianos

comienzan a ser soldados, dirigidos por oficiales, antiguos obreros, que aprenden febrilmente, sobre el campo y en los libros, los conocimientos técnicos. Les mandan jefes valientes, leales, de la sobresaliente capacidad de Miaja, Rojo, Matallana. Aún no puede llamársele Ejército regular. Pero ya es una fuerza más poderosa, mucho más, que los heroicos batallones de Noviembre.

6. Mussolini, derrotado y hundido en el lodo.

Los vigías de todos los frentes están atentos, observando desde sus mirillas los movimientos del enemigo. Los generales de Mussolini esconden bien la preparación del ataque. Hasta Madrid no llegan sino informes vagos, indicios, datos insuficientes que no permiten localizar la amenaza.

Pero el ambiente de la zona facciosa indica que está preparándose un golpe tremendo. El fascismo tiene la certidumbre de la victoria. Aquellos oficiales italianos que por tan poco precio entraron vencedores en Málaga, ostentan ahora la altanería y la potencia de los que muy pronto van a conseguir triunfos más resonantes. Ese encogido entusiasmo de lacayos que, a la vista del formidable aparato bélico de Mussolini, emboba a los facciosos españoles, lo percibe Madrid en muchos detalles que pasan las líneas de fuego. Los facciosos no pueden ocultar la alegría, amargada por el despecho, de sentirse muy cerca del triunfo, aunque ellos no vayan al combate más que como escuderos del invasor.

Entre las filtraciones del campo llegan también algunas noticias concretas. Las tropas italianas prontas al ataque ascienden a cuarenta mil hombres.

—Los mismos —afirma alguien— que intervinieron en Málaga.

—Veintiocho mil más; porque a Málaga sólo fueron doce mil.

Para la toma de Madrid ha enviado Mussolini tropas especiales, nuevas divisiones reclutadas aprisa, sin mucho discernimiento, porque, en realidad, según los planes, vienen a participar en un espléndido desfile.

Otros informes describen la magnitud de los armamentos. Los italianos han tomado buena nota del fracaso de los alemanes en el Jarama y

acumulan máquinas suficientes para hacer polvo la más obstinada resistencia de nuestras tropas.

—Parece —comentan en el ministerio de la Guerra— que están preparando una ofensiva mecánica. Las noticias confidenciales que han podido obtenerse anuncian un tráfico enorme de Cádiz y Málaga hacia el Centro.

—¿Atacan entonces por Madrid?

—No cabe duda.

—¿Hay algún indicio del sector?

—Eso está todavía muy oscuro.

Los soldados tienen la misma preocupación. Hasta ellos ha ido el rumor del ataque inminente, de la potencia italiana, y esperan, anhelantes, que rompa de una vez la acometida. En los momentos de reposo escuchan advertencias y lecciones especiales de los comisarios.

—Todos debéis saber —les dicen— que el enemigo está preparando una gran ofensiva. Ahora se trata de tropas italianas. Disponen de un armamento poderoso. Pero no importa. También eran muy poderosas las armas que utilizaron los alemanes en el Jarama y logramos contenerlos. Esta vez tenemos que hacer lo mismo. La consigna es la misma de siempre: resistir, resistir y resistir. No debemos ceder ni un palmo de terreno. Debemos probarle a Mussolini que Madrid no se dejará conquistar nunca por el fascismo. Cada uno de nosotros debe pensar, cuando llegue el momento, que la suerte de España depende de su fusil y clavarse en la tierra hasta que el enemigo haya sido destrozado.

Los soldados, como el pueblo, piensan sólo por dónde será el ataque. Pero los comisarios no pueden responder a las preguntas. Nadie lo sabe. El propio Estado Mayor carece de informes precisos.

—Aunque no se sepa por dónde van a atacar —explican los comisarios—, sabemos que están preparando el ataque. Debemos estar prevenidos, con el ánimo dispuesto a los mayores sacrificios y resueltos a demostrar una vez más al mundo que Madrid es invencible. ¿Estáis de acuerdo?

—Yo no sé —responde un soldado— si pasarán por el sitio donde yo estoy. Lo único que sé es que no me moveré de mi puesto, y si pasan, pasarán sobre mi cadáver.

—¡Nada de pasar sobre los cadáveres! —grita otro—. ¡No pasan, y nada más! ...

El comisario ratifica estas palabras.

—Aquí no estamos en Numancia —dice—. No es cuestión de morir por morir. Se trata de no dejarle paso al enemigo. El verdadero heroísmo consiste ahora en hacer invencible nuestra resistencia.

El rumor de la próxima ofensiva pasa de unos labios a otros, bisbiseado, con sigilo que denuncia el trabajo de los agentes del enemigo. Dondequiera hay quien pueda escucharlo, se oye, casi al oído, la noticia solapada.

—Parece que van a atacar muy pronto.

Siempre que está fraguándose un golpe recio contra la ciudad surge misteriosamente, nadie sabe de dónde, el anuncio que pretende ablandar por anticipado el temple de la defensa. El enemigo, por lo que se ve, no modifica sus métodos. Madrid tampoco. El rumor agorero, en vez de debilitar el ánimo del pueblo, lo enardece más, le da nuevos bríos. Todas las calles, las casas, los talleres van apretándose con la dura decisión de lucha que serena la fisonomía de las gentes. Los esfuerzos solapados del enemigo no logran infundir pánico en la ciudad. Desde los primeros días de la resistencia se ha formado en Madrid una voluntad de vencer tan poderosa que, incluso en los momentos de mayor peligro, cuando las vanguardias fascistas estaban a la vista de las calles, sostenía impasible, seguro, el espíritu de los combatientes.

—Otras veces también han atacado —comenta un obrero—, y ya hemos visto el fin de los ataques. Además, ¿qué hacen desde Noviembre, sino atacar? No hay nuevos ataques: es el mismo, el que durante cuatro meses no ha podido romper nuestras líneas.

—Pero dicen que ahora será más fuerte que los anteriores —le observa otro.

—Tiene que serlo. Nuestras tropas lo son también. ¿Qué teníamos en Noviembre? Gente, mucha gente, y unos cuantos fusiles. Quienes estuvimos en Carabanchel sabemos cómo fue aquello. Ahora tenemos nuestras brigadas, que ya saben resistir y vencer.

El primer dato cierto es la rotura del frente. Las débiles líneas de Guadalajara no resisten el terrible empuje de las máquinas italianas. Amanece el día entre la espantosa catástrofe de cien cañones que castigan, implacables, con furia de monstruos, los pequeños destacamentos de las posiciones avanzadas y hacen añicos los parapetos. En Madrid sólo se reciben noticias estremecedoras.

—Tienen cinco cañones por cada uno de los nuestros.

—Los tanques pasan arrasando nuestras trincheras.

—Hemos visto una fila de más de doscientos camiones.

—Es incalculable el número de ametralladoras.

—Avanzan en carros blindados por la carretera de Aragón.

—Nuestras tropas han tenido que replegarse apresuradamente.

Toda la fuerza mecánica de la invasión fascista avanza como un alud por el camino de Madrid. Las tropas italianas atacan en tres direcciones. Pero lo más poderoso de la ofensiva acomete por el Centro, sobre la carretera de Aragón, donde los tanques, los camiones y los carros de guerra pueden venir en convoy, arrolladores, aplastando los grupos que luchan desparramados entre las piedras. Las etapas del triunfo han sido inexorablemente fijadas por los generales italianos: Guadalajara, Alcalá, Madrid. La primera ya está cerca: treinta kilómetros. Nada ni nadie podrá contener al ejército que avanza en tan impetuosa carrera de victoria. Rotas las líneas españolas, la ofensiva motorizada no tiene obstáculos. Centenares de ametralladoras y cañones limpian el camino. Está repitiéndose la suerte de Abisinia. Los pueblos que intentan defenderse quedan atrás, copados, sumergidos bajo la avalancha invasora.

También ahora los partes del ministerio de la Guerra procuran disminuir la magnitud de la acometida. Pero Madrid recuerda los partes de Talavera, los cantos de gloria, mientras las tropas, deshechas, no podían sofrenar el avance enemigo, y distingue la verdad entre los disimulos oficiales. Además, los aldeanos que llegan huidos traen las duras verdades del momento, expresadas, más que en las palabras, en los temblores y la lividez del rostro.

Madrid siente elevarse al máximo su temperatura bélica. El tráfago de guerra sacude nuevamente el recinto de la ciudad. Largas hileras de camiones, rebosantes de soldados, suben la calle de Alcalá. En las trincheras palpita la misma inquietud.

—¿Qué hay, camarada comisario?

—Seguimos batiéndonos.

—Ha marchado la brigada del «Campesino».

—Sí.

—Líster también ha ido.

—Sí, también.

Desde Alcalá ha salido igualmente la columna «Garibaldi», pueblo claro y generoso de Italia, que acude a defender en nuestro suelo la libertad de su patria, la libertad del mundo. Mussolini no sospecha, sin duda, que aquí, en las tierras españolas, junto al pueblo español va a encontrarse asimismo con el pueblo italiano, libre de su garra, enfrentándole los fusiles en nombre de las demás gentes oprimidas de Italia.

En las trincheras hierve una emoción abrasadora. Los combatientes, obligados a permanecer en ellas, recogen minuto a minuto las noticias de la batalla...

—Acaba de salir la brigada de Mera.

—Todos debíamos marchar en seguida.

—¿Y quién defendía entonces este sector?

El comisario tiene que intervenir para dominar las exaltaciones.

—La primera condición de un ejército disciplinado es tener confianza en el mando. Si nos mandan, iremos, como han ido las otras brigadas. Pero mientras no lo ordene el mando, aquí, todos, disciplinadamente, defendiendo nuestras líneas...

—Tienes razón, no lo niego... Pero comprenderás tú que en estos momentos quisiéramos ir donde es más preciso...

Como siempre, la lucha de Madrid tiene resonancia universal. El fascismo intenta estremecer al mundo con el estruendo de sus armas. Centenares de periódicos subvencionados agitan el clamor de victoria, amenazando a los pueblos libres. Pero Madrid no se entera. Hasta su recinto sólo llega el ruido infernal de la batalla. Reconcentrada en ella misma, sola, vibrante, la ciudad entrega, una vez más, todas sus fuerzas, todos sus alientos a la lucha. Cada nuevo avance del invasor la incita a prepararse con mayor prisa, a defenderse, como antes, si es preciso, al pie de sus propios muros.

—Han tomado Brihuega.

Es cierto. Brihuega ha caído. También ha caído Trijueque. El empuje tremendo de los motores italianos rompe la resistencia que los pobres soldados de las primeras líneas intentan oponerles desde las cercas de los sembrados y los bordes de la carretera. Sin embargo, no pueden avanzar con la rapidez calculada por los generales. Esos mismos soldados rotos, acometidos sin descanso por la metralla, entorpecen la marcha victoriosa hacia Guadalajara. Ellos mismos, los derrotados, son, a su vez, el principio de la derrota enemiga. Las máquinas les echan atrás implacablemente. Pero los hombres tienen que pararse ante sus fusiles. El espíritu de la defensa de Madrid, la dura obstinación en la resistencia, sigue sosteniéndoles tras de cada una de las piedras del camino, entre el barro y el agua que les castiga con tanta furia como el enemigo.

El gigantesco tumulto de la invasión encuentra de pronto, al quinto día de combate, obstáculos más poderosos. Entonces comienza la batalla. Desde los repechos de la carretera, sobre los montículos, entre los árboles, las nuevas líneas trazan una valla de fuego. Ráfagas tan violentas y

persistentes como la lluvia detienen el avance a diez kilómetros de Guadalajara. Por más que los tanques y carros blindados embisten con toda la potencia de sus motores, los hombres de Madrid continúan impertérritos, quietos sobre los fusiles y ametralladoras. De hora en hora las acometidas son más violentas, más desesperadas, urgida hasta el último aliento por los telegramas vehementes de Mussolini que reclaman la victoria, que exigen Guadalajara. Pero los hombres de Líster, de Mera, del «Campesino», de Nanetti, de Hans, de Luckas, españoles e italianos, todos unos, se han fundido con el suelo, enraizados en él, y cierran la perspectiva. No pasan. Los generales invasores extranjeros estrujan, nerviosos, las órdenes de Mussolini, mientras los motores de la invasión jadean parados, batidos por nuestras armas.

La noche transcurre llena de profundas convulsiones. Desde el fondo de la oscuridad, la potente bocina de «Altavoz del Frente» truenas como un alarido de la naturaleza. Habla en italiano, clamorosa, para los hombres de Italia que ahora mismo, paralizados, comienzan a sentir la dureza de una guerra que no hacen por ellos ni para ellos; envía proclamas, llamamientos, alocuciones fraternales, entre las descargas que inútilmente intentan apagar sus clamores. La misma desesperación de los disparos enemigos indica que las palabras están mordiendo la conciencia de los forzados, combustible inconsciente y sumiso de la hoguera que el fascismo ha encendido en España.

Pero no basta iluminar la conciencia de los hombres arrojados por la fuerza a la muerte. Mañana seguirá el combate. Los generales de Mussolini preparan aceleradamente nuevos golpes formidables. Nuestros soldados tienen que resistir más, temprar más todavía sus ánimos, hacerse más duros a los ataques del enemigo y a la ferocidad del tiempo. Agrupados bajo la lluvia, en el propio frente, los comisarios escuchan, palpitantes, de Carlos Contreras y de Santiago Álvarez, las palabras que van a llevar en seguida a los soldados, que deben ser el acicate ardoroso de la resistencia.

—Resistir y resistir, camaradas; ésta es la consigna. Los comisarios debéis estar siempre en la primera línea, al lado mismo de los soldados, alentándoles, enardeciéndoles con vuestra palabra y vuestro ejemplo.

Ataque como ataque el enemigo, ni un paso atrás ni una pulgada de terreno.

Al día siguiente, entre el fragor del combate, los comisarios repiten las mismas palabras: resistir y resistir. Y los soldados, con sus jefes y sus comisarios al frente, resisten, imperturbables, hundidos en el barro. El enemigo tiene que volver atrás. Nuestras tropas emprenden el contraataque con la misma pujanza de quienes han esperado el momento, con todas las energías apretadas, quemándoles la sangre. La enorme máquina italiana se rompe en pedazos. Desde nuestras líneas se oyen los gritos desgarrados de los oficiales italianos, que tratan de alentar a sus tropas; se oyen las ametralladoras que les acribillan, el rechinar de los carros que se hunden en el lodo, las explosiones inmensas de los convoyes destrozados por nuestros aviadores, el infierno de la derrota.

Sobre los gritos, la matanza y el frío agudo de marzo, sigue clamando, incesante, el «Altavoz del Frente». Nuestros aviones hacen trizas los contingentes que vienen de refuerzo. La invasión queda arrollada como un campo de espigas. Nuestra contraofensiva avanza devastadora. Los soldados que no se entregan, huyen desparramados, llenos de pavor, en una carrera sin fin.

Trijueque, Brihuega, más allá, hasta donde comenzó la ofensiva, más allá todavía, sobre aquellas endebles posiciones que arrasó la ferocidad invasora: nuestros hombres agotan el aliento. Todo el campo es un inmenso cementerio de máquinas y de hombres. El fabuloso aparato bélico de Mussolini está hecho añicos, triturado por el empuje de nuestras tropas. Los soldados que no pueden caminar más, con los pies en llagas, se suben a los tanques para continuar la persecución de los invasores. De los escondrijos salen grupos aterrorizados de seres miserables, ennegrecidos por la derrota, que se entregan, temblorosos, implorando piedad. Los altivos oficiales de Málaga, una vez prisioneros, agachan, humildes, la cabeza, para infundir lástima. En las habitaciones de los puestos de mando, donde vuelve a oírse la risa de las mujeres y los niños de la Alcarria, se encuentran, abandonadas, las órdenes, los telegramas, las proclamas de Mussolini. Uno de nuestros soldados pega en las fachadas de Brihuega la orden de victoria:

«Recibo a bordo del “Pola”, navegando en dirección a Libia, un comunicado anunciando una gran batalla en dirección de Guadalajara. Sigo los incidentes de la batalla, seguro de la victoria, porque estoy cierto de que la pujanza y la tenacidad de nuestros legionarios vencerán la resistencia enemiga. Aplastar las fuerzas internacionales será un triunfo de gran valor y también político. Haced saber a los legionarios que yo sigo, hora por hora, su acción, que será coronada por la victoria. Firmado: Mussolini».

Y le agrega, entre los aplausos de la tropa:

«Estás servido».

Mussolini, sus máquinas, sus generales, su fanfarronería, quedan humillados, hundidos en el lodo. No logran salvarse sino los que corren más, los que huyen, envilecidos, en una carrera de locura, agobiados por su propio miedo.

—Si tuviéramos reservas —explica un jefe a la vista de nuestros soldados exhaustos, sin fuerzas de tanto perseguir al enemigo—, podríamos llegar a Sigüenza y quizás hasta Calatayud. Porque ésta es una derrota total.

Cierto, muy cierto. Nos faltan hombres para seguir por el camino libre; nos falta más ejército para exterminar los últimos residuos de la invasión. Pero esos hombres que se tumban, agotados, al sol, aunque no puedan ir más adelante, han cumplido ya la empresa histórica. ¿Dónde están ahora las legiones altaneras que amenazaban al mundo? ¿Dónde están las invencibles bayonetas de Roma? Sobre las praderas risueñas de Guadalajara, hoy sembradas de muerte y vileza fascistas, los soldados de Madrid le han enseñado otra vez al mundo cómo se rompe y humilla la fanfarronería del sátrapa italiano.

7. Hombres redimidos.

Estos hombres inexpresivos, alelados, sin oriente, miran de un lado a otro, como si estuvieran en una cueva maravillosa. No comprenden nada. Frente a ellos, en el estrado, están los jefes triunfadores, los capitanes del pueblo español. ¿Saben, acaso, lo que esto significa? Esperan, sin duda, que los vencedores, dueños de sus vidas, hagan lo que sus generales

habrían hecho. Sus miradas tienen la vaguedad de las miradas muertas. Nuestros jefes victoriosos pueden levantar las piltrafas de millares de mujeres y niños españoles, y gritar con ira:

—¡En nombre de nuestra carne desgarrada, de nuestra España transida de dolor, muerte a los invasores!

¡No! España, la nuestra, la propia, la que está frente a ellos victoriosa, no les habla así. Oídla:

«En esta hora, afortunada para nosotros, sois prisioneros de la República española, y esto os beneficia, porque así no seréis muertos, como ha ocurrido con los componentes de las Divisiones que salieron para combatirnos. Os trataremos como hermanos, y no os trataremos con odio, no obstante los desgarros que nos habéis hecho. Estamos dispuestos a abriros los brazos como a unos hermanos, y esto lo hacen los representantes de un pueblo contra el cual otro pueblo ha sido enviado a luchar. La República responde de vuestra seguridad, y cuando el día de mañana volváis a vuestro país, decid que estos “bárbaros rojos” os han abierto los brazos, que aún manan sangre por las heridas que les habéis infligido.

»Decid que, en nuestro pueblo, los hombres amantes de la libertad constituyen la gran familia republicana, y que bajo el mando de su Gobierno legítimo vamos a asegurar un régimen de equidad para ofrecer al mundo, en un mañana no muy lejano, una España que será el más sólido baluarte de la paz. Decid esto, porque desde hoy os daremos toda clase de facilidades para que vuestras familias sepan que estáis entre nosotros, sanos y salvos, y que empuñamos la bandera de la libertad, que es la de España, y que, pese a los odios de todo el fascismo mundial, va a ser clavada en las fronteras de nuestro pueblo. ¡Gritad a Mussolini que seguiréis el ejemplo del pueblo español, que merced a su heroísmo conquistará la felicidad eterna!».

El pueblo español no quiere la sangre de los vencidos, sangre también de pueblo, de la Italia oprimida. ¿Por qué levantan ahora los oficiales, hijos feroces del fascismo, la mirada que hace poco hundían en el pecho? ¿Descubren acaso nuestra España? No; descubren la seguridad de sus

vidas. La España nuestra sólo la descubren y la sienten aquellos miserables, carne silenciosa y humilde, que entraron resignadamente en la sala, dispuestos a morir, y luego, al escuchar las palabras de Jesús Hernández, dejan caer, llorando, la cabeza. Una idea clara ilumina ahora sus mentes. ¿Qué eran ellos en Italia? ¿Qué eran en el hacinamiento clandestino del barco y en las tierras españolas? Carne ciega, tirada a la muerte. ¿Cuándo jamás han oído una voz suya, una palabra de aliento y de guía? Aquí ven hoy con una sola mirada el lúgubre paisaje de sus vidas: hambre, silencio y látigo; aquí les sorprende una nueva perspectiva. El mundo entero les era desconocido. ¿Qué podían saber en Italia de la solidaridad, las libertades y los derechos de los trabajadores? Aquí oyen la voz profunda de ellos mismos, reciben el abrazo fraternal de otro pueblo, victorioso, que, por encima de las injurias y los dolores, levanta el ideal de su lucha. Jamás ha sido Madrid más fuerte, más glorioso, ni España más grande, que en este momento, en que, ganada la victoria, redime a los vencidos. Ahora comprenden los prisioneros que también por ellos luchan nuestras armas, y cancelan, doloridos, una vida oscura, opresa y vil, para iniciar con nosotros, entre hermanos, una vida nueva.

¡Toda la potencia de nuestras armas, el heroísmo de nuestros soldados, las energías de nuestro pueblo para librar a los hombres de la esclavitud! España alcanza la cumbre de su más alto destino. ¿Cuándo sus generales han podido hablar como habla ahora, después del ministro de Instrucción, ante los prisioneros italianos, el general Miaja, vencedor de Guadalajara, rodeado de los capitanes Hidalgo de Cisneros, Líster, el «Campesino», Mera, que han barrido la invasión en los campos de Madrid? Oíd, todos, en todos los pueblos libres y aun en los pueblos esclavizados por el fascismo la voz de las verdaderas armas españolas, las propias del pueblo español:

«Soldados italianos, hermanos de clase: Estad tranquilos, porque nosotros, que luchamos por una España feliz, nos damos perfecta cuenta de que habéis sido engañados. Habéis podido apreciar cómo las Divisiones italianas han sido destrozadas por el espíritu magnífico de nuestro pueblo.

»Se os decía que los “rojos” eran irnos asesinos, y ved vosotros mismos si esto es verdad. Defended de ahora en adelante la Libertad y la Justicia,

pues ya veis que nosotros somos el reverso de la medalla de los fascistas. Ellos reclutan soldados extranjeros para tratar de esclavizar a un país. Nosotros tenemos que ganar la guerra porque luchamos por una causa justa, y así lograremos una nueva era de paz y de progreso».

Así hablan el pueblo y el ejército de España. Las alternativas de la guerra, el poderío material de las fuerzas invasoras podrán afligirlos con reveses parciales. Pero la última victoria será de ellos, del heroísmo que hincha sus corazones, de la fe en su vida y su libertad, de la decisión de defenderlas. ¿Qué pueden las máquinas ante este soplo de ansias infinitas? Los soldados que las han vencido, escuchan, después del combate, el informe del comisario:

BALANCE DE LA INTERVENCIÓN.

Julio de 1936.—El 17 de julio, los aviadores italianos reciben la orden de enviar seis aviones al Marruecos español. Los aviones parten de Cerdeña el día 30. Tres caen en territorio francés.

Agosto de 1936.—El día 6 llega a Lisboa el vapor alemán «Montesarmiento», con 14 aviones y 150 pilotos y mecánicos alemanes, para los rebeldes. El día 8 salen de Italia, para los facciosos, 18 aparatos de bombardeo. El día 12 llegan a Sevilla 20 aviones italianos. El día 31 desembarcan en Vigo 20 aviones italianos más. Entre tanto, las tropas italianas, al mando del llamado conde Rossi, ocupan Palma de Mallorca.

Septiembre de 1936.—El día 2 reciben los facciosos, por la vía de Portugal, un fuerte cargamento de armas y municiones alemanas. El día 15 salen de Verona, para España, 2000 camisas negras. En esos días llegan separadamente a Sevilla muchos técnicos alemanes.

Octubre de 1936.—El día 29 salen de Turín, Spezia y Milán, con dirección a España, un conjunto de tropas italianas que forma 18 batallones. El día 30 parten del aeropuerto de Sarzana 30 aviones más.

Diciembre de 1936.—Durante el mes de noviembre han llegado constantemente tropas italianas a los puertos rebeldes españoles. El ejército italiano en España llega a 40 000 hombres. Entre el 12 y el 31 de este mes 100 aviones alemanes llegan al Marruecos faccioso.

Enero de 1937.—El día 11 los vapores italianos «Capri» y «Girgenti» descargan en Melilla 6 hidroaviones, varias baterías antiaéreas, municiones y 50 aviadores alemanes. El día 17 desembarcan en Cádiz 4000 italianos. El día 28 sale de Italia para España el general Caracciola, jefe del Ejército de Udine.

Febrero de 1937.—Dos transportes italianos desembarcan el día 7 en Cádiz 16 000 soldados. El día 8 los italianos ocupan Málaga. El día 10 las tropas, los técnicos y el material alemanes emprenden la ofensiva del Jarama.

Marzo de 1937.—El día 9 el ejército italiano, a las órdenes del general Manzini, inicia la ofensiva en el frente de Guadalajara. Según los documentos oficiales recogidos, las tropas italianas en España llegan a 80 000 hombres.

—Todo esto, camaradas —termina el comisario—, ha sido destrozado por nosotros en los últimos combates victoriosos.

Los soldados vencedores miden en silencio la magnitud de la empresa cumplida y aprietan, en sus conciencias, las firmes convicciones que les están llevando, de heroísmo en heroísmo, hasta la victoria definitiva. Entre ellos pueden contarse los dos mil italianos prisioneros, redimidos también por el triunfo de Guadalajara.



EJEMPLO

Durante un año el enemigo no ha vuelto a intentar otro ataque a Madrid. Nuestra ciudad es cada día más poderosa. Para robustecer su defensa, el pueblo trabaja con el mismo afán de los momentos angustiosos; vive dentro de la guerra, ardido por la lucha, atento, seguro de él.

Las tropas de Guadalajara forman hoy, en buena parte, el Ejército regular de la República. Ya no se limitan a esperar los ataques enemigos. Ellas mismas, transformadas y crecidas por la organización militar, han emprendido el ataque y ganado las gloriosas jornadas de Brunete. Las necesidades de la guerra las han obligado a combatir varias veces en las demás tierras españolas. Como en los frentes de la capital, dondequiera han sido ejemplo de valor y de firmeza. Los nombres de sus unidades están escritos en los partes de victoria y figuran en innumerables acciones heroicas.

Mucho de la historia de nuestro triunfo será mañana la historia de las luchas de Madrid. Antes del vencimiento total de los invasores, tendrán que librarse tal vez en sus frentes nuevos y duros combates. Madrid no lo olvida. La lucha ha sido rica en experiencias. Sus fábricas, sus talleres, sus oficinas trabajan a todo el vértigo de los motores, incansables las manos de hombres y mujeres, al mismo tiempo que los combatientes permanecen listos para cumplir de nuevo las viejas consignas. El pueblo aprieta la unión, soporta, inflexible, los sacrificios, las durezas de la guerra. Nadie duda, nadie vacila, nadie tiembla. Los nervios están templados a fuego. Así, sólo así, resuelto, compacto, lleno de fe y de confianza, firme ante los infortunios, ha podido resistir y vencer los más recios turbiones enemigos.

Su vida, su esfuerzo, los días de angustia y los de gloria son ejemplo para todos los pueblos y, en particular, para las tropas que hoy mismo están a prueba gloriosa en todos nuestros frentes. La guerra sacudirá todavía muchos meses las tierras españolas. El fascismo dará coletazos terribles sobre ellas antes de hundir para siempre la cabeza en la derrota.

Formidables acometidas, las más duras y poderosas, impondrán de nuevo a nuestros soldados y a nuestro pueblo la obligación de resistir hasta el último aliento, cualquiera que sea la gravedad de las horas presentes y la de las que van a venir, los desesperados esfuerzos de un invasor que no recata ya sus propósitos y lanza brutalmente sus fuerzas al ataque. El

Gobierno de la Unión Nacional, de la más amplia, libre y profunda democracia española, que dirige, lleno de fe y confianza en la victoria, el trabajo y la guerra, nos ha llamado imperiosamente al deber. Toda nuestra España tiene que entregarse, tal cual es, íntegra, unida, muy unida, sin vacilaciones ni desmayos, con un esfuerzo gigante, a la lucha, al trabajo, al sacrificio, con la fe que, invariablemente, alcanza el triunfo. Toda nuestra España tiene que entregarse al combate, apretada, indeclinable, fiera, mirando adelante como ha enseñado Madrid.

Mayo 1938.